

**Ghislain
Nouvellon**

***La piedra
al fondo
del estanque***

D.J.57



LA PIEDRA AL FONDO DEL ESTANQUE

Ghislain Nouvellon de Fontanges

La piedra al fondo del estanque

Segunda edición

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© **Ghislain Nouvellon, 1999**

Madrid, otoño de 1999, una prostituta de lujo aparece muerta en su apartamento. Antonio, solitario pero experimentado inspector de policía, lo investiga acompañado esta vez de un aprendiz.

Pero no parece un crimen sexual, ni tampoco un robo acabado mal y a la policía le asusta que se trate de un psicópata y que éste sea el primero de una serie de crímenes.

Para resolverlo, le ayudará Carmen, una detective del FBI joven y con carácter, que persigue un hombre al que acusa de crímenes similares en EE. UU.

Pero lo que Antonio no sabe es que deberá enfrentarse a sectas satánicas y que deberá sobrevivir a lo que parece una conspiración para, al final, descubrir que son solo los restos de un diabólico plan imaginado medio siglo antes, en un campo de concentración nazi al acabar la II guerra mundial.

Entonces descubrirán que la verdad, si bien nos hace libre, a veces es dolorosa y que, si al inicio puede esconderse y remandarse en el tiempo, al final acaba desvelándose para luego desaparecer para siempre, como el eco del sonido que al final desvanece, como la piedra que los chicos lanzan sobre el agua y que acaba hundiéndose tras rebotar varias veces.

Ghislain Nouvellon, Madrid 1969, presenta su primer libro fruto de un trabajo de ocho años. Hoy, casado y viviendo en Italia, prepara su segundo libro con el que espera sorprender aún más el lector que como lo hizo con “La piedra al fondo del estanque”.

A mis padres

*Del mismo modo que la claridad
no interrumpe el misterio,
pero permite la verificación de un instante
como la piedra al fondo del estanque,
aceptas este silencio torpe del amor o su sueño,
este golpe de dados que no abole el azar.*

Alba esencial, Jenaro Talens

Prólogo

1

Polonia, enero de 1945.

Samuel Jankowski era comerciante. Poseía una pequeña tienda de ropa en un barrio popular de Varsovia que había heredado de su padre y que, con el pasar de los años, su trabajo y su dedicación, consiguió hacer prosperar. Era un hombre exigente en la compra de telas y confección de trajes que luego vendía a su clientela habitual. El rostro de satisfacción de sus clientes, con el tiempo convertidos en amigos, era su mejor regalo. Era una vida entera dedicada a la toma de medidas, al corte, al tinte y a complacer a quienes luego llevarían con orgullo el fruto de su pasión. Por aquella época donde reinaba el miedo, encontrar a un hombre que disfrutara tanto con su trabajo y se mantuviera ajeno a los acontecimientos en el interior de su país y fuera de él, era algo del todo inusual.

Cumplía además con el rigor de su fe: celebraba el Sabbat y las distintas fiestas religiosas del pueblo judío. Estudiaba la Torá y el Talmud y observaba los preceptos de su religión con la misma devoción que dedicaba a su trabajo. Y todo esto le había proporcionado un puesto importante dentro de su comunidad. Con veinte años, contrajo matrimonio con Raquel con quien compartía muchas más cosas que su origen. Nacieron cuatro hijos de los que se sentía muy orgulloso y, por un tiempo, fue feliz.

Pero esto no tenía importancia. Había dejado de tenerla en una sociedad que había perdido el valor de defender la vida y la paz. Una sociedad donde el respeto de las razas humanas y de sus diferencias se había perdido en beneficio de una homogeneidad forzada con la violencia.

El invierno había empezado con sus helados vientos y sus incesantes lluvias que convertían a Polonia en un enorme aguacero. Todo había cambiado, el gobierno y el ejército derrotados de forma humillante por las

escuadras invencibles de la Wehrmacht habían dejado un vacío en la vida pública que unos asesinos iban a colmar con sus actos. La guerra duró sólo tres semanas en las que el pueblo polaco creyó resistir al invasor alemán por el oeste, y al soviético por el este. Tres semanas en las que Hitler y Stalin se repartieron el pastel en un copioso festín al que ni un solo polaco fue invitado. Tan ilustres comensales compartirían algo más que su nombre en las páginas negras de la historia de la humanidad: sentían el mismo odio por el pueblo judío al que acusaban, aunque de distinta forma, de todos los males de la tierra. No sabían bien porque, incluso podría pensarse que no tenían las ideas claras sobre el origen de este odio. Un odio que en tierras soviéticas se traducía en Polgroms, y en los dominios del III Reich en campos de concentración. Medios distintos para un mismo fin: el exterminio de un pueblo cuyo único crimen fue el de servir de chivo expiatorio de las creencias y mentalidades de los pueblos con los que les había tocado convivir durante los últimos dos mil años.

Samuel había visto irrumpir los tanques alemanes una fría mañana de septiembre en la ciudad en la que había nacido. Vio con horror como el fin del mundo se hacía realidad y reconoció en aquellos uniformes verdes al demonio contra el que debía luchar. Y luchó, pero su esfuerzo no fue suficiente. Fueron miles como él los hombres y mujeres encerrados en unos pocos kilómetros cuadrados en el centro de la ciudad. Podían vivir, pero poco más. Tanto agobio de gente era insoportable y los llantos y la desesperación se adueñaban incluso del más fuerte de los hombres.

Cayó el gueto de Varsovia y Samuel fue cogido por los soldados alemanes. Le separaron de su familia y le subieron a empujones a un tren con rumbo a un lugar que no conocía, pero cuyo nombre le resultaba siniestro: Auschwitz. Nunca imaginó que el infierno pudiera existir en la tierra. Nunca lo había imaginado, pero ahora lo estaba viviendo.

Auschwitz, tal vez el más conocido de los campos de concentración alemanes, y seguramente el más “eficaz”, se componía de tres complejos. El primero, conocido como Stammlager, se encontraba en los restos de un antiguo cuartel polaco y era destinado a la concentración de los detenidos. El segundo, bajo el nombre de Birkenau, pasó de ser el campo de prisioneros para lo que fue construido, a un gigantesco campo de exterminio contando hasta con cuatro cámaras de gas. Por último, el

complejo conocido como Monowitz, alejado unos seis kilómetros, distribuía mano de obra esclava a las fábricas vecinas.

Como tantos otros, Samuel llegó al campo encerrado en un destartado tren de mercancías atiborrado de presos. Muchos de ellos llegaban de localidades situadas a casi dos mil kilómetros del campo en un viaje que duraba cerca de diez días sin recibir alimento y sin gozar de medidas sanitarias o higiénicas. No era de extrañar que, en esas condiciones, algunos de ellos, hombres, mujeres, niños o incluso recién nacidos, llegarán muertos.

Samuel tuvo suerte, eso pensaba, porque llegó sano y pudo dejar sus maletas donde le señalaban los soldados entre gritos y gestos. Pudo luego situarse en una de las cinco filas junto a los demás recién llegados y pasar el control médico dónde le juzgarían apto para el trabajo forzado. Y, por lo tanto, pudo hacerse las tres fotos reglamentarias, inscribir su nombre en el registro de los ingresados y dejarse tatuar un número en el brazo izquierdo. Finalmente, pudo descansar en el barracón que le serviría de alojamiento. Era una antigua caballeriza en las que convivían cerca de mil personas donde antes no cabían más de cincuenta caballos. Tal concentración se había logrado edificando un segundo piso y aprovechando al máximo el espacio convirtiendo el reposo y el sueño en otro infierno.

Ya no creía en nada, no sabía si Raquel y sus hijos seguían vivos o estaban muertos. Sobrevivía como podía, con la excesiva dificultad de vivir un día más. Sabía que al final del túnel se encontraba su salvación: la muerte, otra solución más apacible no cabía en su mente. Y la aguardaba con la ilusión de acabar con la pesadilla que le tocaba vivir. Sólo tenía un deseo, morir rápidamente. Ya no con dignidad, esto era mucho pedir, pero sí sin sufrimiento. No le asustaba, por lo tanto, ducharse en uno de los barracones sin toma de agua donde la gente entraba viva y salía muerta. Era un secreto a voces. Algunos de sus compañeros participaban en las tareas de retirada de los cadáveres y en el "reacondicionamiento" de las pertenencias de los difuntos.

Aquellos hombres eran conocidos como los Sonderkommando y eran escogidos entre los recién llegados. Trabajaban en las cámaras de gas, cargando y descargando los cadáveres de los fallecidos. Les retiraban adornos de valor como anillos o pendientes, les arrancaban muelas o

dientes de oro, les cortaban el pelo, y quemaban sus documentos de identidad. Luego llevaban los cuerpos hasta los hornos para su incineración. Los miembros de los Sonderkommando acababan siempre siendo también víctimas del sistema de exterminio.

A Samuel no le asustaba morir de esta forma, a nadie le asustaba ya. Tal vez por eso, los confinados en aquella *Gehena*, aunque sabían a lo que se enfrentaban en las duchas, acudían a ellas sin ofrecer resistencia como el cordero que va a ser degollado. Pero había otra forma de morir, más cruel y más lenta. Y esta se acometía de noche en un pequeño barracón apartado del resto del campo y cuya utilidad, decían sus ocupantes, era la de servir de alojamiento a enfermeros y médicos del hospital. Era una utilidad ficticia porque dentro de un recinto donde se trabaja con la muerte, luchar por la vida carecía de interés. Aunque era verdad que existían médicos, éstos no ayudaban a los internos, sino que experimentaban con ellos.

De hecho, en Auschwitz, los médicos de las SS no realizaban pruebas “médicas”, sino más bien atroces experimentos sobre los detenidos. La segunda categoría de experimentos era más compleja y de un alcance mayor porque se utilizaban medios poco ordinarios para lograr fines poco ordinarios.

Para este fin trabajaba el doctor Carl Clauberg que, experimentando con mujeres, investigaba métodos de esterilización. También estaba el doctor Mengele que, para sus estudios de genética y antropología, realizaba experimentos con niños gemelos e individuos mutilados. Había quien investigaba los efectos de nuevos medicamentos mediante aplicación de sustancias tóxicas sobre la piel de las víctimas o realizando todo tipo de injertos.

Samuel ahogó un grito cuando uno de los presos del Sonderkommando vino a despertarle una helada noche de enero. Lo reconoció por su indumentaria. Tenía un uniforme similar al suyo, pero más reciente que, sin duda, le había arrancado a otro preso. En cualquier caso, no eran harapos como los que vestía Samuel. Le gritó algo que no pudo entender, pero intuyó que se trataba de una pequeña visita de reconocimiento al barracón de la muerte. Y obedeció con la resignación de un condenado a muerte cuya única ilusión es la de vivir a través de la muerte el final de su dolor.

Siguió a aquel hombre, aquel fatídico hombre, hasta lo que parecía un chalet suizo. Era una pequeña casa de madera oscura de un solo piso sin ventanas. Una única puerta custodiada por una pareja de soldados de las SS.

Samuel se encontró sólo en el interior de una sala oscura donde el olor a antiséptico causaba mareo. Permaneció de pie unos pocos segundos hasta que un enfermero vestido con una inmaculada bata vino en su búsqueda. Era un hombre fuerte, con aspecto de luchador. Con lo delgado que Samuel estaba no habría podido hacerle frente y lo irremediable solo habría sufrido una ligera demora. Así que lo siguió hasta una sala adjunta donde una bombilla era la única fuente de luz sobre una sencilla mesa de madera. Parecía un antiguo quirófano despojado de sus equipos médicos que habían sido entregados al ejército para permitir salvar a los soldados que morían a miles defendiendo las fronteras del ahora casi derruido imperio nazi. Estaba oscuro y el olor a lejía le produjo un leve mareo.

Alrededor de él, Samuel pudo ver unas cuantas caras que no logró reconocer porque permanecían en la oscuridad de la habitación. Todos estos individuos, con idénticas indumentarias, le observaban impávidos. Uno de ellos, el que parecía de mayor edad se acercó hasta él y le rogó que se sentará. A Samuel le sorprendió que le hablarán al fin como a un hombre, pero seguía desconfiando. Se subió la manga del brazo izquierdo como le habían pedido y leyó en voz alta el número que llevaba tatuado en el antebrazo. Otro hombre, que hacía las veces de secretario de tan repulsivo comité, apuntó el número en un enorme cuaderno. Tardó un tiempo que le pareció una eternidad en caligrafiar la letra y los seis dígitos que a Samuel le habían marcado con hierro candente en medio segundo unos cuantos meses atrás.

Cuando hubo terminado, todos los presentes se sentaron y Samuel les imitó. El hombre de pelo canoso y modales refinados que le había dirigido la palabra anteriormente estaba frente a él, escudriñándole como el niño que observa codicioso su pastel de cumpleaños antes de comérselo. Samuel pudo fijarse en su cara a pesar de la poca luz que tenía a su alcance. Observó el brillo de los cristales de sus gafas y un leve tic en uno de los párpados. Tenía dos carpetas sobre la mesa, y en cada una de ellas había unas láminas de papel con unos trazos sencillos que representaban el sol, el mar, una estrella, un círculo, un cuadrado y otros motivos propios de un juego de asociación. Samuel estaba intrigado. Quiso mirar

de cerca las láminas, pero no pudo hacerlo porque otro hombre le sujetaba a la silla atándole las muñecas por detrás con una correa de cuero que le dañaba la piel. Otro enfermero se acercó con un plato de barbero y una cuchilla de afeitar. Le cubrió la cabeza de una espuma compuesta a partes iguales de jabón y detergente, y le afeitó la cabeza. Duró unos pocos instantes y el pelo fue cayendo por mechones al suelo. El mismo enfermero lo recogió luego con una pequeña escoba y luego limpió los restos de espuma de la cabeza de Samuel. Acabó de frotarle la nuca con la toalla y luego la humedeció con un rodillo impregnado, pero, ¿para qué?

No era agua, o sí lo era, pero en parte. Era una solución de sales cuyo único propósito era el de facilitar la conducción eléctrica. Y esto, Samuel sólo lo entendió cuando sintió los pinchazos en su nuca de unas finas agujas que luego el enfermero conectó a una máquina de madera situada en una de las esquinas de la sala. Estaba en la parte oscura y no la podía ver con claridad. Sólo pudo ver a aquel hombre cerca de lo que parecía una manivela y entonces lo entendió todo. Le habían injertado electrodos en la piel y la máquina era una fuente eléctrica. Le iban a freír.

El enfermero se retiró volviendo a su sitio en alguna de las esquinas de la habitación cuyas dimensiones Samuel no lograba averiguar. Entonces, el hombre sentado frente a él, el único que parecía conservar un poco de la humanidad que los demás habían perdido, se levantó y con andar suave pero decidido pasó cerca de él para colocarse a su espalda. Samuel sintió su mirada concentrada en su nuca como el cañón de un fusil. Sintió unos ojos pequeños y avispados cuyo brillo atravesaba las pequeñas gafas de cristales redondos y montura metálica que le colgaban de una nariz aguileña. Observaba e iba enumerando imperfecciones y deformaciones. Parecía un reconocimiento visual cuyo fin Samuel no lograba discernir pero que imaginaba atroz.

—¿Recuerda haber padecido alguna enfermedad mental grave? —le preguntó el hombre.

Samuel salió del letargo en el que se encontraba e hizo un esfuerzo por entender la pregunta y luego otro por pronunciar una respuesta.

—No —contestó al tiempo que permanecía con la vista clavada en un punto imaginario perdido en algún lugar de la sala.

—¿Depresión? ¿Traumas? ¿Pesadillas? —seguía preguntando mientras Samuel contestaba repetidos noes.

—¿Recuerda antecedentes de estas enfermedades en alguno de su familia?

Samuel pensó unos segundos. Examinó caras difusas en su memoria y sintió una inmensa pena. Se repuso y volvió a contestar con la negativa.

Acabó el interrogatorio y el médico regresó a su asiento, frente a Samuel.

—Procure recordar las caras de las cartas que le voy a mostrar. Luego le iré presentado una a una cada carta y usted deberá describirme la correspondiente en la otra mitad. —El hombre mayor le miraba con una ligera sonrisa dibujada en los labios. No era una expresión de sadismo, sino la del hombre que se compadece del sufrimiento que le va a producir a un semejante. —No quiero que usted me conteste de memoria, quiero que lo haga atendiendo a su intuición. No sé si me entiende. —No, no le entendía y eso se deducía en su cara. —Verá, cada electrodo que hemos colocado en la parte posterior de su cabeza va a excitar un área determinada de su cerebro. Es el área donde se produce la voluntad del sujeto. Procederemos a inhibir unos cuantos nervios para que usted deje de poseer la voluntad de decir lo que cree que debe decir. Lograremos que diga sólo lo que deseamos escuchar. Creo que ahora sí me ha entendido y, si le parece, procederemos a realizar el estudio.

Samuel no entendía la finalidad de la tortura, pero sí que no le serviría de nada intentar memorizar las cartas porque iba a recibir descargas en el cerebro de todos modos. Entonces entendió que no podría recurrir a su inteligencia, a su memoria, incluso a su intuición para salvar su vida. Su final en este mundo lo había decidido aquel hombre de aspecto respetable que tenía sentado enfrente.

Y durante unos largos minutos vio un sinfín de láminas levantarse y abatirse en la baraja, levantarse y abatirse otra vez, y otra más, con el sonido repetitivo de los latidos de su corazón. Parecía interminable. Sol-estrella, círculo-mar, rayo-cuadrado y más aún. Y ya no recordaba ni la primera pareja, ni siquiera la última. Sólo recordaba los rostros de su familia que ahora tenía en mente. También pronunció en su interior unas plegarias que destinaba a cada uno de ellos. Eran oraciones a modo de disculpa, reconocimiento, esperanza, pero sobretodo amor. Ahora sólo esperaba que toda esta farsa terminase ya.

Ya no había más cartas que mostrar y el enfermero que custodiaba la máquina giró varias veces la manivela produciendo un ruido de

engranajes metálicos como los de un tren que se pone en marcha. La paró, movió un botón con graduaciones hacia una etiqueta roja cuyo contenido leyó en voz alta: veinte miliamperios. Activó un pulsador y Samuel percibió un ligero pinchazo en algún lugar de su cabeza, pero no sabía bien dónde. No sintió nada más, sólo percibió los latidos de su corazón como los sonidos de las pisadas de un caballo desbocado. El enfermero volvió a girar la manivela, graduó otra vez y se volvió hacia el médico a la espera de la señal.

Este levantó una carta de la baraja que tenía a su izquierda. Tenía el dibujo de una estrella.

—¿Puede decirme qué carta forma pareja con ésta, por favor?

Samuel dudó. Iba a contestar cualquier cosa, qué más da, pero el médico no le dejó. Había colocado su dedo índice sobre su boca rogándole silencio. Entonces levantó la carta correspondiente en la otra baraja y la miró sin enseñársela a Samuel. Giró la cabeza hacia el enfermero que estaba frente al generador de electricidad y le dijo un número y una letra. El enfermero localizó el botón cuya etiqueta correspondía a lo que había oído y lo accionó. Entonces Samuel sintió una descarga que le pareció un millón de veces mayor que la primera. Su cuerpo se convulsionó sobre la mesa, los miembros se agarrotaron y sus pensamientos desaparecieron. Sólo sentía dolor. Gimió, pero no gritó, aún quería conservar su dignidad. Pasado un segundo, su cuerpo se relajó y el dolor se fue desvaneciendo poco a poco. Ahora sufría un atroz dolor de cabeza.

—¿Y bien? —le preguntó el hombre que tenía enfrente y que ahora, con la vista nublada, no lograba ver.

No supo qué contestar. Quiso gritar. Quiso tener la fuerza de Sansón y matar a sus carniceros. Pero no pudo y no se le ocurrió nada más que decir lo primero que se le ocurrió.

—Mar.

Samuel no reconoció su voz. Parecía un jadeo. Un sonido débil que había encontrado un hueco dentro de su garganta para salir. Y no supo porque había dicho esto. Tampoco supo si había acertado o no. Como única respuesta logró observar, a través de la cortina que tenía alrededor de sus ojos, al otro enfermero reproducir en su cuaderno el dibujo que había dicho.

Y volvieron a empezar. Y así varias veces. ¿Diez? ¿Veinte? Samuel ya no era el mismo. De algún modo ya no estaba dentro de su cuerpo y no

lograba pronunciar ningún sonido. Había dejado de ser útil para el experimento y quien lo dirigía decidió darle el golpe de gracia.

Ordenó al enfermero que fuera ejecutado. Así, llamo a uno de los soldados de la entrada y juntos llevaron a Samuel agonizante fuera del barracón. Hacía mucho frío fuera, pero esto, Samuel, ya no lo percibía. Anduvieron unos pasos y alcanzaron una tapia que separaba el horno número cuatro del resto de los barracones. Dejaron a Samuel en el suelo y a éste le entró mareo, se giró como pudo y vomitó una mezcla de bilis y agua. Entonces el soldado empuñó su pistola. Un solo disparo le bastaría, debía ahorrarse la munición.

Samuel se desvaneció en una fina nube de humo que le salía de la cabeza y en olor a carne podrida. Samuel había muerto aquella noche de frío invierno en un lugar en el que nunca había estado antes.

Luego, dos miembros del Sonderkommando retiraron su cuerpo inmóvil y lo arrastraron hasta el horno colocándolo donde yacían otros cadáveres. Todos aquellos hombres habían muerto esa noche y serían incinerados al día siguiente. No era necesario dejar huellas de tal barbarie.

Mientras tanto, el médico que había supervisado el experimento cogió el cuaderno donde se habían tomado nota de los resultados y pudo leer que, de diecisiete pruebas realizadas, doce tuvieron éxito. Era esperanzador, pensó.

—¿Traemos otro voluntario? —preguntó uno de los enfermeros a su regreso del improvisado depósito de cadáveres.

El médico parecía cansado. Llevaba varios meses practicando este experimento y no lograba alcanzar unos resultados que poder mostrar a la junta de investigaciones científicas del III Reich. Colocó sus pequeñas gafas en su estuche de cuero que luego guardó en uno de los bolsillos de la bata. Ajustó el nudo de su corbata que llevaba algo desairado debido al cansancio. Por último, espantó una inexistente mosca que parecía colgarle de uno de los hombros con la mano y bajó la vista hacia sus zapatos.

—No. Pueden acostarse —contestó.

—Bien, doctor Hautmann.

Los enfermeros salieron de la sala y el médico juntó algunos papeles y su cuaderno y colocó todo ello en un pequeño maletín. Se levantó de la silla y suspiró mientras se quitaba la bata y la dejaba colocada en desorden sobre la mesa. Ya estaba solo cuando sintió alguien entrar en la sala. Se volvió y reconoció a unos de los oficiales del campo. Su presencia

no le produjo ninguna sorpresa. Eran amigos y a éste le encantaba presenciar los experimentos del médico apreciando el exquisito refinamiento que éste aplicaba al sufrimiento humano.

—Parece cansado, Herr. Doctor —saludó el oficial.

—Se está haciendo tarde. Hoy he practicado diez experimentos y ninguno me ha satisfecho del todo. No sé, querido amigo, creo que ando un poco perdido.

—Y, sin embargo, todos tenemos fe ciega en usted.

—Me halaga —repuso el médico con sonrisa burlona.

El oficial cerró la puerta de la sala y los dos hombres se quedaron de pie.

—Tengo malas noticias, Karl —dijo—. Ya sabe que pienso que la guerra está perdida y no tengo ni idea de lo que sigo haciendo aquí. Bueno —prosiguió recobrando ánimos—, los rusos están a unos pocos kilómetros de aquí y no encuentran mucha resistencia. Calculo que, a más tardar, estarán aquí a principios de la próxima semana. Esta mañana hemos empezado a evacuar a los detenidos que quedan en el campo y los llevamos a otros campos. Temo que los que queden serán fusilados en breve. Yo, personalmente, he recibido órdenes del Obergruppenführer y debo volar por los aires todos los barracones del campo, en particular los hornos y las cámaras. Parece que el trabajo que realizamos aquí y que debía hacerse, aún lo pienso así, no sería apreciados por los rusos. Tal vez porque muchos de los que han muerto aquí eran precisamente rusos.

—Lo imaginaba —repuso el doctor como abstraído de la realidad—, esta noche he podido oír algunas explosiones a lo lejos. ¿Cree que debemos poner en práctica nuestro plan de fuga?

—Sí. Esta noche debe marcharse. La ruta hasta el norte está aún despejada pero no sé cuánto tiempo seguirá así. En el puerto, hay un mercante finlandés que parte por la mañana con rumbo a España. Si sale ya, tendrá tiempo de subir a bordo. ¿Seguro que sigue pensando en España?

El médico asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—No sé —prosiguió el oficial—. Algunos de sus compañeros han escogido Sudamérica. Dicen que allí nadie les encontrará jamás. Pero confió en que sepa lo que hace.

—España está más cerca —aclaró el doctor—. Su régimen político es favorable al nuestro y además no entró en guerra. Los aliados no la

invadirán nunca. Créame, es el mejor destino visto las circunstancias.
Aquella noche, varios carniceros escaparon y desaparecieron.

Primera Parte

2

Madrid, otoño de 1999

Aquella noche, Antonio regresó a su pequeño apartamento cerca del estadio Santiago Bernabéu, como lo llevaba haciendo todas las noches tras su separación de Susana, su mujer. Habían pasado ya varios meses desde el drama, pero la seguía añorando como si todavía no hubiese asumido su soledad.

La seguía amando como el primer día que la conoció, y no entendía porque había decidido dejarlo para ir a vivir con aquel hombre. Aquel hombre, decía, que la mimaba más que su propio marido, y que estaba allí para consolarla cuando se sentía sola.

Susana intentó explicarle que no podía seguir a su lado, esa tensión provocada por largas esperas cuando acudía a algún servicio nocturno o practicaba una redada.

Eran demasiadas las noches que pasaba en vela aguardando una llamada, el ruido metálico de las llaves abriendo la puerta de la casa. Vivía la soledad de su angustia temiendo con horror la siempre fría llamada telefónica de un compañero anónimo anunciando la muerte de su marido en acto de servicio... Muerto a balazos por algún chulo que protegía a una de sus prostitutas, o por un camello que se resistía a entregar su mercancía. Acto heroico recompensado con la muerte.

Iban a cumplir su quinto aniversario cuando ella tomó la decisión que arruinaría su vida. Antonio no lo había presagiado, no hubo peleas ni discusiones, sólo las típicas riñas de los amantes. Pero su mujer había estado meditando todo en silencio encerrándose como una almeja, ajena visiblemente a los sentimientos de un marido que la amaba.

Era su forma de ser, siempre tan introvertida. Una forma de ser que Antonio respetaba e incluso aceptaba, aunque a veces le costaba tanto hablar con ella como librar una batalla contra un ejército. Pero ese alejamiento lo compensaba con un comportamiento, a veces divertido y

espontáneo, notable contradicción con su verdadera personalidad. Era del todo imprevisible y seducía a quien la conocía.

Pero, por encima de todo, Antonio se había rendido ante su belleza. Era una mujer atractiva, con una bonita figura donde predominaban sus largas y bonitas piernas, muy comunes en las mujeres de gran estatura. Su trasero sin imperfecciones era el lugar de su cuerpo que a él más le gustaba, incluso por encima de su busto que, tal vez, era la parte menos bonita de su fisonomía. Era su rostro, cara de ángel decía él, lo que conquistaba a las personas que la conocían. El pelo largo y negro oscuro típico de la mujer latina. Sus ojos verde aceituna escondían cierto misterio y fascinación por todo lo que observaban. Allí donde fuera, Susana dejaba huella de su paso.

Era ayudante de un prestigioso abogado y su sacrificio por el trabajo la obligaba a renunciar a su juventud y a la diversión. Por eso, conocer a Antonio supuso una revolución en su vida. Aunque algo mayor que ella, era el hombre que la había hecho reír, con el que le gustaba estar. Cuando empezaron a salir, empezó también a dejar de ser la esclava del trabajo que era encontrando en Antonio una razón para vivir. Pero siguió en el pequeño bufete que la contrató nada más acabar la carrera de derecho. Allí seguía ahora apartada de la persona que, durante un tiempo, fue el centro de su vida. Tal vez porque lo amaba más que a nadie, tenía que dejarlo. Porque era cierto que lo seguía amando, y también era cierto que seguía sufriendo. El amor tiene estas extrañas paradojas que lo hacen tan fascinante.

En el despacho, un joven y apuesto abogado sin escrúpulos, recién licenciado y con ganas de comerse el mundo, no tuvo reparos en seducirla pese a su condición de mujer casada. Susana acabó rindiéndose a sus encantos y una pequeña aventura dio paso a otra más intensa, y a otra, y a otra, y el fuego de sus cuerpos se consumía en sus sentimientos. Se convirtieron en amantes y, en tan sólo dos meses, Susana decidió romper con su vida y marcharse con aquel chico que, sabía, no suponía ni supondría nunca nada, pero que la ayudaría a acabar con esta amarga etapa. Ella no sabía qué rumbo tomaría su vida, pero si de algo sí estaba segura es de que Antonio jamás volvería a formar parte de ella.

Con todo esto, Antonio atravesaba aquella típica etapa de depresión de los cuarentones separados que al fin entienden, o deben entender, que nada podrán hacer para volver a disfrutar de una vida familiar y que están

condenados, al menos durante un tiempo, a la soledad. Aquella especie de hombres tristes y solitarios estaba en aumento como una plaga sin remedio. Parecía como si el mundo andase loco engendrando personas desgraciadas. Un mundo al que Antonio debía seguir perteneciendo, pese a todo.

Tras unos meses nefastos, se enganchó de nuevo a su trabajo, era una oportunidad de rehacer su vida, decían, y debía aprovecharla, tal vez porque era ya lo único que le quedaba. Cumplía con una jornada de casi doce horas, muchas de las cuales las pasaba en la calle en busca de algún soplo que le permitiera meter entre rejas a algún maleante. Acabado el día, volvía a su nueva casa, se duchaba, tomaba un calmante y se acostaba. A veces lo acompañaba de un vaso de ginebra o de vodka previamente adquirido en una tienda 24 horas. Ahora más que nunca, necesitaba huir de la realidad. Una huida que le costaba demasiado esfuerzo.

Aquella noche sería una más, otra más, otra noche sólo en su apartamento donde volver a clavar la mirada en las sombras del techo, acostado sobre la cama preguntándose aún qué había fallado en su relación sentimental. Tantas preguntas sin resolver y la mirada fija en las pequeñas grietas que dibujaban siniestros juegos de luces y sombras.

Tonio, como sus amigos le llamaban, abrió la puerta de su apartamento con un pequeño golpe de hombro. Era otoño y la humedad provocaba un aumento del tamaño de la cerradura que hacía difícil abrirla sin un pequeño esfuerzo. Había encontrado la solución: un pequeño golpe que solía despertar a sus vecinos, cuando llegaba de madrugada, quienes nunca se atrevieron a quejarse sabiendo que era inspector de policía.

Entró en su casa sin ganas como el animal malherido que se esconde para agonizar. Arrojó el llavero en el interior de un pequeño cenicero de bronce en forma de bola. Se desprendió de su cazadora y la colgó en desorden sobre uno de los sillones del pequeño salón. Se acostó en el sofá y encendió el televisor ayudándose del mando a distancia que tenía siempre al alcance de la mano. Aprovechó para desaflojar su corbata, aún no era hora de quitársela del todo, sólo necesitaba dar un pequeño margen de libertad a su cuello. Se percató entonces de que la llevaba puesta ya tres días seguidos. ¡Qué más da! La volvería a poner la mañana siguiente. Su declive se hacía ya notar entre sus compañeros de trabajo quienes ya habían dejado de invitarle a sus pequeñas fiestas. En una profesión en la que, a menudo, se rozaba el peligro, era normal recurrir a sanas, y no

menos sanas, distracciones. Eran efímeros momentos de gozo y alienación.

Cambiaba de canal con la ligereza de quien comete un acto inconsciente y apenas se fija en lo que ve. Sólo cumplía con el ritual. Una serie de gestos, de costumbres, que repetía noche tras noche desde que ella le dejó. A veces creía verla, la confundía con alguna presentadora, o la protagonista del culebrón de turno, o la niña mona que aconsejaba el uso de una fragancia muy femenina.

—¡Qué mierda de televisión!

Apagó el televisor y se dirigió a la ducha. Se fue quitando la ropa arrojándola sobre el inodoro, y dejó correr el agua. Tardaría algo de tiempo en volverse caliente, el tiempo suficiente para contemplarse en el espejo y acertar en adivinar quien era el hombre que veía enfrente de él. Volvió a observar detenidamente la cicatriz en la mejilla y recordó el día en que cometió su primer fallo profesional: dejar que un delincuente al que iba a detener le hiriera con su navaja. Bajó la vista como avergonzando no ya por aquella pequeña cicatriz sino por sus consecuencias. Hicieron falta miles de informes e investigaciones para aclarar las circunstancias que llevaron a la muerte a golpes al hombre que le había herido. Tras una suspensión cautelar de dos meses, Antonio fue reincorporado al cuerpo, libre de cargos, pero no de sospechas. El tribunal había archivado el caso aceptando la defensa propia. Pero se seguía considerando un asesino. En su memoria perduraba el odio que había sentido por aquel hombre y su determinación por matarlo. Pero no le quitaba el sueño, ya no. O tal vez nunca se lo quitó. Como todo buen policía con varios años de servicio, había aprendido a despreciar a la mala gente con la que se relacionaba. Hizo una mueca y escupió en el fregadero.

Abrió el grifo y se mojó la cara en un desesperado e inútil intento de reavivar su rostro. Volvió a contemplarse en el espejo y volvió a notarse viejo y cansado. Entonces dirigió la mirada hacia sus manos, seguían siendo las mismas. Ellas, en cambio, no habían sufrido el notable deterioro físico que se veía en su cara. ¿Cómo coño podéis seguir inmunes a lo que me pasa?

El agua de la ducha ya estaba caliente, Antonio aprovechó el momento para terminar de desnudarse y se colocó bajo la ducha. El chorro era bastante débil pero suficiente para su propósito. Corrió la cortina detrás

de él y cerró los ojos mientras una lluvia caliente le caía por todo el cuerpo.

Driiiiing.

Sonó el teléfono.

—¡Maldita sea!

Driiiiing.

El timbre era más insistente como si quien llamaba supiera que había alguien allí esperando a descolgar. Entendió que debía ser una llamada de la comisaría, ¿quién sino podía llamar a casa cuando eran ya cerca de las once de la noche?

Se envolvió con la toalla.

Driiiiing.

Salió con prisa de la ducha sin secarse del todo y mientras iba chorreando agua por donde pasaba, se dirigió al teléfono y lo descolgó.

—¿Sí? —contestó con un ladrido.

—Tonio, soy Luis —escuchó por el auricular—, nos han dado un soplo sobre el pesetas. Le han visto aparcado por Cuzco y ofreciendo caballo a las fulanas. Esta vez tenemos al cabrón bien cogido por los cojones. No se nos escapará. ¿Te apuntas a la caza?

Luis también trabajaba en la comisaría de AZCA y, como Antonio, había finalmente preferido los correteos nocturnos a la apacible vida familiar. Estaba casado o solía estarlo, o alguna vez lo estuvo, ¿qué coño importa? Era otro de tantos agentes que no habían conseguido retener a sus esposas y que habían vuelto a la eterna soltería.

—Pasa a recogerme ahora mismo, vamos a coger a este hijo de puta.

Hacia un par de semanas ya que los dos policías andaban en busca de un hombre que conducía un taxi como tapadera para proporcionar droga a prostitutas y proxenetas. Frecuentaba las zonas de prostitución callejera y aparcaba como si fuera a recoger a alguien que llevar al aeropuerto. Colocaba el cartel *Taxi Ocupado* y esperaba a que algún cliente subiera al coche. Allí mismo y a escondidas de miradas indiscretas se practicaba la venta de cocaína y hachís. La brigada de narcóticos andaba demasiado ocupada con los traficantes a gran escala, sobretodo las familias gallegas y las bandas sudamericanas, y cedía algunos expedientes relativamente sencillos a las comisarías de distrito. Uno de ellos apareció en la

comisaría de AZCA donde trabajaban Antonio y Luis. Antonio era algo novato en el comercio de las drogas, pero todo un experto en crímenes. Por su parte, Luis lo sabía todo sobre drogas y maleantes.

Luis llevaba años en las calles entre la gente más desfavorecida y a diario debía enfrentarse con la triste realidad de la infelicidad. Asistió impotente a la muerte de una joven, casi una niña, a causa de la droga adulterada. Aquella noche juró vengar a la pobre chica que había crecido demasiado rápido, tan rápido que se le olvidó disfrutar de la vida.

Antonio había sido como un alumno cuando llegó a la comisaría y tal vez por ello Luis era el único compañero que le tenía aprecio. Le conocía mejor que nadie, supo todo acerca de su vida personal, su separación y posterior depresión. Ahora, los papeles se habían invertido y Luis dependía oficialmente de Antonio, aunque ambos omitieran sus grados jerárquicos en su relación.

Antonio tardó poco tiempo en volver a vestirse dejando de lado, claro está, la corbata que llevaba tres días poniéndose. Optó por una indumentaria más práctica y apropiada para la noche: unos téjanos, zapatillas deportivas, una camisa blanca sin planchar y su inseparable cazadora de cuero negro que le brindaba un aire feroz.

Consultó su reloj: eran las once. Se acercó a la ventana y leyó la marca que el nivel de mercurio alcanzaba en el termómetro que colgaba sobre el marco. Casi veinte grados. Era una temperatura muy alta para una noche de otoño, pero los cambios climáticos, los veranillos del santo de turno, el niño cabreado, producían esos efectos. Antonio, sin embargo, no guardó su cazadora en el armario. La llevaba siempre consigo como el rancho que no se separa de sus botas de montar. Era amplia y tenía tantos bolsillos como botones y cremalleras. Podía esconder lo que quisiera en ella, desde pruebas de un crimen hasta la placa, documentación, armas requisadas o incluso el revolver que nunca llevaba con él. Era como un gigante clasificador donde nada se perdía y donde todo se encontraba, con tiempo, pero se encontraba al fin.

Bajó a la calle y observó los pocos coches que circulaban buscando el de su compañero que no tardaría más de dos minutos en aparecer. Era ya algo tarde para ir paseando por la calle sobretodo porque, la noche caía, las bandas callejeras aparecían como las moscas atraídas por la miel.

A lo lejos reconoció el Renault 19 blanco sucio y destartalado. Se trataba de un vehículo policial camuflado y, por lo tanto, provisto de

luces, alarma y radio escondidas. La policía procuraba renovar su parque de coches camuflados adquiriendo aquellos vehículos que más pasaran inadvertidos entre la delincuencia. Sin embargo, poco tiempo pasaba antes de que empezaran a ser reconocidos. Cuando habían perdido su anonimato, se procedía a cambiarles el color y las placas, y a destinarlos a otros barrios con lo que conseguían llevar a cabo una rotación constante que despistaba a los traficantes.

El coche alcanzó la acera donde se encontraba la casa de Antonio y se detuvo bruscamente. La maniobra fue tan rápida e imprevisible que originó protestas en los demás conductores que hicieron exagerado uso de sus bocinas para expresar su descontento. A Luis no le importaba para nada los bocinazos incluso los insultos que a veces acompañaban sus violentas reacciones al volante, era su manera de vivir. Como única respuesta emuló el gesto de la masturbación con su mano colgando por la ventana.

Antonio abrió la puerta a la derecha del conductor y entró en el coche sentándose como pudo. En aquel vehículo abundaban los desperdicios en forma de envoltorios con restos de comida, esencialmente chocolate, bolsas de plástico con restos de sándwich de chorizo o atún, latas vacías de bebidas refrescantes, periódicos de fechas atrasadas, incluso algún chicle, ya masticado, pegado cerca de la guantera.

Luis estaba echo todo un cerdo, pero esa faceta, aunque repulsiva, no le importaba a Antonio. Era un hombre bueno y su aspecto poco cuidado, así como el desorden que lo rodeaba añadía el toque romántico a su personalidad. Luis era más bien bajito, con una barriga digna de un Buda feliz, la ropa ancha que, aunque cambiara de vestimenta a diario, seguía siempre un mismo patrón: camisa a rayas manchada de grasa y pantalón de franela color marrón también con manchas de dudoso origen cerca de la entrepierna y, en invierno, un jersey agujereado con botones en la parte delantera. Y, para colmo del Adonis, una pequeña calva que iba ganando terreno poco a poco. Sus compañeros solían tomarle el pelo ,nunca mejor dicho, bromeando acerca de su alopecia, ataques que él mismo respondía amparándose en un estudio científico que achacaba la calvicie a un exceso de hormonas masculinas. Soy más macho que todos vosotros, ¡maricones!, les contestaba.

—El soplo lo dio el Maruñas —comentó Luis mientras introducía un dedo rechoncho y peludo en unos de sus orificios nasales, —avisó a un

coche de la policía municipal. Esos llamaron a comisaría. Me dieron el aviso enseguida cuando iba patrullando por Fernández Villaverde.

El Maruñas era el apodo de un proxeneta que se había convertido en confidente de la policía para gozar de la simpatía de los agentes a quienes pedía no molestar a sus chicas. Controlaba a tres jóvenes prostitutas que deambulaban calle arriba calle abajo mientras él tomaba nota de las matrículas de los coches de los clientes con los que se iban. El comercio del sexo se había vulgarizado, popularizado, hasta el punto de que ya no era materia punible.

Más que importunar a sus chicas, la policía les ofrecía cierta seguridad de cara a robos y clientes violentos. Había quien consideraba a los agentes del orden como encubridores de putas y chulos. Pero eran los mismos que aprovechaban cualquier ocasión para criticar a esos mismos agentes. No obstante, más que fomentar, protegían un colectivo de personas que vivían de satisfacer los instintos primarios de los hombres. Un colectivo que llevaba siglos practicando esta profesión y que la reivindicaba como un bien social. Luchaban por acallar las bocas hipócritas de quienes les juzgaban y degradaban. Al fin y al cabo, ¿quién no comercia consigo mismo?

A cambio de un poco de protección, los agentes procedían a pequeños controles de identidad, más que nada por seguir un poco de cerca la evolución de las chicas y recoger información sobre delitos mayores. Siempre había alguien que revelaba la identidad de algún camello o de un chulo violento que poder arrestar. Algunas meretrices seguían controles más estrictos y se debía a su origen. Procedían de países latinoamericanos o africanos y habían entrado de forma ilegal en el país. A menudo eran detenidas y, tras declarar ante el juez, eran devueltas a sus países. El Maruñas tenía dos dominicanas y se había vuelto confidente en parte para preservarlas de la deportación.

Un día descubrió con horror que una de ellas se había enganchado a la cocaína y había dejado de captar clientes. Su afición por esa droga la condujo a solicitarla al taxista misterioso. Cuando el Maruñas lo descubrió quiso zanjar el asunto con un navajazo en la tripa del camello, pero le faltó valor. Pegar era una cosa, pero matar... Era mejor que el trabajo sucio lo llevaran a cabo sus amiguitos de la policía.

—¡Joder! —exclamó Luis mientras el dedo rechoncho y peludo ahondaba en las fosas nasales para aliviar algún insoportable y molesto

picor en la oreja—, están los bares repletos de jóvenes que beben como locos. En uno vi a una tía, ¡qué buena estaba la cabrona! Me paré para mirarla. Mira, veinte añitos, alta y delgada, una delantera así de redondita —se llevó las manos delante de su abdomen para mostrar la forma del pecho de la chica que había visto al tiempo que seguía conduciendo por el cinturón subterráneo de AZCA buscando la salida de Capitán Haya—. Había unos tres tíos que se la estaban intentando ligar justo cuando me llamaron de la central, hay que joderse...

—¿Se fueron de allí? —preguntó Antonio a su compañero quien conducía con cierta prisa hacia la zona donde se practicaba la prostitución.

—¿Quienes? —preguntó Luis volviendo a la realidad.

—Los municipales. Si nuestro hombre los ve se largará y no podremos detenerle.

—Ya. No lo sé. —Luis permaneció un segundo pensativo, tiempo que aprovechó para pellizcarse la entrepierna. —Espero que ya no sigan allí sino, la habremos cagado, ¿no?

Un deportivo rojo emergió de la nada a la izquierda de donde iban conduciendo y les cortó el paso para esconderse en una de las calles que comunicaban con la Castellana.

—Como me gustaría poder darle caza a este cabrón presumido —opinó Luis—, le detendría y le ordenaría chupármela delante de su chica.

—Siempre y cuanto lo consiguieras alcanzar, ¡menudo degenerado eres! —repuso Antonio con ironía.

—Anda ya, con el tiempo que llevamos juntos, parece mentira que aún no te hayas dado cuenta de que soy el amo de las calles, el rey del asfalto madrileño.

A Luis le produjo satisfacción su respuesta y quiso recalcar lo dicho con algún gesto pertinente pero no se le ocurrió nada así que volvió a rascarse la oreja y a meterse a perforar la nariz.

Alcanzaron la zona de Cuzco.

Además de los ya conocidos lugares de prostitución en las grandes zonas verdes de Madrid como la Casa de campo y el parque del Oeste, también había varias zonas urbanas como las ya legendarias calles de la Ballesta y Montera donde se concentraban las fulanas baratas e indeseables. Cuzco también era una zona urbana, tal vez la más frecuentada por los coches, donde las mujeres que esperan captar algún

cliente conviven con transeúntes y curiosos, con inquilinos de los dos grandes hoteles que están en la zona y con todo tipo de animales nocturnos peligrosos bajo forma de adolescentes bebidos y violentos que se meten con ellas insultándolas y arrojándolas todo tipo de basuras.

La zona ocupaba dos manzanas en cuyos cuatro lados se repartían las chicas siempre ocupando los mismos puestos que se reservaban siguiendo un estricto código de honor que se habían implantado entre ellas. Vivían asustadas, a más de una la habían robado o pegado, incluso ya se había cometido un crimen aún hoy sin resolver. Desde entonces se ayudaban unas a otras avisándose de posibles peligros y evitando acompañar a sus clientes a descampados solitarios donde hacerles el servicio que habían contratado.

Las prostitutas estaban aparcadas como coches en la vía pública haciendo gestos y esgrimiendo sonrisas sensuales y eróticas a los conductores. Cuando un coche se paraba, una de ellas se acercaba y entablaba conversación con el conductor. Entonces, y debido a la postura que tomaba al asomar la cabeza por la ventanilla, los otros hombres que circulaban por la acera se detenían cerca para contemplar su trasero y sus piernas. Casi todas las chicas vestían falda muy recortada y, en aquella posición, mostraban lo más íntimo de su cuerpo. Otros hombres preferían acercarse a pie para verlas mejor y dialogar con ellas. Otros, más osados, aprovechaban el momento para acariciarles alguna parte del cuerpo, a menudo empezaban por el trasero y rápidamente alcanzaban el sexo donde ejercían un poco de presión con los dedos. Ellas siempre contestaban con una advertencia o una bofetada. Entonces se acercaba el chulo de turno a indagar lo que pasaba. ¡La mercancía se mira, pero no se toca, capullo! El cliente atrevido se disculpaba y se marchaba, esto cuando el proxeneta estaba de buen humor. Pero casi nunca era el caso, el gesto se cobraba en metálico y el picarón tenía que soltar unos pocos billetes que le servirían de lección.

Los dos policías no tardaron en ver el coche de la policía municipal que aún seguía allí, pidiendo la documentación a las prostitutas que por estas horas ofrecían sus servicios.

Luis exhaló un suspiro. Sin embargo, tal vez aún era pronto para perder la esperanza. Dieron la vuelta a la manzana para acercarse por el lateral de la Castellana donde en otros momentos había sido visto el taxi

que buscaban. No vieron nada. Se había esfumado y no quedaba huella de su presencia. Sin duda alguien le había avisado.

Tampoco vieron al Maruñas con el que les habría gustado tener una pequeña charla. Se acercaron a una de sus chicas. Se llamaba Isabel y era de León. En una ocasión, el Maruñas le había contado todo acerca de su desgraciada vida a Antonio. Pensó que era una manera de que policía y prostituta intimaran. Sólo buscaba su confianza.

Isabel tenía veintiún años y llevaba ya cuatro en la calle desde que decidió escaparse de su casa donde sus padres se peleaban a diario. Pero llegó a soportar estas riñas continuas entendiéndolo que eran momentos desagradables que daban paso a otros mejores. Su padre había empezado a beber como para olvidar el tiempo que llevaba buscando trabajo y los escasos recursos que tenía. Un obrero de la construcción vago y alcohólico no tenía muchas posibilidades en una pequeña ciudad. Las riñas se habían vuelto más violento. Agarraba cuanto encontraba en su camino y lo arrojaba a su mujer o a alguna de sus hijas. Las hacía responsables de sus problemas, era más fácil que culpase a sí mismo. Las peleas acababan como siempre con el llanto de las mujeres y las disculpas del hombre. En alguna ocasión llegó a brotar sangre de las palizas que las propiciaba, entonces juraba que nunca volvería a beber. Pero lo volvía a hacer. Los episodios empezaron a tener peor final. Harto de romper el poco mobiliario que tenía, agarraba a su mujer y la destrozaba el vestido a la vez que se bajaba el pantalón. La violaba con bestial violencia delante de sus hijas quienes se escondían detrás de algún mueble. Ella ofrecía resistencia, pero entendiéndolo que era inevitable, se dejaba humillar. Sólo se debatía para que él se sintiera más macho, más bruto y tuviera mayor placer, era su deber de esposa, o así lo entendía. Pero aquella familia siguió degenerándose. Isabel, que era la mayor, empezó a salir con amigos y a volver tarde con la esperanza de escapar de la barbarie de su padre. Sólo así podía seguir viviendo. Pero él la esperaba y la proporcionaba brutales bofetadas. Violencia que soportaba con resignación pero que no la impedía volver a salir. Llegó el peor día de su vida. Un joven con el que inició una relación se enteró de lo que su padre le hacía y estimó que su deber de hombre era el protegerla. Volvieron juntos a casa con la esperanza de acabar con la violencia del padre. Pero se equivocaron. Su novio acabó saliendo de casa corriendo para evitar la tormenta que sobre él se abatía. El padre, cuando hubo acabado con aquel mocoso se volvió

hacía ella, le tocaba pagar por su falta de respeto. Pero no la pegó, la desvistió desgarrándole la ropa como lo hacía con su madre y cuando se hallaba totalmente desnuda la violó. Estimaba que poseer a su hija la haría entender quien mandaba en la casa y a quien debía temer, más que obedecer. Ni siquiera su madre tuvo fuerzas para evitar el crimen. Abusó de ella delante de sus otras hijas para que tuvieran conciencia de lo que les esperaba si seguían el mismo camino. Pero Isabel no reaccionó, su cuerpo inerte sufría el incesto y su padre se enfureció. Entonces la pegó con tal violencia que él mismo se hizo daño. Su madre la llevó a un centro de urgencias sin revelar la identidad de su agresor. Allí tuvieron que coserle la vagina y recomponerle la cara. Cuando estuvo mejor, Isabel se lanzó a dedillo por la carretera y a ofrecer su cuerpo a los camioneros que la llevaran lejos de su casa, lejos de su vida. Le pareció normal seguir vendiendo su cuerpo para vivir. De alguna forma su padre la había introducido en el mundo de las putas.

Antonio pulsó el botón del elevallunas eléctrico y la llamó. Isabel se acercó con un andar insinuante, el que usaba para atraer a posibles clientes. No se daba cuenta de que sólo la hacía más vulgar, más puta. Se había vuelto a poner su minifalda favorita para enseñar las piernas, principal atractivo de su cuerpo y, por lo tanto, evidente reclamo de sus favores. Aún en los días de más frío, recurría a esta ropa convencida de que los hombres sólo se le acercaban cuando enseñaba algo. Llevaba una camiseta ajustada que dejaba abierta hasta el ombligo dando libertad a sus senos para emerger del escondite. No era una mujer bonita, pero tenía cierto encanto y no se maquillaba en exceso como sus otras compañeras. Antonio había sentido en algún momento ganas de poseerla, cosa que habría podido hacer sin pagar pero que la habría otorgado a la muchacha cierto poder sobre él.

Isabel se apoyó en la puerta del coche para entablar conversación. Lo hacía con todos los coches que se acercaban a ella. Eran los contactos preliminares. Un coche que les venía siguiendo y que también estaba interesado en las chicas que allí se vendían frenó bruscamente para no embestir el automóvil de los dos policías. Antonio señaló el botón de las luces de stop con evidente gesto de reproche y Luis las pulsó para indicar a los demás coches que estaba parado.

—¡Hola! ¿Te animas a pasar un rato en mi...? —Su rostro cambió por completo cuando reconoció a los policías, y su sonrisa desapareció

dejando lugar a una mueca de cansancio.

—¿Cómo estás chata? —preguntó Antonio.

—¡Joder, los maderos! —imploró el cielo con sus ojos castaño oscuro —¿Qué os trae por aquí?

—No nos faltes al respeto, mona. Buscamos a tu chulo. ¿Sabes por dónde anda? —le preguntó Luis a la vez que se fijaba en su, al parecer, voluminoso busto. Muchas de ellas usaban sujetadores especiales que realzaban sus figuras añadiendo un par de tallas a sus pechos. A veces lo que dejaban ver sólo era una ilusión. Sin embargo, el panorama parecía gustarle a Luis a juzgar por el recorrido insinuante de su lengua por los labios.

—¿No está cerca del banco más abajo? —Echó una mirada y alzó los hombros al no verle merodeando dónde solía estar. —Entonces seguramente estará tomándose una hamburguesa en el chiringuito al lado del hotel.

—¿Has visto tú al pesetas que tanto le trae de cabeza? —preguntó Antonio con la esperanza de encontrar algún indicio sobre el paradero del hombre que habían venido a cazar.

—No chico, vi hace unos minutos un taxi parado un poco más arriba, subió una persona, una vieja, creo, y se fue enseguida. Era un skoda, pero no creo que fuera el que buscáis.

No, no parecía que se tratara del que buscaban y el hecho de que fuera el modelo de coche más popular entre los profesionales del taxi tampoco iba a ayudar en nada. Así que los dos hombres entendieron que se trataba de una falsa alarma y que ya no era necesario seguir perdiendo tiempo allí mismo.

—¿Cómo andas de trabajo esta temporada, hermosa? —dijo Antonio cambiando de conversación.

—Esta la cosa muy chungu, tío. Aunque no puedo quejarme porque yo siempre consigo hacerme un par de clientes por noche. Pero hay otras que se tiran toda la noche aquí y nada, ni un puto duro. Ves esa pelirroja más abajo —preguntó señalando a una prostituta más bien fea, gorda y sucia que se acercaba a todos los coches parados allí mismo en un desesperado intento de conseguir dinero—, me produce algo de pena porque no encuentra quien la folle.

—No me extraña —repuso Luis con una mueca de repugnancia al tiempo que Antonio le miró pensativo. Observó por un momento que él

también era repulsivo, como la chica. Harían buena pareja estos dos puercos fornicando en el campo, pensó.

—Pero está todo hecho una mierda —prosiguió Isabel al tiempo que observaba a las demás compañeras—, ya hemos tenido que bajar los precios y hacemos un poco de todo. Es la ley. Lo que me da por culo, es que la mayoría de los tíos que vienen a vernos saben que nos va mal la cosa y lo aprovechan para regatear. Esto me jode, coño, porque ya nos cuesta acostarnos con ellos y aguantarnos el vómito como para que además se crean chulitos y se aprovechen de nosotras. ¿Te puedes creer —añadió como indignada— que el otro día un chaval de dieciséis años montado en un Vespino me preguntó cuánto le pagaría yo a él para cepillármelo? Cuando le contesté que yo no pagaba, sino que cobraba, el muy hijo de puta me dijo que por ser una chica mona me la metería por el culo y que me arrancarían gritos de placer. Anda y que te folle tu madre le dije. ¡Vaya con el señorito!

—Vale hermosa —agradeció Antonio—, si no encontramos a tu hombre, dile que andamos buscándole.

—Seguramente se alegrará de saberlo —añadió ella con ironía.

—Abrígate, que te vas a resfriar.

Los dos policías se echaron a reír. Aunque Antonio no lo decía en broma porque en el fondo sentía un poco de aprecio, un afecto casi paternal, por esta mujer. Quería que ella dejara este mundo cruel y traicionero en el que se había metido, pero ¿dónde encontraría un trabajo con el que hacerse diez o veinte mil pesetas por noche y donde no te piden que sepas inglés, manejar un ordenador y dejarte meter mano por el jefe? La prostitución tenía esta cara a la vez dulce y amarga que hacía que quien la probara no pudiera renunciar nunca a ella.

—Eres como un padre para mí. A ver cuando te acercas una noche y nos montamos un numerito los dos. Te la comeré como nadie, guapetón.

—La chica volvió a erguirse y echó una mirada a los coches que formaban cola detrás esperando consultar precios y favores con ella. —Venga chicos —añadió—, ¿por qué no os abríis y me dejáis seguir con mi trabajo?

Luis arrancó y se dirigió hacia el Burger donde tal vez encontrarían al chulo. Aunque le sorprendía que no les esperara en la calle para indicarles donde estaba el taxista.

—Déjalo, de nada nos sirve hablar con él ahora.

Antonio deseaba regresar a casa y acostarse. Por lo contrario, Luis tenía el turno de noche y seguiría dando vueltas. Ya era la tercera vez que intentaban detener al conductor del taxi fantasma. Se lo habían empezado a tomar como algo personal, como un desafío que sólo un héroe mitológico podría resolver. Sacarían fuerzas de lo más profundo de ellos mismos para acabar con el que, por aquellos momentos, habían identificado como el enemigo público número uno.

—¿Estás seguro de que no quieres verle? —preguntó Luis con malicia al tiempo que esparcía con un chasquido de dedos la porquería recogida en la oreja.

Acababa de ver al proxeneta frente al hotel disponiéndose a cruzar cuando el semáforo le dejara. Volvía con sus chicas. El coche se detuvo frente a él y al reconocer a los dos policías, el Maruñas abrió la puerta trasera para entrar en el coche soltando una ruidosa carcajada.

—¿Cómo andan mis dos polis favoritos?

Sonrió mostrando una boca desprovista de varios dientes. Los que aún seguían allí tenían un color marrón que producía asco. Seguramente era la razón de su apestoso aliento. Tendría algo más de treinta años, aunque aparentara veinte más, era sumamente delgado y vestía una cazadora de cuero negro llena de cortes fruto de varias peleas y que conservaba como trofeos. Se había dejado un poco de barba para esconder unos pequeños tatuajes que le había hecho en la barbilla algún gánster que buscaba dejarle un aviso difícil de olvidar. Tenía el aspecto típico de los consumidores habituales de estupefacientes, aunque aseguraba haberlos dejados. Pero lo peor que tenía era un olor a carne podrida y mala hierba. Un olor que infectaba los lugares por donde iba dejando el peor de los recuerdos.

El Maruñas lo había hecho todo en la vida. De delincuente adolescente a proxeneta pasando por pequeño comerciante de droga. Había estado varias veces en la cárcel, bromeaba calificándolo de segundo hogar. Aquel que le invitara a un trago en alguno de los inmundos tugurios que frecuentaba tendría, a cambio, que escuchar un largo y riguroso estudio sobre los distintos personajes que había encontrado en las cárceles en las que había estado recluido. Bromeaba acerca de haber compartido celda con un importante banquero juzgado por desfalco y tráfico de influencias, era típica historia de hombres mafiosos y gente poderosa. Sus demás compañeros de prisión los apodaron la bella y la bestia. Acababa sus

relatos preguntando a su público quien creían que era la bella. Cuando pronunciaba su nombre, nadie le creía. Apoyaba entonces su historia mostrando un recorte de un periódico en el que aquel banquero publicó una carta escrita a sus compañeros de celda en general, y mencionándolo a él en particular.

A Antonio no le apetecía mucho que subiera al coche, temía no conseguir nunca deshacerse de su fétido olor. Ojalá no se le ocurra vomitar, pensó, aunque luego reflexionó que todo él ya olía a vómito. Para que desapareciera el persistente olor, los dos policías tuvieron el reflejo de abrir en grande las dos ventanas del coche y apagar el botón que accionaba el reciclaje del aire dentro de la cabina. Pero no había aire, nada de aire. Luego, recurrieron a la respiración por vía bucal para evitar inhalar el olor del visitante. Luis fue más allá y sacó su pañuelo para cubrirse la nariz como si fuera a estornudar. A Antonio le pareció un gesto exagerado y poco le faltó para llamarle la atención, pero se abstuvo de hacerle un comentario.

—Bueno, tíos —prosiguió el Maruñas—, nunca asomáis la cara cuando os necesito y aparecéis cuando ya es tarde. Menudo par de fantasmones estáis hechos. ¡Joder!

—¿Dónde está tu amigo? —preguntó Antonio.

—No es mi colega, ¿vale? Y si hubieses movido el culo ya lo tendrías en chirona. ¡Joder! —Solía pronunciar repetidas veces el mismo taco a lo largo de sus conversaciones y lo hacía siempre acompañado de un pequeño suspiro que ponía mayor énfasis en la última sílaba alargándola innecesariamente. —¿Qué pasa, no sabes que el palomo ha volado? ¡Joder! —añadió con desesperación.

Su expresión dibujaba cierta amargura. Reprochaba a la policía su aparente falta de efectividad para resolver los problemas que tenía con sus chicas. Hizo gestos de desaprobación con la cabeza. Los dos policías se sintieron frustrados, de algún modo le habían fallado a este hombre, más bien, a este excremento de hombre. Pero le habían fallado y, peor aún, se habían fallado a sí mismos. Contuvieron su cólera y las ganas de echarle la culpa a los agentes del 092 que estaban en la otra calle y que, seguramente, habían asustado al camello.

—Quiero que le deis por culo a ese maldito hijo de la gran puta —prosiguió visiblemente enojado—. ¿No veis que se acerca a mis chicas y

les da coca? Siempre he intentado tenerlas apartadas de esta mierda, pero como se me enganchen... ¡Voy a perder mi pan, joder!

Parecía preocupado. Algunos proxenetas retenían a sus chicas con heroína o cocaína. Aunque era una imagen que obedecía más a la leyenda que a la realidad. Lo cierto es que, ahora que el SIDA aparecía como una plaga, los clientes no se fiaban de las señoritas que mostraban síntomas de adicción y no las contrataban. Si a ese tipo de servicios puede llamársele contrato. Ante la evidencia, las costumbres habían cambiado. En una época de reconocida crisis, las chicas se aferraban a su único medio de vida y los proxenetas ya no temían perderlas. Ya no era necesario conseguir engancharlas, sino que era el mejor medio de perder dinero. Los chulos se habían convertido en meros acompañantes protectores. Su labor era útil y ya no eran temidos como antaño, sino que las prostitutas recurrían a ellos para protegerse.

Los dos policías se miraron con resignada frustración. Tendrán otra oportunidad, pensaron y esta vez la aprovecharían.

El Maruñas se puso a buscar algo en sus bolsillos y, conforme pasaban los segundos y no encontraba lo que ansiaba, fue poniéndose nervioso hasta que, resignado, optó por preguntar a los dos policías:

—¿Me dais un cigarro?

Luis rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un paquete de tabaco rubio de importación. Le entregó un cigarro al Maruñas que este encendió con su Zipo. El olor a gasolina que desprendía el encendedor se añadió al del humo y le causó tanto asco a Antonio que le produjo una náusea.

—¿No te gusta chupar del rubio? —preguntó el Maruñas.

Antonio no fumaba, es más, odiaba el olor a tabaco.

Una prostituta de color se acercó al coche intrigada por la gente que lo ocupaba. Sería africana y seguramente estaría en situación ilegal, así como sus otras cinco compañeras, que se habían apropiado de este lado de la calle. Era regordeta y tenía un culo como un balón de playa que intentaba ocultar debajo de una gruesa malla color rosa más propias de una sesión de aeróbic que de las calles. Llevaba el pelo recogido atrás y los labios pintados de un rojo exagerado. No le hizo falta golpear con los nudillos el cristal de una de las ventanillas del coche porque ambas ya estaban bajadas.

—¿Follar?

Sí que es directa, pensaron los tres. Una palabra así de sencilla, aunque con matiz vulgar. Era la palabra idónea para definir lo que la prostitución era. No era amor, no era un digno trabajo, sólo era follar. Un montón de coitos, sexo frustrado con gente a la que no se conoce. Una chica que se abre de piernas por unos cuantos billetes y un cliente que da rienda suelta a su instinto para abusar de su cuerpo. No había fantasía, no había romanticismo, todo era tan animal, tan bestial, que lo hacía infrahumano.

Luis aceleró dejando a la prostituta con aire frustrado. Se detuvo en el siguiente cruce de calles a salvo de otras indecentes proposiciones.

—Mira, Maruñas —dijo Antonio mientras se volvía sobre su asiento para enfocar al hombre con la mirada—, te vamos a decir lo que vas a hacer. Si el pesetas vuelve a aparecer, nos avisas y mandas a una de tus chicas a comprarle un poco de hierba y a hacer tiempo hasta que lleguemos. ¿Estamos?

Lo miró fijamente en los ojos reteniendo el asco que le producía.

—Vale. Me abro tíos.

—Algo más —dijo Antonio mientras el Maruñas interrumpía su marcha—, procura tomarte un buen baño, ya sabes, por los viejos tiempos —los dos policías se echaron a reír.

—Gracioso, muy gracioso —contestó el aludido—. Que no te salgan callos en las manos.

Salió del coche. Le vieron como regresaba a su guarida con sus chicas y se quedaron en silencio. Un silencio que sólo Antonio quiso romper.

—¿Qué quiso decir con lo de los callos? —preguntó Antonio que aún seguía intrigado tras varios minutos de pensar en la última frase del Maruñas.

—Imagino que te pedía que dejaras de meneártela por las noches. Ya sabes, menos trabajos manuales y más práctica en la cama. Debe haberse enterado de tu separación y te invita a volver al mundo de los vivos, ¿no?

—Llévame a casa —concluyó Antonio asqueado por lo pública que era su vida.

Luis le obedeció girando el vehículo sobre sí mismo y alcanzando la vía contraria por donde llegar a la Castellana.

—Por aquí no, Luis, que vas a volver a pasar delante de las negras.

Luis rectificó la dirección y bajó por Capitán Haya. Llegó al edificio en el que Antonio vivía y se detuvo para dejarle bajar. Había estado

rodando a gran velocidad para que el aire de la noche limpiara el olor que el Maruñas había dejado en el coche. Incluso pensó que lo había conseguido.

—Tonio, procura dormir a gusto esta noche.

—Ya.

Llevaba ya demasiadas noches sin dormir y cuando conseguía conciliar el sueño se despertaba en medio de una pesadilla. No había vuelto a tener una noche tranquila desde que Susana lo dejó. Pensaba en ella a todas horas.

—Oye compañero —prosiguió Luis—, llevas una temporada bastante alejado de la movida y creo que ya es hora de que vuelvas a ser un hombre y que olvides un poco a tu mujercita, ¿no crees?

—Me cuesta.

—Ya lo sé. A mí también me costó asumir que me dejaran, pero seguí adelante. Es tu deber de hombre. Si dejas que esto acabe contigo, perderás algo más que a Susana, te perderás a ti mismo.

Antonio movía la cabeza en gesto afirmativo, pero seguía inmerso en su mundo de tristeza.

—Mañana me voy a ver con mi chavala —prosiguió Luis con un brillo en la mirada al tiempo que se acariciaba discretamente los genitales—. Ya sabes, estamos muy enrollados, pero siempre viene su hermana con nosotros porque, dice, no tiene con quien ir. Lo que pasa es que Ana tiene veintitrés años y a los padres no les gusta que salga conmigo y manda a la hermanita de espía. Así que he pensado que podrías hacerle algo de compañía mientras yo consigo enrollarme. ¿Te dice?

—Sí claro, pero eso me aburre. Prefiero quedarme en casa, tío... —permaneció unos pocos segundos en silencio como si necesitara un momento de reflexión—. ¿Veintitrés?

—Ya sé que es algo jovencita pero ya la has visto, está de vicio. ¡Menudo polvorón!

—Sí, claro, pero podrías ser su padre.

—No me jodas Tonio que no es para tanto.

—¿Y su hermana? ¿Cuántos años tiene?

—¿Te animas?

—¿Cuántos?

—Veinte —contestó Luis al final.

Antonio exhaló un suspiro ruidoso, pero aceptó. Al fin y al cabo, necesitaba salir un poco para olvidar.

3

Aquel hombre andaba necesitado de compañía femenina y consultó las páginas de publicidad de un conocido periódico de la capital. Las secciones de relax y contactos ocupaban dos páginas enteras y se centró en leerlas. Encontrado uno cuyo texto iluminó su deseo, marcó un número que empezaba por el típico prefijo de los teléfonos móviles. Llamaba a una red de prostitución de ámbito nacional que, bajo la apariencia de una simple agencia de modelos, ofrecía todo tipo de servicios con jóvenes y bonitas mujeres. Se prestaban a acompañar a sus clientes a cenas, congresos y, en ocasiones, a compartir la cama, siempre y cuando se las pagara lo suficiente. Se sometían a sus caprichos por sumas de dinero que oscilaban entre las cincuenta y las cien mil pesetas. Prometían satisfacción, exquisitez y discreción, ¡cómo no!

La voz sensual de una señorita contestó al otro lado de la línea.

—Buenas noches.

—Llamo por el anuncio en el periódico.

—¿Es la primera vez que llama?

La voz melódica de la señorita endulzaba la noche.

—Sí.

—¿Qué tipo de servicio desea usted?

Un instante de silencio delataba que el caballero no entendía lo que le preguntaban o aún no había decidido lo que quería. La señorita que le atendía lo dedujo y con un tono aún más sensual enumeró los servicios que podían prestarse.

—No, no quiero ninguna guarrada —repuso ofendido—. Sólo quiero acostarme con una señorita dulce y guapa.

—Bien, pero necesito que me indique como la desea: edad, estatura, color del pelo... ya sabe.

—Sobre los veinte, morena o rubia, me da igual y alta, sí, alta. Ah, que tenga bonitas piernas.

—Sí, ¿por dónde vive usted?

—Esto no importa. Prefiero ir yo a su apartamento.

—Ya, pero tenemos una cobertura casi nacional, nos convendría saber en qué ciudad reside usted.

—Perdón, es verdad. Vivo en Madrid. Bueno, y, claro, prefiero que sea dentro de la ciudad.

—Como usted quiera. Un momento, procederé a consultar la agenda.

Pasó un breve instante como un fugaz sueño en la noche. La señorita acababa de elegir a la chica ideal, ahora iba a darle sus señas al caballero del teléfono.

—Mire, le propongo Vanesa, es morena, mide metro setenta y recibe en su piso en el número 89 de la calle Orense, cuarto F. Son cincuenta mil pesetas. Podrá abonar en efectivo o con tarjeta. Dígale que viene de parte de Lady Star.

—¿Qué puedo esperar por un servicio? —preguntó el cliente.

—Esta señorita le recibirá con ropa muy sexy. Le hará unos masajes eróticos y se acostará con usted. Empezará por acariciarle, un francés...

—Gracias —le interrumpió como si no quisiera oír el final de la respuesta a su pregunta.

—Deseo que sea de su agrado y no dude en volver a llamarnos.

—Gracias.

Ambos colgaron.

Orense no estaba muy lejos y allí se dirigió localizando en poco tiempo donde se encontraba el edificio en cuestión. Tras aparcar donde pudo, se bajó del coche y activó la alarma. Sabía que la alarma no iba a ser un obstáculo para quien quisiera apoderarse de su coche, un atractivo deportivo, pero confiaba en la teoría del delincuente vago: aquel que siempre prefería robar el automóvil que menos protegido estaba.

Cruzó la calle hacia el bloque de apartamentos que suponía debía ser el número 89. Los números que distinguen las casas son tan pequeños que resulta sumamente difícil distinguirlos cuando se circula en coche y de noche así que se detuvo más por intuición que por seguridad. Observó que la calle empezaba a quedarse desierta, le resultó normal tras consultar su reloj. Eran las dos de la madrugada de un lunes a un martes de un inexplicablemente caluroso otoño. Sólo estaba abierto el VIPS, aunque parecía no haber un sólo cliente en su interior y al pasar delante sólo pudo ver al agente de seguridad que, aburrido, observaba la calle sin interés. Siguió andando y pasó debajo de varios letreros luminosos que anunciaban un par de discotecas de nombres malsonantes y un Sex-shop escondido en un sótano. Reconoció el número encima de la entrada de un

portal. Era el 89 y pulsó el interfono. Vanesa tardó un rato en contestar y le sentó mal tener que esperar.

Siguió la recomendación e informó que venía de parte de la agencia. Vanesa le abrió el portal pulsando el botón del telefonillo. Mientras su cliente subía por el ascensor, aprovechó para ordenar rápidamente su pequeño apartamento, apagar las luces y sólo dejar las necesarias para dar un toque de intimidad. Consiguió lo que quería. Las luces dibujaban sensuales formas de colores donde predominaba el rojo por encima de los demás. Apagó el televisor. Corrió al baño a darle un rápido retoque al peinado que llevaba, sacó un pintalabios de uno de los cajones del pequeño armario que colgaba de la pared y dibujó un pequeño y sensual corazón alrededor de su boca. Se humedeció los labios y se miró en el espejo. ¡Estás guapísima! Pensó.

Otra vez corriendo, se quitó el camisón y lo escondió dentro de un armario. Estiró el panty que llevaba para que no se viera ninguna arruga y se acarició las piernas buscando si había una carrera. Se ajustó las braguitas y recolocó el panty. Se irguió y se acarició el busto para darle la forma que deseaba y reajustó luego su sujetador. Estaba excitada, más de emoción que de otra cosa. Por último, se vistió con el vestido rosa que tanto le gustaba y cuyo bajo recortó para que le cayera a pocos centímetros, milímetros incluso, del trasero. Así conseguía causar sensación en su cliente al sentarse, dejándole ver, al cruzar las piernas, su ropa interior. Todo era ilusión, pensaba.

Mientras tanto, su cliente subía en uno de los dos ascensores que parecía aguardar su llegada. Se sintió un poco angustiado al adentrarse en uno de ellos. Le asustaba quedarse un día atrapado en uno de ellos, miedo que perdía al pensar en la otra alternativa, la de subir los pisos a pie.

Vanesa terminó sus pequeños arreglos y se sentó a relajarse un segundo en el pequeño sofá que tenía frente a su televisor. Pensó en volver a encenderlo y pasar la cinta porno que había comprado en el Sex-shop de abajo. El timbre de la puerta sonó. ¡Es él!

Inspiró con fuerza, gesto imprescindible para calmarse. Llevaba poco tiempo en la profesión, unos pocos meses, y aún estaba en la época en que todo parece un cuento de hadas. Dinero fácil y rápido por hacer el amor con caballeros apuestos y solventes. La mayoría de las veces acababan siendo contactos interesantes. No todo el mundo podía pagar tanto dinero por sus servicios y conseguía mantener una clientela elitista y selecta.

Alguno incluso llegó a pagarle trescientas mil pesetas por pasar la noche con ella. Aún recordaba aquel joven financiero que la introdujo en la práctica de la sodomía. Había resultado un poco doloroso, pero valió la pena satisfacerle.

Abrió la puerta y observó a su cliente de pies a cabeza. Conseguía así hacerse una idea muy aproximada de lo que iba a pasar en los próximos sesenta minutos. Acostumbraba a fantasear un poco solo recorriendo con la mirada el cuerpo de su invitado. Le divertía adivinar qué servicios iba a pedirle, pero más le divertía pensar en qué servicios le gustaría practicarle ella misma. En más de una ocasión y encontrando su cliente bastante atractivo era ella misma quien lo empujaba a solicitar el servicio que ella deseaba.

Su sonrisa se esfumó en cuanto le vio. Algo en él la asustaba. Era como una corazonada. Quiso impedirle entrar, pero ya estaba dentro de su casa, poco le faltaba para que entrara en su vida, además de en su cuerpo. Tal vez sólo fuera una mala impresión. Otra vez se culpó por dejarse guiar por las impresiones.

No llovía, es más había sido un día de exagerado calor para la época del año en la que estaban y le resultó extraño verle llevar una gabardina.

Le invitó a sentarse en el diván que tenía frente al televisor y le preguntó por su nombre. La miró con desdén. Había visto ya antes esta mirada en otros clientes, en pocos, gracias a Dios. Era la del desprecio. Nadie podía juzgarla como persona. Que se dedicara al oficio más antiguo del mundo no era suficiente para juzgarla como a una cualquiera. Tenía padres, o los había tenido, un pasado, recuerdos, una vida placentera llena de caprichos y de emociones, de dulces emociones. ¿Quién era él para sentirse superior a ella? Se sintió molesta, insultada, humillada.

—Podría contestarte cualquier cosa. Que mi nombre es Juan, Pedro o Manolo. Ya puedes imaginarte que nunca te diría el verdadero, así como imagino que el tuyo no es Vanesa.

Se quedó atónita. Decididamente no iba a ser el tipo de encuentros que solía tener, divertidos y desenfadados. Por un momento volvió a pensar en echarle, pero la idea de perder el dinero la hizo cambiar. Era principios de mes y debía pagar el alquiler de su piso, también estaban los recibos de sus tarjetas de crédito. Muchos gastos que hacer frente con ingresos caprichosos. La experiencia le había enseñado que se trataba de un trabajo en el que nunca podía saberse si llegar o no a fin de mes. Además, estaba

también el pago de la cuota a la agencia que la ayudaba a contactar con clientes. Así que decidió echar a un lado sus sentimientos y proseguir con la cita. Pensó que tal vez fuera sólo cuestión de timidez. Rompamos el hielo, pensó.

Sintió la mirada de su cliente clavarse en sus piernas mientras se dirigía hacia la cocina. Le había propuesto tomar algo y él aceptó. Parecía un rayo de esperanza, una tenue luz en las tinieblas.

Se paró de repente al entrar, como si hubiese olvidado lo que venía a buscar. Quiso echar una mirada atrás para ver si aún seguía allí, deseando que ya no fuera así. Recobró el sentido y cogió un pequeño pero ancho vaso al que echó un par de cubitos de hielo y un whisky doble. Siempre gusta a mis clientes, se repitió como buscando convencerse. Se sirvió uno también, aunque no era aficionada al alcohol. Lo voy a necesitar, pensó. Retuvo el asco que ahora sentía por su invitado y retornó al pequeño salón.

Había tomado asiento en el sofá, pero aún no se había quitado la gabardina. Parecía haber tomado una postura cómoda cruzando una de las piernas encima de la otra esgrimiendo un gesto típico de refinamiento. Al verla entrar, se la desabrochó y al fin se la quitó colocándola, bien plegada, junto a él. Entonces pudo observar que no escondía nada debajo de ella sino un traje normal, una corbata común, una camisa usada y un cinturón vulgar. No bajó la vista para ver sus zapatos que, sin duda, también presentarían un aspecto degradante. Pensó que se hallaba frente a un cliente vulgar, un chupatintas, un cajero de banco, un contable, un funcionario, un personajillo que no la aportaría nada interesante. Follarían, sin más. Ni siquiera tendrá fantasías divertidas, pensó con tristeza. Vanesa lo seguía observando e intentaba adivinar qué parte de su sueldo iba a gastarse con ella. ¿Cuánto representaban cincuenta papeles en su nómina... diez días de trabajo o mejor aún, una semana? Se sintió como una señora de la alta sociedad que comparte ascensor con el chico del butano. Sus sentimientos clasistas la sorprendieron. Ella no pertenecía a la élite, pero la frecuentaba y le hacía muchos favores, sí, pensó con ironía, muchos y agradables favores. Volvió a la realidad.

Su invitado aceptó el whisky que Vanesa le ofreció y se lo bebió casi de un trago. Aquello la impresionó. No se atrevió a sentarse junto a él como lo hacía con todos los hombres que recibía y optó por la pequeña silla de madera con respaldo de polipiel que estaba colocada frente a la

pared. Una vez sentada, cruzó las piernas subiendo un poco, por la inercia de la posición, la falda ofreciendo el maravilloso panorama de su intimidad. Sintió como la seguía mirando las piernas. La extrañó que no se fijara más en sus braguitas rojas. El rojo se llevaba mucho últimamente. Había quien le otorgaba ciertos poderes cósmicos, esotéricos. Era el momento de preguntarle qué servicio le apetecía practicar con ella.

—Como te llames. —Mostró una sonrisa forzada pero necesaria intentando subrayar la ironía de la situación. —Imagino que sabrás como funciona un poco eso, ¿verdad?

—No realmente, nunca he acudido a una profesional del sexo.

¿Profesional del sexo? Era la primera vez que ella oía esa expresión refiriéndose a mujeres como ella. Tuvo el detalle de no haberla llamada puta. ¡Qué hipócrita! Seguro que su madre se mearía en las bragas si supiera que su niño iba de putas, pensó con sarcasmo.

—Verás, el servicio normal cuesta cincuenta mil e incluye caricias, un francés y hacer el amor con varias posturas. También puedo hacerte un pequeño masaje. —Hizo un gesto coqueto con los hombros esbozando su más elaborada sonrisa. —Pero, también acepto otras cosas. Basta con decirme lo que te apetece.

—¿Todo esto lo haces con goma?

—Por supuesto. —Pareció ofendida.

—No lo soporto. No me gusta meterme el condón de las narices. No siento nada cuando jodo y eso me jode.

El juego de palabras le había salido sin querer y pareció divertir un poco a Vanesa quien estaba decidida con rotunda determinación a no practicar el sexo sin la obligada protección.

—No lo hago sin preservativo. No quiero coger una hepatitis o el SIDA y pienso que a ti tampoco te apetece. No es que desconfíe de ti, pero también podría yo estar enferma y transmitirte algo de lo que luego podrías arrepentirte. Además —añadió cogiendo un preservativo que sacó de su bolsita higiénica tras abrirla con los dientes—, estos que uso son muy sensibles, mira —se lo colocó en el dedo índice de la mano derecha al tiempo que había cerrado los dedos de la otra mano imitando una vagina tras lo cual recurrió a mimar la penetración, —¿ves cómo sientes lo mismo que si te quitara la goma?

Se mostró convencido, aunque en realidad se sentía algo humillado al entender que esta señorita le estaba dando lecciones de higiene. Era el discurso, ya aprendido de memoria, que solía pronunciar ante los clientes que rechazaban el uso del profiláctico.

—Pues creo que el servicio normal será suficiente.

—Te importa pagarme ahora por favor. —La miró con incredulidad como ofendido. —Ya he tenido sorpresas desagradables y ando con mucho ojo. Hay mucho desaprensivo suelto. Deseo que lo entiendas.

—Puedes confiar en mí. Es que me jode tener que pagarte ahora. Preferiría hacerlo luego, sería más romántico.

—Me dejas en un aprieto y no te conozco de nada. No sé si luego te escaparás...

No la dejó seguir con lo que estaba diciendo y colocó el dinero sobre la mesa. Cinco billetes de diez mil pesetas con la imagen del Príncipe de Asturias, nuevecitos. Casi todos sus clientes pagaban con tarjeta, era insensato pasearse con tanto dinero por la calle; sin embargo, no la sorprendió. Debía haberse enterado de los precios y ahorrado durante varias semanas. Pobre tipejo, era patético. O tal vez no quería dejar huella en un recibo de la VISA. Su mujer le preguntaría por esas cincuenta mil pesetas gastadas en un masaje y tendría que dar muchas explicaciones.

Recogió el dinero depositado sobre la pequeña mesa que los separaba. Lo dejó en uno de los cajones del armario que tenía a sus espaldas y volvió a sentarse. Le ofreció otro whisky, pero lo rechazó, era el momento de empezar el juego.

Vanessa empezó a mover sus caderas con gesto sensual siguiendo sentada en su silla. Abrió levemente las piernas enseñando sus braguitas. Cerró los ojos y empezó a gemir, más que gemidos eran pequeños jadeos. Siguió moviendo la cadera y empezó a acariciarse el busto con las dos manos. Abrió los ojos con expresión coqueta, como la adolescente que busca gustar al amigo de su hermano mayor.

Sus caricias bajaron hasta sus piernas que recorrió con exagerada lentitud. Acabó echando la espalda hacia atrás y avanzando las piernas hacia adelante consiguiendo una postura medio acostada. Se acarició el sexo.

Su cliente la observaba excitarse y no pudo seguir con las piernas cruzadas. También sintió la excitación, pero permanecía inmóvil esperando los acontecimientos.

Vanesa se levantó y enseguida se puso de rodillas avanzando lentamente hacia el sofá donde se encontraba sentado su cliente, algo incómodo.

—¡Tigre! —dijo ella con voz sensual—. ¿Vas a violar a tu gatita?

No supo qué responder. La seguía observando detenidamente. Se acercaba a gatas hacia él. Le alcanzó.

—Mmmh. Estoy muy caliente, potro mío. ¿Vas a poseerme y a hacerme sentir como una diosa? —dijo entre fingidos gemidos.

Empezó a acariciarle las pantorrillas mientras acercaba su cara a la base del abdomen. Empezó a sentir la atracción sexual fluir por sus venas. Miraba a esta bonita mujer acercarse hasta sus genitales con gruñidos felinos como si fuera a morderle. Cuando sintió su rostro a la altura de sus manos, empezó a acariciarle las mejillas, gesto que Vanesa agradecía con suaves y esporádicos besos en los dedos.

Ella recorría los muslos del hombre con las manos. Empezó a besarle el pantalón a la altura del sexo y le sorprendió no sentir nada duro allí dentro. Tal vez no estaba aún a tono, pero ella seguiría con lo suyo.

Consiguió llegar hasta su cintura y siguió besándole el pantalón. Él echó la cabeza hacia atrás y dejó sus manos a ambos lados de su cuerpo ofreciendo su intimidad y esperando que ella empezara a desnudarle.

—¿Dónde está mi porra? —preguntó ella con voz suave al tiempo que empezó a desabrocharle el cinturón y a bajarle la cremallera.

Le bajó un poco los pantalones y vio sus calzoncillos amarillos con motivos de caza. ¡Qué curioso! Besó la tela antes de introducir su mano dentro. Sus dedos buscaron a ciegas durante unos segundos hasta lograr extraer el falo que aun parecía dormido.

—Aquí está —dijo con aire victorioso—. Madera de reyes.

Empezó a lamerle el pene mientras él jadeaba de placer. Aprovechó para acabar de desvestirle bajándole el pantalón y los calzoncillos, desabrochó todos y cada uno de los botones de la camisa y se la abrió sobre su torso. Y mientras ella proseguía la felación, él se quitó la ropa con gestos lentos para no impedir su satisfacción.

Le tocó el turno a ella. Se puso de pie delante de él y le miró con aire pícaro, de viciosa colegiala. Una mirada que había aprendido en las películas pornográficas que iba comprando para enriquecer su conocimiento.

Según iba quitándose el vestido observaba como él la miraba. Eran ojos de deseo, de ardiente deseo. Se mostró en ropa interior. Empezó los lentos gestos para quitarse el panty, bajándolo poco a poco, acompañando de caricias cada centímetro de sus piernas que aparecían desnudas. Como gesto de victoria, arrojó la prenda al aire dejándola caer en algún lugar de la habitación. Se acercó a él y empezó a besarle la cara y el cuello. Algunos besos acababan en mordiscos.

Él, al estrecharla entre sus brazos sintió su lengua pasearse por sus orejas y pensó que la niña debía estar muy cachonda. Consiguió descubrir el escondite del broche del sujetador y lo abrió con gesto rápido y eficaz. El sostén caía por el impulso del cuerpo de Vanesa. Se irguió y lo miró, se mordió el labio inferior. Le mostraba sus senos al tiempo que se los sujetaba con las manos como escondiéndolos y dándoles vigor. Retiró las manos y se ofreció a su cliente. Este los observaba, eran hermosos, redonditos y blancos con pequeños pezones como a él le gustaban. Los acarició.

Vanesa notó con desesperación que su hombre seguía sin tener una erección. ¿Será impotente? Se preguntó. Volvió a ponerse de rodillas y a esconder su cara entre sus genitales. Empezó a practicarle otro francés con el propósito de conseguir que el apéndice enderezase su forma. Mientras lo iba haciendo, se fue bajando las bragas poco a poco hasta quitárselas por completo. Aprovechó para acariciarse el sexo, quería tenerlo un poco húmedo antes de la penetración.

Ambos se pusieron de pie y siguieron abrazándose, besándose y acariciándose. Intentaba besarla en la boca, pero ella no se dejaba, le ofrecía todo su cuerpo, pero su boca era reservada. Vanesa tenía una de las piernas sobre la cintura de su cliente acercando su sexo al suyo, pero no sintió su miembro acariciarle la intimidad.

—¿Me sigues al dormitorio? —le invitó.

Él contestó moviendo la cabeza afirmativamente y empezó a ordenar su ropa. Tanta manía la sorprendió. Era la primera vez que un cliente prefería colocar sus cosas antes que seguirla a la cama. Le cogió de la mano y lo atrajo hacia ella evitando que siguiera con su tarea. Pero no pudo verle coger algo en uno de los bolsillos de su gabardina. Lo hizo cuando ella hubo girado la mirada hacia la entrada al dormitorio y fue un gesto tan rápido que lo confundió con un rechazo a que le cogiera de la mano.

Los dos entraron en el dormitorio. Era una cama de matrimonio en cuyos lados se encontraban un par de mesillas de noche totalmente idénticas. Sobre la pared había un bonito cuadro. Un óleo que representaba un paisaje otoñal.

Vanesa anduvo recogiendo el cubrecama al tiempo que su invitado le acariciaba el trasero con la mano que no tenía ocupada, en la otra guardaba un objeto que le iba a ser útil casi enseguida.

El cubrecama se rindió y cayó en uno de los lados. La mujer aprovechó y se acostó la primera, boca arriba y abriendo los brazos para recibir a su cliente. Este se acostó sobre ella y la siguió besando. Ella le acariciaba los brazos hasta las manos. Observó que una de ellas estaba cerrada como si guardara algo. Quiso saber qué era e intentó abrirla a lo que él se opuso.

—¿Que llevas allí? —preguntó en un soplo mientras seguía lamiéndole la oreja.

No contestó y, como aún no había mostrado síntomas de virilidad, pensó en un artilugio que le ayudara en la penetración. ¿Un vibrador? ¿Una bomba de vacío? No, eran objetos que no cabían en un puño. ¿Qué podía ser?

—¿Te interesa lo que llevo en la mano? —preguntó él.

La miraba en los ojos tras despegarse un poco de su cuerpo. Ambos rostros estaban a pocos centímetros uno del otro y los dos sentían el calor que desprendían. Ambos sonrieron. Él se echó a reír y ella también, aunque no sabía por qué.

Le pidió que se diera la vuelta, quería acariciarle el trasero, era algo que le gustaba en una mujer, le dijo. Obedeció y se acostó boca abajo cerrando los ojos deseando disfrutar del placer.

Sintió su otra mano recorrerle las piernas. Eran caricias lentas, dignas del mejor de los amantes. Gimió. Le gustaba. Las caricias fueron subiendo. Cuando alcanzaron las nalgas iban acompañadas de efusivos besos. Seguían subiendo. Sentía su presencia a su izquierda, pero no lo veía, los ojos seguían cerrados deleitándose en esos momentos de magia. La mano alcanzó el cuello y siguió subiendo por su cara. Cuando la sintió cerca de su boca aprovechó para darle un beso.

Como un rayo, esta mano hasta ahora cálida y suave se volvió violenta. La agarraba por la boca impidiéndola gritar. Se dio la vuelta, pero no podía escapar de su agresor. Estaba sucumbiendo bajo su peso y

entonces oyó un clic, un ruido metálico. En la otra mano, que había permanecido misteriosa, apareció una navaja. Cuando la vio, Vanesa intentó desesperadamente deshacerse. Todo su cuerpo se removió, pero de nada sirvió. Sólo logró cambiar de postura. Pero tenía los brazos como aprisionados bajo las piernas de su agresor y no conseguía mover las piernas lo suficiente como para recuperar su libertad.

Su cliente la observó un momento como divertido. Parecía fascinado por sus senos que se movían a un lado y otro como flácidos. Concentró su mirada en sus ojos, los tenía muy abiertos como si estuviera aterrada.

Vanesa entendió que iba a morir porque ya era tarde para remediarlo. El arma se hundió en su garganta. El dolor era intenso pero breve, muy breve, breve como la vida misma. Fue un primer golpe mortal y no fue necesario ningún otro.

Conservó los ojos muy abiertos como prestos a saltar de sus órbitas. Vanesa miraba a su agresor sin comprender lo que le ocurría. Este empezó a mover la navaja hacia un lado aumentando el tamaño de la herida. La sangre brotaba como una fuente. Era caliente, espesa y de fuerte olor. Hubo un último espasmo y Vanesa dejó de existir.

4

Mientras estaba soñando con recuperar a su mujer, Antonio oyó en lo más profundo de su ser el pesado timbre del teléfono. Poco tiempo tardó en entender que nada tenía que ver con su sueño y retornó a la vida. Encendió la luz y, malhumorado, comprobó la hora que era.

—¡Son las cuatro! ¿Quién coño puede llamarme a estas horas...? — protestó.

Se sintió como el veterinario de un pequeño pueblo de provincia al que vienen a avisar que la vaca del alcalde está a punto de dar a luz a un ternero. Dudó si arrancar el teléfono de su conexión en lo bajo de la pared y estrellarlo contra la de enfrente.

Descolgó y contestó. Su voz estaba desprovista del típico tono educado que empleaba en aquellas ocasiones. Su tono agresivo ni siquiera le impresionó. Seguía aún medio dormido.

—¿Qué? —gritó.

Oyó un leve murmullo al otro lado del teléfono y le exasperó no oír a nadie. Su interlocutor intentaba recobrar el sentido, tal vez aún no estaba del todo preparado para la llamada, pero consiguió comunicarse.

—Tonio, soy Luis. Será mejor que vengas. Han cometido un brutal asesinato en la calle Orense. Es una pesadilla, tío. La han... La han... —no conseguía articular debidamente como si estuviera bajo el efecto de un shock. —Coño. ¡Ven ya! —añadió con desesperación.

—¿Quién es? —dudó un instante—. ¿Quién era?

—Sí, ya, una puta de lujo. Es increíble, la han destripado a navajazos. —Recobró un poco su compostura y consiguió esclarecer su voz. — ¿Aviso al juez de guardia?

Antonio no contestó, dejó pasar unos pocos segundos necesarios para reflexionar sobre lo que debía hacerse. Por de pronto entendió que su presencia allí mismo era necesaria y aceptó, a regañadientes, que tendría que levantarse de la cama.

—No, aún no. Espera que me vista y voy para allá.

—Bien —asintió Luis—. No había nadie en homicidios así que paso de avisarles, lo haré luego, ¿vale?

Era sorprendente que no estuviera ningún agente de guardia en la Brigada de homicidios que debía encargarse de la investigación.

Ambos colgaron. Antonio se incorporó y salió de la cama, no había dormido ni tres horas y ya entraba de nuevo en sus funciones de jefe de guardia. Era una función en la que los inspectores de las distintas comisarías del distrito debían ser localizables en todo momento, día y noche, para emergencias mayores como crímenes, actividades terroristas, manifestaciones, todo acto peligroso para la paz ciudadana. Su área era bastante vasta y cubría varios barrios al oeste de la Castellana desde Nuevos Ministerios hasta Plaza Castilla. Solía tratar con las prostitutas y sus proxenetas, y con la delincuencia de poca monta típica de los barrios de clase media: robos, asaltos y alguna que otra violación. Era un género delictivo que consideraba inferior al que estaba acostumbrado a tratar. Sin embargo, aquella noche iba, aunque solo fuera durante un rato, a revivir su pasado profesional.

Recordó con añoranza los tiempos que vivió en la Brigada de homicidios donde tuvo que resolver muchos crímenes a lo largo de los diez años que allí estuvo trabajando. Haría un año que lo trasladaron a la comisaría cuando empezó a tener sus depresiones a raíz de su separación. Seguramente el crimen de esta noche sería tramitado por su antiguo cuerpo, despojándole de todo protagonismo en la investigación, sólo rellenaría un rutinario informe sobre el descubrimiento del cadáver.

Acabó de vestirse y se tomó un vaso de café que conservaba en la nevera con el fin de despertar sus sentidos. Cerró la puerta del descongelador que estaba un par de centímetros abierta. Intentó recordar por qué la había dejado así y como no lo lograba, decidió echarle la culpa al duende que también vivía con él.

Bajó a la calle, había logrado aparcar cerca de su casa. La casa en la que vivía disponía de garaje, pero con pocas plazas que se alquilaban independientemente del piso. Antonio juzgó que eran excesivamente caras y prefirió seguir estrujándose la cabeza buscando donde aparcar su automóvil. En pocos segundos consiguió encender el motor de su coche y lanzarlo dirección a la calle Orense que le pillaba a poco más de cinco minutos de su casa.

La calle estaba completamente vacía. Era la madrugada de martes. La gente dormía y pensó que, pese a la prisa que tenía, era innecesario encender luces y sirena. Se encontró con el primer semáforo en rojo al

salir a Concha Espina desde donde podía contemplar el Estadio Santiago Bernabéu. Tras observar que no había ningún otro coche, se lo saltó y torció hacia la derecha acelerando hasta llegar al Paseo de la Castellana. El ruido de su motor lo había acabado de despertar. Se sentía orgulloso de su coche y lo trataba con mimo.

No tardó en encontrar el lugar: dos coches patrulla estaban custodiando la entrada del edificio de apartamentos. Sus luces azules y rojas dibujaban cuadros surrealistas en la oscuridad. Algún vecino, presa del insomnio, había asomado su cabeza por la ventana para convertirse en espectador de tan inusual espectáculo. Al llegar frente al edificio dio una vuelta completa para detenerse justo detrás de uno de los coches uniformados.

Uno de los agentes se acercó a él para pedirle que prosiguiera su camino, éste no era asunto de su interés. Antonio le mostró su placa y la actitud del agente cambió por completo, como por encanto. Otro agente estaba colocando los conos rojos para desviar los pocos coches que allí pasaban mientras un coche de la Policía Municipal acababa de llegar. Se montaba este pequeño dispositivo para recibir a la ambulancia que debía acoger el cuerpo de la víctima.

Era en el cuarto piso, la puerta F, le había gritado el agente que custodiaba la entrada. Juzgó que el ascensor tardaba demasiado tiempo en llegar y prefirió subir a pie. Al llegar al piso en cuestión observó durante un instante que necesitaba perder algo de peso y de colesterol. Decididamente, y a juzgar por su fuerte respiración, ya no era el joven mozuelo de antes.

Allí vio a Luis. Tenía mal aspecto, el color de su cara, o más bien su falta de color, le sorprendió. Seguramente la escena del crimen, como la llamaban en las películas, debió impresionarle. Nunca se es lo suficientemente veterano y nunca se tiene la suficiente experiencia para afrontar el crimen de tan enorme magnitud y brutalidad como el que allí se había cometido.

—Has tardado poco tiempo en llegar —observó—. Aún no ha llegado el forense y voy a llamar al juez para que ordene el levantamiento del cadáver. Los de homicidios siguen sin dar signos de vida —observó sacudiendo la cabeza a los lados—. No es precisamente algo bonito de ver. Me ha costado mucho retener la papilla. No he dejado entrar a ninguno de los otros chicos, creo que debemos esperar a que se lleven el cadáver.

Antonio le observaba como atónito. Luis era policía con más de diez años en el cuerpo. Resultaba extraño lo impresionado que se había mostrado y no era para menos. Lo apartó con gesto suave pero firme y penetró en el apartamento.

Parecía tener una habitación, una sala de estar, y una cocina enfrente de la entrada. Giró la mirada a izquierda y derecha para obtener una vista del conjunto. Las luces seguían encendidas como antes del crimen. Era una luz tenue que dificultaba la vista pero que convertía el lugar en un sitio romántico.

Unas pocas huellas de sangre, como gotas esparcidas sobre la moqueta, indicaban el camino hacia el dormitorio. No vio indicios de violencia en el pequeño apartamento como objetos rotos o muebles tirados por el suelo. Se dirigió hacia el dormitorio, a la izquierda del pequeño descansillo y empujó un poco la puerta que se había quedado cerrada a medias. Todo el horror apareció de pronto frente a él como si se tratara de una visión apocalíptica del fin del mundo. Escondió su boca y su nariz entre sus manos e hizo un paso hacia atrás volviéndose a encontrar en el pequeño salón, respiró profundamente como para ahuyentar su malestar, la sangre tiene un olor tan fuerte que suele perturbar a quien lo inhala. Retuvo las arcadas de su estómago y agarró con las pocas fuerzas que le quedaban para volver a entrar en la habitación.

El horror de la barbarie humana había cobrado figura en el cuerpo de aquella pobre mujer. Una raja profunda en la base del cuello había sido sin duda la causa de su muerte. Toda su sangre se había derramado sobre las sábanas hasta llegar a la moqueta. Todo bañado en sangre, roja y espesa, aún fresca. El cuerpo estaba como convulsionado. Había debido luchar para evitar su destino, una lucha que se había revelado trágica e inútil. Su cara era el reflejo del terror. Sus ojos prestos a salir de sus cavidades y la boca ampliamente abierta como queriendo gritar, añadían la nota dramática.

Se acercó un poco más para comprender que aquella masa de carne que estaba depositada entre sus rodillas era parte de su aparato genital. El asesino la había abierto desde el ano hasta el ombligo para extraer todo lo que allí se encontraba. Todo ello recordaba algún ritual diabólico.

—He conseguido avisar a los de homicidios. Mandan a un par de hombres para registrarlo todo y para hacer el informe —avisó Luis desde

la salita.

Su voz había sacado a Antonio de su letargo. El panorama de aquella habitación le había sumergido en una profunda amargura. Le recordaba otros crímenes vividos en su etapa en homicidios, aunque ninguno había sido tan brutal. Se preguntó qué mente perversa era capaz de matar de este modo.

—Bien, ¿Habéis tocado algo? —preguntó.

—Nada —contestó Luis—, los agentes que han llegado no saben nada de crímenes, sólo son patrulleros. Lo habrían destrozado todo.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—Un joven de unos veinte años que regresaba a casa. Seguramente estaría en un bar de copas o de marcha en una discoteca. Al parecer la puerta se había quedado medio abierta y quiso averiguar por qué. Entró, y salió enseguida al pasillo para vomitar todas sus entrañas. Ha tenido este detalle para no estropear nuestra investigación —bromeó—. Pero no sabemos más, fue imposible interrogarlo, estaba demasiado alterado.

—¿Dónde está ahora?

—No podrás hablar con él por ahora, Tonio. El chaval estaba tan afectado que tartamudeaba entre lloriqueos. Lo mandé a La Paz a que lo viera un psiquiatra. No sé ni cómo se llama. Mandé un agente con él para que no se nos escape cuando se recupere.

—Bien.

Antonio volvió a contemplar la escena como buscando algún detalle que diera una explicación a tan increíble salvajada. Dio unas vueltas alrededor de la cama y le sorprendió no ver nada escrito, como la firma del criminal que reivindica su locura. El sádico asesino no quería dejar su huella en tan macabro panorama. Menuda patata caliente iba entregarles a los de homicidios, pensó.

Observó que la lámpara situada sobre la mesilla a la izquierda de la cama yacía en el suelo partida en dos, sin duda la había roto la víctima cuando se debatía por conservar la vida. Miró por la ventana, pero las persianas estaban bajadas con lo que dedujo que no había un sólo testigo de la matanza. Entendió que ya nada podía hacer allí y decidió volver a casa.

Dejó a Luis encargarse de los preparativos.

Regresó a su casa para intentar aprovechar las tres horas de sueño que le quedaban. Aún estaba en el coche cuando recordó que ni siquiera sabía

el nombre de la chica. ¡Qué más da! Otro se encargaría de resolverlo.

—Entra Antonio, tengo entendido que habéis descubierto un cadáver en Orense.

El comisario Tomás Romero estaba al mando de la comisaría de AZCA y era directamente responsable de todos los policías que allí operaban. El crimen se había cometido en su distrito y él era quien debía pasarlo al departamento de homicidios junto al informe del oficial de turno que había recogido los primeros datos.

Cada noche, unos pocos inspectores estaban en situación de alerta. Dormirían en sus casas pudiendo ser contactados por los agentes del turno de noche si fuera necesario. Esta disposición permitía a los responsables de zonas, máximos jefes, velar por la seguridad ciudadana pasando noches tranquilas junto a sus familias o sus amantes sin atender las urgencias típicas de la profesión. Por eso le tocó a Antonio ejercer anoche como responsable de zona en nombre del comisario. Era un turno que le había correspondido por sorteo y que no le molestaba desempeñar. Carecía de vida privada y era ésta situación que le otorgaba tanta libertad. Incluso sus compañeros recurrían a él para intercambiar turnos cuando les había surgido un imprevisto como una boda, un funeral, o cualquier mentira a la que pudieran recurrir con tal de no cumplir la maldita guardia. Casi nunca le devolvían el favor a Antonio y él mismo tampoco lo pedía. Tal vez por eso pasaba por ser un bicho raro.

Romero era uno de los pocos funcionarios de la comisaría en disponer de un despacho que no compartía con nadie. Debido a los fuertes recortes presupuestarios, se había exigido a los distintos cuerpos estatales que compartieran oficinas con el fin de dejar otras libres que poder ceder a otros organismos o alquilar a empresas privadas. Siguiendo esta orden, la comisaría de AZCA había cedido un par de pisos a la conserjería de Asuntos Sociales que asistía a las mujeres maltratadas. Los ocupantes de los pisos cedidos se habían trasladado a los demás despachos. Si bien antes no se disponía de mucho espacio, ahora se tenía la impresión de vivir en una colmena.

Otras obras habían tenido lugar dentro de la comisaría para eliminar las paredes inútiles y agrupar los distintos despachos en una única oficina

donde los distintos funcionarios recurrían a simples pantallas para separarse unos de otros.

El despacho de Romero era reducido y ocupaba un pequeño lugar al fondo de uno de los pisos. Tenía un par de ventanas cuyas persianas estaban siempre medio bajadas como queriendo huir de la luz natural, una bonita mesa de madera adornada con los típicos retratos familiares y había colocado en las paredes los diplomas de sus distintos seminarios, un sillón de polipiel desde el que manejaba todos los asuntos de la comisaría y, a su izquierda, tenía el aparato que más admiraba en la vida: su ordenador portátil que llevaba consigo a todas partes y dónde guardaba toda la información de presupuestos y estadísticas sobre el buen funcionamiento de su comisaría.

Antonio había supervisado la investigación preliminar, aunque estéril, como responsable nocturno designado por el departamento. Por lo tanto, comparecía ante su jefe para recibir la orden de redactar un sencillo informe y remitirlo a la Brigada de homicidios, su antiguo hogar. Una tarea sin complicaciones, sencilla y tediosa a la vez. Podría llevarla a cabo sin recurrir a su destacada inteligencia, pensó.

Antonio no tenía enfrente de él al amigo que había tenido en su jefe de homicidios. Romero era el típico funcionario de academia que se inundaba de informes y estudios. Era el odioso resultado de la burocracia. A él, no le preocupaba reducir la delincuencia en las zonas difíciles de su distrito sino como podía representar las cifras en un cuadro que mostrar a sus superiores. Era policía mediocre, pero hombre hábil en el manejo de las cifras. Y este carácter, más bien digno de un gestor o de un directivo de una gran empresa, le había obligado a volcarse en el análisis y en la concepción informatizada de espectaculares presentaciones.

—De verdad que te agradezco que te hayas encargado del caso —prosiguió—. Lo normal sería esperar a tener tu informe y enviarlo junto a los otros a los cazacadáveres —era el apodo que le había puesto a la gente de homicidios, —para que se encarguen del asunto. Esto querría hacer, pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó Antonio.

—Ocurre que los estirados de homicidios me han hecho entender que ya tenían demasiados casos. Dicen que los ajustes de cuentas de la mafia sudamericana y las peleas criminales entre bandas les están acaparando

todo el tiempo. ¡Qué pandilla de maricones! La verdad es que les trae al fresco investigar la muerte de una fulana.

La sonrisa del comisario añadía un tono irónico a la conversación. Hizo un gesto hacía el sillón que tenía enfrente invitando a Antonio a sentarse en él.

—¿Sabes? A mí también me trae al fresco este crimen —prosiguió—. Ella era una desheredada, una paria, una pobre chica. Ya sabes los calificativos que emplea la gente progresista y demócrata para no ofenderlas. ¡Y un cuerno! Yo no soy un jodido hipócrita y diré sin rajarme que era una puta. Una puta de lujo, ya sé, pero una puta, al fin y al cabo. Tal vez esté mejor ahora, de verdad, no pienso llorar por una tía de esas —añadió con desprecio.

Antonio lo contempló. Pensó que era un individuo patético. Observó las arrugas alrededor de su nariz crecer de forma progresiva mientras su enfado no decaía. No compartía las ideas del comisario acerca del trágico destino de Vanesa. Desde que frecuentaba los lugares de prostitución callejera, había empezado a sentir cierta estima paternal, casi afecto, por las pobres chicas que vendían sus cuerpos. Nunca las trataría como lo hacía el comisario. Nadie podía hacerlo. Quiso decírselo, pero entendió que no serían palabras bien recibidas.

—Pero allí está lo irónico de la vida —continuó Romero con tono más sosegado—. Tengo que designar a alguien para ocuparse del caso y no tengo a nadie capaz. Me consta que eres un policía de puta madre, donde aún los hay, pese a tus maneras de jodido enfermo mental. Y me amparo en tus largos años en homicidios para ordenarte esta investigación. Cojonudo, ¿no?

Antonio permaneció un rato en silencio. Era tiempo suficiente para analizar los inesperados acontecimientos que le habían tocado vivir en las últimas doce horas.

No conseguía entender porque la Brigada de homicidios renunciaba a un caso que era competencia suya. No creyó que se debiera a un exceso de trabajo ni a la falta de interés por la víctima. Estas dos razones que Romero había expuesto nunca habían sido válidas para rechazar un caso, sobre todo en un organismo estatal tan receloso a la hora de marcar sus límites dentro de la seguridad del estado. Cada departamento, más que cooperar con los demás, prefería guardar sus secretos; y más que pedir

ayuda a otros, prefería recurrir a lo imposible antes de reconocer un fallo de organización interna o una falta de medios.

A todas luces, la razón por la que la Brigada de homicidios, que por otra parte Antonio conocía muy bien por haber trabajado en ella más de diez años, debía ser otra y seguramente habría sido una razón tomada por una entidad por encima de ella. Pero, ¿quién?

Romero, pensó Antonio, no era incapaz de entrar en el juego de intrigas que envolvía el Ministerio del Interior, la Jefatura de Seguridad del Estado y la Dirección General de la Policía. Por lo tanto, siendo fiel a sus ambiciones, no se mostraría al margen de intereses personales o políticos sabiendo que sólo así podría satisfacer a todos y seguir progresando. ¡Era un pelota de lujo! El típico lameculos que abunda entre los funcionarios. A él le daba igual quien heredaría el traspaso del expediente sobre la muerte de la prostituta de la calle Orense, sólo le importaba obedecer y trepar.

Siguió reflexionando sabiendo que no era su interlocutor quien le resolvería la clave del misterio y de pronto, tras entender que no era necesario seguir rebuscando, entendió que era una decisión pronunciada desde dentro de la Brigada de homicidios.

Seguramente allí se pretendía darle una oportunidad en un caso que no interesaba a nadie. Si lo consiguiera resolver, sería un primer paso de cara a volver a su antiguo departamento, si fracasaba, tampoco sería nada grave porque a nadie le importaba.

—¿Lo sabe él?

Antonio preguntaba por su antiguo jefe en homicidios, un hombre con el que había tenido mucha amistad y que le había apoyado en los momentos difíciles. Podía percibir su huella en aquella decisión. Aún hoy, casi un año después de haberse separado, sentía como le seguía ayudando. Tal vez se trataba de una oportunidad para volver con él.

—Sí, fue él quien me lo insinuó. Confía en que lo resolverás. A mí, me da igual —afirmó y luego se inclinó hacia atrás sobre su sillón.— Intenta resolver este crimen, hijo. Y si no lo consigues, tampoco pasa nada. Te doy un par de días para cerrarlo.

Antonio entendió que se encontraba sólo y sintió el desafío. Aún seguía sin entender porque gozaba de tan poca simpatía por parte del comisario. Seguramente se debía a su traslado. Tenía suficiente experiencia para imponerse en su trabajo y eso no le gustaba. El comisario

Romero era el tipo de hombre que le gustaba sobresaltar por encima de sus subordinados. A tal efecto y entendiéndolo que no podía hacerlo por sí mismo, se rodeaba de perfectos inútiles que había empezado a colocar entre sus ayudantes desde su llegada. Antonio era una amenaza a la homogénea mediocridad que se había asentado en esta comisaría. Sin embargo, mientras siguiera inmerso en su depresión, no preocuparía a nadie.

Consciente de que no había más de que hablar, se levantó y salió del despacho rumbo a su mesa de trabajo donde empezaría la investigación.

—Otra cosa Tonio —aún no había cruzado la puerta, y aquel repentino cambio de ritmo le hizo presagiar una mala noticia, —te voy a asignar un cachorro para que lo formes un poco. Te ayudará en tu investigación.

Algún joven licenciado de la Academia de policía habría solicitado llevar a cabo sus prácticas en esta comisaría. Tal vez el sobrino de un alto cargo. Romero era capaz de eso y más por subir algún peldaño más.

Antonio pensó que más que ayudarlo, iba a resultar ser un incordio, una carga para su trabajo. No contemplaba con alegría la idea de soportar un chimpancé aprendiz siguiéndole allí donde fuera. Pero recordó que él también fue novato. Salió del despacho como un animal herido.

Tomó asiento frente a la mesa como abatido sin tener las ideas claras acerca de nada. En aquel momento, Antonio, se sentía decaído y, por otra parte, entendía que se le estaba brindando una oportunidad, no en este departamento, sino desde el de homicidios. Si conseguía resolver este crimen, podría regresar a su anterior cargo. Pero esta perspectiva no le daba las fuerzas que necesitaba. Seguía pensando en su fracaso sentimental y se obstinaba con ello. Se juró dejar a un lado sus sentimientos y empezar a trabajar en serio. Llegaría hasta el final de este sangriento episodio. Tiempos mejores le esperaban.

Se levantó y se fue al fondo de la sala donde estaba el café y aprovechó para saludar a sus compañeros, pocos de los cuales le respondieron. Quienes no querían tener este gesto de cortesía se excusaban girando la cara hacía otro lado fingiendo no verle, o contestando a una llamada telefónica imaginaria. Antonio se seguía sintiendo sólo.

Saboreó una primera taza de café que acompañó de medio terrón de azúcar, leyendo los comunicados en el tablón de anuncios situado encima de la cafetera. Algun comisario había descubierto que aquel sitio, junto a los lavabos, era el más frecuentado por el personal y decidió colocar allí sus aburridas notas internas. Leyó dos veces la nota que ordenaba el turno de vacaciones de los distintos agentes y comprobó, no sin malestar, que le había vuelto a tocar el peor periodo, como ya le había ocurrido en verano. Podría disfrutar de un agradable descanso la primera semana de... febrero, quedando de servicio días tan señalados como nochebuena y navidad, nochevieja y primero de enero. ¡Hay que joderse! ¿Dónde voy a ir yo en febrero? Pero luego pensó que, seguramente, esta vez tampoco tendría a dónde ir a pasar unos días y que se quedaría en casa a solas consigo mismo. Seguramente volvería a ser como en el pasado verano: volvería a olvidar que tenía derecho a un descanso y seguiría trabajando. Se entregaba más a su trabajo que un japonés en huelga de celo.

Volvió a su despacho donde, frente a su mesa, había un hombre de aspecto joven y descuidado. Tenía el pelo largo de un negro muy oscuro que había recogido detrás de la nuca con una pequeña colita. Los ojos negros y la tez curtida le daban un aire de macho seductor. Un bigote aún poco poblado asomaba debajo de la nariz. Y todo ello acompañado de una leve barba que indicaba que el sujeto llevaba varios días sin afeitarse. Con todo ello, cabría destacar su indumentaria: una cazadora de cuero negro que escondía una camisa de seda amplía, y unos téjanos agujereados. Calzaba unas botas de ante con forma puntiaguda al puro estilo macarra de poca monta. Pero lo que más llamaba la atención de su físico, era la quemadura que le había desfigurado media cara. Con todo ello, no parecía defecto éste que le molestase, sino que, con el tiempo, había logrado asumirlo como parte de su físico.

—Buenos días inspector Hernán —pronunció con exagerado acento sevillano—, soy el agente en prácticas Víctor Sánchez.

Estaba atónito. Frente a él estaba su ayudante. Esperaba al típico subproducto de academia: traje de lana mezclada color gris, corbata a rayas, camisa blanca, zapatos negros y, por supuesto y como no, unas pequeñas gafas redondas a lo John Lennon que le darían el tan anhelado toque intelectual. Era la indumentaria que correspondía exactamente al modelo de novato que se había hecho.

Habría podido omitir el traje, incluso la corbata; bueno las gafas tampoco serían necesarias para su novato imaginario. Pero eso sí, pensó, su novato tenía que tener aspecto de eso, de novato, de pobre chico aun adolescente, de capullo con cara de gilipollas y ganas de comerse el mundo. Lo cierto era que lo que tenía enfrente no pasaba por ser un agente de policía en prácticas. Víctor era uno de esos individuos cuya edad no logra adivinarse tan fácilmente. Parecía un hombre con más experiencia que la mayoría de los policías que estaban leyendo sus periódicos en aquel mismo momento y que observaban al intruso.

Pasados unos pocos segundos, el joven dejó de sonreír percibiendo la sorpresa que su presencia había causado. Deseó que la cara de asombro desapareciera del rostro de Antonio. Se puso derecho, casi emulando la posición de firmes, y lo contempló. ¿Así que ese iba a ser el tío con huevos que iba a enseñarle la profesión? Estaba algo decepcionado. Antonio le pareció un tipo común, vulgar, del montón. Sólo su estatura de un metro ochenta y su aspecto atractivo lo distinguía. Su acogida no correspondía tampoco a lo que esperaba.

—¿Inspector Hernán? —Volvió a sonreír en un segundo y vano intento de contactar con este policía que más bien parecía un alienígena recién llegado a la tierra.

Víctor no apreciaba la expresión que su interlocutor puso nada más verle. Le sonaba a burla y no le gustaba.

Los distintos agentes que se encontraban en el piso habían formado un círculo alrededor de los dos púgiles. ¡Qué pandilla de impresentables! Las cosas tomaban un rumbo inesperado y amenazaba tormenta. Antonio oía las pequeñas risas nerviosas de sus compañeros y se sentía molesto, no por él mismo sino por su nuevo compañero. Le sorprendió tener un aprendiz tan atípico y había reaccionado como un animal, desprovisto del menor gesto de civismo o respeto. Solo podía disculparse.

—Lo siento, estaba sorprendido, no te esperaba tan pronto.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Antonio aprovechó para comunicarle los pocos detalles que conocía sobre la investigación que estaba a punto de abrirse. Aunque ya sabía que se trataba de un brutal asesinato. Esto se lo había dicho el comisario Romero durante la entrevista que habían mantenido pocos minutos antes. Víctor desconocía las circunstancias en las que la víctima había fallecido. Gracias a Dios, el cadáver había sido ya levantado y podrían acudir al apartamento sin

volver a pasar por la pesadilla que suponía contemplar el hermoso cuerpo destrozado de aquella mujer.

Sobre su mesa Antonio halló el primer informe redactado por Luis. Era una carpeta de cartón color azul. Leyó en la pequeña etiqueta: Expediente 77458H. Allí era donde seguramente encontraría los primeros indicios que andaría luego comprobando. La abrió y extrajo una simple hoja de papel, casi un borrador, en la que pudo reconocer la escritura de Luis.

Tonio,

Lo siento amigo, cuando te fuiste recibimos orden de dejarlo todo como estaba y de precintar el apartamento. Nos dijeron que alguien se encargaría de todo por la mañana y nos tuvimos que ir. El cadáver sigue allí y he dejado una patrulla custodiándolo. Tendrás que decirle esto al que se encargue de la jodida investigación. No me gustaría estar en su pellejo.

Hay algo que me huele mal en esta historia y me jode no saber qué es.

Otra cosa, sigue en pie lo de venirme a la cita a ciegas de esta noche, ¿vale? Unas cuantas cañas y un par de culos a nuestra disposición aliviaran nuestra tensión.

Un abrazo.

Víctor observó el rostro de su interlocutor y entendió que algo fallaba. El plan que Antonio tenía en mente había sufrido un contratiempo y se aventuró a preguntarle qué pasaba. Como única respuesta, éste le contestó que era el momento de perder su inocencia, un triste día que recordaría toda su vida, dijo. Los dos salieron rumbo a la calle de Orense, tenían que echar un ojo al cadáver que allí les aguardaba.

Antonio recordaba bastante poco el edificio de apartamentos en la calle Orense donde se había producido el crimen. Era una noche muy oscura cuando tuvo que venir hasta aquí la noche pasada y la falta de luz sumada a su falta de sueño le había impedido observar con minucioso detalle cuanto había que ver. Consultó su reloj. No habían pasado ni siete

horas desde entonces. Se sentía cansado y procuraba que su nuevo amigo, que viajaba a su lado en el coche, no lo notara.

El edificio no tenía ningún aspecto particular y parecía responder al estilo arquitectónico típico de las grandes urbes. Había en su parte frontal una gran puerta de hierro pintado de negro con una multitud de pequeños cristales que permitían que la luz entrara en el vestíbulo. Los apartamentos se repartían en poco más de diez pisos y estaban en su mayoría ocupados por pequeñas empresas que allí tenían sus oficinas. También los había que servían de residencia a la gente. Uno de ellos era el que los dos policías venían a ver.

Tras aparcar cerca del coche del 091 que custodiaba el lugar, los dos hombres bajaron del automóvil y siguieron escudriñando el sitio. Víctor sacó una pequeña libreta y empezó a anotar lo que veía. Antonio lo vio y dudó un instante si preguntarle qué escribía. Seguramente algún gilipollas de la academia les había enseñado a sus alumnos lo importante que era tomar notas de todo, pensó. Él, sin embargo, era perro viejo y el tiempo le había enseñado otras cosas, las más importantes. Prefería pasar más tiempo observando y estudiando que escribiendo. Rara vez se disponía de tiempo suficiente para nada, aún menos para garabatear impresiones sobre un bloc de papel. Pensó que era hora de impartir su primera lección. Abrió el maletero y extrajo un pequeño maletín del que retiró un par de guantes de látex fieles réplica de los usados por los cirujanos y varias bolsas para guardar todo tipo de objetos y pruebas.

Ofreció un par de guantes al alumno y le ordenó entrar en la casa.

—Déjeme un segundo más —protestó—, no he acabado de recopilar toda la información.

Antonio le miró y sonrió. La primera lección había sido impartida con absoluta maestría, mientras penetraba en el interior del edificio obligando a Víctor a guardar su libreta, a colocarse los guantes y en precipitarse a seguirle en el interior.

Ya estaban en el vestíbulo. Era bastante grande con las paredes blancas, un par de sillones para algunas visitas y un mostrador de madera tras el que estaba el portero.

Antonio se presentó ante el conserje y le preguntó por los inquilinos del edificio. La visita del policía no le sorprendió. Ya había visto una pareja de agentes en uniforme subir arriba, al cuarto, a vigilar el piso y a

relevante a la otra pareja que allí estaba. Obviamente esperaba el interrogatorio y ya había preparado las respuestas.

No podía contarles nada acerca del crimen porque la portería cierra a las nueve de la noche y abre a las siete de la mañana. Le preguntaron por la gente que pasa delante de su mostrador, ¿hubo alguien sospechoso en los últimos días? Les contestó que eran muchas las personas que pasaban delante de él a lo largo del día y que nunca preguntaba el origen de sus visitas. En cuanto a lo de haber visto algo anormal, no, nada que saliera de lo habitual, contestó.

Tras comprobar lo estéril que había resultado esta conversación, los dos policías tomaron el ascensor y se bajaron en la cuarta planta.

Ante la puerta del apartamento de Vanesa estaba un policía uniformado con mirada autosuficiente que los demás vecinos evitaban. A esta hora, todos los inquilinos ya estaban al corriente de la muerte de la prostituta y corrían toda clase de rumores. Unos, los más románticos, decían que se había suicidado tras recapacitar sobre su destino, otros que había inhalado una sobredosis de coca, típico entre las señoritas de hábitos indecentes; los más originales, aunque eran pocos creían en el asesinato cometido por un sádico o un cliente descontento. Estos últimos apoyaban sus opiniones en el hecho de que la policía estuviera allí mismo vigilando.

Pobre mujer, opinaban algunos, no había otra salida decían otros. El caso es que todo el mundo estaba al corriente de que Vanesa vendía su cuerpo y nadie le ocultaba su malestar. Sin embargo, como tenía una clientela más bien selecta, no se le hizo reproche alguno. Sólo le pidieron discreción y ella lo iba respetando. Como resultado del pequeño acuerdo, la saludaban en los pasillos y en el ascensor, aunque siempre de un modo frío y distante. De todos modos, no podían echarla así que era mejor ceder un poco sobre el plano moral para poder convivir en armonía.

Ahora temían que su muerte les trajera problemas. Temían con agudo horror que algún periodista se acercara y redactase un artículo morboso en el periódico o, peor aún, que un programa de televisión especializado en lo macabro enviara a un equipo móvil a recoger imágenes de lo sucedido. Lo único que preocupaba a esta comunidad era la mala prensa en la que iban a verse envueltos, y debía evitarse a toda costa. Así que decidieron mantenerlo todo en secreto. Ningún vecino hablaría de esto con nadie que no fuera aforado al tema, o a la policía. También encargaron al presidente

de la comunidad que asumiera el papel de portavoz con los agentes del orden y rogara discreción a quien llevara la investigación. Sólo temían por los oficinistas que, sin embargo, poca atención pusieron en el pequeño escándalo. Sólo venían a trabajar su jornada y nada más les interesaba.

Las puertas del ascensor se abrieron y de él salieron Antonio e Víctor como dos vaqueros solos ante el peligro. Andaban con paso decidido, pero, según se iban acercando de la puerta donde estaba el agente con brazos cruzados y mirada de pocos amigos, empezaron a sentir las primeras flaquezas. El más experimentado porque recordaba lo que había visto la noche pasada, el otro porque había escuchado del primero todos los nauseabundos detalles del escenario del crimen.

—Soy el inspector Hernán y este es el agente Sánchez —los dos mostraron sus placas. —He sido designado para llevar a cabo la investigación.

—Celebro saberlo inspector, ya estaba un poco cansado de estar aquí de pie como un figurín —contestó el agente con una mueca de aburrimiento—. Si no me necesitan más quisiera regresar a mi unidad.

—Creo que esto no va a ser posible. Le necesito aún aquí.

Antonio chafó todas las maravillosas expectativas que la presencia de los dos policías había despertado en el grandullón. Víctor no entendía, con lo apasionante que era una investigación criminal, que el patrullero deseara volver a la calle pendiente de la radio y de una llamada de urgencia. Otro horrible resultado de la reforma escolar, pensó.

—Tendré que consultarlo con jefatura.

—Ya lo sé —contestó Antonio—. De paso informe de que ya he llegado y de que necesito que se venga el forense con un fotógrafo. Creo que está ya avisado así que estará esperando.

El agente se despidió. Bajaría hasta su coche desde el que poder llamar a la comisaría para recibir la orden oficial de seguir allí mientras fuera necesario. Tardaría poco menos de cinco minutos en regresar contrariado por la decisión de sus superiores.

Antonio se preguntó dónde estaría su compañero y pensó que probablemente estaba desayunado en el VIPS. No tenía nada mejor que hacer que engullir unas porras con el café.

Mientras tanto. Víctor arrancó la tira de plástico de diez centímetros de ancho en el que podían leerse con letras azules sobre fondo blanco: POLICIA NACIONAL - NO PASAR. Antes de entrar, ambos policías

comprobaron que llevaban sus guantes bien ajustados. También sacaron de sus bolsillos las bolsas de plástico transparente con etiquetas de colores donde recoger cualquier objeto susceptible de análisis.

Abrieron la puerta. Todo estaba oscuro. Las persianas seguían bajadas desde la noche anterior. Notaron como ya no había vida en el diminuto apartamento en el que acababan de penetrar. Uno de ellos presionó el interruptor de la luz y todo el mobiliario apareció como emergiendo de la nada. Antonio echó de menos que las luces no siguieran encendidas como anoche. Aunque insignificante, podían dar una pista de lo ocurrido. Los agentes que sellaron el apartamento no pensaron en ello o no vieron nada extraño. Había un ligero olor a rancio y ambos pensaron que podía emanar del cadáver. Era un olor a muerte, intenso, profundo, como la vida misma.

—Cuando llegué ayer, uno de los agentes que ya estaba aquí me avisó que la puerta estaba media abierta como la dejó el joven que luego iremos a conocer al hospital, imagino que entraría movido por la curiosidad. — Antonio movió la puerta dejándola media abierta. —Así estaría.

—¿Por qué no la cerró al salir?

—¿Quién?

—El asesino. Sería lo lógico. Así ocultaría el crimen durante un tiempo, hasta que fuera descubierto, lo que le daría ventaja para escapar.

Antonio lo miró esbozando la sonrisa de un padre con su hijo. Una sonrisa condescendiente. El acento de su compañero, del puro estilo andaluz, le producía cierta gracia.

—Una cosa que me ha enseñado la experiencia es a dejar de sacar conclusiones precipitadas —dijo Antonio—. No tiene por qué ser un hombre, puede ser una mujer. No tiene por qué ser uno solo, pueden ser varios. No elimines nunca ninguna posibilidad sólo porque no te parece lógica. A veces surgen cosas que no son normales.

Víctor se le quedó mirando como el alumno reprendido por su profesor. Se sintió herido en su amor propio. Quería llevar a cabo sus prácticas como un policía más y no como un novato al que hay que enseñarle todo. Estaba seguro que los tres años de academia le habían dado suficientes conocimientos como para ir sacando sus propias conclusiones. Era evidente que se trataba de un hombre y que estaba sólo, pensó. A estos servicios sólo acuden hombres y siempre solos. Se lo dijo tal cual lo pensaba a Antonio.

—Me quedo con lo de que se trata de un hombre. Como bien has dicho, este tipo de mujeres sólo son visitadas por caballeros —hizo una pausa, pensativo—. Sin embargo, podría ser que entrara sólo y luego viniera otro y la mataran los dos. También podría ser un servicio especial —las cejas de su compañero se habían erguido por encima de los ojos como signo de extrañeza. —Yo mismo he visto chicos a tres o cuatro en un coche acercarse a una prostituta y enrollársela. Ya puedes imaginarte lo de polvos que tendría que echarse la tía...

Antonio observó fijamente la puerta. ¿Por qué la había dejado abierta al salir? Lo más lógico, pensó, hubiera sido cerrarla para que descubrieran el cadáver más tarde. Esto, si cabía en la mente de un novato de academia, no digamos entonces en la de un sádico asesino, pensó Antonio. Cerrar la puerta del todo habría sólo posible si el asesino hubiese tenido la precaución de usar guantes para no dejar huellas, cosa que más tarde podría verificarse concluyendo que fuera un crimen planeado. Ello caso restringiría la investigación a los móviles económicos y de venganza. Por lo tanto, deberían buscar el asesino entre los conocidos de la víctima. Sin embargo, Antonio no quería descartar el móvil que más temor le producía: el móvil de los asesinos sin móvil. Aquellos que matan por impulso: los psicópatas. El aspecto del cadáver apoyaba esta idea. Un ajuste de cuentas o un crimen pasional no acababa destrozando las entrañas de la víctima. Tampoco pensó en una secta satánica porque suelen dejar mensajes y allí no había ninguno.

¿Por qué había dejado la puerta a medio cerrar? Antonio seguía pensativo mientras su pupilo ya había entrado en el apartamento esperando proseguir la investigación. No parecía interesarle el estado en el que había quedado la puerta al huir el criminal. ¿Tal vez huyó al oír algo? Se puso a recapacitar sobre lo que podía parecer evidente, sobre qué hubiera hecho él mismo y entonces reflexionó sobre como abrir la puerta sin usar guantes y lo hizo escondiendo su mano debajo de la camisa y abriéndola usando la tela para no dejar huellas. Comprobó que en esta posición le era difícil cerrarla sin pegar un portazo, lo que por otra parte habría despertado a la gente, y que también tardaba cierto tiempo en hacerlo cuidadosamente tratándose de una puerta blindada de cierto peso. Dedujo de su experimento que lo más normal, si se tenía prisa en huir, era dejarla media abierta.

Ambos agentes llevaban ya sus guantes para no dejar huellas y empezaron a observar con minucioso detalle todo cuanto había en la pequeña salita de estar. Antonio volvió a ver con cierta irritación como su compañero tomaba notas de todo en su estúpida libreta y se esforzó en no arrancársela. Pensó que contemplar el cadáver sería más beneficioso para su formación y le invitó a hacerlo.

Los dos entraron en el dormitorio. Seguía a oscuras, sin luz, ni eléctrica ni natural. Ninguno de los dos se sentía con valor para accionar el interruptor. Antonio, adivinando los obstáculos esparcidos entre su camino hacia la ventana consiguió alcanzarla. Inspiró profundamente y fue levantando las persianas lentamente, con sádica lentitud.

Conforme iba penetrando la luz dentro del cuarto, las formas iban tomando cuerpo y colores. Víctor tuvo que girar la cara para dejar de verlo. Tuvo unas arcadas en la garganta y en el estómago como si se dispusiera a vomitar. Antonio no había terminado aún de subir del todo las persianas y observando la indisposición de su compañero, le aconsejó que empleara una de las bolsas de pruebas para aliviarse.

Lo hizo saliendo de la habitación y volviendo a la sala de estar. Se apoyó en una de las paredes escondiendo la cara entre sus brazos. Antonio lo vio en tan exagerada postura dramática que se le acercó para consolarlo. Esto era sólo el principio, quiso decirle, pero se abstuvo de comentar nada y esperó a que el joven policía se recompusiera.

Entretanto, un rostro familiar asomó por la puerta y Antonio se acercó a saludarle. Era el forense que ya había visto varias veces en otros momentos, en otros lugares, cuando formaba parte de la Brigada de homicidios. Se abrazaron sonriendo, llevaban casi un año sin verse y les alegró el reencuentro, aunque las circunstancias fueran algo macabras. De todos modos, siempre que se encontraban era en tales circunstancias. Parecía que sólo el crimen podía unirles.

Le acompañaba el fotógrafo. Toda una comisión de investigación experta en percibir los detalles más escondidos en los lugares más variopintos. Los dos hombres retuvieron una risa burlona al contemplar el rostro pálido y demacrado de Víctor. El forense se acercó a Antonio para preguntarle si éste era su primer cadáver. Sin dudas lo era, le contestó.

Mientras los dos hombres se proveían de sus herramientas de investigación siguiendo una larga lista de gestos tan rituales como supersticiosos, Antonio centró sus esfuerzos en que Víctor se recuperara,

tampoco era para tanto, le dijo. Le cogió la bolsa de las manos y se dirigió hacia el pasillo donde encontró una pequeña papelera en la que arrojar los resultados de la impresión de su joven compañero. Conforme se dirigía hacia el centro del pasillo donde había localizado la papelera que andaba buscando, observó en el suelo los restos del vomito del muchacho que había alertado a la policía por la noche tras descubrir el cadáver. Nadie lo había limpiado y allí seguía produciendo cierto hedor que resultaba repugnante. Cuando arrojó la bolsa en el depósito reservado a los pequeños papeles y pañuelos observó que estaba vacía. Víctor no había devuelto como era la costumbre en estos casos. Siempre suele ocurrir la primera vez e incluso las siguientes hasta que el cuerpo, y sobretodo la mente, se acostumbran a la contemplación del horror. No sabía qué pensar porque resultaba extraño. Víctor parecía tan impresionado que le era difícil imaginar que fuera fingido. ¿Y por qué? Acabó restándole importancia al hecho y regresó al apartamento.

Antonio escuchaba con cierto placer el ruido que el flash de la cámara del fotógrafo hacía cada vez que retrataba parte del crimen. Víctor estaba echando una mano al forense que estaba rebuscando en los cajones en busca de algún indicio sobre la personalidad de la víctima.

El apartamento de Vanesa tenía dos habitaciones. La primera era el dormitorio y la segunda, un pequeño salón. No tendría más de cincuenta metros cuadrados, pero parecían bien distribuidos y eran más que suficientes para una mujer sola.

A la izquierda de la entrada estaba el baño. Antonio encendió la luz y vio que allí había una bañera con sus cortinas color rosa. Los azulejos en las paredes representaban flores silvestres que le parecieron muy bonitas. Notó la ausencia de un bidé que achacó a la falta de espacio. Había un pequeño armario escondido detrás del espejo en el que Vanesa guardaba todas sus cosas de maquillaje y tratamiento. Había observado que las mujeres suelen maquillarse en el dormitorio o en otros lugares de la casa donde hubiera luz natural, nunca en el baño. Pero luego pensó que la chica tenía alma nocturna, se arreglaba cuando el sol ya se había puesto. Antonio ojeó las distintas máscaras, así como las sombras, pintalabios y otros productos típicamente femeninos. Eran todos de marcas prestigiosas y por lo tanto carísimos. Las cosas le iban bien a la muchacha.

Enfrente del baño, a la derecha de la entrada, había un armario empotrado bastante alto en el que Vanesa guardaba sus abrigos e

impermeables. Los tenía cerca de la puerta seguramente para poder quitárselos nada más entrar. Víctor lo había abierto y estaba registrándolo por completo. Descubrió un pequeño bolso de cuero negro de una conocida marca española. Era muy caro y seguramente era el que usaba cuando iba a ver a algún cliente en un hotel o en su domicilio. Allí dentro encontró su DNI.

Vanessa se llamaba en realidad Elena Darriete Izuñaga, tenía veintidós años y era originaria de un pequeño pueblo de Navarra. Víctor seguía rebuscando y descubrió su agenda en la que estaba anotada una larga lista de números de teléfono y de citas. El policía consiguió encontrar el teléfono de los padres que debería avisar. Era la prueba criminal número uno. La agenda sería leída y releída, sin duda guardaba algunos secretos que la investigación juzgaría interesantes.

Antonio entró en la pequeña sala de estar en la que había un sofá. Sobre el borde más cercano a la puerta del dormitorio estaba la ropa de la víctima que se habría quitado antes de acostarse con su asesino. Vio un panty de licra negra, su ropa íntima de encaje color rojo claro y su vestido rosa ceñido con lo que parecía un escote pronunciado.

Tonio se fijó en el teléfono en una de las estanterías, detrás del sofá, y en el contestador conectado a él. La luz roja sobre uno de los lados no era intermitente, señal de que no había mensajes. Sin embargo, lo accionó para escuchar los mensajes antiguos y sólo oyó el de una amiga que le pedía que la llamara y el de la agencia que le informaba que le mandaba un cliente a las dos. Tal vez fuera el asesino. No había más y no sabía qué agencia era. Merecía la pena investigarla, aunque nada limpio sacarían de ella. Depositó la cinta en una de las bolsas de plástico. Era la prueba número dos.

Todos los muebles y objetos seguían dispuestos de forma casi geométrica y dedujo que Elena era metódica y que le gustaba el orden. También dedujo, por la ausencia de signos de violencia, que nunca imaginó que iba a acostarse con un asesino. No opuso resistencia salvo en el último momento cuando ya era demasiado tarde. Aquello resultaba interesante. Seguramente ambos, asesino y víctima, nunca se conocieron hasta la noche en la que juntos escribirían una página más de las crónicas negras de Madrid.

Antonio seguía rebuscando en el armario cerca de la entrada y halló las llaves del apartamento. Para comprobarlas se dirigió hacia la puerta y

consiguió accionar el cerrojo. Al acabar la sesión podrían marcharse cerrando el apartamento como es debido. Un tipo extraño este novato, pensó para sus adentros. Este se acercó al televisor que estaba al lado del sillón y observó que el vídeo llevaba tiempo encendido, tal vez toda la noche. Seguramente Elena estaría mirando una película antes de recibir a su asesino y se le habría olvidado apagar el vídeo cuando le abrió la puerta. Se interesó por saber el título y extrajo el casete, leyó la etiqueta: Perversión anal. ¡Era una romántica! Debía ser el tipo de cinta X que pasaba a sus clientes mientras tomaban una copa. ¡Hablando de copa! En la mesa había un vaso alto en el que parecía quedar un resto de bebida. Antonio lo olió y reconoció el amargo olor a whisky. Le sorprendió no ver el otro, el que habría utilizado el criminal.

—Me gustaría que analizaran todos los vasos que hay en la cocina.

—Lo haremos. —El forense dejó por un momento de registrar uno de los cajones del armario volviendo su mirada hacia Antonio.

—En esta mesa solo hay un vaso y eran dos. Seguramente éste era el de ella. Estas mujeres siempre invitan a su cliente y le acompañan. Y si no lo hizo, me extrañaría que el asesino lo dejara aquí delatándolo. ¿Así que dónde está el otro?

—Lo llevaría consigo... —contestó Víctor.

—O lo lavó y lo guardó con los demás. Tal vez no haya sido tan meticuloso y podamos recuperar una huella.

—De acuerdo Tonio, me los llevaré todos —concluyó el forense.

Mientras tanto y tras haber acabado con el armario de la entrada, Víctor se dirigió al dormitorio donde el fotógrafo seguía retratando la víctima. Allí había tres armarios también empotrados, pero más pequeños que el primero que había registrado. Víctor encontró toda la ropa de la víctima, le pareció que era muy abundante lo que delataba que le gustaba mucho vestirse, aunque, luego pensó, se ganaba la vida quitándose la ropa. Estaba removiendo el contenido de uno de los cajones cuando soltó una ruidosa carcajada. Del cajón extrajo las prendas íntimas, esencialmente sexy en tonos rojos y negro, varios vibradores, cadenas, un látigo y varias cremas para facilitar las penetraciones anales.

—Menuda perversa —dijo suspirando.

El fotógrafo contempló los instrumentos con el mismo deleite que Víctor.

—Hay gente para todo —observó.

—Ya —le contestó Víctor—, y esta tía se dedicaba a todos los terrenos.

Volvió a dejar todos estos objetos en el sitio donde los había encontrado y prosiguió el registro.

Al fondo de la sala de estar había una pequeña puerta que permitía el acceso a la cocina. Comunicando con ésta y el salón, pero ya fuera del apartamento, había una pequeña terraza al aire libre a la que se llegaba a través de una puerta corredora de cristal. Antonio levantó las persianas y salió a la terraza desde la que se veía el interior del edificio. Pudo ver la piscina y, al otro lado, otra torre de apartamentos. Luego, dedujo que nadie podía ser testigo accidental del crimen porque las persianas del apartamento estaban bajadas, situación ésta habitual cuando se mantienen relaciones sexuales con alguien.

Antonio volvió a entrar en el apartamento y se dirigió a la pequeña cocina donde se distrajo abriendo y cerrando armarios. Abrió también la nevera para ver qué dieta seguía la víctima, simple curiosidad. Allí vio una extensa provisión de botellas de leche y yogures, frutas y unas pocas verduras. Comida equilibrada, pensó. Seguramente era vegetariana, dedujo al notar la ausencia de carne. También se fijó en la pequeña nota manuscrita que estaba pegada sobre la puerta. En ella pudo leer: mantequilla, agua mineral. Era una escritura fina y bonita, muy femenina. No tenía más cosas que observar y regresó a la salita. Antes se detuvo al ver un pequeño cubo de basura de plástico. Levantó la tapa y observó restos de un yogur y un envoltorio plástico. Lo cogió y leyó que se trataba del envoltorio de un sándwich de salami que había sido preparado durante el día, típica comida que se servía en las tiendas 24 horas y en las gasolineras. Sin duda no le bastó el yogur a Elena y optó por algo más consistente a base de embutido. No era vegetariana, concluyó.

El forense había ya terminado el registro en la parte de la habitación que le había tocado mientras Víctor proseguía revisando los vestidos que estaban en los armarios empotrados del dormitorio. Tras escudriñar minuciosamente el mobiliario de la sala de estar en busca de algún pelo, el forense empezó a esparcir polvo fino sobre las partes de madera de sillón y sofá, sobre la mesilla, sobre el televisor y sobre las estanterías. Estaba buscando huellas.

Mientras tanto, el fotógrafo acabó su serie de primeros planos sobre la víctima y salió del dormitorio. Le quedaba por tomar otras fotografías del

resto del apartamento. Una vez cerrado el apartamento y sellado, estas fotos ayudarían a situarse dentro de la escena del crimen sin tener que desplazarse hasta allí.

Cuando hubo acabado de rastrear las huellas, el forense dibujó en su libreta un croquis de la disposición de los objetos que iba a recoger. Seguidamente tomó la ropa que estaba esparcida en el sofá y la colocó en varias bolsas de plástico. También recogió el vaso y la bolsa de basura que Antonio había visto en la cocina. Sin embargo, la pequeña papelería en el cuarto de baño estaba vacía. Recogió también las figuritas que había en la estantería deseando que alguna hubiese sido manoseada por el asesino.

Rebuscó por debajo de los muebles y solo encontró motas de polvo. Seguidamente, y tras haber terminado con la sala de estar y la cocina, se dirigió al dormitorio donde también llevó a cabo la búsqueda de huellas dactilares y tejidos.

Cuando hubo acabado todo aquello, el forense se dispuso a llevar a cabo su primer estudio del cadáver en la posición en el que estaba sobre la cama. Era un primer estudio, sobretodo descriptivo, de la víctima y todas sus observaciones se grabarían en cinta gracias a una diminuta grabadora que tenía en uno de sus bolsillos. Hablaría a través de un pequeño micrófono en la solapa y conectado a la grabadora. Todo este montaje le daría libertad de movimientos durante el análisis. Tras el levantamiento del cadáver, éste sería llevado al Instituto Anatómico Forense donde se le practicaría la autopsia definitiva cuyos resultados serían luego entregados a Antonio como responsable de la investigación.

La ambulancia ya había llegado y los enfermeros estaban esperando en el pasillo junto al policía que custodiaba la entrada del piso. El juez de guardia había sido avisado y le seguían esperando. No habría levantamiento del cadáver mientras él no estuviera presente.

El dormitorio seguía como por la noche. El cuerpo yacía inerte sobre la cama manchada de sangre y con las sábanas revueltas y desgarradas.

Por la posición del cuerpo en la cama, Antonio pensó que Elena elegía siempre el lado izquierdo para dormir y abrió el único cajón de la mesilla de noche donde encontró un frasco de relajantes. La víctima seguramente recurría a esta medicina para poder dormir. Tal vez no se había acostumbrado aún a vivir de noche y a dormir de día. Seguramente llevaba poco tiempo en la profesión, pensó. También halló una novela con

un marca-páginas divertido en forma de Cupido. Cerró el cajón y se volvió hacia el forense quien ya había empezado su estudio.

—El cadáver corresponde a una mujer blanca de unos veinte años, estatura normal y sin aparentes deformaciones físicas naturales. El cuerpo aparece acostado sobre la cama, completamente desnudo. Brazos despegados del tronco, casi en cruz, palmas de las manos mirando hacia la cama. Muslos separados del pubis y pies formando ángulo recto con la cama. Cabeza hacia atrás como tras el efecto de un desnucamiento. Tráquea abierta con arma blanca siguiendo una línea recta en mismo plano horizontal de aproximadamente diez centímetros y profundidad suficiente como para alcanzar el centro del cuello. Herida que seguramente propició la muerte de la víctima. La cara refleja terror, ojos casi saliendo de sus órbitas, boca abierta y lengua retraída como para gritar. Fosas nasales dilatadas para absorber un máximo de aire. —Se volvió hacia Antonio—. Tu chica no tuvo tiempo de gritar —exclamó con un suspiro y luego continuó con la lista observaciones—, magulladuras cerca de la boca como efecto de la presión de una mano tal vez para impedirla gritar antes de recibir la puñalada. Ausencia de marcas violentas en el cuello aparte de la herida. Pulmones y estómago contraídos, acto reflejo de la sorpresa.

Se acercó más al cuerpo y lo empezó a tocar con las manos.

—El rigor mortis —prosiguió— está causando su efecto, aunque no es del todo notable. Hay cierta degeneración de los tejidos debido a la bajada de la temperatura corporal. El cuerpo muestra síntomas de rigidez. —Siguió recorriendo el cuerpo y se fijó en los senos. —Senos sin marcas violentas y con los pezones excitados, el asesino debió acariciarlos antes del crimen. El abdomen sigue retraído y los músculos de las piernas están tensos.

El forense abrió un poco más las piernas de la víctima y las colocó hacia arriba a nivel del abdomen ofreciéndole mejor vista sobre el aparato genital, más bien lo que quedaba de él.

—Los labios y el interior de la masa genital han sido arrancados y separados del cuerpo. Observo cortes precisos sin duda perpetrados por el mismo arma blanca que le abrió la tráquea. Los cortes son longitudinales a ambas partes de la vagina y terminan justo en el clítoris —marcó una pausa—. Es extraño...

—¿Qué ocurre? —preguntó Antonio.

—Juraría —contestó el forense— que los cortes aquí, ¿ves? Cerca del clítoris, forman una uve, como si, en vez de seguir hacia arriba, el asesino quisiera volver hacia abajo; y aquí, cerca del ano, ambos cortes, el izquierdo y el derecho —mostraba con el índice las secciones mientras iba explicando —se comunican aquí mismo.

—¿Y?

—Los cortes forman una figura que me es familiar —Antonio estaba perplejo y su mirada exigía explicaciones. —Piensa un poco Tonio, ¿qué forma se dibuja a partir de un óvalo? —preguntó mimando con las manos, pegando los dedos unos con otros, dejando un hueco entre ellas.

—Este es el signo que emplean las defensoras del aborto.

—No me entiendes, no te fijas en mis pulgares sino en mis índices, observa —retrajo los índices hacia los pulgares y de pronto apareció la figura de un corazón.

—¿Un corazón?

—Sí —contestó y, volviéndose hacia la víctima, recorrió el dibujo con los dedos—. He señalado al inspector Hernán que me acompaña en este primer análisis que los cortes realizados en la vagina dibujan un corazón que, pienso, y debido a los voluntarios cambios de dirección cerca del clítoris, ha sido hecho de forma consciente y no es fruto del azar.

Prosiguió describiendo la masa carnal que el asesino le había extraído asegurando que el corte había sido bastante limpio y efectivo. Sin embargo, no era indicio suficiente para pensar que se tratara de un cirujano. ¿Un carnicero?

En aquel momento, ambos intentaron imaginar qué hombre, qué degenerado, tendría la sádica idea de arrancarle los genitales a una mujer que no conocía. ¿O sí la conocía?

Tras la descripción detallada de cuanto había observado en la cama, incluida la forma de las sábanas y las manchas de sangre, que también serían analizadas en el laboratorio, el forense se detuvo en observar que un trozo de tela faltaba a la sabana. Había sido desgarrada más que cortada y vio varias manchas en los lados de la tela que había dejado. El trozo podía ser de forma cuadrada como un pañuelo y seguramente le había sido útil al asesino para limpiarse las manos manchadas con la sangre de la víctima.

Luego, extrajo una pinza de su bolso particular donde guardaba todas sus herramientas y empezó a rebuscar en las uñas de la víctima. Deseaba

encontrar un pelo o un pedazo, aunque diminuto, de piel del agresor. También miró dentro de la boca y entre los dientes sin tampoco encontrar nada. Por último, movió un poco el pedazo de carne que la mujer tenía entre las piernas y pensó que en tal estado iba a ser difícil averiguar si había mantenido relaciones sexuales con el asesino. Sólo un análisis químico podría proporcionar índices relevantes.

Antes de permitir que se llevaran el cadáver, el forense extrajo de su bolsa una cinta adhesiva color azul que empleó para dibujar los contornos del cuerpo sobre la cama. Una vez retirado el cadáver, esta traza sobre la cama permitiría imaginar el cuerpo dentro de la escena del crimen. Colocó etiquetas también adhesivas en sitios estratégicos de la cama. En cada una de ellas escribió frases cortas como: pierna izquierda, pierna derecha, aparato genital extraído.

Cuando lo hubo terminado todo, limpió las herramientas como pudo y las volvió a colocar en la bolsa. Tendría que esterilizarlas nada más llegar al instituto. Antonio entendió que había terminado este episodio y avisó a Víctor preguntándole si el juez ya estaba allí. Este último le contestó que su ayudante ya había llegado con los papeles que forense e inspector debían firmar. Los formalismos se llevaron a cabo y el ayudante del juez ordenó el levantamiento que los dos enfermeros llevaron a cabo.

Entraron los dos hombres montando una pequeña camilla con ruedas sobre la que cargar el cuerpo. Extrajeron una enorme bolsa de plástico reforzado que colocaron sobre la cama al lado de la víctima. Abrieron la cremallera de la bolsa e introdujeron el cuerpo en su interior. Volvieron a cerrar la bolsa y la izaron hasta colocarla sobre la camilla. Guardaron el aparato genital esparcido sobre la cama en una pequeña caja de vidrio. Y luego se marcharon.

El forense aprovechó para retirar las sábanas y depositarlas en una bolsa de pruebas de gran tamaño. Se volvió hacia Antonio.

—Creo que ya puedes precintar el lugar.

—Sí.

—Te espero esta tarde a las cuatro en el instituto para entregarte el estudio de la autopsia. Era una chica hermosa y no mereció este final. ¿Qué hijo de puta puede hacer estas cosas?

La pregunta quedó colgada en el aire, sin respuesta. No había respuesta.

6

Antonio no había decidido aún si ir al hospital a interrogar al chico que había descubierto el cadáver o si ir de piso en piso preguntando a los vecinos acerca de lo ocurrido. Los acontecimientos iban a decidir por él.

Frente a él había un hombre de unos cuarenta años, elegante y con aire distinguido. Tenía la mirada agachada como si sintiera temor y esto sorprendió a los dos policías con los que, presumiblemente, quería hablar. Antonio entendió en seguida que era un mensajero. Una especie de enlace con los vecinos del edificio que hablaría en nombre de todos ellos. Esto facilitaría la investigación, aunque dejaba a los dos policías en un compromiso. Les costaría dirigirse directamente a las demás personas sin pasar por aquel hombre.

—Buenos días, me llamo Tomás Vargas y soy el presidente de la comunidad de vecinos de este edificio. Pienso que es hora de que tengamos una pequeña conversación los tres, así que les rogaría me siguieran hasta mi casa, si no les importa.

Los dos agentes asintieron y le siguieron hasta la escalera. Aquel hombre vivía en un apartamento del piso de abajo con su mujer. Antonio sintió que mientras andaban por el pasillo hasta la escalera, los demás inquilinos de los apartamentos vecinos, delante de cuyas puertas iban pasando, les miraban de reojo a través de las pequeñas mirillas. Se sentía espiado y comprendió la indisposición de la gente frente a este asesinato. Era una reacción lógica. Algo temían. También entendió que, si se hubiera tratado de otra víctima, de una mujer normal y corriente, “honrada” habrían añadido ellos, habría tenido mayor cooperación de la gente. Que fuera prostituta iba a marcar un obstáculo severo entre los investigadores y los vecinos empeñados en ocultar el incidente. Sólo era un incidente, no un asesinato en toda regla.

Llegaron al apartamento de Vargas y les abrió la puerta invitándoles a entrar. Su mujer les estaba esperando y les saludó con cortesía. Se sentaron allí donde les propusieron y aceptaron con resignación el café que les ofrecían. A Antonio no le gustaba el café, pero lo aceptaba siempre por costumbre. Su experiencia le había enseñado que siempre debía aceptar lo que le ofrecían las personas que le invitaban a discutir

sobre una investigación. Solía, aceptando este gesto cordial, romper el hielo y el miedo de las pobres gentes. Era policía, pero también un ser humano y aquello lo demostraba. Nunca acababa su café, pero sí que bebía un sorbo y expresaba algún cumplido.

Vargas se sentó frente a ellos a la par que su mujer salía de la habitación para encerrarse en el dormitorio. Los dos policías tuvieron un gesto hacía ella de agradecimiento por la bebida que les había ofrecido.

—Espero que entiendan lo desagradable de este asunto —le costaba mucho encontrar sus palabras y Antonio evitaba ayudarle. Quería que acabase sus frases como pudiera; era necesario que recordara que él representaba a la autoridad. Sólo así, existiría en Vargas un sentimiento de sumisión que podría ayudar a los dos policías a formular sus preguntas. — Quisiera pedirles, en nombre de todos los vecinos, que guarden cierta discreción en este asunto.

—¿Qué les asusta? —preguntó Víctor.

Antonio se mordió un labio. ¿Por qué le había interrumpido su alumno? ¡Qué imbécil! No sabía que en estas situaciones es importante dejar que los testigos sigan hablando, que se sientan cómodos. Sólo así podía conseguirse su cooperación. Mucho le quedaba aún por aprender, pensó. En algunos casos, Antonio aplicaba una técnica muy usada por los policías en general que consistía en conseguir que un sospechoso se confiara a base de preguntarle cosas sin interés. Cuando el sospechoso empezaba a relajarse, era el momento que el policía aprovechaba para hacerle una pregunta directa y maliciosa consiguiendo hacerle pasar de un estado de relajamiento a otro defensivo. El repentino cambio solía causar estragos en la autoconfianza del interrogado. El estado defensivo en todas las personas exige mayor reflexión, y por lo tanto más tiempo que el policía utiliza desencadenando una tormenta de preguntas cuyas respuestas ni siquiera escucha. Suele además repetir cada tres o cuatro preguntas la que de verdad le interesa. A menudo, el sospechoso acaba derrumbándose. Son trucos de presión que los policías aprenden de los psicólogos que conocen en la academia.

—No nos asusta nada, agente, sólo... que... ya saben —parecía titubear como si no consiguiera expresar de manera clara que la víctima era una prostituta.

—No, no lo sabemos —interrumpió Antonio cuando entendía que el hilo de la conversación podía escapársele—. ¿Por qué no intenta

explicarnos lo que quiere decir?

—Esta chica, ya saben a qué se dedicaba. Bueno, nosotros nunca se lo echamos en cara. Hemos aprendido a respetar a las personas aun cuando moralmente resultan ofensivas.

¿Moralmente ofensivas? Menudo término había usado para calificar a las putas. ¿Quién era él para juzgarlas? Antonio escondió su crispación en favor de proseguir la conversación tan fructífera e interesante. Echó una mirada a su compañero quien seguía impassible, como ausente. Tal vez no fuera tan humano como lo era él.

—Por favor, no nos juzguen ustedes como si fuéramos monstruos. —Vargas había presentido el desprecio del hombre con el que estaba hablando. —Reconozco que esta chica era encantadora, bonita y siento mucho lo que le ocurrió, pero pagamos una renta elevada por este apartamento y, de algún modo, convivir con una prostituta desprestigia un poco el entorno. Me siento mal por confesarles este sentimiento, pero es humano, ya me entienden. —Giró la mirada alrededor del cuarto como buscando un apoyo a sus palabras. —¿Sabe?, yo soy aparejador y vivimos de mi sueldo, no tenemos hijos y deseamos ser felices por eso nos mudamos aquí. Vimos en esta mujer un riesgo para nuestra paz. Intentamos avisarla, pero no sirvió de nada así que hicimos la vista gorda y la admitimos siempre que mantuviera todo esto en secreto. Un par de clientes por noche sería suficiente. Hace cosa de tres meses descubrimos un anuncio en un periódico con su teléfono y nos asustamos. Pensamos que iba a recibir toda clase de gente.

—¿Puede enseñarnos el periódico? —preguntó Antonio.

—Sí, claro, lo guardo con mis papeles.

El hombre se levantó y se dirigió hacia la pequeña mesa que tenía en un rincón de la habitación. Sin duda era su pequeño despacho. Abrió uno de los cajones y extrajo una carpeta llena de papeles de la comunidad. Cogió un recorte y se lo entregó a Antonio quien se lo enseñó también a Víctor. Ambos pudieron leer: "Vanessa, veinte añitos y todo un bombón de mujer. Masaje, fantasías. Te acompaño, sin prisas, hasta la explosión del amor". A pie del pequeño recuadro podía leerse un número de teléfono y una dirección, la suya. Era un recorte de una página de anuncios.

—La comunidad se reunió —prosiguió— y me volvieron a designar para hablar con ella. Siempre se mostró muy comprensiva. Entendió que esto nos molestaba y dejó de anunciarse. Creo que se apuntó a una agencia

que actúa de intermediaria entre clientes y profesionales. No me pregunten cuál es porque no lo sé. Preferimos esta solución. No se la podía asociar con lo que hacía.

—¿Tampoco sabe dónde se anuncia esta agencia? —preguntó Víctor.

—No llegó a decírmelo. Tampoco se lo pregunté.

—¿Siempre fue usted quien actuó de "portavoz" de la comunidad en los asuntos relacionados con la señorita Elena? —siguió preguntando Antonio.

—Sí, claro, este año soy el presidente y tuve que resolver este asunto. Pero como ya les decía, Elena era adorable, muy dulce. No se enfadaba nunca y aceptaba resignada todo lo que le decía. Me decía que me comprendía bien y yo... Bueno ya saben... Cuando hay que recriminar a una bonita mujer que además es más dócil que un corderito, a uno se le parte el corazón.

Antonio notó algo anormal en las palabras de su interlocutor. Notó que no estaban exentas de la frialdad que un presidente de la comunidad debería tener al hablar de algún vecino. Entonces pensó, analizando el tono de su voz, así como los calificativos empleados al hablar de Elena, que tenía cierta estima, cierto cariño, hacia la chica. Esto sólo era posible si habían compartido algo más que relaciones vecinales. Pensó Antonio que lo más probable era que Vargas, cuyo matrimonio, al juzgar por las apariencias, había dejado de tener el encanto de los primeros años, sentía el afecto paterno por la hija que nunca tuvo. Sin embargo, resultaba difícil sentir este afecto paternal por una mujer que se dedicaba a la prostitución, sobre todo cuando sus propios padres seguramente renegarían de ella por eso mismo. Así que había algo más y reflexionó sobre ello. Probablemente se equivocaba, pero había que probar y estar muy atento para percibir su reacción. Entonces se lo preguntó.

—¿Se acostaba usted con ella?

La pregunta tan directa de Antonio le asustó. Puso cara de ofendido pero el nerviosismo se iba notando. Le temblaban un poco las manos. Todo su ser se había convulsionado indicando que la pregunta había sido mal acogida. Ya no sabía cómo reaccionar y era demasiado tarde para mentir así que, tras echar una breve mirada hacia la puerta que comunicaba la sala de estar con el dormitorio, confesó haber compartido un par de veces la cama con Elena. Era irresistible, dijo. Toda esta feminidad, esta dulzura y sensualidad en gestos y voz le habían excitado

hasta el punto de insinuarse. Ella lo había acogido con coquetería y le había contestado que también se sentía atraída por él. Pactaron el precio, con una pequeña rebaja... claro, y se acostaron. Nunca había echado un polvo tan caro pero que valiera tanto la pena. Volvió a girar la vista hacia la puerta del dormitorio deseando que su mujer no sufriera otra vez. Lo había entendido y admitido cuando se lo tuvo que explicar en su momento.

Víctor no pudo reprimir una sonrisa, pero se puso serio de repente cuando sus ojos cruzaron la mirada de Antonio que le reprimía por este pequeño desliz profesional.

—Ya se lo he contado a mi mujer —prosiguió— y me ha perdonado, aunque tuvimos una gran pelea. Saben, creo que no soy el único hombre de este edificio que ha mantenido relaciones con ella.

Había que añadir un par de móviles más, aunque totalmente improbables. Tal vez fuera uno de los inquilinos de este edificio quien tras haberse acostado varias veces con ella temió por su reputación y quiso acabar con su lío de la manera más rápida. Tal vez también fuera una esposa cuyos cuernos la habían vuelto loca. ¿Quién sabe? Eran posibilidades algo descabelladas, pero no había que desechar nada. Antonio siguió razonando. Eliminó la segunda posibilidad. Elena no habría invitado a entrar a una de sus vecinas a altas horas de la madrugada, sino que le hubiera parecido demasiado extraño. Y tampoco se habría bebido un whisky con ella. Esta posibilidad era ya imposible y seguramente a ninguna mujer se le ocurriría arrancarle el aparato genital a otra. Demasiado bárbaro para una mujer. ¿Y un vecino? Elena lo habría recibido claro, como otras veces, le habría ofrecido una copa y todo lo demás. ¿Era posible? Antonio pensó que no, porque ningún vecino había mostrado síntomas de odio hacia ella. Vargas lo habría confesado cuando le había preguntado si se la había tirado. En aquel momento se sintió indefenso y habría necesitado eludir la conversación denunciando a otro sospechoso. Además, tratándose de una prostituta y, por lo tanto, una persona acostumbrada a la promiscuidad, ninguno de sus clientes podría temer que su relación fuera más allá del mero sexo y amenazará romper algún matrimonio. Pero era necesario preguntárselo ahora que seguía bajo los efectos de la sorpresa.

—Señor Vargas, ¿quién más podría incubar sentimientos de odio hacia ella? Ya sabe, ¿una esposa celosa o un marido infiel?

—¿Qué insinúa detective? —tenía los ojos muy abiertos y sentía miedo. Siguió balbuceando las pocas palabras que se le ocurría. —No piense que la he matado yo. Ya le dije que lo arreglé con mi mujer. Ella me perdonó, ¿sabe?, Y sé que obré mal. Pero supo pasarlo por alto porque nos queremos y ella era sólo una puta. Son aventuras pasajeras que no dejan huella. Juré no volver a hacerlo y cumplí.

—No me refiero a usted, sino a alguien más.

—Ya —contestó. Se sintió aliviado, aunque no del todo tranquilo—. No creo que hubiera nadie aquí con ganas de matarla. Nunca, en las reuniones que hemos tenido, se ha hablado siquiera de echarla. Tal vez deberían preguntárselo a su amiguito.

—¿Vivía con alguien? —preguntó Víctor desconcertado. Durante el registro no habían encontrado ninguna ropa masculina ni indicio alguno de que conviviera con un hombre.

—El chico que descubrió el cadáver —afirmó Antonio como si fuera lo más normal del mundo. Y esta conclusión intrigó a Víctor. Se quedó aún más sorprendido cuando Vargas lo confirmó.

—No es mal chico —prosiguió el presidente de la comunidad con un suspiro—, sólo que no vale gran cosa. Vivía con ella desde hace un par de meses. Bueno, más bien, vivía de ella. Queríamos incluso contratarlo como portero para ayudarlo un poco pero no llegamos a nada. Es algo inmaduro y un poco vago.

—¿Era su chulo? —preguntó Víctor.

—No, más bien su amiguito. No tiene más de dieciocho años y suele salir a dar vueltas a la calle cuando la chica recibe a un cliente.

La entrevista estaba tocando a su fin. No había ya gran cosa que preguntar ahora que los dos policías sabían que el muchacho que había descubierto el cadáver iba a tener respuestas a muchas preguntas. Sin duda fue la persona más cercana a Elena.

Vargas se estremeció cuando Antonio le pidió que anduviera de vivienda en vivienda pidiendo declaraciones firmadas de todos los inquilinos detallando donde estuvieron la noche pasada y qué testigos podían aportar. Seguramente contestarían todos que habían pasado la noche durmiendo y sería verdad, pero Antonio quiso meterles el miedo en el cuerpo. Tal vez era su manera tan personal de vengar las humillaciones por las que Elena había pasado aquí. Sólo así guardarían un recuerdo de ella y dejarían de aliviarse de su muerte.

Los dos policías se despidieron. Próxima parada: la ciudad sanitaria de La Paz donde seguía ingresado el único testigo del brutal asesinato o, más bien, de parte de él.

El trayecto hasta el hospital duro poco más de cuarto de hora. Era casi el medio día y aún no había mucho tráfico a esta hora del día. Sin embargo, estos quince minutos que pasaron juntos no fueron suficientes para que los dos hombres intercambiaran ideas acerca del crimen que estaban investigando. Uno le echaría la culpa a la timidez de un novato en prácticas, el otro a la exagerada soberbia del instructor que parecía saberlo todo. Aún no se habían hecho una idea uno del otro y sus mentes se ahogaban en preguntas.

Antonio seguía sin entender porque Víctor no había vomitado cuando le enseñó el cadáver, era impropio de un novato, ¡todos lo hacen! Y no llevaba arma como tampoco lo hacía él mismo. Algo que le había extrañado siempre en los policías recién incorporados al servicio era su obstinación por llevar pistola. Antonio, como buen veterano que era, sólo la llevaba cuando practicaba una redada, pero nunca en una investigación. En el fondo, el no llevar arma no era fruto de su experiencia, sino del asco que le había tomado cuando, usándola, mató a un hombre en un momento de enajenación y locura.

También le sorprendió el escaso interés que Víctor había mostrado por la investigación. Había hecho pocas preguntas y no se había mostrado tan curioso como otros agentes en su misma situación lo hubieran hecho. Era la resolución de un crimen y esto despertaba los instintos más morbosos de cualquier hombre. ¿De cualquier hombre? No. Víctor se mostraba frío y distante. Siguió analizando lo ocurrido desde la mañana, y Antonio acabó pensando que su primer encuentro y el poco tacto que había tenido con él había indispuerto al muchacho. Le pediría disculpas durante la comida.

Por su parte, Víctor no se había forjado idea alguna de su instructor. No le interesaba opinar acerca de él, sino que lo único que quería era justamente hacer lo que estaba haciendo y lo que le habían pedido que hiciera. Estaba siguiendo de cerca la investigación sin intervenir directamente y esto lo haría, claro está, sin mostrar demasiado interés, sin hacer demasiadas preguntas. De algún modo, se trataba de estar presente

en todo momento, pero sin dejarse notar. Algo en lo que Víctor estaba acostumbrado. Le habían pedido que fuera la sombra del inspector Hernán durante la resolución del crimen y que nunca delatara su verdadera identidad. Tenía el sentimiento de estar llevando su misión de forma brillante. ¿Era una misión? Antonio se portaba con él como un auténtico veterano que tenía algo que enseñarle al pobre novato. Como un auténtico imbécil que se pavonea. ¡Pobre incauto! Si supiera la verdad...

Llegaron a la ciudad sanitaria de La Paz. Antonio recordó que el muchacho había sido ingresado en urgencias en estado de shock emocional. Seguramente aun estaría allí así que decidió seguir la dirección del panel que indicaba donde estaban las urgencias. Bajaron por una rampa y se encontraron detrás de una ambulancia del SAMUR de la que tres enfermeros estaban bajando una camilla con una persona visiblemente malherida. A la derecha de la entrada había un coche de la Policía Nacional. Aparcaron a su lado. Debía ser una zona prohibida porque uno de los vigilantes del hospital les ordenó que salieran “cagando leches” de allí. Su grosería impresionó a los dos policías.

En la recepción, Antonio se identificó ante la enfermera de servicio y solicitó saber quién había atendido al joven que había sido ingresado anoche con síntomas de haber visto un fantasma arrastrando cadenas en un hotel en el que se estaba tirando a su novia. La enfermera no le rio la gracia y avisó a un interno. El altavoz crujía un incomprensible aviso para los pacientes de la sala de cardiología. Todos los presentes parecieron paralizarse por un momento atendiendo a lo que oían. Pareció no interesarles y volvieron a sus quehaceres.

El doctor Arias llevaba toda la noche en urgencias. Estaba sólo y el cansancio se notaba en su rostro. El otro médico que debía sustituirle esta mañana estaba enfermo y no se había presentado. Como era su deber, el doctor Arias seguía al mando mientras no hubiera nadie más para sustituirlo. Sus ojeras y su rostro tirando a blanco demacrado podrían inspirar a cualquier estudiante de medicina a dejar los libros y a dedicarse a otra cosa.

No tendría más de treinta años y una corta experiencia en medicina. Era lo típico en los internos de la Seguridad social. Estaba haciendo sus prácticas antes de ingresar en una clínica privada donde empezar a cobrar un sueldo acorde con su capacidad profesional. Pero sentía la medicina en la sangre.

Fue una noche tranquila, contó, sólo un par de accidentes en las calles, nada anormal. Algún borracho que se "había hecho daño" cuando se enfrentó a una pandilla de cabezas rapadas. Y sí, eso sí, recuerda muy bien al chico en estado de shock traumático que había sido ingresado acompañado por dos policías de uniforme. Le habían inyectado un calmante y se había dormido. Esta mañana se despertó y un psiquiatra de servicio le atendió, aunque no pudo hablar mucho con él. Había desayunado un poco y se mostraba en mejor estado que el que tenía al llegar. No llevaba documentación así que tuvieron que abrirle una ficha en blanco. Ahora que parecía estar mejor se disponía a darle el alta.

El interno acompañó a los dos policías. En una de las habitaciones había dos camas. La primera estaba vacía, limpia y ordenada, como aguardando a un paciente. La segunda estaba ocupada por un chico aterrorizado que reposaba en posición fetal la mirada fija en la ventana como si su mente buscara escaparse de la realidad. A su lado había una pequeña silla de madera en la que permanecía sentado un agente consultando las páginas de un diario deportivo donde se detallaba el último fichaje sorpresa y ruinoso del Real Madrid. Este era seguramente el joven que habían venido a interrogar, pensó Antonio.

El chico seguía inmóvil, presa del pánico y los dos policías se le quedaron mirando sin saber qué decir o hacer. Antonio optó por sentarse en uno de los bordes de la cama y le cogió suavemente la mano como lo hubiera hecho con un hijo. El muchacho seguía aterrado, pero no rehuyó el contacto, aunque tampoco mostraba síntomas de querer cambiar de estado. Seguía aun traumatizado por la muerte de su amiguita. Tosió, pero siguió igual. Notaron su tez pálida. Parecía verdaderamente enfermo.

—Buenos días, soy el inspector Hernán y este señor detrás de mí es el agente Sánchez. Quisiéramos hacerte algunas preguntas acerca de lo que viste anoche.

Estaba sollozando. Seguramente lo estaba recordando en este preciso instante. Seguramente no lo olvidaría jamás.

—La querías ¿verdad? —preguntó Antonio con voz dulce.

El muchacho rompió a llorar y Antonio le ofreció el consuelo de su hombro. Víctor permanecía inmóvil, impotente ante la escena de dolor que estaba contemplando. Siguió llorando y, por un momento Antonio pensó que se estaba calmado así que volvió a reposar su cabeza sobre la almohada.

—Sí —contestó en un sollozo.

Dejó de llorar y se secó las lágrimas lo mejor que pudo. Parecía avergonzado y hacía gestos por esconder su indisposición.

—Debes aprender a sobreponerte. Sé que es un mal trago, pero debes hacerlo. Y debes ayudarnos a encontrar al hijo de puta que le ha hecho esto.

El chico asintió con la cabeza y se incorporó. Tragó con dificultad y volvió a toser. Parecía tener la garganta reseca, era el síntoma de las personas que ingieren fuertes calmantes. Sobre la mesa al lado de la cama, Antonio percibió un vaso y una jarra de agua. Lo llenó y se lo dio al chico. Bebió lentamente como saboreando cada sorbo.

—Me llamo Alberto. Quiero que cojan a ese cabrón. Me quitó lo que más quiero en la vida.

Hizo una mueca como intentando controlar sus emociones.

—Lo sé Alberto —prosiguió Antonio—. ¿Cómo conociste a Elena?

—Hace un par de meses me fugué de casa. No me llevaba bien con mi padrastro. Mi madre le quiere más a él que a mí. Así que me eché a la carretera a dedillo. Me fueron cogiendo varios camioneros y llegué hasta aquí. Antes vivía en Ciudad Real. No tenía ni un duro y estaba tirado en el parque del Retiro, era de noche y tenía mucho frío. No conseguía dormir. Se me acercó una pareja de la policía municipal y uno de ellos me preguntó qué estaba haciendo allí. ¡Tenía muy mala leche el cabrón! Le contesté que no era su problema y cuando se disponía a detenerme, creo que, por vagabundeo, llegó ella. No me conocía de nada y le dijo al madero que yo era su hermano, perdón, al policía —rectificó tras entender que había usado un calificativo desprestigiado— que yo era su hermano. Había estado follando con un cliente y debió sentir lástima por mí. Le gustaba mucho pasear por el Retiro cuando se sentía sola... Bueno, los polis se abrieron y ella me llevó a comer algo. Charlamos un rato y le conté que no tenía donde ir. Me invitó a pasar la noche en su casa y acepté. Juré marcharme al día siguiente, pero me faltaba valor y lo iba posponiendo. Ella también estaba sola. Nos fuimos enamorando y... ¡Coño! Éramos felices los dos dentro de nuestro pequeño mundo.

—¿Qué sabes de sus padres?

—No gran cosa. Llevan un par de años sin hablarse. Riñeron por culpa de un novio y ella se escapó, creo. Nos parecíamos también en eso. Ellos

no se molestaron en recuperarla. Ella decía que su padre les pegaba a todos y que su madre se pasaba el día llorando.

—¿Tenía más amigos, conocidos, gente con la que salía?

—No. Era introvertida. Pasaba de la gente. No hablaba con nadie. Cuando le pregunté porque se acercó a ayudarme aquella noche me contestó que lo hizo porque vio en mí lo que ella había sido antes de llegar aquí.

—¿Por qué se inició a la prostitución?

—Nunca lo hablamos. Cuando empecé a sentir afecto por ella quise convencerla para que lo dejara, pero ¿qué chica iba a renunciar a cincuenta talegos por follarse un tío y esto, dos o tres veces por noche? No me contó nada. Sólo que vivía del sexo y que así seguiría mientras no encontrara nada mejor o reuniera una pequeña fortuna con la que poder retirarse. Creo que fue Donna, una puta que vive por plaza Castilla, que la convenció para alquilar un apartamento y recibir allí a sus clientes. Pero no sé quién es. Sólo hablan a veces por teléfono. todo muy cortés, ya saben, todo muy frío.

—Donna. No sabrás su nombre auténtico, ¿verdad?

El chico hizo un gesto negativo con la cabeza. Ni siquiera sabía dónde vivía. Antonio pensó que podrían encontrarla tras leer detenidamente la agenda de Elena. Lo observó con detenimiento esperando ver si era el momento oportuno para preguntarle sobre la noche pasada. Se arriesgó.

—Quiero que me cuentes lo que viste anoche.

El chico escondió su rostro entre sus manos buscando las fuerzas suficientes para afrontar sus recuerdos. Sabía que era necesario hacerlo. Sabía que necesitaba ayudar a estos dos hombres. Sabía que nunca olvidaría lo que había visto anoche.

Asintió con la cabeza.

—Llamaron de la agencia sobre la una. Habían contactado con un cliente que vendría a verla enseguida. Creo que serían las dos, o las dos y media, cuando llamó abajo. Elena contestó y tras colgar me dijo que era él. Entonces me marché y me escondí en el pasillo para que no me viera. Salió del ascensor y se dirigió hacia el apartamento. No le vi la cara, sólo vi que era de talla normal y sí, me sorprendió y lo recuerdo bastante bien, llevaba un impermeable. Me sorprendió porque no llovía. Elena tardó un rato en abrirle como siempre. Dice que así se ponen más cachondos. Entró y bajé a la calle a darme una vuelta.

—Siempre haces lo mismo, ¿no? —preguntó Víctor interrumpiendo su relato.

—Sí, siempre hago lo mismo cuando viene un cliente. Espero una hora, escucho música y luego vuelvo a subir. Llamo a la puerta y si ya se ha ido, Elena me abre. Si no se ha ido aún, aprovecha para echarle diciéndole que ha llegado otro cliente.

—¿Y anoche? —preguntó Antonio impaciente por volver a lo que le preocupaba y molesto por la inútil pregunta de su compañero.

—Cuando volví... —inspiró con fuerza—. Cuando volví, la puerta estaba abierta y me pareció extraño. Entonces escuché si había alguien aún allí y al no oír nada entré lentamente. No quería que el cliente siguiera aún allí y me viera. Llegué hasta el dormitorio y la vi allí, acostada llena de sangre. —Pasaron unos instantes y prosiguió. —Poco me faltó para desmayarme. Salí al pasillo creo que gritando y uno de los vecinos salió de su apartamento para ayudarme. Le pedí que llamara a la policía y creo que lo hizo. Ya no recuerdo más. El médico me ha dicho que seguramente acabé desmayándome. Desperté en esta cama y no sé más.

—¿Crees que ella lo conocía?

—¿Quién, al cliente? No lo sé. No creo. No le saludó como si ya se hubieran visto antes. Pienso que no se conocían. Yo, por lo menos, nunca le había visto, aunque, la verdad, tampoco es que viera mucho de él.

Los dos policías se observaron. Tal vez aquel chico no les aportaría los datos que ellos estaban esperando. Hubiese sido demasiado fácil que el chico les dijera: es fulanito de tal, lo vi, vive en la calle tal, y ¡ya está! A la puta cárcel. Un delincuente menos y otra medalla más. No, pensó Antonio desilusionado, hay que sudarse la placa.

Antonio le dejó una tarjeta suya con la consigna de avisarle si se le ocurriera algo que pudiera ayudarles.

Antes de marcharse, Antonio se volvió para preguntarle por la agencia que le mandaba clientes a Elena.

—Ya. Se anuncia en las revistas porno, ya saben, y en algún periódico, bueno, en cualquiera de ellos. Se llama algo así como gatitas del amor. No recuerdo el número de teléfono. Son unas chicas que contestan al teléfono, hacen algunas preguntas y luego le dan la dirección de una tía. No sé mucho más. Elena ya trabajaba con esta agencia cuando la conocí.

—¿Cuántos clientes suele hacerse por noche? —preguntó Víctor.

Antonio entendió que era una pregunta fuera de lugar y sin aparente interés para la investigación. Quiso evitar que el joven contestará, pero no fue lo suficientemente rápido.

—No lo sé. Suele variar. Yo diría que de dos a tres. A veces hasta cinco o seis en fin de semana.

—¡Joder! —contestó. Había calculado mentalmente las ganancias de la víctima y lo había comparado con su sueldo. Le entró vértigo cuando realizó que podía cobrar en una noche lo que él en un mes—. ¿Y anoche, tuvo alguien más?

Antonio prestó atención a la pregunta de su compañero. Había pasado por alto esta posibilidad, aunque, recapacitando, no tenía mucho interés. Tal vez sí. Les impediría seguir una pista falsa y equivocarse de culpable.

—No, no tuvo ningún otro cliente anoche. Él fue el primero.
Se despidieron.

Salieron del hospital cruzando la sala de espera donde reinaba la preocupación y el miedo. En su mayoría eran falsas alarmas, personas asustadas por los síntomas que el estrés produce y que se suelen confundir con enfermedades mayores. Otros vienen de haber sufrido accidentes y todos en general guardan silencio y esperan a oír sus nombres y la sala a la que dirigirse donde un interno les recibe y diagnóstica. Los dos policías sintieron que el corazón se les encogía al pasar por allí y ver a todas estas personas angustiadas.

Una vez fuera, bajaron andando por el paseo de la Castellana dejando el coche donde lo habían aparcado. Víctor no sabía a donde iban y solo se dedicaba a seguir a Antonio. No quería preguntarle qué estaban haciendo.

Pasaron frente a la ciudad deportiva del Real Madrid. Ante la entrada había una larga cola de adolescentes dispuestos a pagar veinte duros por ver a los jugadores entrenándose. En su mayoría eran chicas ilusionadas por poder piroppear al jugador de sus sueños.

Al cruzar la calle llegaron a un quiosco. Y fue entonces cuando Víctor entendió el porqué del pequeño paseo.

El quiosco era moderno y tenía todas las revistas y periódicos sobre dos paneles gigantes listos para ser consultados por los clientes.

Antonio encontró allí un pequeño rincón en el que se amontonaban, aunque a escondidas, las revistas eróticas. Empezaba a ojear el Playboy

del mes buscando el anuncio de la agencia con la que trabajaba Elena cuando sintió una mirada desaprobadora proveniente de una anciana que tenía a su derecha. Se sintió molesto y ocultó la revista debajo del brazo. Adquirió un par de periódicos y abonó el importe de lo que había comprado. Sintió alivio al ver que el quiosquero no se había fijado en la revista. Era ya hora de comer y Antonio propuso hacerlo en un pequeño restaurante japonés detrás de la Gran Vía. Víctor sintió asco al pensar en comer pescado crudo, pero se dejó convencer. No era nada de lo que había visto antes, le dijo. Valía la pena intentarlo, reconoció, aunque no del todo convencido.

Aparcaron, como no, en un parking en la plaza de España. Salieron entre la multitud de los conductores que bajaban o subían por las escaleras estrechas. Llegaron al restaurante cuya puerta principal se escondía detrás de unas largas tiras de lana negra como las patas de una gigantesca araña peluda. A ambos lados de la puerta había dos tablonos donde se podían ver dibujados los caracteres del idioma japonés. Bajaron unas pequeñas escaleras y entraron en el local. No había nadie aún y se dirigieron a la barra donde tomaron asiento.

El propietario, un japonés de más de sesenta años, alegre y jovial, hacía las veces de cocinero. Todo era frío, y crudo, pero muy sabroso. Reconoció enseguida a Antonio y le saludó con las pocas palabras de castellano que conocía. Antonio tuvo que explicarle a Víctor que venía muchas veces a comer aquí cuando estaba en homicidios. La mayoría de los crímenes que investigaba se producían en los céntricos barrios de la capital.

Pasaron pocos minutos antes de que el primer plato estuviera frente a ellos. Era un pescado blanco y crudo, claro, el típico "sushi", que los dos policías comieron sumergiéndolos en salsa ayudándose de los tradicionales palillos. Víctor no estaba nada familiarizado con su uso, pero aprendió observando a Antonio quien mostraba auténtica maestría en su manejo. Se preguntó para que servía la servilleta caliente impregnada con olor a jazmín que le habían dejado a su derecha e intuyó que debía usarla para lavarse las manos. Lo hizo y notó como el cocinero se lo agradecía con la mirada.

Los dos policías siguieron comiendo los distintos platos, todos de pescado y alguno de algas y otras verduras del mar, sin dejar nada en

ellos. Víctor se sorprendió, le gustaba. Bebieron una cerveza japonesa importada que tenía un sabor muy occidental.

Seguían sin hablarse. No había postre y esperaron el té. Antonio abrió la revista que había comprado y empezó a leer los anuncios con esmero. No tardó ni cinco minutos en encontrar el que andaba buscando y se lo mostró a su compañero.

—Ya tenemos parte de la historia. Espero que traiga algo más de luz a este asunto —observó Antonio.

—Gracias. Hay una pregunta que me he quedado con las ganas de hacerte.

—Ya sé. Me vas a preguntar como adiviné, antes de que me lo contara Vargas, que el muchacho que había encontrado el cadáver anoche se estaba beneficiando a la víctima. ¿No es así? —Víctor asintió con la cabeza—. Si yo fuera vecino y supiera que en aquel apartamento trabajaba una prostituta no me habría atrevido a entrar viendo la puerta abierta. Vamos, creo que ni siquiera lo haría en mi casa. Y además parecía lógico que estuviera viviendo con alguien.

Ya empezaban a saborear el té. A Víctor no le gustó nada y se preguntó qué había dentro que le daba este sabor a jabón.

—Jengibre —Antonio le reveló la clave del misterio. —También llevaba un rato queriendo decirte algo —prosiguió—. Quisiera pedirte disculpas por la ridícula acogida que te brinde esta mañana en la comisaría. Fue poco educado por mi parte.

Víctor hizo un gesto que le invitaba a considerar olvidado el malentendido. Antonio necesitaba reflexionar un poco sobre el asesinato, aunque entendió que sólo podría hacerlo a solas. Aprovechó que Víctor se marchó al servicio para llamar con el teléfono móvil que llevaba siempre consigo. Llamó a la comisaría para solicitar información sobre la agencia con la que Elena trabajaba. Tendría que volver a llamar más tarde para saber el resultado. También tendría que llamar a los padres para hacerles algunas preguntas una vez que estuvieran informados de la muerte de su hija. Aún quedaban muchas cosas por hacer.

Sin duda, el forense ya había empezado la autopsia y tal vez ya tuviera los primeros resultados. Las técnicas empleadas eran tan sofisticadas que la autopsia de una víctima de asesinato solía si no resolver el proceso que se llevaría luego contra el asesino, sí por lo menos aportar datos más que suficientes para encarrilar la investigación. Sin embargo, rara vez servía

para denunciar a alguien. Un trozo de pelo o de piel no eran suficientes para identificar al asesino, pero sí lo eran para confirmarlo una vez estuviera detenido. Así que Antonio seguiría en la línea de partida, sin haber avanzado gran cosa. Siempre era así, hasta que surgiera el pequeño detalle que permitía llegar hasta el criminal.

Víctor regresó del servicio y, tras abonar el importe de la comida que le correspondía, la anotó en su hoja de gastos. Los dos policías partieron luego hacía el Instituto Forense en busca de más información.

El Instituto Anatómico Forense se encontraba algo escondido dentro de la Ciudad Universitaria. Era muy similar a los demás edificios todos ellos construidos en la época de Franco y en cuyo estilo había una notable falta de imaginación. Lograron encontrar una plaza en el estacionamiento que había frente a él. A menudo solía estar lleno y no siempre eran coches de visitas o del personal, sino de estudiantes de las facultades vecinas.

El interior era lúgubre y desprendía cierto olor a antiséptico que ponía enfermo a cualquiera. El Instituto tenía una doble función, la de ayudar a la justicia practicando autopsias y esto era a las personas muertas en circunstancias violentas como asesinato o suicidio, pero también, a veces, en accidentes si se quería determinar si el conductor, aunque ya fallecido, había ingerido alcohol. Otra función era la de proporcionar el material necesario para las clases de medicina que allí se impartían siempre que pudieran hacerse con un cadáver que poder destripar para deleite de los estudiantes.

—¡Ya estáis aquí!

El forense se levantó de la silla y rodeó la mesa en la que estaba analizando una muestra de tejido ayudándose de un potente microscopio. Sonrió a los dos policías y les invitó a acercarse a su despacho que estaba en el otro rincón de la sala. En uno de los cajones había guardado un expediente que cogió y entregó a Antonio. Llevaba un nombre escrito: Elena Darrieta Zuñiga. Eran los resultados de la autopsia que el forense había llevado a cabo nada más recibir el cuerpo.

Antonio abrió el expediente y empezó a leer el informe que incluía tanto las impresiones de la autopsia como los análisis de las mismas, el rastreo de las huellas, la inspección de los objetos allí encontrados. Lo más interesante era la transcripción de los números de teléfono de la agenda, y las fotos del apartamento, así como las de la víctima.

Antonio estaba acostumbrado al lenguaje extremadamente técnico que los médicos empleaban para describir heridas y análisis. Sin embargo, siempre esperaba a que el forense encargado le diera algunas explicaciones a modo de resumen comprensible.

El forense parecía divertirse con la situación.

—Siento desilusionarte, pero no hemos encontrado nada, absolutamente nada, ajeno a la señorita Elena en su cuerpo ni en sus pertenencias.

Víctor parecía interesado por la revelación. Ya era hora.

Habían analizado con asombrosa pulcritud cada centímetro de su piel, cada uña, cada hueco de sus entrañas y no habían detectado nada definitivo. No había una sola huella del criminal. Nada que pudiera incluso revelar que hubiera estado con alguien. Ante un tribunal y con este informe, un abogado listillo podría defender la tesis del suicidio y el juez podría incluso tragársela.

—Podría decirte Tonio, que la chica ingirió poco antes de morir una dosis moderada de alcohol, yo diría que un whisky doble, que aún no se había filtrado en la sangre. También detectamos restos de componentes lácteos en su estómago. Pienso que tomó un yogur, queso o leche una hora antes. Y no hay más. No he encontrado muestras de pelo ajeno. Nada de rastros de carne, ni siquiera en las uñas. Tampoco semen. Nada de nada.

—¿No fue penetrada?—preguntó Víctor.

—No hubo penetración alguna. Ni vaginal, ni oral, ni anal en el momento anterior a la muerte, ni después. Creo, vamos, sólo es una opinión, que no mantuvo relaciones sexuales con nadie hasta un par de horas antes de morir. Otro cliente, tal vez. Su aparato genital no ha sufrido daños anteriores al corte. Entiendo que esta relación se llevó sin violencia. Sólo puedo decirte que he encontrado restos de un componente plástico, pienso que sería un condón, en las paredes vaginales de la víctima.

—Era una mujer precavida —ironizó Antonio.

—Pero no encontramos restos del condón ni del envoltorio que lo protege en la basura. Puedo añadir, para terminar, que pienso que murió alrededor de las tres de la mañana.

Ya sabían la hora de la muerte, pero no sabían que había mantenido relaciones sexuales con un cliente antes de morir a manos de otro. Su novio había mentido, pero, ¿por qué? Los dos policías habían reparado en la mentira y ambos se mostraron extrañados. Carecía de sentido y pensaron que se debía al cansancio del testigo que habían visto en el hospital. Pero no olvidó ningún detalle sobre lo que había visto del crimen. O también les había engañado en esto también.

Una cosa sí estaba clara para Antonio. Aquel muchacho, cuyo nombre había empezado a olvidar, ¿Alberto? Tal vez, no fue él quien le hizo el

amor dos horas antes de morir. Como novio suyo o sólo amante, sería sin duda el único hombre en omitir el uso de preservativo. Elena, como todas las prostitutas, ponía sus medios para evitar el embarazo y obligaba a sus clientes a usar la gomita para evitar el contagio de enfermedades venéreas, más aún, para evitar el SIDA. Pero pedirle a su novio que cubra su falo con plástico antes de penetrarla sería confesarle su falta de confianza en él y habría roto el hechizo que, visiblemente, existía entre ellos.

Antonio tenía claro que ella había recibido un cliente antes de morir, pero su novio no lo reveló a los policías porque, sencillamente, no lo sabía. Recapacitó sobre esta conclusión. No encontraron nada de dinero durante el registro. Sólo unos pocos billetes que suman una cantidad muy inferior a lo que cobraba por un servicio.

Entonces cabría un par de posibilidades. Que el chico se llevara el dinero que había cobrado su novia para gastarlo en algo como, por ejemplo, la compra de droga y volviera con ella poco antes de recibir al criminal. Pero no encontraron rastro de narcóticos en el piso y el muchacho no llevaba nada con él. No tendría por qué haberlos escondidos en otro sitio así que Antonio desechó esta posibilidad.

De repente, recordó que había restos de un envase de bocadillos en la papelería de la cocina del apartamento de Elena. Alguien había comido un bocadillo allí mismo y no fue Elena, su estómago, o más bien lo que quedaba en él, era la prueba de que sólo se había tomado un yogur. Era comida propia de un servicio de alimentación que tendría que haber permanecido abierto toda la noche al que sin duda acudió el chico cuando le entró algo de hambre. Parecía ridículo, pensó, estaba seguro que aquel bocadillo se lo había comido Elena y ahora resulta que era de su novio. No tenían coche, y esto lo dedujo porque cuando se conocieron ella estaba andando por un parque de vuelta de acostarse con un cliente. Tampoco encontraron un permiso de conducir en el registro.

Por lo tanto, cabría preguntarse dónde compró el bocadillo. Si el forense no se equivocaba, Elena tuvo una relación sexual con el misterioso cliente, por llamarlo de algún modo, a la una de la mañana. A esta hora el único comercio que allí estaba abierto era el VIPS. Lo más probable es que no fuera allí porque, como lo dijo antes, le gustaba caminar. Antonio recordó haber ido a menudo a comprar algo a un Seven Eleven en Capitán Haya cerca de Cuzco, podría ser allí donde había ido.

Entonces tuvo que andar un largo rato para comprarse el bocadillo que no comió allí sino en casa; a menos que éste fuera el último de una larga serie que llevara comiendo durante todo el camino de vuelta. ¿Una hora entre ida y vuelta? Tiempo más que suficiente para recibir a un hombre y acostarse con él. Un hombre que estuviera cerca y esperando a que el muchacho se fuera. Un hombre al que ella no cobró y que veía a escondidas de su novio. Sin duda era un vecino con el que mantenía un pequeño lío y que había usado un preservativo no para protegerla sino para protegerse él mismo. Seguramente se deshizo del preservativo y de su envoltorio arrojándolo al retrete para que no lo viera el chico. En cuanto a las razones del romance, podían ser puramente sexuales o tal vez aquel vecino la estaba haciendo chantaje. No importaba. Él no era el asesino. El chico lo habría denunciado en el hospital.

Sin duda se trataba del vecino que lo acogió cuando salió vomitando de casa tras descubrir el cadáver. No se sabía nada de él y merecía la pena investigar a un caballero que vivía en el mismo piso que Elena y que, tal vez, pudiera aportar algún dato sobre los acontecimientos de anoche. Un señor que no había dormido en toda la noche debía ser investigado.

—Víctor, recuérdame que le pida al presidente la lista de todos los inquilinos del cuarto piso —observó que su compañero parecía desconcertado—, ya te explicaré luego.

El forense observaba a los dos hombres conteniendo la risa. Eran una pareja tan atípica que resultaba curioso verles juntos. Eran una mezcla de colores, sentimientos, experiencias y personalidades. Deseaba mostrarles el cadáver debidamente guardado en el depósito a la espera de la orden judicial que le permitiera entregárselo a los familiares. Les invitó a entrar en la cámara frigorífica.

Tras tomar el ascensor y bajar hasta uno de los subsuelos, recorrieron varios pasillos hasta llegar a la cámara frigorífica donde los cadáveres permanecían congelados a la espera de un traslado o de más análisis. En lo concerniente a Elena, ya se habían realizado todos los estudios y pruebas posibles. Ya sólo quedaba redactar el informe general que llevaría parte de la tarde y que le sería entregado a Antonio al día siguiente.

El forense leyó en su informe una pequeña nota garabateada donde había escrito el número del cajón que tenía el cuerpo de Elena. El cuerpo estaba cubierto por una sábana blanca cuya utilidad radicaba en evitar una brusca impresión en los familiares que contemplan el cuerpo, a menudo

desfigurado o mutilado, de un ser querido. El forense solía retirar parte de la sábana por donde mejor pudiera ser reconocido: el rostro. En general, los padres de una víctima veían con malos ojos que su cuerpo estuviera totalmente desnudo. Aún muerto, se debía respetar su pudor.

El enfermero se retiró y los tres hombres se acercaron para estudiar el cuerpo y ver más de cerca las heridas de la víctima. Antonio tuvo un fugaz pensamiento por su compañero. Pensó que tal vez fuera a impresionarle y estuvo a punto de pedirle que saliera. Pero recordó que esta mañana, cuando contempló el cuerpo no se mostró tan impresionado como cabría esperar. Más bien, ahora sería una oportunidad ideal para juzgar si aquel hombre tenía las entrañas de acero como acabó pensando. Aunque, mejor pensado, no verían nada que no hubiesen ya visto por la mañana.

El forense agarró una pequeña barra de metal con la que poder señalar sin tocar el cuerpo. Retiró la sábana por completo. Pudieron observar el cuerpo casi perfecto de Elena. Los dos policías no se fijaron en los distintos cortes hechos por el asesino, ni en los que la autopsia había dejado. Sólo se fijaron en su cara que era dulce y bonita. Ya no mostraba la expresión de horror que habían visto por la mañana en su apartamento. Eran facciones que manifestaban la calma de las personas fallecidas. Siguieron admirando su físico, sus senos con los pezones pequeños y puntiagudos, su abdomen liso donde una infinidad de cortes denunciaban la encarnizada batalla que el forense allí había librado. Aquello provocó que se evaporara el romanticismo y el deseo que habían nacido de la contemplación del desnudo.

—Observad primero las muñecas de la víctima —empezó por describir el forense—. No hay moraduras ni pequeños hematomas alrededor de las muñecas, las palmas o las falanges que surgen tras una pelea. Ya sabéis a que me refiero. Cuando una mujer se siente agredida suele recurrir a defenderse con sus brazos y manos, es lo que ocurre en las violaciones. No fue el caso. Si os fijáis en la base del cuello, hay una herida medianamente profunda que llega a perforar la tráquea y destruir las vías respiratorias que conectan a las fosas nasales con los pulmones. De allí hemos calculado que perdió mucha sangre en pocos segundos, pero no le produjo la muerte. La perforación no tiene la forma fina propia de un cuchillo como cuando lo clavamos en la carne de un solomillo. La herida tiene un mayor tamaño sobre las extremidades que se va

reduciendo cuando llegamos hasta el centro, dibuja las facciones de una pajarita.

—¿No fue un cuchillo? —preguntó Antonio.

—Sí que lo fue, contestó el forense, y uno pequeño, una navaja más bien. El criminal lo removió un poco para acelerar la hemorragia. Pienso que no tardó ni dos segundos en morir. Y no pudo gritar evidentemente. Creo que fue poco tiempo después, no sé cuánto, que le cortó la vagina, pero eso ya es una mutilación *post mortem*. El tío no tiene mucha idea, la verdad, y fue desgarrando por donde podía hasta llegar a sacar la carne que quería. Empezó, creo, primero por la parte derecha de la vagina rodeando los labios y perforando hasta el cuello del útero. Luego atacó por el lado izquierdo y viendo que no llegaba a retirarla empezó a marcar un giro lento alrededor de la matriz. Fue entonces cuando consiguió sacarla. Dejó la masa de carne a sus pies y ya está. Esto es lo que se piensa primero, pero como lo recordarás, esta mañana parecía tener forma de corazón, ¿no? Sí, la tiene, pero no son cortes limpios sino auténticos desgarros, una carnicería, vamos. Así que pienso que la forma de corazón es más bien fruto de la casualidad.

¿Qué hizo para limpiarse las manos? Sin duda, después de la amputación estarían bien manchadas de sangre. ¿Se las habría limpiado con las sábanas? Antonio se lo preguntó al forense.

—Hemos analizado la sábana sobre la que estaba el cuerpo y hemos identificado varias manchas de sangre abundante de la víctima donde se produjeron las dos heridas. Pero hay más, una de las sábanas tiene varios desgarros que le asesino hizo con el cuchillo para hacerse como un pañuelo, se limpió las manos con él y se lo llevó. Lo curioso, es que, en las fuentes de agua del apartamento, en la cocina y en el baño, no hemos visto huellas de sangre, por lo tanto, se secó las manos, pero no se las lavó. Eso o llevaba guantes que se quitó con el trozo de sábana. En resumen, ni huellas en la sábana, ni aparece el pedazo recortado.

¿Ninguna huella? Nada que pudiera ayudarles. No hubo suerte tampoco en los vasos ni en el contenido de la basura, ni en los distintos espacios del apartamento donde podrían haber encontrado alguna huella suya. El asesino era metódico y había tenido la suficiente frialdad para limpiarlo todo. Sin duda lo hizo con un trapo que luego se llevó. Sólo detectaron unas pocas huellas que no eran de Elena. Serían de dos personas. Antonio pensó que eran las del muchacho y las del hombre que

se había acostado con la víctima un par de horas antes de morir ella. No tenían nada.

Por último y antes de marcharse, el forense les entregó la transcripción de la agenda de la chica. La misma que había encontrado Víctor en el registro y que ahora podrían usar. Tampoco tenía huellas, sólo las de su propietaria. ¿Y ahora qué?

Volvieron a subir en el coche. Unos estudiantes lo estaban contemplando antes de volver a clase. Entonces fue cuando Víctor, nada aficionado a los automóviles, se fijó en que de verdad era un coche estupendo. Todo un deportivo de más de doscientos caballos y todo lo demás. Esta mala bestia debe ponerse en doscientos cincuenta sin que te des cuenta, pensó. Y sobretodo el color, este rojo vulgar típico de los coches deportivos. Y se preguntó cuánto podía costar un bólido como este, ¿cinco o seis kilos?

—Me costó ocho y medio hace tres años.

Antonio le despejó toda duda e Víctor silbó de admiración mientras subía en él. Echó unos rápidos cálculos para acabar preguntándose cómo se lo pedía permitir con el sueldo que cobraba. No le habían dicho nada malo de su compañero de cacerías cuando le pidieron que fuera su sombra. Pero saltaba a la vista. No se atrevió a hacer ningún comentario por miedo a herirle. Parecía que su relación andaba por buen camino más allá de la simple camaradería y no lo quería echar todo a perder.

—Ya sé lo que te estás preguntando. Lo mismo hicieron los de la brigada cuando me vieron llegar con él la primera vez y algún jefecillo ordenó que me investigaran. Mi padre era una especie de cacique extremeño, un terrateniente, si quieres, con muchas tierras sin nada que cultivar. Vivíamos de la mísera renta que tenía de un dinerillo en una pequeña empresa industrial que acabó cerrando sus puertas. El caso es que un día se enteró de que el ejército andaba buscando un polígono de tiro para unos cazas de segunda mano que habían comprado a los norteamericanos a precio de oro. Echó mano de algún amigo en el ministerio y en las capitanías, los untó con el poco dinero que tenía y consiguió que le expropiaran. Pagaron cerca de diez mil pesetas por hectárea y nadie preguntó nada.

—¿Qué superficie tenían las tierras?

—Formaban una especie de rectángulo entre la carretera a Portugal y un riachuelo. Veinte kilómetros por diez —observó que Víctor intentaba calcularlo con la velocidad de un ordenador—. No te compliques la vida, fueron doscientos millones. El primer pelotazo que se recuerde en la región.

Víctor retuvo la inspiración. Más aún cuando Antonio añadió que el valor catastral de las tierras era de veinte millones de pesetas.

—Menuda pasada.

Antonio encendió el motor para deleite de los curiosos que se habían apiñado delante del coche. Había decidido volver a la calle Orense, ya tenía los datos suministrados por la comisaría acerca de un par de caballeros que vivían solos en el cuarto piso, uno de ellos sería el visitante misterioso que llevaban buscando y que, tal vez y con algo de suerte, echaría luz a todo este embrollo. Como no sabía cuál de los dos era, decidió interrogarlos a ambos. Consultó su reloj: las seis.

Durante el camino, Víctor echó mano a uno de los periódicos que llevaban, cogió el que peor reputación tenía por colocar anuncios de relax en sus páginas centrales. Lo abrió por allí y encontró dos páginas y media únicamente rellenas por contactos con mujeres, con hombres, con sado, con travestís y escuchas a teléfonos eróticos con prefijos internacionales donde se organizaban las mayores orgías para deleite del oído. Todo falso, todo negocio.

—Escucha Tonio, Morbosa, pechos gigantes, travestí superdotada con súper miembro, 27 cm, ¡no se lo cree ni ella!, te iniciaré. ¡Qué fuerte! — Siguió leyendo y se detuvo en otro que le parecía original. Este es bueno, escucha, Chica de la jet-set, 20, afectada de ninfomanía, ¡joder!, escultural, viciosísima, apartamento de lujo, y todo lo demás, con vistas espectaculares y un detalle muy especial, mi criada, te recibe con su mini uniforme y puedes abusar de ella mientras esperas que termine de arreglarme con una copa en la mano.

—Hay que ver cómo está el servicio —concluyó.

—Coño, otra como la anterior, escucha, rubia espectacular, senos y todo lo demás, morbosa, tengo todo lo que te enloquece, ninfómana, apasionada, mi tutora me ofrece a ti.

—Resulta que el sexo es la mejor terapia. No lo digo yo, lo dijo Freud.

—Pues mira que esta se las trae: disciplina, potro, cruz, guillotinas, fustas, completísimo gabinete.

—Déjalo ya, que me estoy poniendo cachondo y me resulta difícil conducir en estas condiciones.

—Espera, que este es el mejor —interrumpió Víctor con un ligero tono de excitación en la voz—, te dicen dieciocho y luego es verdad, pero en cada pata. Te prometen el séptimo cielo y luego esto no lo hago, y esto tampoco. Te atraen con zalamerías y sonrisas por teléfono y luego resulta un entierro de tercera. Si estás harto de que te engañen, prueba conmigo, bla bla bla. Pues ves, esta sí que me atrae, pero ya no para follar, sino para mantener una conversación intelectual.

—Sabes una cosa Víctor, un anuncio sencillo en la página de clasificados suele costar cerca de diez mil pesetas por día. ¿Por qué no cuentas cuantos hay?

Eran tres páginas llenas y empezó a contarlos con esmero, pero enseguida observó que no todos tenían el mismo tamaño. Antonio le ayudó diciéndole que contara el número de columnas y estimara que un anuncio ocupaba un centímetro de papel. Víctor estimó que una columna medía treinta centímetros y que, por lo tanto, albergaba treinta anuncios de sexo. Contó las columnas: veintitrés. Le parecieron demasiadas y extrajo una pequeña calculadora tipo tarjeta de crédito de su bolsillo para proceder a una pequeña multiplicación.

—Son seiscientos noventa —contestó con el mismo orgullo que un alumno que contesta a su maestra.

—A diez mil cada uno, esto significa que el periódico ingresa una media diaria de seis millones novecientas mil pesetas. ¿Por qué no lo calculas en un año?

Víctor procedió a realizar el cálculo y esta vez dio la respuesta, pero sin la expresión de orgullo que puso anteriormente. No pudo expresar el total porque su calculadora tenía un límite de ocho cifras. Razonó en miles.

—Dos mil quinientos dieciocho millones y medio —pronunció con exagerada lentitud.

—Con esto podrían pagar a seiscientos policías durante todo un año —repuso Antonio—. El sexo mueve unas sumas de dinero absolutamente increíbles.

Víctor volvió a cerrar el periódico y lo dejó con los demás.

—¿De verdad crees que hay gente que paga cincuenta incluso cien mil por una chica? —preguntó cambiando de tema.

Pasaron tres cuartos de hora en un atasco monumental que las obras habían creado antes de llegar a la calle de Orense y aparcar donde pudieron frente al edificio al que venían. Un taxista les recriminó que dejaban el coche impidiendo su paso y Antonio le contestó con un gesto bastante elocuente que al hombre no le gustó.

Se encontraron frente a la puerta del primero de los apartamentos que habían venido a ver y que estaban ocupados por un único inquilino. Eran dos y estaban situados en la cuarta planta, la misma en la que murió Elena. Antonio sospechaba que uno de ellos fuera el amante misterioso y, tal vez, testigo del asesinato.

Llamaron a la puerta, pero nadie contestó. Insistieron en vano. Otro vecino, que no conocían, intuyó que eran los policías que investigaban el crimen y salió de su casa para prestarles ayuda. Les contó que el caballero con el que pretendían entrevistarse solía siempre marcharse a las seis de la tarde a trabajar y no volvía nunca antes de la mañana siguiente. Los dos policías le preguntaron a qué se dedicaba, les contestó que era bailarín en un cabaret gay.

Posible testigo descartado, pensó Antonio decepcionado. Quedaba el otro, unas puertas más abajo. Pero tampoco contestó nadie. Esta vez, ningún otro vecino les prestó ayuda. Había demasiadas posibilidades de que se encontraran ante la puerta de la clave del misterio sin la llave para poder abrirla. Se sintieron defraudados y frustrados.

Antonio decidió que sería necesario volver más tarde y optó por invitar a su compañero a tomar algo en el VIPS que se encontraba un par de edificios más abajo.

Tomaron algo y antes de volver a probar suerte, llamaron a la comisaría más que nada por saber si tenían algún mensaje. La operadora les informó que había uno muy importante para el inspector Hernán. Antonio lo escuchó boquiabierto.

La Policía Municipal había informado que un vehículo aún sin identificar se había saltado un disco en rojo arrollando a un peatón que salía de su trabajo rumbo a su casa. El conductor se había dado a la fuga. La víctima fue llevada enseguida a un hospital donde ingresó cadáver. Fue posteriormente identificado y se le relacionó con el crimen de la calle de Orense

El hombre que había muerto era aquel mismo que los dos policías intentaban ver. Ya no era necesario seguir esperando y podían volverse a

casa con una pista menos.

8

Como empezaba ya a anochecer, Antonio optó por dejar a Víctor en la puerta de la residencia en la que se hospedaba mientras seguía buscando un pequeño apartamento acorde con su sueldo. Estaba situada en el centro de la ciudad, entre las calles Barquillo y Hortaleza.

A Antonio le costó mucho maniobrar entre las calles estrechas, pero logró su objetivo. Víctor se lo agradeció y antes de bajarse le estrechó la mano. Parecía satisfecho de su primer día de trabajo. Antonio no se fue directamente a su casa a recuperar el sueño perdido. Se fue a la comisaría a ver si tenía más datos sobre el crimen, a charlar un rato con Luis, su amigo y la persona por la que esta aventura había empezado, e investigar un poco más sobre su nuevo compañero. Algo quedaba por resolver que le intrigaba mucho.

Coincidió con sus compañeros que partían hacia sus hogares y no se extrañaron que volviera cuando ya había acabado la jornada. Es un fanático del trabajo, pensaron algunos. Querrá hacerle la pelota al jefe, pensaron otros. Es un gilipollas, concluyeron todos.

Llegó a su mesa y vio varias notas pegadas en desorden. Una de ellas era de Luis en la que se disculpaba por no haber esperado más, pero, decía, había quedado en recoger a su novia y la amiga que se ofrecía en cita a ciegas a Antonio. A éste, el plan no le alegraba nada, pero sí quería volver a ver al hijo de perra que le había llamado anoche para un crimen que luego tendría que investigar y cuyo desenlace no lograba adivinar. Para eso tengo yo amigos, pensó. El bar de copas al que solían ir abría a las diez así que tenía algo de tiempo para repasar notas, incluso para ir a cambiarse y lavarse un poco.

Otra nota decía que los padres de Elena, la prostituta asesinada, ya habían sido debidamente informados. Llegarían en dos días para llevarse el cuerpo, siguió leyendo. Antonio pensó que sería bueno decírselo al forense y se lo anotó en otro post-it que pegó cerca del teléfono.

Observó una carpeta en uno de los bordes de la mesa con una pequeña etiqueta blanca en el que podía leerse un nombre: Víctor Sánchez y su correspondiente número de ficha. Era el expediente de su compañero y no tardó ni un segundo en abrirlo y en saciar su curiosidad. Contempló la

foto del agente vistiendo uniforme de la escuela y leyó detenidamente cada uno de los folios que allí encontró. De toda esta fructífera lectura retuvo que estaba ante un hombre que brilló en todo lo que hizo. Era brillante, pero introvertido y solitario. 26 años, calculó al llegar a la ficha donde se registraban sus datos personales. Llevaba cerca de media hora hurgando en la vida de su compañero, pero ésta seguía siendo un misterio para él.

Oyó marcharse al último de los individuos que seguían en la oficina y, como los demás, tampoco le saludó. No tiene mayor importancia. Son todos unos cretinos ignorantes y envidiosos. Se quedó pensativo, reflexionando sobre el historial de Víctor. ¿Cómo se llama aquel tipo, aquél catalán en la academia de policía de Ávila? ¿Breguet? No, ¿Barreguet? Sí. Santiago Barreguet. ¿Dónde estará ahora?

Era compañero de Antonio en la brigada de homicidios y juntos pasaron por momentos de gloria, y también por momentos de pena. Hacía ya cuatro o cinco años que no le había visto. Había decidido retirarse de las calles y de los crímenes para enseñar. Esta decisión, que le costó mucho tomar, podía remontarse al día que descubrió a su único hijo de diecisiete años esnifando cocaína. Aquel día, el mundo en el que había creído y por el que luchaba se le vino abajo y reaccionó como no debería haberlo hecho: con violencia. Su hijo se suicidó tres meses después, casi todo el mundo apuntó a que la causa que lo empujó a quitarse la vida fue la dependencia de las drogas en la que se había metido y de la que su padre, pese a sus esfuerzos, no consiguió sacarlo. Se sintió culpable y cambió por completo. Si antes era una persona viva y alegre, se volvió amargada y triste. Se hundió en su soledad y cuando tocó fondo reaccionó y decidió seguir viviendo de sus recuerdos. Pensó que el mejor medio era el de recurrir a la enseñanza en la Academia de Policía a la que, precisamente, había asistido Víctor.

Antonio encontró el teléfono de Santiago en su agenda y rogó que aún siguiera viviendo allí. Marcó y tras unos segundos sintió un alivio al reconocer la voz su amigo. Fueron largos minutos de desenfrenada conversación, de risas, de viejas anécdotas y añorados recuerdos. Cuando hubo un silencio, Antonio aprovechó para abarcar la pregunta que le traía de cabeza.

—¿Sigues en la Academia?

—¿Qué te ocurre Tonio, acaso no recuerdas nuestra diferencia de edad? —Veinte años.— Me he jubilado y sigo viviendo en mi pequeña casa, aunque no muy lejos de la Academia a la que, a veces, voy cuando me aburro.

—¿Vaya, así que ahora vives de la seguridad social? —Marcó una pausa que ambos aprovecharon para reír. —Es que, ¿sabes? Me han apuntado un novato y me interesaba tener algunas referencias para conocerle mejor. Ya sabes, si se meaba en la cama, si lo pillaste haciéndose una paja... Una de estas informaciones a las que recurre un veterano para humillar a un novato engréido.

—Ya. Te sigo. Lo único es que si lo tienes en prácticas será de la promoción de este año y yo llevo ya dos años sin formar a nadie. Lo más probable es que no lo conozca. ¿Es un poco duro de pelar? Suéltame su nombre, a ver si me suena de algo.

—Víctor Sánchez. 26 años. De Sevilla.

—¿Víctor Sánchez? —Santiago seguía rebuscando en su memoria. — Ya, sí que lo recuerdo, era un tipo bastante extraño. Lo había pasado muy mal en la Sevilla de sus amores. Era un tipo con un par de cojones. No recuerdo haber visto a nadie con tanta fuerza interior y tan decidido a alcanzar sus metas. Sus demás compañeros le odiaban.

—¿Le conociste entonces?

—Sí claro, fui profesor suyo el año en que se graduó.

—Espera —interrumpió Antonio—. ¿No llevas dos años apartado de las clases?

—Sí, ¿por qué?

—Este tío se ha graduado este año y está en prácticas.

—Entonces no hablamos del mismo chico —contestó sentenciando algo que parecía evidente y a la vez contradictorio.

—¿Tienes fax? —preguntó Antonio—. Quisiera mandarte el expediente que tengo delante de mí.

—No recuerdas que odio los chismes inservibles. Ya sabes que para aparatos inútiles ya tuve a mi mujer y mira lo poco que me duró.

Antonio, ante la imposibilidad de recurrir a mejores medios, releyó en voz alta los datos más notables del informe de Víctor que Santiago contrastaba con sus recuerdos asintiendo con leves susurros. Ambos concluyeron que, pese a las fechas, hablaban de la misma persona. No había ya ninguna duda. Pero eso ocurrió hacía algo más de ocho años. El

Víctor verdadero tendría hoy en día 34 años. Antonio preguntó más acerca de su paradero tras graduarse.

—Tonio, este chaval prometía mucho y fue el único de su promoción que admitieron en la Brigada Especial.

—¿La Brigada Especial?

—Sí, claro. Sacó la mejor nota de la promoción.

Antonio tenía la mente hecha un lío. Algo en su compañero le había llamado la atención y no sabía bien qué era. Ahora se daba cuenta de que lo que estaba fallando era algo más que su propia identidad. Intentó comprender porque tenía a un agente de la Brigada Especial de incógnito siguiéndole a todas partes. Quiso saber si era a él a quien seguían o a su trabajo. Tal vez estuviera aquí para investigar qué pasó realmente aquel día, en aquel desafortunado incidente. Pero esto ya había quedado atrás y ya no interesaba a nadie. ¿Habían vuelto a abrir su expediente? ¿Tendría que volver a someterse a un juicio como el que le absolvió de la muerte del camello? No era asunto de la Brigada Especial, ni de la Guardia Civil, ni del servicio secreto, ni de ningún jodido funcionario con aires de grandeza. No podía ser. Así que pensó que cabrían dos opciones. La primera era que estuvieran interesados en su trabajo, ¿pero qué parte de él? No sería el crimen de la prostituta que ni siquiera interesaba a la Brigada de homicidios. Así que pensó en la segunda opción. Víctor podría ser un agente infiltrado para espiar la comisaría de AZCA en busca de algún agente corrupto. El que fuera su compañero sería tan sólo un mero detalle. No pensarían que él mismo era un tipo sucio, ¿no? No lo era y no tenía nada que reprocharse, razonó, además de que, si así fuera, Víctor le hubiese hecho muchas preguntas personales. Y no fue el caso. Aunque la revelación le asustó, sintió alivio al pensar que no sería él mismo parte protagonista de esta nueva historia.

Pero, ¿qué le quedaba por hacer ahora que lo sabía todo? Siguió pensando y de nuevo volvió a intentar analizar el porqué de la infiltración de un agente especial precisamente ahora y aquí. De pronto recordó el origen de la investigación del asesinato de Elena. Aún seguía sin comprender del todo porque fue él a quien asignaron al caso cuando casi todos lo consideraban quemado en el servicio. Todo apuntaba a que alguien movió los hilos de esta historia sin que nadie en el departamento supiera a ciencia cierta quien era. Pero el comisario se lo había dicho, era

su antiguo jefe en homicidios, su mejor amigo en esta profesión. Una oportunidad, entendió. ¿Una oportunidad para qué?

Descolgó el teléfono y marcó el número directo del responsable de la Brigada de homicidios de Madrid. Nadie lo cogió, pero seguía sonando. Antonio consultó su reloj y entendió que ya era bastante tarde para que un policía siguiera en su despacho. Colgó.

Se quedó pensativo leyendo una y otra vez los distintos documentos que figuraban en el expediente de su nuevo compañero. Sus sospechas de que había algo anormal en él tenían ahora fundamento.

La Brigada Especial se formó hace unos años integrándola los mejores inspectores de los demás cuerpos. Dependen todos de un único comisario con total independencia de los demás cuerpos de la Policía Nacional y a las órdenes directas del director general de la Policía. Su competencia era muy diversa pero sólo en casos muy especiales que requieren un gran esfuerzo por parte de los cuerpos de seguridad. Estos eran los casos de corrupción de altos funcionarios o políticos, de escándalos en los que cabría alerta social, vigilancia de los distintos cuerpos de seguridad civiles como la Policía Nacional y las distintas policías autonómicas y municipales con el objeto de determinar si había conductas contrarias al espíritu de la ley y de la constitución. Era un poco como una policía de las policías. Además de vigilar a los policías también colaboraba en resolver asesinatos, desarticular tramas mafiosas o bandas violentas, y luchar contra drogas y terrorismo.

Antonio la conocía bien porque fue la responsable de investigarlo cuando tuvo aquel desafortunado incidente. Aunque habían echado mucha tierra al asunto y de algún modo le habían ayudado, no se fiaba mucho de ellos. Se decía que tenían el poder de destruir las vidas de quienes quisieran y los medios para hacerlo en el más estricto secreto. Eran temidos antes que respetados.

Ordenó su mesa y estimó que le quedaba tiempo para cambiarse y encontrarse con Luis en el Pub en el que habían quedado con las dos chicas. Necesitaba despejarse un poco y se convenció de que era lo que necesitaba, aunque sabía que no le hacía ilusión alguna.

Antonio pensó que lo más oportuno, visto que ya era de noche y que estaba en una zona donde su coche no pasaba desapercibido, era aparcar en uno de los estacionamientos públicos donde la vigilancia estaba garantizada. Vestía pantalón vaquero y una camiseta de algodón con alegre dibujo estampado. Daba la impresión de lo que era: un cuarentón separado en busca de ligue. Aunque no estaba seguro de que fuera esto mismo lo que le interesaba. Se había vuelto a afeitarse y se había bañado en perfume para acudir a la cita e impresionar a las damas. Luego pensó que iba a desentonar un poco con su amigo Luis cuyo odio por los baños se había convertido en leyenda.

Leyó la hora en uno de los relojes públicos que además anunciaba una bebida sin alcohol. Eran algo más de las diez y media.

Llevaba muchos meses sin salir de copas. A duras penas lograba recordar cuando fue la última vez, aunque sí recordó que fue con Luis al poco tiempo de haberlo conocido. En otra época más feliz, cuando su exmujer aun formaba parte de su vida, salía más a menudo, pero siempre sin ella porque, aparte de que a ella no le gustaban estos sitios, tampoco le gustaban las mujeres o las amiguitas que acompañaban a los compañeros de su marido. Era un comportamiento bastante extraño que, por otra parte, tampoco molestaba a nadie. A los agentes fuera de servicio les gustaba más encontrarse entre ellos, sobre todo entre hombres a quienes poder contar sus historias.

En la puerta había un tipo musculoso con una camiseta que le ceñía los pectorales y una chaqueta de ejecutivo que seguramente tuvo que comprar en la sección de tallas especiales de unos grandes almacenes. Observó a Antonio con desprecio y le abrió la puerta del local.

Ya estaba dentro del local y notó la presencia de una nube de humo producida por el tabaco y dedujo que la ventilación había vuelto a estropearse. No había demasiada gente, aunque todos los lugares de la barra estaban ocupados y los dos camareros, un par de adolescentes en mangas de camisa, no parecían dar abasto con la clientela.

Una chica bastante bonita y acompañada de su amigo le echó una mirada mientras se cruzaban en la entrada del bar. Se fijó en sus piernas y en el resto de su cuerpo con tal descaro que ella se sintió turbada. Le dijo algo a su amigo que parecía ausente de la provocación. Éste dio la vuelta y observó a Antonio preguntándose qué podía hacer un tipo de su edad en

un local al que sólo iban jóvenes. Los dos hombres se miraron y no hubo más, Antonio se dirigió hacia uno de los lados de la barra donde Luis solía aparcar sus posaderas. No consiguió ver a nadie más porque los juegos de luces donde predominaba el color rojo causaban molestias en sus ojos. Sintió que su corazón latía con mayor intensidad siguiendo el ritmo de la música que sonaba.

Antonio odiaba estos sitios porque le impedían mantener contacto humano con las personas. Sólo podía verlas, pero ni hablarlas, ni escucharlas; todo intento de comunicación era inútil y sentía a menudo que venía con gente a la que no conocía y que, acabada la noche, seguía sin conocerla. Luis, en cambio, amaba estos sitios ya no por el ambiente sino porque eran los únicos sitios donde venían chicas jóvenes y guapas con las que solía tener cierto éxito más que por él mismo, por lo que representaba. Su único atractivo eran las historias que contaba a menudo distorsionadas en las que lograba reflejar una personalidad de macho romántico que, decía, enamoraba a las mujeres.

Una pareja de novios estaba jugando al billar instalado cerca del acceso a los servicios. Entre golpe y golpe, el chico aprovechaba para besar a su novia. Cuando acabaron la partida, él la agarró por detrás y se pegó a ella besándole el cuello con tal ardor que incluso Antonio se sintió molesto. Giró la mirada hacia la barra y vio a un tipo regordete de mediana edad sentado entre dos jovencitas. El tipo parecía bajito e intentaba ocultar su calvicie peinando su poco pelo e inundándolo de colonia barata de forma que, contradiciendo sus deseos, su alopecia se notaba aún más. Llevaba una camisa amplia y de grueso algodón con dibujos que parecían palmeras. Una de las chicas, más alta que los otros dos, bailaba disimuladamente. Tendría la mitad de años que el gordinflón que tenía a su lado y que parecía más atraído por la otra chica cuyo trasero acariciaba descaradamente. Ella parecía reírse cuando sus caricias alcanzaban zonas más abajo de las nalgas. Aquél gordo impresentable era su amigo Luis.

Antonio se acercó hasta él y, aprovechando que no le había visto, le cosquilleó los michelines. Luis reaccionó con un susto y dándose la vuelta le reconoció. Los dos se abrazaron riéndose. Luis observó que las dos mujeres esperaban a ser debidamente presentadas al intruso. Eran Mónica y Ana. Esta última era la amiguita de turno de Luis. A Antonio le tocaba Mónica, la hermana que les seguía a todos los sitios.

Un camarero se dirigió hacia ellos y los cuatro se apuntaron a unos J&B con Coca Cola bien cargados. Antonio tomó un sorbo del vaso que le trajeron y sintió el amargo sabor del whisky endulzado por la cola penetrarle en la garganta y bajarle hasta el estómago. Una ola de calor invadió su cuerpo al tiempo que se sentía más relajado y desinhibido. Se fijó en su cita a ciegas. Estaba muy bien, por lo menos muy por encima de lo que esperaba. Tras contemplarla con detenimiento observó algo, un pequeño detalle, que le molestaba: podría ser su hija o, por lo menos, tenía edad como para serlo. Y lo sintió porque tenía todo para gustar a un hombre. Siguió observando sus movimientos de cadera que acompañaban la música que había cambiado el bacalao por un mix. Luis seguía palpando con descaro al trasero de su amiga como si no lograra reconocerlo. Antonio notó que las dos hermanas se parecían bastante poco, Ana era algo más bajita y menos guapa. Era más vulgar, precisamente lo que Luis necesitaba como acompañante. Antonio sentía mucho afecto por su amigo, pero aun así le costaba mucho entender como una mujer podía fijarse en él y, además, gustarle.

Los dos tortolitos seguían su particular danza del cortejo prelude al apareamiento. Inmersos en su mundo de fantasías se mantenían alejados de la realidad, de Antonio y Mónica que se miraban como dos desconocidos forzados a intimar. No sabían qué decirse o preguntarse. Parecían dos niños forzados a bailar juntos en una boda o comunión. Antonio entendió que le tocaba a él romper el hielo, pero tardó unos cuantos minutos en imaginar la forma de hacerlo. Era un momento muy importante que no debía estropear con una pregunta estúpida o con otra filosófica que indispusiera a la muchacha. Como él no se decidía fue ella quien empezó la conversación y recurrió a la pregunta más original que se le podía ocurrir.

—Así que Luis y tú sois amigos. ¿Os conocéis desde hace mucho?

Antonio suspiró, era una pregunta inútil y sin interés para los dos, pero era el inicio de la conversación, llegarían momentos más interesantes para los dos así que agarró la oportunidad.

—Sí, los dos trabajamos en el mismo sitio. Bueno, somos muy buenos amigos. Yo, aunque te resulte muy difícil creerlo, quiero mucho a este patán...

—Sin ofender —reaccionó Luis quien no se perdía palabra de la conversación.

Mónica sonrió. Era un buen inicio.

—Si te contara... —siguió Antonio en voz baja— te contaría cosas de este gordito qué harías lo imposible por apartarlo de tu hermana.

Mónica se reía. Sonó una canción que le gustaba y la canturreo mientras Antonio se acercaba más a ella. Sólo un par de centímetros los separaban, pero no se tocaban, seguían de pie mientras Luis empezaba a besar a su novia. Antonio, aprovechando que había demasiada gente en la barra y que la mesa de billar estaba libre invitó a Mónica a jugar una partida.

Colocó las bolas formando un triángulo y dejó que fuera ella quien empezara el juego. Coló una bola y Antonio presintió que iba a ser una partida difícil. Pero se equivocó, Mónica no volvió a colar ninguna más y Antonio, tras colar todas sus bolas coló también la negra, pero en el agujero que no debía. Lo había hecho adrede. Quería perder, aunque fingió el enfado. Mónica lo notó y se lo agradeció con una bofetada cariñosa. Entonces el policía entendió que tenía posibilidades de ligarse a la chica. Ya no pensaba tanto en la diferencia de edad que los separaba, pero tampoco en el sexo, sólo pensó que se sentía a gusto y, sin querer, rememoró sus momentos de alegría con Susana, su exmujer. No había pensado en ella en todo el día y ahora, si lo hacía, debía precisamente ser frente a una joven que resultaba muy apetecible. Luis rompió la fantasía del recuerdo acercándose con uno de los palos entre las piernas fingiendo ser su sexo. Se volvió hacia Ana y se lo clavó entre las piernas.

—La tengo así de larga y así de gruesa —añadió mostrando su puño cerrado—, loba mía.

Y la besó. Su chica se reía. Antonio se sentía molesto por ese gesto vulgar, pero observó que los demás jóvenes seguían con sus ligues y sus bebidas ajenos a tan grotesco espectáculo. Luis volvió al ataque con su palo fijo entre las piernas que ahora acariciaba con la mano fingiendo la masturbación. Mónica pareció molesta y Antonio notó que su amigo estaba ebrio sin embargo aceptó su proposición de jugar una partida entre parejas. La que perdiera tenía que acabar en la cama, añadió riéndose. Presumiblemente pensaba perder y miró a su amiga observando su reacción, parecía complacida y Antonio intuyó que, cualquiera que fuera el resultado, los dos terminarían acostándose y a él le quedaría el consuelo de seguir conversando con Mónica quien, por otra parte, empezaba a gustarle. ¿Sería el efecto del alcohol, o el hecho de que había notado que

otros jóvenes del local se habían fijado en la muchacha? Volvió a observarla con más detalle que antes. No parecía molestarla que él la estuviera mirando y le respondió con una sonrisa.

Tenía una cara muy común pero unos ojos con un brillo excepcional. El pelo que le llegaba hasta media espalda parecía suave y de un color castaño muy bonito. Se lo había recogido con una pequeña diadema de cuero adornado con figuritas. No iba demasiado arreglada, sólo lo suficiente para gustar. Tenía un cuello bien formado que su escote resaltaba. El vestido que llevaba en cambio no era muy bonito, sin embargo, dejaba ver sus piernas largas y finas donde no se notaba ningún defecto. Cuando le tocaba a ella jugar, la posición que tomaba para efectuar el golpe le permitía echar una mirada hacia su busto que aparecía oculto debajo del vestido. Antonio observó que el color del sujetador era blanco y esa violación de la intimidad de su acompañante le produjo el mismo regocijo que si la hubiera desnudado. Seguía fantaseando con ella cuando su amigo se acercó y le susurró algo al oído.

—Su hermana tiene unas tetas redonditas y bien sujetas con unos pezoncillos...

Antonio quiso expresarle que aquella era circunstancia que no le importaba. No fue necesario decírselo. Luis lo captó en su mirada.

—Te lo digo porque son hermanas y algo deben de tener en común además de esos culitos redonditos —añadió como explicación—. ¡Que te follo! —gritó volviéndose a su pareja.

—¡Fóllame! —le contestó ella.

Luis añadió algo incomprensible al tiempo que la agarraba y la besaba.

—¿Qué hacemos con mi hermana? —preguntó.

Todo el hechizo del momento se vino abajo. Luis había vuelto a la realidad echó una mirada al obstáculo tomándose el cubata. Mónica le parecía hermosa, pero seguía prefiriendo a Ana. Sobre todo, porque le complacía en la cama.

—Si quieres le pego un tiro —propuso—, ¿pero no te has fijado que Antonio le empieza a gustar un poco? ¿Por qué no te la llevas al baño y le cuentas cosas buenas de él? Yo al mismo tiempo lo predispongo un poco para que se la enrolle. Igual conseguimos que tu hermanita se cepille un tío esta noche.

La idea parecía complacer a Ana y el plan se puso en marcha, aunque era conveniente esperar al final de la partida. Luis observó que si la apuesta seguía en pie sería mejor ganarla para forzar a que la otra pareja cumpliera su parte del trato. Así lo acordaron.

—Oíd pareja, vamos empatados, —Antonio y Mónica le escuchaban— os recuerdo que la pareja que pierda acaba jugando a los médicos. ¡Cómo me apetece perder...! —añadió en un suspiro mientras miraba a Ana con ojos de desenfrenado deseo.

Antonio había acompañado a Mónica hasta la barra y lejos de la mesa de billar seguía conversando con ella. Ya habían intimado e incluso parecían gustarse.

—No le escuches. Está un poco bebido. Si perdemos, no tendremos que acabar follando. Te lo prometo.

—No te preocupes —añadió ella—, estoy acostumbrada a sus bromas es lo que más le gusta a mi hermana. A mí me parecen un poco idiotas.

—Luis es así, pero es un tío con un corazón de oro.

—Lo sé.

Antonio empezó a desearla. Le gustaba y pensó en insinuarse, pero luego recapacitó. No quería asustarla. Era demasiado viejo para que él le gustara. Sabía demasiado poco acerca de la juventud que en nada se parecía a la que él mismo había conocido.

El plan que Luis había ideado seguía su curso y cuando ganó la partida se echó a reír.

—Bueno, gatita —le dijo a Mónica—, ya tienes aquí al gatito que te va a hacer mujer —añadió señalando a Antonio con su dedo gordo y peludo.

Antonio lo recriminó y Luis se disculpó. Aunque eso mismo también era parte del plan. Las dos mujeres se fueron al baño y los dos hombres se encontraron a solas.

—Menudo pedazo de tía, ¿verdad?

—¿A quién te refieres Luis?

Luis parecía decepcionado.

—Al portero, ¡imbécil! Colega, que tienes las meninges carcomidas y el pene se te va a acabar criando telarañas. ¿No te das cuenta de que la chica está que se moja por ti?

—Las cosas no son tan sencillas como las pintas —repuso Antonio.

—Me vas a venir con que le llevas veinte años y que no te la puedes tirar porque te da miedo que te llame papá ¿no? Pero sí lo único que vais a hacer es echar un polvo. ¿Recuerdas lo que es eso? Te la tiras y luego te olvidas, ¡capullo! No te vas a casar con ella ni a hacerle hijos. Ni tú lo quieres, ni ella tampoco. Quieres follar y apuesto mi paga de este mes a que ella también.

Mientras tanto en el baño las dos hermanas charlaban y se reían. Mónica confesó sentirse atraída por Antonio y Ana lo agradeció. No era nada serio, pero le apetecía seguir conversando con él, era muy diferente de los demás hombres que conocía. Él era un hombre de verdad, sentenció. Ellas, en cambio, no hablaron de sexo.

Los dos policías seguían hablando, por lo contrario, de sexo. Antonio adivinó que en el estado en el que se encontraba su amigo pronto llegaría a relatarle sus ratos de cama con Ana y la idea no le sedujo. Por lo contrario, deseaba que retornara en sí para poder hablarle de lo que verdaderamente le preocupaba. Pero estaba borracho perdido.

—Luis, quiero hablarte del trabajo, muchacho.

—Ahora no. ¡No me jodas! Quiero olvidar mi mundo y seguir en el de Anita. Tiene un par de tetas...

—Escúchame, ¿quieres? —insistió Antonio—. Me han tendido una trampa y quiero que me ayudes.

Su amigo pareció despejarse. Ya no parecía el de entonces.

—¿A qué te refieres?

Antonio le contó todo lo que había visto durante la investigación, todo no, sólo lo que concernía a su nuevo amigo.

—¿Te ha tocado el tío ése? ¡Coño! Pero si ya es toda una celebridad en la comisaría.

—Sí pero no es lo que parece.

Luis estaba perplejo y Antonio le desveló el misterio contándole que su nuevo compañero llevaba trabajando varios años en la Brigada Especial. Se mostró sin reacción, tal vez era el efecto del alcohol pensó Antonio, pero la realidad era bien distinta. Luis no estaba en absoluto ebrio como lo había dejado entrever hacía un rato, sólo estaba jugando, le gustaba montar el número del pobre borracho perdido que un par de chicas tienen que llevar de vuelta a casa.

—Estás metido en una buena mierda, chaval. Sabes que anoche yo no quise llamarte para que vinieras a ver el crimen. Sabía que era una

prostituta de lujo, me lo habían dicho por radio. Yo sólo quería dejarme ver un rato por allí y ordenar que hicieran lo mínimo para que los de homicidios llevaran el asunto. Sería lo normal, ¿no? —Antonio asintió. — Avisé que me dirigía allí, pero me ordenaron que llamara al oficial de guardia. Contesté que no sería necesario, pero me lo volvieron a ordenar y pregunté quién era. Me dieron tu nombre y obedecí.

—¿Quién te dio la orden?

Luis pareció dudar como si la pregunta le resultara molesta. Antonio insistió.

—Yo sabía bien quien era el oficial de guardia anoche. Sólo quería que me lo ordenaran expresamente. Y luego le pregunté su nombre.

—¿Quién?

—Arminio.

Antonio no estaba sorprendido. Era lo que le había dicho el comisario, su jefe, esta mañana cuando recibió la orden de llevar el caso. Arminio era su antiguo jefe en homicidios. Todo parecía encajar, efectivamente era la oportunidad que le estaban brindando para poder volver a la brigada de homicidios. Se sintió reconfortado. Bebió algo más de su vaso y pensó que las cosas parecían encajar. Faltaba Víctor. ¿Qué pintaba él en eso? ¿Estaba allí para espiarle? Había algo más y sólo Arminio podía decírselo.

Las dos mujeres regresaron aún más guapas que cuando se fueron. Luis volvió a fingir ser el borracho que no era.

Salieron del bar y subieron cada pareja en su coche. Mónica parecía disfrutar del coche de Antonio. Le gustaba la forma, el color, el interior y el ruido del motor. También le gustaba el conductor, añadió con picardía. Antonio captó la indirecta y se apresuró a contestar que él se sentía muy orgulloso de acoger a una mujer tan hermosa en su vehículo. El cumplido pareció gustarle y siguieron tonteando durante el camino, iban a casa de Luis a proseguir la velada. ¿Formaba parte del plan?

Antonio quería disfrutar de un poco de intimidad con su nueva amiga y pensó que a las dos parejas les apetecía mucho perderse de vista un rato. Esperó a pararse en un semáforo para preguntárselo a su pasajera.

—Mónica, me parece que a tu hermana y a Luis les gustarían estar solos, ¿no crees? —ella asintió con la cabeza—. Tendríamos que dejarles e irnos a otro sitio.

—Y que lo digas, tu amigo tiene un apartamento que es una auténtica pocilga.

—El mío en cambio está un poco más limpio.

Mónica meditó la oferta que Antonio le hacía. Entendía que si la invitaba a su apartamento era para algo más que para ver fotos, una película o hablar de política. Sabía que no tardaría mucho en desnudarse y en acompañarle a su dormitorio. La idea le gustaba.

—Podría compararlos —añadió con malicia.

El disco cambió y pasó a verde. Antonio aceleró dejando a su amigo atrás con su novia. Luis lo entendió y lo celebró con Ana. Estaban solos y podrían dedicarse toda la noche.

10

Era algo más de la medianoche cuando llegaron al apartamento de Antonio. Mónica entró siguiéndole y observó todo lo que allí había, desde los muebles hasta los oleos de pintores desconocidos que colgaban de las paredes. Era como visitar la casa de un ilustre personaje. Lo encontró cómodo y acogedor, algo que, de todos modos, no le sorprendió. Le preguntó cuánto tiempo llevaba en él.

—Desde que me separé.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, Mónica. Son cosas que pasan. Me dejó por un picapleitos.

Los dos se sentaron frente al televisor. Mónica aceptó el zumo de naranja que su anfitrión le propuso. Ya no quería más alcohol. Quería permanecer despejada. Antonio se sentó sobre el borde del sillón en el que su invitada había tomado asiento. Mientras se bebía el zumo, aprovechó para acariciarle los muslos. Ella le dejaba y cuando acabó de beberse el vaso lo dejó sobre la mesita y se acomodó cerrando los ojos. Antonio se puso de rodillas frente a ella y la siguió acariciando las piernas. Mónica tenía echada la cabeza hacia atrás y gemía. Eran gemidos casi inaudibles.

Abrió progresivamente las piernas mientras él la seguía acariciando. Antonio parecía disfrutar con el tacto del nylon. Subió un poco el vestido hasta que sus piernas aparecieran enteramente a la vista. Pudo observar las braguitas debajo del panty. Eran de algodón y seguramente de color blanco, aunque esto no lo podía asegurar. Antonio se acercó colocando su torso entre las piernas de Mónica, como prisionero de una jaula de amor. Empezó a besarle los muslos al tiempo que los acariciaba con exagerada atención. Ella le ayudó retirando la parte superior del panty color piel que llevaba. Lo bajó hasta que aparecieran sus braguitas blancas como el sujetador que había visto antes durante la partida de billar. Acabó de quitarle el panty y volvió a acariciarle las piernas. Descubrió con agrado que estaban recién depiladas y que además desprendían olor a perfume.

Antonio prosiguió quitándose la ropa con gestos lentos y estudiados. Aunque no quería perder el tiempo en esto, pensó que hacerlo de forma rápida y violenta podía asustar a su conquista. Se había quedado con los

calzoncillos cuando Mónica se incorporó observándolo. Sonrió al tiempo que lo contemplaba con deseo.

Él seguía de rodillas entre sus piernas y volvió a acariciarla esta vez subiendo por el abdomen y concentrando sus manos de largos dedos sobre los pechos. Mónica empezó a gemir y mover suavemente sus senos bajo las atentas caricias de su amante. Cerró los ojos como disfrutando. Le ayudó desabrochando el vestido para enseñarle su cuerpo desnudo.

La contempló. Le pareció hermosa. Su cuerpo blanco, puro, le produjo mayor deseo aún. Se incorporó y se acercó hasta ella con la intención de ofrecerle su miembro viril que mantenía escondido en los calzoncillos. Ella se irguió y se relamió ante la idea de desnudarlo. Con las dos manos, bajó los calzoncillos dejándolos a la altura de las rodillas.

Pero dejó de sonreír cuando notó que no tenía erección.

Antonio se disculpó echándole la culpa al trabajo, al estrés, a esas excusas a las que los hombres recurren para explicar su falta de virilidad.

Pero tenía rápida solución, eso creía él. Mónica empezó a acariciarle el sexo, incluso a besarlos con sus labios de un rojo vivo como la sangre. Pasaron unos minutos y Antonio empezó a sentirse humillado. No lograba nada y la chica empezaba a hartarse.

Como entendió que no podía hacer más, se irguió y suspiró. Le dijo que le deseaba pero que él mismo lo había estropeado todo. Antonio la odió.

Mónica volvió a ponerse el panty y a calzarse los zapatos.

—Tomaré un taxi —dijo.

—No. Te llevaré a casa.

Pero no parecía dispuesta a aceptar la oferta. El hechizo se había roto y tal vez se sentía culpable. De cualquier modo, se sentía humillada, casi tanto como Antonio y quería olvidarlo todo, incluso que le había conocido.

—Déjame en paz —le replicó en un grito al tiempo que se precipitaba hacia la puerta que abrió y cerró con un portazo.

Había desaparecido y Antonio sintió esta pérdida. Sin embargo, entendiendo que nada podía hacer, prefirió dejarla partir con el mal recuerdo que le había dejado.

En la soledad de su apartamento, Antonio se sintió ridículo. Llevaba tanto tiempo sin compartir su vida con una mujer que había desperdiciado una oportunidad de poner fin a su aislamiento. Y esta misma mujer que

había entrado de forma tan discreta salía con un portazo. La había deseado como nunca había deseado a una mujer desde que se separó y no cumplió como un hombre, aunque, pensó luego, tampoco era la primera vez que se quedaba a medias.

Era ya de madrugada y estaba desvelado después del espectáculo que le había dado a la chica y volvió a sumergirse en sus preocupaciones. Entendió que sólo le quedaba algo por hacer. Y entonces tomó la resolución de ver al comisario Arminio, su anterior jefe en homicidios. Deseaba que él tuviera las respuestas a las preguntas que se estaba haciendo.

Se dirigió con cierta prisa a su residencia en una colonia de chalets adosados en Las Rozas. Así que tomó la carretera de La Coruña forzando su automóvil a alcanzar velocidades prohibidas.

Llegó frente a la casa y aparcó detrás de un árbol. Aunque llevaba ya tiempo sin venir, la recordaba muy bien. Cruzó el césped y llamó a la puerta. Era bastante tarde y no había luces en ninguno de los pequeños chalets de la urbanización. Esperó un par de minutos cuando vio encenderse una luz en el piso superior. Le abrió una mujer que enseguida lo reconoció.

—Tonio, me alegro de volver a verte —le saludó entre bostezos de sueño—. Ya hacía un tiempo que no pasabas por aquí. Mi marido está dentro.

Parecía cansada, el pelo completamente revuelto y la cara desprovista de sus colores habituales, aunque eso último se debía a restos de una mascarilla. Se había colocado la bata intentando ocultar el camisón, aunque sin éxito lo que hizo sentirse culpable a Antonio. No eran horas estas de llamar a casa de nadie. Pero era algo demasiado importante y así lo entendió el matrimonio que le recibía sin reproche alguno.

Le invitó a entrar y lo hizo mostrando la mejor de sus sonrisas. Era verdad que llevaba más de seis meses sin pisar esta casa y se sintió como el hijo pródigo que regresa a casa de su padre con las manos y el estómago vacíos.

Penetró en el salón donde Arminio le recibió con evidente alegría. No había echado mano a su bata y lo recibió en pijama. Su mujer les dejó a

solas. Sin duda tenían mucho de qué hablar o sencillamente prefería volver a acostarse.

Arminio se había colocado ya sus legendarias gafas sobre la nariz. Le observaba con curiosidad como si se preguntara que hacía su alumno predilecto en su casa cuando llevaba tanto tiempo sin saber nada de él. Había sentido las distancias entre los dos hombres a raíz del obligado cambio de departamento de Antonio. Arminio se sentía culpable porque a sus casi sesenta años no tenía hijos y de algún modo había tratado a Antonio como a un hijo. De hecho, lo quería tanto como si lo fuera. Había sufrido mucho con la separación y quiso ayudarle, pero en aquel momento se había encerrado en sí mismo alejándose de sus amigos y del mundo en el que una vez fue bien recibido y del que indudablemente formaba parte. Y luego pasó el desagradable incidente con el delincuente que mató. Una caída que nadie pudo evitar pero que todo el mundo lamentó. Sentía mucho que una mujer le hubiera destruido como lo había hecho, pero esas eran cosas inevitables. Quiso intervenir para arreglar las cosas, pero nunca consiguió hablar con ella, ni siquiera llegó a conocerla. Nunca entendió este rechazo que Susana tenía en conocer a los amigos de su marido, aunque lo aceptó, más que nada porque no podía evitarlo.

—Dichosos los ojos que te ven, hijo. Empezaba a preguntarme si aún seguías con vida.

—Acepto la regañina, aunque es el trabajo el que me ha apartado de ti.

Los dos hombres se seguían observando, aunque Antonio mantenía la cabeza algo agachada como sintiéndose culpable. El reproche que le había hecho su amigo le había dolido. Se sintió mal porque también le había fallado al hombre que más había hecho por él.

—Ya sé lo mucho que ha representado el trabajo en tu vida y más ahora desde... —Se calló porque no quería hablar del fracaso sentimental de Antonio. —Pero cuéntame algo de ti, siéntate muchacho.

Antonio parecía titubear. No sabía bien por dónde empezar.

—Ya sabes a lo que me dedico ahora mismo. Persigo camellos y chulos. Los identifico, los encierro y, a veces, les pego palizas. Simple trabajo, ¿verdad? —contestó con ironía.

—Ya sé, hijo, que añoras tu plaza en la brigada. Y yo también lo añoro, pero no tuve voto aquel día cuando decidieron apartarte y trasladarte. Lo sentí mucho. Y eso lo sabes —marcó una pequeña pausa—. Si te soy sincero, y sabes que siempre lo he sido contigo, no ha pasado

ningún día en el que no haya intentado presionar a la Dirección General para que volvieras al servicio. Pero no me escuchan. Me contestan que pronto me tocará jubilarme y que entonces dejará de preocuparme toda esta mierda.

—¿Por eso me tendiste un cable con aquella prostituta?

—No te entiendo —la pregunta le había desconcertado.

—Me refiero al caso que estoy investigando desde ayer. La muerte de una prostituta de lujo en la calle de Orense.

—He oído este incidente y sé que eres tú quien lo investiga. También he oído algún rumor sobre tu vuelta a homicidios si lo resuelves. Pero los años me han enseñado a desatender toda clase de rumores.

—Me he perdido. Me dieron a entender que fuiste tú quien llamó anoche para que me dieran a mí el caso.

Arminio lo observaba intentando averiguar lo que pasaba. Era evidente que Antonio estaba asustado y había recurrido a él para pedirle ayuda. Se juró ayudarle aún más allá de sus posibilidades.

—¿Quién te dijo esto?

—Un compañero en la comisaría, el mismo que estaba de guardia anoche y Romero, mi jefe.

—Tu jefe es un inútil, pero eso ya lo has averiguado, y tu compañero... ¿Confías en él? —Antonio asintió con un leve movimiento de cabeza. — Si tu compañero te dice que fui yo quien llamó es que alguien se hizo pasar por mí. Yo no llamé a nadie, entiendo que necesito dormir y no me dedico a repartir órdenes a altas horas de la madrugada —comentó con ironía—. Me enteré de esto cuando estaba leyendo el parte de incidentes de la noche. ¿Te dijeron que fui yo? Me sorprendió mucho que no nos asignaran este caso a nosotros, aunque sé sobradamente que puedes llevarlo. Yo te enseñé. Pero me sorprendió. No es algo normal. De hecho, llevo ya treinta años en el servicio y es la primera vez que una comisaría de distrito lleva la investigación de un asesinato.

Aún más sorprendido estaba Antonio quien ya no sabía qué pensar. Toda su teoría se había desvanecido en el aire. ¿Quién llamó anoche a Luis? ¿Quién ordenó que este expediente se trasladara de un cuerpo a otro, aún a riesgo de herir las sensibilidades de los distintos responsables de los departamentos implicados? ¿Quién tenía autoridad para ordenar este cambio de competencias, aunque fuera provisional? ¿Por qué

precisamente le designaron a él para averiguar el caso? ¡Dios, cuántas preguntas!

Su antiguo jefe no tenía ni una sola respuesta a estas preguntas, pero siguió confiando en él y le contó todo lo que había descubierto sobre la infiltración de la Brigada Especial.

—Tonio, llevas ya bastantes años en la policía y a estas alturas deberías ya saber que la Brigada Especial suele infiltrarse en los distintos cuerpos para detectar casos de corrupción policial. Y esto lo hacen muy a menudo en las brigadas de narcóticos donde es fácil hacerse con mercancía requisada. Recuerda que son varios los agentes detenidos por los de la Especial con relación a las drogas.

—Ya, pero esto ocurre en las comisarías donde ya hay sospechas. En la mía no ha ocurrido nada, que yo sepa. Tal vez nos hayan metido este topo para obtener información.

—Típico de una novela de espías. ¿No crees? Tal vez te daría la razón en los años de don Paco, cuando la policía tenía mayores poderes que los que tiene ahora y donde investigarse unos a otros formaba parte del juego.

—¿Y entonces qué hago?

El supervisor del departamento de homicidios de Madrid no supo qué responder a la pregunta de Antonio. Ni él mismo sabría qué hacer en una situación similar. Llevaba tantos años al frente de la brigada que seguramente ya había tenido infiltrados de otros departamentos para controlar sus movimientos o para obtener información. Pero no se dio cuenta de nada, más bien porque prefería ignorar esos atentados a sus competencias. Además, seguramente eran tipos muy buenos y difíciles de descubrir y no quería perder tiempo en desenmascararlos. Sobretudo porque cuando se descubre la identidad de uno éste se aparta y lo sustituye otro. Pero le asombraba que el hombre que Antonio había descubierto viviera escondido bajo una tapadera tan burdamente montada. Parecía obra de unos chapuzas. ¡Habría sido tan fácil montar una buena historia!

Antonio se marchó como vino: vacío. Vacío de ideas y de iniciativas. Sólo se sentía traicionado por unos hombres que, tal vez, no confiaban en él y querían vigilarle. También le intrigaba la evidente ligereza con la que los agentes de la Brigada Especial habían introducido a Víctor. Ni siquiera se tomaron las molestias de crearle una identidad, sino que le dejaron el

mismo nombre como si subestimaran la inteligencia de los policías de la comisaría de AZCA. Era humillante.

Sólo le quedaba una posibilidad: dejar de fingir que era un estúpido y afrontar la realidad y sus consecuencias. Así que se lanzó a toda velocidad por la carretera de La Coruña de regreso a Madrid. Una vez entró en Madrid por la calle Princesa llegó hasta el centro, un par de calles más y ya estaba cerca del pequeño hostel de mala muerte, en el que residía Víctor.

Pensó que su compañero estaría durmiendo ya, pero esto no supondría un obstáculo sino todo lo contrario, la ventaja de la sorpresa: sacarlo de la cama y arrearle una paliza. Aparcó como pudo impidiendo el paso en la estrecha calle, le daba igual.

Llamó al timbre de la residencia deseando que alguien le abriera. Esperó en vano, seguía en el portal mirando a ambos lados de la calle desierta. Observó a un mendigo durmiendo en el portal de un viejo edificio en ruinas. Se había refugiado debajo de una tonelada de cartones que formaban su hogar. Volvió a llamar y esta vez tampoco nadie le contestó. Sólo le quedaba la solución de entrar sin llamar.

Hurgó en el maletero de su coche y sacó una pequeña bolsa de cuero en la que guardaba unas finas herramientas de cerrajero. Introdujo una de ellas en la cerradura del portal y está cedió sin mayor dificultad. Antonio dedujo con orgullo que aún conservaba todo su talento.

La residencia abarcaba todo el segundo piso y hasta allí se dirigió subiendo unas escaleras estrechas cuyos peldaños de madera eran resbaladizos. Pensó que tendría que volver a echar mano a su truco para abrir puertas ajenas y la cerradura de la residencia tampoco le ofreció resistencia. El interior estaba a oscuras, pero no era un problema, de la misma bolsa extrajo una diminuta lámpara de puño que encendió arrojando algo de luz por donde iba. No era mucha pero sí lo suficiente para no tropezar. Era consciente de estar violando una ley. Un pequeño detalle en el que no había pensado hasta ahora surgió como un obstáculo mayor a sus planes: ¿Dónde estaría durmiendo Víctor? ¿Cuál era su cuarto?

Como caída del cielo, la dueña del hostel apareció detrás de él encendiendo la luz del vestíbulo. Era una mujer de mediana edad, bajita y rellenita que aún conservaba los rulos que se había puesto para pasar la noche. Su camisón parecía viejo y sucio. Le preguntó qué estaba haciendo

en su casa y Antonio se identificó. La mujer no pareció inmutarse y le volvió a hacer la misma pregunta. El policía le contestó con el nombre de quien andaba buscando. Ella le replicó que dormía en el segundo cuarto a la derecha del pasillo y se marchó, sin duda a acostarse.

Problema resuelto, ya sabía dónde dormía su maravilloso compañero y allí se dirigió. Se detuvo un rato frente a la puerta intentando averiguar si dormía solo. Estaba dudando si entrar sin avisar o llamar como una persona educada lo haría. Pensó que era más arriesgado entrar a escondidas porque la reacción de su compañero podía ser muy buena y encontrarse él en problemas. No debía olvidar que era un agente de la Brigada Especial y esta gente está bien entrenada, concluyó. Optó por el aviso.

Empezó a golpear la puerta con los nudillos. Unos golpes secos pero suaves como quien busca despertar a alguien, pero no a los demás. Pegó su oreja a la puerta y oyó ruido en el interior de la habitación. Eso lo puso aún más nervioso. Cuando sintió que alguien detrás de la puerta iba a abrirla, Antonio la forzó con un golpe violento irrumpiendo en la habitación de Víctor y arrollándolo. El otro hombre estaba sorprendido y asustado. Tardó poco tiempo en reconocer a Antonio, pero seguía sin entender el porqué de este acto de violencia sobretodo en un ser que había juzgado más bien pacífico. Entendió que ya debía estar al corriente de su verdadera identidad y se puso de pie adoptando una postura defensiva para evitar otro golpe.

Los dos hombres se encontraron frente a frente con los puños en alto listos, uno para atacar y el otro para defenderse. Antonio estimó que ya era suficiente, había descargado toda su furia sobre su compañero y ya se sentía mejor, bajó la guardia y Víctor aprovechó el descuido para pegarle un golpe en la mandíbula. Esta vez fue Antonio quien acabó en el suelo. Víctor lo rodeó y cerró la puerta.

—Esto es para que aprendas a comportarte cuando entres en mi casa —le dijo Víctor mientras Antonio seguía en el suelo—. Venga, vamos a hablar un rato.

Víctor se sentó en el borde de la cama esperando a que Antonio hiciera lo mismo. Este se puso en pie con dificultad y desechó el otro lado de la cama que Víctor le ofreció. Prefirió sentarse en la única silla que había en el cuarto, la desplazó hasta ponerse frente a él, consciente del ridículo que

había hecho al permitir que su compañero le contestara el golpe. Por otra parte, ahora estaban empatados, no había ni vencedores ni vencidos.

—¿Quién coño eres? —preguntó Antonio.

—Soy tu jodido compañero. Se supone que tienes que enseñarme a ser un buen policía y no creo que esa forma de irrumpir en las moradas ajenas sea digna de ser enseñada.

Antonio observó que Víctor era totalmente distinto al hombre que había conocido esta mañana. Había dejado de fingir y adoptaba su verdadera personalidad. Era hora de enseñar las cartas y averiguar la verdad.

—Sé que perteneces a la Brigada Especial.

Víctor no le contestó. Parecía obvio que era este el motivo de su visita. Observaba a su compañero preguntándose qué debía hacer. Esta reacción de Antonio había sido prevista por la comisión que había puesto en marcha el plan, pero nadie la dio por probable. Y, por lo tanto, no tenía instrucciones al respecto. Tenía que improvisar. Dedujo por lo que sabía del hombre que tenía enfrente y que le había sacado del sueño que no se iría tan fácilmente con una mentira o una verdad a medias. No era una operación montada contra él y entraba en el plan que Antonio fuera puesto al corriente, pero no ahora sino más tarde. Tan sólo era un cambio no en los eventos sino en el tiempo de los mismos.

—Sí —acabó contestando—, llevo varios años en la Brigada Especial, casi desde que salí de la Academia. Siento haberte mentido, amigo, pero no tenía elección. Cumpló ordenes como tú.

—¿Cuáles son tus ordenes?

—Convertirme en tu sombra y observar, básicamente, además de ayudarte. Y, claro, cuidar de que no descubras mi identidad. Pero esto último lo descuidamos un poco, ¿verdad?

—¿Quiénes sois y qué coño queréis?

Antonio se estaba impacientado y Víctor no sabía hasta qué punto podía seguir contándole la verdad. Optó por agarrar el teléfono móvil que guardaba en el cajón de la mesita de noche.

—Me vas a obligar a despertar a un par de jefazos —observó irónicamente mientras marcaba un número.

Pasaron unos pocos segundos mientras Antonio seguía esperando a que se resolviera el misterio. Pareció que alguien estaba al otro lado de la línea. Antonio habría dado su vida por saber quién era.

—Soy felino. La gacela ha descubierto el escondite del felino.

Víctor parecía hablar en clave sin duda para evitar que alguien interceptara la llamada y la estuviera escuchando. Los teléfonos móviles, al transmitir la señal por el aire hasta el repetidor más cercano, eran fácilmente detectables y bastaba un escáner que emitiera barridos en radiofrecuencia para interceptar una conversación. Esto todo el mundo lo sabía desde que cierto político del gobierno, hoy dimitido, acostumbraba a ponerse cachondo con el material que el CESID obtenía de las escuchas a personas públicas que usaban, incluso abusaban, de estos artilugios.

—Bien, era de esperar —le contestó la voz al otro lado del teléfono—. Informaré a madre selva que la gacela tendrá que pasar a estado antílope. Cuénteles algo más del libro de la jungla, pero deje a las hienas para mañana —contestó la voz al otro lado de la línea.

—¿Cuánto más? —preguntó Víctor.

—Lo que felino sabe es suficiente, ya se lo he dicho. Ahora sólo cuénteles quienes son las hienas. —Y colgó.

Víctor volvió a dejar el teléfono en su sitio.

—Tonio, la verdad es que no sé mucho de esta operación, sólo que es de máximo secreto y que estamos colaborando con los yanquis en la búsqueda de un tío extraño.

Antonio hizo gestos con las manos para animarle a proseguir con sus revelaciones.

—Hace un par de años recibimos un aviso de los norteamericanos respecto a un cubano que había emigrado a España. No podíamos echarlo porque tenía pasaporte en regla así que sólo podíamos vigilarlo. Nunca supe qué les interesaba tanto a los yanquis. Me asignaron la tarea de seguirle el paso como lo hago con otras doscientas personas. Estaba algo sobrecargado de trabajo así que lo deje un poco pasar. Ya sabes como si fuera algo más, pero sin darle mucha importancia. Anoche yo estaba en Sevilla en mi casa cuando me sacaron de la cama a eso de las cuatro. No me dijeron más, sino que la operación “Akellarre” acababa de empezar. Tome el coche con otros dos agentes de la Brigada y llegamos cagando leches a Madrid justo a tiempo para presentarme como tu novato. No tuvimos mucho tiempo para montar una tapadera apropiada, así que recurrimos a lo más sencillo que se nos ocurrió, aprovechando un poco el hecho de que físicamente aparento menos años de los que en verdad tengo. Al mismo tiempo, el enlace norteamericano llegaba en vuelo

militar esta misma mañana. Esto es lo que más me asombró. Debe tener huevos la cosa para que el tío vuele en un F18, vaya repostando varias veces sobre el Atlántico y llegue a Torrejón.

—¿Qué mierda de operación es esta?

—No lo sé —observó que Antonio se estaba poniendo nervioso—. De verdad, créeme, mira he recibido órdenes, ¡vamos lo has oído tú mismo! De decirte todo lo que sé. Y no sé más. Sólo me hago una idea de todo este asunto.

—¿Y qué piensas?

—Pues lo mismo que tú. Creo que el crimen de anoche ha sido el detonante de esta operación que no sé de qué va. Pero de allí a relacionarlo con el cubano o el yanqui que toma un avión de combate para venirse hasta aquí... Chico, no tengo ni idea. Lo único que sé es que la operación ha sido montada por la Brigada Especial en colaboración con el Servicio Secreto y los yanquis. ¡Ah! Y que es alto secreto.

Víctor parecía decir la verdad. Antonio notó que él también estaba preocupado por el asunto. Quería enterarse tanto como él. Pero, ¿por qué infiltrarse? ¿Por qué no recurrir a homicidios? Obviamente Víctor no lo sabía. ¿Quién movía entonces los hilos de esta sucia historia?

Se despidió de su compañero disculpándose por el golpe. Una vez en su casa se acostó e intentó dormir, pero le costó. Su cabeza parecía un campo de minas bajo la progresión de un ejército. Las ideas que explotaban a cada paso resonaban en su cabeza.

Segunda Parte

11

A la mañana siguiente, Antonio presentaba un estado deplorable. Tenía unas profundas ojeras consecuencia de haber pasado dos noches casi sin dormir. Pero seguía en su puesto como el soldado que no abandona su trinchera. Estaba decidido a obtener todas las respuestas a las preguntas que le atormentaban.

Mientras tomaba su acostumbrado café de la mañana, esperaba a que llegara Víctor, aunque no sabía bien qué hacer o qué decir. Tal vez intentaría relacionar la muerte de uno de los vecinos del edificio donde murió Elena y que, además, sospechaban poseedor de información muy valiosa o... ¿O qué? Ya no estaba todo tan claro ahora que sabía que su compañero tenía otra identidad. Decidió seguir permaneciendo a la espera de mayores acontecimientos.

Sonó su teléfono. Lo dejó sonar un par de veces más; era su manera de combatir el nerviosismo. Calma, se repetía, mucha calma, que el día sólo acaba de empezar. Descolgó y reconoció la voz de Romero, su jefe. Le saludó, pero el otro no le contestó. Parecía extremadamente nervioso como convulsionado.

—Tonio, vente a mi despacho inmediatamente, coño, y déjate de gilipolleces que no estoy de humor.

Y colgó. ¡Qué grosero!

Antonio obedeció y conforme llegaba al despacho del comisario observó que había demasiada gente allí congregada como si acabara de montarse un mercadillo. Sólo suelen estar allí los pelotas de siempre, pensó, pero hoy no estaban.

Reconoció a uno de los hombres que estaba de pie frente al comisario quien le trataba con mucho respeto. Su cara le resultaba conocida pero no caía bien en quién era ni en donde le había visto antes. De pronto lo recordó, era el director general de la Policía. Todo un pez gordo, pensó. Entonces entendió la magnitud del asunto.

Seguía parado en el pasillo unos metros antes de alcanzar el despacho de Romero cuando sintió que alguien se estaba acercando por detrás de él. Al volverse reconoció a Víctor que tampoco parecía estar en forma esta mañana.

—Te dije que era un asunto importante —le avisó en lugar del acostumbrado saludo matinal que dos personas educadas suelen expresarse.

Antonio asintió. Ya no le cabía duda. Los dos irrumpieron en el despacho y notaron la tensión que había en el ambiente. Podía palparse, casi era un obstáculo físico a tener en cuenta a la hora de moverse como si una densa nube impidiera que la gente se acomodara a gusto. Parecía que el comisario no estaba muy ilusionado con las visitas.

Tras presentar a los dos policías, Romero invitó a todo el mundo a tomar asiento en la sala de juntas situada a la izquierda de su despacho. Esperó que todos sus invitados hubiesen entrado y se fueran sentando para pedir a uno de sus secretarios que encargara café y algunos bollos. No era para menos, el director general estaba aquí y había que causarle buena impresión.

Como funcionario de mayor categoría, el director general presidió la mesa sentándose en uno de sus extremos. Desplegó su cartera sobre la mesa y de ella extrajo un expediente en el que Antonio consiguió leer la palabra Akelarre. Más que un funcionario era un político que había sido nombrado hacía un par de años sustituyendo a otro político obligado a dimitir a raíz de un escándalo. Hasta ahora, había pasado sin pena ni gloria por la vida política del país sin dejar huella, ni buena ni mala. No se sabía aún de ningún asunto turbio con relación a su persona o a sus allegados.

A su derecha, como buen funcionario que se presta, se sentó el comisario Romero desplegando una tonelada de informes y papeles sobre el rincón de la mesa que le había tocado. Obviamente intentaba causar efecto porque la verdad era que, al desconocer por completo el objeto de la visita de tan importantes personas, parecía ridículo echar mano de tantos documentos seguramente inútiles. O, tal vez, agarró toda la documentación que tenía en su despacho esperando que algo, aunque fuera un pequeño párrafo, pudiera servirle de apoyo a la conversación. Seguramente, se trataban de presupuestos, análisis estadísticos o incluso tal vez la edición de hoy del diario Marca. El caso es que podría

aprovechar algún momento para añadir alguna cifra importante sobre el buen funcionamiento de su comisaría, cosa de impresionar a los asistentes. Antonio intentó descubrir entre sus documentos alguno de los gráficos que le habían hecho tan famoso en la comisaría.

Enfrente de Romero se sentó el inspector jefe de la Brigada Antiterrorista en Madrid, Manuel Sainz Ertadiera. A Antonio no le pasó por alto la poca relación entre ETA y la muerte de la prostituta que estaba investigando. Fue entonces cuando empezó a imaginar que sus sospechas de que no era la muerte de la prostituta en sí que parecía ser el centro de la operación sino tal vez su asesino, algún cliente u otra circunstancia afín a su muerte o a su vida.

Sainz Ertadiera hizo un gesto con la mano como ocultando un bostezo y echó mano de su maletín cuyo contenido también vació sobre la mesa. Desordenó, más que ordenó, unas cuantas carpetas sobre la mesa y perdió unos cuantos minutos en una desesperada busca y captura de la pluma de oro que su mujer le había regalado.

A su izquierda, otro comisario había escogido su sitio. Se llamaba Teófilo Gutiérrez y estaba al mando de la Brigada Especial. Por lo tanto, era el jefe directo de Víctor. Él, en cambio, no mostró el lado burócrata que los demás tenían. Ahorró a sus vecinos el pobre espectáculo de unos papeles desordenados frente a él. Víctor, observó la mirada intransigente de su jefe como un reproche. Enseguida entendió que debía sacar su libreta y tomar nota de todo lo que se decía. Gutiérrez no era para nada un hombre de despacho, sino más bien un hombre de acción.

Al lado de Romero estaban Antonio y Víctor y frente a ellos un hombre y una mujer. El hombre tenía el aspecto de un nórdico, algo eslavo, pero en ningún caso latino. La mujer, en cambio, tenía la piel más oscura definiendo el típico estilo latino. Eran los dos norteamericanos que habían volado durante la noche para llegar a esta reunión. Parecían desvelados y ausentes de la realidad. Sin duda era debido al cambio horario. Para ellos aún era de noche.

El caballero se llamaba Wayne Craves y era director adjunto del FBI desde hacía ya veinte años, puesto al que accedió tras diez años de honorables servicios como agente especializado en criminales en serie. Actualmente era el brazo derecho del director de la agencia federal. Gozaba de cierta notoriedad en su país. Aunque su fama remontaba a épocas pasadas, a la década de los setenta donde había resuelto varios

casos que habían levantado pasiones entre la gente. Su rostro ya había parecido varias veces en la televisión y en los periódicos. Se había hecho célebre en una ocasión cuando resolvió el secuestro de un avión de la United Air Lines a manos de fundamentalistas islámicos que solicitaban la liberación de sus compañeros encarcelados en Arabia Saudita. Fueron momentos dramáticos que acabaron con la intervención de los hombres del SWAT y la muerte de todos los secuestradores. Sólo tuvieron que lamentar daños materiales en el avión. Ni un solo pasajero fue herido y supuso todo un éxito.

Que se hubiera desplazado él personalmente para este asunto también significaba mucho. Antonio sólo veía confirmadas sus sospechas de que se trataba de algo muy serio. Dudaba si había dado el paso adecuado al forzar a Víctor a desvelar su identidad. Pronto sabría la verdad acerca de esta historia, o sólo la verdad que estaba autorizado a escuchar.

El director adjunto se presentó hablando un inglés tan perfecto que nadie lograba entender y también presentó a su acompañante femenina quien pronunció su nombre en castellano. Era una mujer de estatura más bien alta, cerca del metro setenta y cinco, y un bonito cuerpo que se adivinaba debajo del conjunto de pantalón y chaqueta a juego. Tenía un rostro a medio camino entre lo hermoso y lo vulgar. Una tez más bien oscura y unos labios carnosos, unas mejillas algo hinchadas que recordaban los mofletes de un niño pequeño, unos enormes ojos negros que parecían observarlo todo y un pelo liso y corto, también de color negro oscuro, cortado a lo bailarina del Cotton club de los años treinta. A parte del aspecto físico, parecía una chica decidida y consciente de los peligros de su profesión.

Dijo llamarse Carmen Sotillos y era agente especial del FBI y la habían nombrado como enlace entre esta agencia y la policía española. Acabó informando a las demás personas allí congregadas que serviría de intérprete de su superior debido a su total desconocimiento del idioma castellano. También había colocado varios informes sobre la mesa, pero, a diferencia de los demás, lo había hecho de forma ordenada.

Tanto papel esparcido parecía más propio de una reunión de negocios para debatir los presupuestos de una gran compañía enfrentándose a una fusión que los de una reunión de policías con el objeto de resolver un crimen. Antonio se sentía solo. Todos le miraban y agradeció el detalle de que Víctor se sentara a su lado. Era un detalle que agradecía. El agente

había percibido el desasosiego de Antonio ante tanto burócrata y quiso mostrarle su apoyo.

Se miraron unos a otros esperando a que alguno tomara la palabra, pero el silencio perduraba, y entonces fue Gutiérrez, el jefe de la Brigada Especial, quien abrió el debate.

—Creo que todos nosotros agradeceremos si no nos andamos por las ramas y vamos al grano. El objeto de esta reunión es el de dar un nuevo enfoque a la investigación que el Inspector Hernán empezó ayer por la mañana y que concierne, como saben, la muerte de una prostituta en la calle Orense, aquí en Madrid.

Todos los asistentes permanecían callados. Antonio agradeció esta intención de abordar el asunto de forma directa. Era un asunto que le traía de cabeza y que necesitaba resolver con la verdad.

—Inspector Hernán —prosiguió—, espero que sabrá entender el misterio con el que hemos llevado este asunto y que se debe a una razón bien sencilla. No nos interesa ni usted, ni nadie o nada que se le asocie. En esto puede permanecer tranquilo —añadió como mencionando de pasada los temores que Antonio había tenido—. El agente Sánchez me relató esta mañana que usted irrumpió anoche de forma violenta en...

—Lo hice —interrumpió Antonio alzando la voz— porque estaba hasta los huevos de servir de marioneta en esta historia.

—Su forma de saludar a sus compañeros no es el objeto de nuestra reunión —replicó el comisario buscando recobrar el hilo de la conversación.

—No, claro que no —repuso Antonio con ironía—. El objeto de esta reunión es el de aclarar porque se me coloca un espía, ¿verdad?

—Cállate ya Tonio —intervino Romero.

—Bien —prosiguió Gutiérrez alzando las manos para imponer tranquilidad—, admito que le debemos una disculpa. La operación es de considerable importancia. Si no me cree, piense que nuestro director general no habría acudido a esta reunión por simple placer de pasar el rato. Estamos colaborando con el FBI en esta investigación y no estimamos oportuno que usted lo supiera.

—¿Por qué? —preguntó Romero. También se sentía preocupado por la infiltración de un agente especial. Era un atentado contra su autonomía.

—Sencillamente —añadió Gutiérrez— porque no estábamos seguros de que era lo que nos interesaba. La operación Akelarre tenía que ponerse

en marcha si las circunstancias lo exigían. Entienda comisario, que, si el asesinato de la prostituta hubiese resultado ser sólo eso, habríamos retirado a nuestro topo alegando un nuevo destino para sus prácticas y nadie se hubiera dado cuenta. Esta operación es secreta y no queríamos ir sembrando indicios de que estamos interesados en las muertes violentas de las fulanas. Nadie lo habría entendido.

Ahora Antonio empezaba a tener claro que no era la muerte de una prostituta la que preocupaba a la Brigada especial sino algo más, algo alrededor de ella misma. Tal vez su clientela o su asesino. Se inclinaba más por lo segundo que por lo primero porque no había detectado nada en la vida de Elena que pudiera interesar a los agentes especiales a menos, y esto lo intuía, que quedaran más cosas por saber sobre su vida. Sin embargo, apostaba más por su muerte que por su vida. La forma en la que murió era inquietante y seguramente era el asunto que había llamado la atención de los caballeros que le rodeaban.

—Imagino —Gutiérrez retomó la palabra dirigiéndose de nuevo a Antonio —que a estas alturas ya sabe que fuimos nosotros quienes ordenamos que fuera usted el encargado de la investigación. Nos interesamos por usted porque es uno de los mejores investigadores que tiene la comisaría de AZCA y, sobre todo, por su larga temporada en homicidios. Bueno, además resultaba más obvio que así fuera, casi parecía lógico, así que montamos una pequeña historia, pero, como lo habrá notado, sin exagerar los detalles para no herir la sensibilidad de algún jefecillo de la policía local. Con usted al frente, teníamos un tipo eficaz que llevaría bien la investigación ayudado por un departamento de inútiles sobre este terreno. —Romero parecía indispuerto, pero no reaccionó al insulto. —Resultó fácil difundir la idea de que fue su antiguo jefe en homicidios quien ordenó que se le asignara a usted el caso y también fue fácil infiltrar al detective Sánchez como ayudante con el objetivo de tenernos informados de cuanto fuera descubriendo. Tan sólo necesitábamos ganar tiempo y la seguridad de haber encontrado lo que llevamos buscando desde hace dos años. Ahora que ya nos ha descubierto, cosa que esperábamos de usted, le vamos a exponer todo lo que sabemos sobre el asesino de la señorita Darrieta. Pienso que serán nuestros colegas norteamericanos quienes le expondrán su identidad.

Antonio entendió que estos hombres ya sabían quién era el asesino lo que facilitaba las cosas. Hubo un momento de silencio que el director

general rompió.

—Inspector, anoche nos reunimos tras recibir la llamada del detective Sánchez para debatir el plan a seguir. Las fuerzas del orden españolas colaborarán estrechamente con la norteamericana para la resolución de este crimen y la detención de su culpable. Esto es algo que los gobiernos de nuestros dos países decidieron hace dos años cuando recibimos la primera petición de ayuda de los Estados Unidos. Espero que entienda, inspector, lo que le estoy explicando. Y digo esto porque hemos decidido que es usted una persona muy cualificada para conducir la investigación en compañía de la agente especial Sotillos cuya verdadera identidad, me refiero a su nacionalidad y su pertenencia al FBI, deberá permanecer en secreto.

Fue esa misma agente especial, Carmen Sotillos, quien prosiguió lo que parecía una conferencia.

—Caballeros, como agente especializado en temas hispanos tenía mi despacho en Miami. Hace casi cuatro años, la policía local solicitó la ayuda de la agencia federal para resolver un crimen brutal cuya investigación resultaba muy difícil. Me encargaron el caso y empecé a investigarlo. Era una prostituta cubana de esas que los hombres contratan en las carreteras del sur de Miami. Su asesino la degolló primero y luego le arrancó todo el aparato genital. Aquí tengo su expediente. —Se lo entregó a Antonio. —Observará, inspector, la similitud con el crimen que está investigando.

Antonio extrajo de la carpeta varias fotos en blanco y negro en las que podían adivinarse el cuerpo mutilado de una joven mujer de color. Las fotos fueron tomadas en lo que parecía una habitación de un hotel de mala muerte a la que su asesino seguramente llevó después de cogerla en la calle.

—Observe las fotos del cuerpo —añadió Carmen mientras las iba señalando con el dedo índice—, y verá que tiene una herida de arma blanca en la base del cuello, la tráquea perforada típica de un degollamiento y también el aparato genital extraído y depositado entre las piernas. Estará de acuerdo conmigo en que existen muchas similitudes entre este asesinato y el de la señorita Darrieta —repitió—. Estamos convencidos de que se trata del mismo asesino.

Antonio leyó superficialmente los informes que acompañaban las fotos. Efectivamente, todos los detalles coincidían con lo que él mismo

había descubierto sobre el asesinato de Elena. No había habido relaciones sexuales en el otro asesinato, ni huellas, ni nada que permitiera identificar al asesino, tampoco había móvil aparente. Había sido un crimen limpio, tan limpio como el que tenía entre manos. También llegó a la conclusión de que las dos muertes guardaban relación entre ellas.

—Analizamos todos los detalles y varias pistas —prosiguió Carmen—, y conseguimos detener a un sospechoso que una compañera de la víctima había logrado identificar. Lo sometimos a interrogatorio, pero no confesó así que seguimos reuniendo pruebas para implicarle. Siguió negándolo todo. Se llama Ramón Evarista.

—¿Hispano? —preguntó Antonio.

Carmen le entregó un expediente bien cargado de informes sobre el sujeto que el FBI había identificado como el asesino de la prostituta. La documentación era bien extensa y abarcaba toda su vida. Treinta años, inmigrante ilegal cubano que atravesó el estrecho de Florida en una patera. Admitido por las autoridades de los Estados Unidos con un visado de inmigrante. Sin familia conocida ni en Cuba, ni en los Estados Unidos. Una personalidad muy enigmática, a medio camino entre lo solitario y lo paranoico, donde sobresale una desarrollada inteligencia.

Antonio miró la foto del personaje con el ojo de un crítico. Tenía un color de piel propio de un mestizo y el rostro muy fino. Llevaba el pelo largo y una pequeña barba. Pero, lo que más llamaba la atención, además de la placa que lo identificaba al pie de la foto, era su mirada fría y penetrante. Parecía la de un asesino.

Seguidamente leyó su ficha social en la que se le apuntaba como una persona ejemplar. Tenía un buen trabajo pese a ser inmigrante. Pagaba sus impuestos y estaba libre de toda sospecha judicial. Por no tener, no tenía ni una sola multa de tráfico.

—¿Qué pasó con este corderito? —preguntó Antonio irónicamente.

—Le acusamos —contestó Carmen— e insistimos para que el fiscal presentara cargos. Todo parecía muy claro. Hubo una primera vista y el juez aceptó que se instruyera causa. Ordenó prisión sin fianza y fijó fecha para el juicio. Se celebró seis meses después y duró todo un mes. Se mostraron todas las pruebas y el fiscal insistió en cada una de ellas, pero el abogado defensor era un conocido tiburón de las altas esferas. Desplegó un ejército de ayudantes y montó una historia paralela según la cual el FBI había cometido una serie de errores en la investigación y actuaba de

forma racista. El jurado lo absolvió más que nada porque era un cubano exiliado en Florida y querían demostrar que no eran racistas. Picaron el anzuelo del defensor y dejaron en libertad a un criminal. Tenía un buen empleo, pero resulta muy extraño que pudiera costearse a uno de los mejores abogados criminalistas del país. Nunca conseguimos descubrir quien estaba detrás de todo aquello. Cuando volvimos a reunir más pruebas, Ramón había desaparecido. Seguimos su rastro hasta España donde sigue viviendo desde entonces. Cuando estuvimos seguros de su presencia aquí solicitamos su extradición. Los tribunales españoles no llegaron a pronunciarse, pero conseguimos llamar la atención de su policía. Estoy convencida de que ha vuelto a matar aquí en Madrid. Le voy a coger y esta vez no podrá escaparse.

Los asistentes se contemplaron en silencio.

—¿Cuál fue el móvil, agente Sotillos? —preguntó Romero.

La agente del FBI parecía algo indispuesta con la pregunta.

—No lo sabemos a ciencia cierta. El asesino no conocía para nada a la víctima y fue ésta la circunstancia que la defensa utilizó en el juicio. No era un loco, eso lo demostraron con pruebas psíquicas. No había móvil aparente. Estoy segura que la mató sólo por placer.

—¿Un maniaco? —preguntó el director general.

—Sin duda —contestó Carmen.

—Disculpe un segundo —interrumpió Antonio—. He repasado rápidamente el historial psíquico de Ramón en el expediente que me ha entregado, y me sorprende que usted lo describa como un psicópata asesino cuando los psiquiatras forenses que le examinaron lo califican de sensible, algo retraído, pero socialmente integrado y con grandes cualidades humanas. Esto lo he citado textualmente —añadió observando fijamente a la agente del FBI.

—Inspector Hernán —contestó ella—, leerá más abajo que el sujeto tiene una inteligencia muy por encima de lo normal y grandes facultades de persuasión y dominio de sí mismo —Antonio asintió—. A este señor lo interrogaron los mejores profesionales que la agencia federal tiene, le sometimos a la prueba del polígrafo y dio negativo. En todo momento parecía decir la verdad incluso nosotros estábamos enfrentados entre quienes le creían y quienes sabíamos que mentía. Este hombre es un monstruo.

Otro momento de silencio invadió la sala.

—¿Cómo se muestran ustedes tan seguros? —preguntó Romero.

—Cuando lean el expediente descubrirán que las pruebas eran más que suficientes como para acusarle mil veces. Tenemos a la compañera de la víctima que lo identificó, descubrimos a un cuchillo en su casa que podría haber usado para matarla, no tenía coartada y, además, si fuera inocente, ¿se habría fugado del país?

—Caballeros —prosiguió Gutiérrez dirigiéndose a Romero y a Antonio—, nosotros también hemos analizado las pruebas del FBI y el expediente y, reconozco, que no son definitivas. Muchas de las pruebas son circunstanciales y se basan más en conjeturas que en hechos concretos. La chica que lo identificó, que fue el testigo de cargo durante el juicio, resultó ser alcohólica. Sin embargo, descubrirán en los interrogatorios respuestas poco comunes en los sospechosos de asesinatos, este hombre no tenía miedo del FBI ni de la justicia, estaba muy seguro de sí mismo y este tipo de gente merece ser investigada. Tal vez nos equivoquemos, pero si no es así nos alegraremos de haber detenido a un maldito hijo de puta.

—Bien —concluyó el secretario de estado—, vamos a dar por acabada nuestra reunión. Les ruego a todos ustedes hagan el mayor esfuerzo por detener al sospechoso y, sobre todo, guarden la mayor discreción sobre este asunto.

Todos los asistentes se levantaron. Romero parecía molesto porque nadie había traído el café y los bollos que había pedido para quedar como un buen anfitrión.

—El señor Craves —Carmen llamó la atención de los policías— debe volver a Washington ahora mismo. Les agradece su colaboración y les desea mucha suerte en su trabajo.

El director adjunto del FBI se despidió estrechando las manos que se le fueron ofreciendo. El comisario de la Brigada Especial también se marchó junto con Víctor. Seguirían muy de cerca la investigación y prestarían su ayuda cuando fuera necesario. Su objetivo, ahora, era el de buscar a Ramón allí donde pudiera estar viviendo y vigilarlo. Cuando se marcharon, Romero también se despidió de Carmen y de Antonio ofreciéndoles la sala de reunión para que pudieran preparar el caso. Al marcharse cerró la puerta y los dos agentes se encontraron solos sin saber qué decirse. Se sentaron.

Trajeron el café y Antonio sirvió una taza a Carmen quien se lo agradeció con una sonrisa. Le sorprendió que no añadiera más agua caliente como suelen hacer sus compatriotas. Él, en cambio, tomó un cortado. Los dos coincidieron en el suizo que comieron con satisfacción. Antonio no había desayunado y lo saboreó con más gusto que si ya hubiera tomado algo. Se volvió a sentar frente a ella y la miró con curiosidad. Se preguntaba qué tipo de mujer era. Se la veía muy segura de sí misma o, por lo menos, era esta la impresión que transmitía. Sin duda, era una mujer interesante concluyó, y tenía algo que la hacía atractiva, aunque no era demasiado bonita. Parecía una mujer sensual y esto lo dedujo en el movimiento de sus ojos.

—Me sorprende mucho que nadie haya fumado durante la reunión —observó Carmen—. Me habían dicho que los españoles son muy adictos al tabaco y yo no lo soporto. Estaba asustada al pensar que iba a estar en una sala llena de humo.

—Bueno —contestó Antonio—, es verdad que nadie ha fumado. Yo no fumo y creo que Víctor, ya sabe, el que estaba a mi izquierda, tampoco fuma.

—¿Y usted, lo ha dejado o nunca ha fumado?

—Mmmh. —Antonio parecía molesto por algo que Carmen no entendió. —Aquí tenemos la costumbre de tutearnos y llamarnos por nuestros nombres de pila. Te agradecería que me llamarás Tonio y me tutearas.

—¿Tonio?

—Sí, es el diminutivo de Antonio. En cuanto a si he fumado alguna vez, pues no recuerdo si lo hice de pequeño o no. Es extraño, ahora que lo pienso, no lo recuerdo. ¡Bah! ¿Qué más da?

—Es verdad, perdona mi indiscreción. —Antonio hizo un gesto con la cabeza como para indicarle que no le importaba. —Pongámonos a trabajar sobre el caso. ¿Qué opinas?

Antonio se tomó un breve respiro, antes de contestar, para ordenar sus ideas. Había asimilado todo lo dicho durante la reunión y ahora que sabía la verdad sobre el asunto se preguntaba si sabía toda la verdad o bien sólo

parte de ella. Le molestaría mucho aprender más tarde que sólo le dijeron lo que querían que supiera, le molestaría tanto como descubrir a un espía encarnado en su compañero. Ahora que pensaba en su compañero, se preguntaba dónde acabaría Víctor una vez apartado de todo esto. Seguramente regresaría a Sevilla a la sede regional de la Brigada Especial a proseguir su trabajo y a esperar otra operación. Volvió a pensar en lo que Carmen le había dicho y observó que algo no encajaba.

—¿Sabes? Vamos a ser compañeros durante esta aventura y hay momentos en que yo deberé confiar en ti y tú en mí. Hay momentos en que tendremos que cubrirnos el uno al otro. Y hay momentos en los que tendremos que decirnos la verdad...

Carmen percibió la indirecta de Antonio y la sintió como una advertencia, pero quiso hacer caso omiso del aviso. Luego pensó que tal vez su compañero dejara de cooperar con ella y no la ayudara más. Entonces entendió que lo necesitaba, aunque más tarde resultara ser un incordio y tuviera que deshacerse de él. Siguió razonando y estimó que debía saber algo más, aunque no todo, claro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carmen cediéndole la palabra en su terreno. Iba a saber ahora si de verdad era el buen policía que le habían dicho. Quería saber qué le había hecho concluir que había información que le era negada.

—Me refiero a que me extraña mucho todo el empeño que estáis metiendo en este hombre cuando solo ha matado una puta. Tu agencia ha metido una persona dedicada por completo a su captura y, además, ha enviado a su número dos a solicitar la ayuda de la policía española. Demasiado numerito para la muerte de una puta.

Efectivamente, Antonio resultó ser el profesional que le habían dicho que era.

—Ya. No fue solo una, fueron catorce. Todas ellas prostitutas y de distintas categorías. Ya sabes, de la calle, de hotel, de bar... Las mató todas en Miami y de idéntica forma durante todo un largo año. Desde que lo capturamos y desde que se fugó ya no hubo una sola muerte. Mucha coincidencia, ¿verdad?

Antonio asintió y le preguntó si tenía los demás expedientes. Carmen le contestó que solo había traído este. Los otros estaban guardados en la oficina regional del FBI en Miami. Realmente ahora sí entendía el interés de los norteamericanos en capturar al cubano. Y luego se asustó con la

idea de que tal matanza pudiera reproducirse aquí, en Madrid. Resultaba fundamental cogerle lo antes posible.

—Si no te dije nada antes —le explicó Carmen—, se debe a que no nos fiamos mucho de tu jefe. Tenemos informes de que es un fisgón y algo incompetente en su trabajo.

—Tus informes son muy buenos, Carmen —contestó Antonio con una sonrisa que delataba cierta complicidad.

Ahora que las cartas estaban todas boca arriba, o eso parecía, los dos empezaron a revisar todos los datos de la muerte de Elena. Carmen ya había leído el informe de la autopsia y ya había estudiado todos los detalles de las fotos de la escena del crimen. Lo había hecho con muchas prisas esta mañana al llegar a su habitación de hotel un par de horas antes de la reunión. Faltaban muchos más detalles que Antonio le iba revelando mientras contestaba a las preguntas que le hacía. Mientras iban hablando, Carmen relacionaba los quince asesinatos (catorce en América y uno en España) y estaba cada vez más convencida de que seguía siendo el mismo asesino.

Pasaron algo más de una hora en repasar pruebas y testimonios y también Carmen se dio cuenta de lo poco que tenían y de que estaban más o menos en un callejón sin salida. Sin embargo, tal vez no conocían cual era el camino que les llevara al asesino, pero sí sabían quién era él y podían orientar su investigación de ese modo.

Acabada la pequeña reunión entre Carmen y Antonio, los dos estuvieron de acuerdo en que les quedaban dos cabos por atar: identificar al conductor que había atropellado al vecino de Elena, aquel mismo que sospechaban tuviese una relación íntima con ella a escondidas de su novio, y averiguar si el accidente guardaba relación con el asesinato. Además, debían conseguir algo de información de la agencia que sirve de enlace entre las prostitutas de lujo y los clientes.

En la mesa de Antonio había varias notas pegadas y tardó unos pocos minutos en leerlas todas mientras Carmen se sentaba frente a él. Los demás policías que trabajaban junto a Antonio se mostraron extrañados por el cambio de compañero. Casi todos buscaban saber quién era la nueva acompañante y de donde venía. Un rumor corrió entre ellos de que era otra policía en prácticas recién salida de la academia de Ávila que

sustituía a Víctor porque éste tenía la madre enferma y tuvo que acudir urgentemente a verla. Era la tapadera montada por la Brigada Especial. Carmen y Antonio no deberían nunca hablar del FBI ni del fondo del caso mientras estuvieran rodeados de curiosos. De cara a los demás ella era una aprendiz y él su maestro.

Antonio se mostraba ajeno a comentarios y miradas indiscretas mientras seguía leyendo sus avisos. Carmen, sin embargo, se sentía un poco incomoda como si estuviera desnuda en una jaula donde un montón de niños la estuvieran contemplando. Deseaba que su nuevo compañero acabara de repasar sus estúpidas notas para proseguir con él la investigación.

Una de las notas que leyó le produjo cierto sobrecogimiento. Las demás no tenían ninguna importancia. Guardó el informe de la prostituta asesinada en Miami en su cajón y lo cerró con llave. Carmen se había mostrado recalcitrante cuando se lo había pedido, pero si era verdad que estos dos asesinatos tenían un mismo autor, el estudio de este expediente ayudaría mucho a Antonio. También guardó el informe sobre Ramón que estaba en inglés pero que podría entender sin dificultades. Nunca le diría a Carmen que el inglés fue su segunda lengua materna. Lo aprendió en el colegio desde pequeño y nunca lo olvidó.

—Tenemos que ir a la comisaría del centro —le dijo Antonio tras releer por enésima vez la nota.

—¿Por qué? —preguntó Carmen.

—La persona que conducía el coche que atropelló a nuestro mirón se ha entregado.

Llegaron a la comisaría de centro y se entrevistaron con uno de los responsables quien les relató todo lo que sabía. Antonio ya conocía al hombre que los recibió y se contaron algunas aventuras. Como notó que observaba a Carmen de reojo, Antonio le explicó que era una agente en prácticas y que él le mostraba el buen camino. Los dos rieron y Carmen se tragó su orgullo.

—Es un niño —les contó el policía— que había tomado prestado el coche de su padre, un BMW, sin pedírselo. Al parecer el padre estaba en Barcelona cerrando un trato, es un empresario. El niño quiso fardar un poco de cochazo con su novia y le dio un poco al acelerador. No vio a la víctima cuando cruzaba la calle y la atropelló. Dice que huyó por miedo y

que luego, en su casa, no pudo dormir en toda la noche. La novia y su padre le obligaron a confesarlo todo.

—¿Y ahora mismo cómo está? —preguntó Carmen.

La pregunta pareció sorprenderle más que nada porque la hacía la agente en prácticas y se sentía molesto por contestarle a un novato, aún más porque era mujer. Antonio repitió la pregunta y entonces sí contestó.

—Ahora está algo calmado. Podéis verle si queréis. El abogado de su padre ya le ha pedido al juez que lo suelte sin cargos. Seguramente podrá marcharse en un par de horas.

Les llevó a una de las salas de interrogatorio que había en la comisaría y les rogó que esperaran hasta que llegara el muchacho. Mientras estaban esperando, ni Antonio ni Carmen se dirigieron la palabra. Antonio percibió el enfado de la norteamericana y no sabía qué decirle. La mujer seguía inmersa en sus pensamientos y ausente de la realidad. Sin duda la tapadera que habían montado no era perfecta. Seguía pensando en la forma de conservar su anonimato sin renunciar al respeto que se merecía.

Pasaron unos minutos más y el muchacho entró en la sala escoltado por el policía que habían visto antes. Parecía avergonzado por el accidente. No obstante, aún no era consciente del daño que le había hecho a un ser humano. Se había llevado su vida de la forma más estúpida que podía ser y seguramente debería pagarlo de algún modo. Le asustaba más el castigo que el propio hecho de haber matado a alguien. Tal vez más tarde, cuando al fin lo entendiera, sentiría de verdad el dolor que ahora mismo fingía.

De las primeras preguntas, Antonio supo que no tenía más de dieciocho años y el permiso desde hacía un par de meses. Su padre le enseñó a conducir y le llevaba alguna tarde de sábado a un polígono industrial donde seguir practicando. Le había avisado que tener el permiso no era sinónimo de saber conducir. Mucho le faltaba aun por saber. Un par de veces le había pedido el coche prestado y su padre se lo había negado. Aprovechó que había tomado el puente aéreo para forzar a su madre a que se lo dejara. Ella accedió, como siempre. Recogió a su novia al salir del instituto y la llevó por las calles y avenidas de la ciudad. Habían puesto la música muy fuerte y apenas se daban cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

Según los testigos, añadió el policía que lo había traído, se había saltado el semáforo en rojo atropellando al caballero que regresaba a su

casa al salir del trabajo. La víctima no pudo oír el coche porque es sorda.

—¿Sordo? —preguntó Antonio incrédulo.

—Como una tapia —contestó el policía—. Trabajaba de delineante en una pequeña empresa que se beneficiaba de las subvenciones de la Seguridad social por emplearle. Es una minusvalía que no perjudicaba su trabajo y su jefe nos contó que era incluso bastante bueno. Así que ni oyó el frenazo del coche ni los gritos de los demás transeúntes. Uno de los testigos fue el que avisó a la policía, pero nadie pudo tomar nota de la matrícula. Sólo sabían que era un BMW verde.

El chico seguía con la mirada fijada en el suelo y en ningún momento miró a sus visitas a los ojos. Ni siquiera podría describirlos, pensó Antonio. Se despidieron y una vez en el coche Carmen le preguntó qué importancia tenía la sordera de la víctima en este caso. Antonio se lo explicó.

—Es una corazonada que tuve ayer. Estoy seguro de que este tipo, el que murió atropellado, se tiraba a Elena a espaldas de su novio. Según la autopsia ella tuvo relaciones con un hombre un par de horas antes de su muerte y no fue su novio, él no usaría condón, y tampoco un cliente, no había dinero y su amiguito nos lo habría dicho. No lo puedo demostrar, pero lo presiento.

—¿Y es importante este lío de faldas? —preguntó Carmen.

—Depende del punto de vista. No creo que él fuera el asesino porque no parecería tener lógica y además ahora ya sabemos quién es, ¿No? —preguntó dirigiéndole una mirada irónica—. ¿Si es importante, preguntas? Cuando el novio se iba por allí a dar una vuelta, su amante, por llamarlo de algún modo, aprovechaba para hacerle una pequeña visita a Elena. Hacían el amor durante el poco tiempo que tenían y luego volvía a su casa. Todo esto, si quieres, son sólo conjeturas. Pero si fuera verdad, este tío podría haber sido testigo de algo más que de un simple programa de televisión a las dos de la mañana. Creo que podría haber visto al asesino.

—¿Lo crees posible?

—El presidente de la comunidad también se la tiraba. Debía ser una muchacha caliente o que le hacía favores a cualquiera. No sé. Pero sí, lo creo. O intento creerlo. No sé. Tal vez sólo sea mi instinto y tal vez me equivoque.

—Y entonces te choca que estuviera sordo, ¿verdad?

—Claro —contestó Antonio—, mi teoría se viene abajo. A menos que el tío estuviera todo el día pegado a la puerta mirando por la mirilla. Pero quiero estar seguro de otra cosa —añadió pensativo.

No le quiso contar el qué. Siguieron andando por el centro hasta San Bernardo. Carmen parecía estudiar cada calle, cada rincón, cada persona que veía durante su camino.

Cerca de allí encontraron una especie de Pub totalmente blanco con unos espejos donde podía leerse *Only for men*. La entrada principal estaba cerrada. Carmen le preguntó qué sitio era éste. Como única respuesta tuvo un “*cállate y ya lo verás*” que no le gustó mucho. Antonio lo percibió en la mirada y se disculpó explicándole su corazonada.

—Pedí que investigarán los inquilinos que vivían solos en el mismo piso que Elena esperando descubrir al amante misterioso en uno de ellos. Había dos. El primero, ya lo sabemos, está muerto, pero era sordo como una tapia. El segundo, es un bailarín que actúa todas las noches en este sitio.

—¿Qué tipo de sitio es ese? —preguntó Carmen, aunque ya adivinaba la respuesta.

—Un lugar donde se reúnen los homosexuales de Madrid para ligar. Ya lo dice su nombre, sólo se admiten caballeros. Cuando me dijeron que bailaba aquí pensé en seguida que se trataba de un maricón y lo deseché. Pero podría ser...

—¿Bisexual? —interrumpió Carmen.

—Sí, eso. Bueno. —observó la cara de desdén de su compañera. —Ya sé que mis métodos no son nada científicos, pero son los que me han permitido resolver muchos crímenes cuando estaba en homicidios. Y, además, estamos de paso y podría ser algo importante. Lo único es que, a esta hora del día, este local debe estar cerrado. ¿Te apetece echar un vistazo a la escena del crimen?

—Suena espantoso —y se echó a reír.

Antonio no quería volver al edificio donde Elena había sido asesinada sólo por el placer de volver a contemplar el apartamento en el que vivía. Además, quería interrogar al bailarín que tal vez tuviera líos con mujeres además de con hombres.

13

Llegaron a la calle de Orense y volvieron a aparcar allí justo donde más molestaban. Era la forma que Antonio tenía de llamar la atención. Otra vez, los conductores que le vieron maniobrar le recriminaron echando mano a sus bocinas. Antonio les contestó con un gesto con la mano cuyo significado era inequívoco.

Llegaron al apartamento y Antonio abrió la puerta con las llaves que habían descubierto en el registro. Eran las que usaba Elena.

La estancia seguía a oscuras y el olor a muerto persistía. Antonio pulsó el interruptor de la luz y los dos penetraron dentro del apartamento. Parecía una visita a alguna casa de los horrores. Antonio actuaba de guía mientras Carmen asumía su papel de turista. Recorrieron juntos cada milímetro cuadrado del apartamento intentando descubrir algún detalle que hubieran pasado por alto durante la inspección de la noche pasada. Entraron en el dormitorio. La cama estaba vacía. El forense se había llevado el cuerpo y las sábanas. En su lugar había dejado varias etiquetas autoadhesivas indicando donde se encontraban las manchas de sangre. El perímetro del cuerpo seguía dibujado sobre la cama indicando cada miembro y las heridas producidas.

Los dos permanecieron en silencio de manera instintiva como si hubieran oído algún ruido tal vez en la cocina. Se miraron incrédulos. No estaban solos. Antonio se desplazó con sigilo hacia la entrada del dormitorio para observar la sala de estar. No había nada y ya no había ruido. Pero su instinto le indicó que siguiera atento.

Entonces vio algo salir de la cocina y perderse por la puerta principal. Entendió que alguien estaba allí curioseando cuando habían entrado. Se fijó el objetivo de identificar al curioso accidental y echó a correr hacia la puerta.

Carmen no supo reaccionar cuando vio a su compañero salir disparado como una bala y entonces optó por quedarse para seguir observando todo cuanto veía. Por otra parte, estaba sola y por lo tanto más tranquila.

Antonio ya estaba en el pasillo. Miró a ambos lados y observó cómo se cerraba la puerta que daba acceso a las escaleras. Se precipitó hacia ella corriendo lo más rápido que podía. La abrió y oyó los pasos de alguien

que estaba corriendo escaleras hacia abajo. Estaba ya seguro de que había descubierto a una persona que seguramente tenía algo que esconder o que, sencillamente, tenía miedo. En cualquier caso, merecía ser investigada. Suspiró porque sabía que ya no era un jovencito y que le costaba mucho aguantar una carrera, pero debía probarse que aún seguía en la brecha. También empezó a bajar las escaleras de dos en dos con el riesgo de fallar un escalón y caerse.

Pero no tropezó y llegó al vestíbulo del edificio donde el portero, incrédulo, asistía a la persecución. Antonio lo miró fijamente como preguntándole por donde había escapado el fugitivo. Pero no le contestó nada, seguramente porque no entendía lo que ocurría. Antonio siguió corriendo hacia la única salida posible. Empujó con todas sus fuerzas la puerta principal y casi estuvo a punto de perder el equilibrio cuando ésta se cerró sobre él con la misma violencia que se había abierto.

El sol brillaba en el cielo rodeado de nubes y el calor a notarse. La gente iba y venía delante de él y él seguía parado buscando a alguien que estuviera corriendo. Seguía observando a la multitud cuando percibió una silueta que parecía masculina correr hacía una de las escaleras que conducía al parque Picasso situado entre las distintas torres de AZCA.

Echó a correr confiando en que no se había equivocado. Iba sorteando los distintos obstáculos y oía como leves rumores las protestas de las personas que iba empujando sobre su camino. Alcanzó las escaleras y las bajó. Estaba algo oscuro y olía a pis. Siempre eran así y la noche servían de refugio a alguna banda callejera.

Ya estaba en el parque y la persona que estaba persiguiendo se encontraba a unos cien metros delante de él. Ahora sí que podía observarla con más detalle. Parecía un hombre alto y delgado y llevaba unos téjanos y un jersey azul que parecía ancho. Su forma de correr era firme, pero notó ciertos gestos femeninos en la forma de balancear los brazos.

Siguió corriendo. Le estaba alcanzando. Cuando ya estaba a poca distancia decidió jugarse el todo por el todo más que nada porque notaba el cansancio. Le agarró por el cuello y le obligó a caer. El fugitivo se estrelló en el suelo haciéndose unas pocas heridas en las manos y manchándose de polvo. Antonio se plantó delante de él, firme.

Espero a que se pusiera en pie y entonces pudo mirarle la cara. Ambos jadeaban ruidosamente por el esfuerzo. No le conocía y le extrañó. Por un

momento pensó que podía tratarse del muchacho que vivía con Elena y que había vuelto para buscar sus cosas. Se había fugado del hospital burlando al policía que lo vigilaba y ya nadie sabía de él.

El hombre que Antonio tenía frente a él no le resultaba familiar. Estaba seguro de no saber quién era. Su mirada parecía ausente y lo achacó a que se había sentido cazado y tal vez humillado. Antonio le mostró su placa y le informó que estaba investigando un crimen. Seguidamente le preguntó su nombre.

El hombre seguía jadeando debido al cansancio y no pronunció palabra. Antonio se sintió irritado y le volvió a interrogar otra vez sin éxito. Como último intento de persuasión lo agarró por el cuello y lo sacudió para que reaccionara. Vio cómo su expresión cambiaba de absoluta indiferencia a temor.

—Mira tío —le dijo Antonio con un tono que no admitía replica—, te he pillado manoseando pruebas en el apartamento de una víctima de asesinato. Esto, ¿ves gilipollas? Me permite meterte un paquete por el culo y verte echar mierda por la boca durante las setenta y dos horas que puedo retenerte sin acusarte. ¿Me has entendido?

Antonio solía recurrir a su lenguaje más vulgar cuando se trataba de intimidar a alguien. Había aprendido que era el mejor medio de sentirse superior e imponerse. En las relaciones policía-sospechoso a menudo se veían reacciones de primitiva virilidad cuando ambos eran hombres. La fuerza seguía siendo el medio más eficaz para conseguir algo.

Pero el hombre que tenía agarrado por el cuello seguía sin contestar y Antonio sintió que unas pocas personas estaban pendientes de lo que pasaba, preguntándose si tomar parte en el asunto o dejar que todo siguiera igual. No quería empezar a tener un alboroto así que optó por agarrarlo por un brazo y llevarlo a un sitio donde pudieran estar solos lejos de los curiosos.

Le iba arrastrando hasta llevarlo a las escaleras oscuras por los que ambos pasaron corriendo hacía un par de minutos. Antonio lo empujó contra la pared y se aseguró que no había nadie mirando. Lo volvió a agarrar por el cuello y puso todo su empeño en mirarlo con una expresión de absoluta maldad. El hombre parecía asustado, pero no reaccionaba. Antonio sintió que la paciencia se le estaba agotando y quiso pegarle, pero se retuvo. Podrían expedientarle y no quería pasar otra vez por ello.

—Suélteme —pronunció el hombre con voz débil—. Yo no he hecho nada.

—¡Y una mierda! Tú estabas en el apartamento haciendo Dios sabe qué. Mira, tío, no me jodas que tengo muchos problemas —le amenazó—, así que ahórrame más mentiras y dime qué coño hacías allí.

—Yo, yo no hacía nada. De verdad. Se lo juro —imploró.

Antonio dejó de agarrarlo y empezó a limpiarle las manchas de polvo que tenía en el jersey como queriendo ocultar la persecución. Acabó por recomponerle el jersey mientras el hombre se preguntaba por este repentino cambio de humor.

—¿Sabes? —preguntó Antonio—. No sé cómo te llamas, pero sí sé dónde vives y a qué te dedicas. Sé que eres bailarín en un bar de maricones y que vives en el mismo piso que Elena que, dicho de paso, te tirabas cuando su novio no estaba con ella.

El hombre permanecía atónito porque Antonio le había descubierto. Seguía sin reaccionar y ahora se debía a la revelación de su identidad. El policía que tenía enfrente tenía un sentido deductivo muy desarrollado, pensó.

—Y ahora voy a decirte lo que no sé —prosiguió Antonio—. No sé qué hacías en su casa hace un rato ni el rollo que tenías con ella. Tampoco sé si su novio estaba al corriente de lo vuestro. Pero te voy a contar, así de paso, lo que creo y voy a intentar demostrar. Creo que la mataste porque querías acabar con un chantaje que ella te estaba haciendo y creo que ahora mismo estabas intentando hacer desaparecer algo que pudiera revelar tu identidad. ¿Acerté?

—Sí en lo segundo, no en lo primero. Yo no he matado a nadie.

Antonio lo sabía. Él no era el asesino de Elena porque se querían, aunque no sabía hasta qué punto.

—Bien, en todos casos voy a detenerte y llevarte conmigo a la comisaría de AZCA. Allí llamaremos a tu abogado y todo lo demás. Sígueme.

Antonio rellenó los papeles de la detención y se llevó al bailarín a una de las salas de interrogatorio que la comisaría tenía en uno de los sótanos. Los tres se sentaron alrededor de una mesa, Antonio y Carmen frente al detenido que parecía más relajado que momentos antes en el parque.

—Quiero explicarte un poco la situación —empezó Antonio—. Nos consta que no eres el autor del crimen que estamos investigando, pero sospechamos que tu colaboración puede sernos de gran ayuda. Como detenido, sólo te acuso de obstrucción a una investigación criminal violando pruebas en el lugar de un asesinato. Esto es lo que consta en el auto de detención y sobre lo que tendrás que declarar ante el juez, a menos que decidas ayudarnos contestando a algunas preguntas.

—¿Ahora? —preguntó el detenido.

—No, el año que viene, ¡no te jode! —contestó Antonio con tono irónico—. Hombre, podríamos esperar a un abogado del turno de oficio, pero eso nos obligaría a perder mucho tiempo, tiempo que no tenemos. Ya sabes, no te acuso de nada, sólo te he detenido. Pero me vería forzado a acusarte pasadas setenta y dos horas. La ley me obliga. Con un abogado incordiando, el interrogatorio se alarga y aplaza y no llegamos a nada, y pasa el tiempo, y te acusamos, y compareces ante el juez que te encierra, y apelas, y sigues en la cárcel...

—Renuncio a un abogado.

—Bien hecho amigo. El sentido común es importante en la vida. Por lo tanto, entiendo que compareces voluntariamente para decirme lo que sabes, ¿no?

El bailarín no entendía bien lo que Antonio le estaba diciendo. Él se lo explicó.

—Cuando salgas, yo retiraré la denuncia, pero tendré que justificar tu interrogatorio y tu estancia en esta sala. Como habré retirado la denuncia tendré que alegar otra cosa así que diré que viniste a verme porque tenías algo que contarme.

Ahora sí que lo entendió y se dispuso a contestar a las preguntas que le hicieran los dos policías. Antonio colocó una pequeña grabadora a pilas sobre la mesa para registrar la conversación. Pulso una tecla y, con voz clara y firme, pronuncio su nombre, el de Carmen y el del bailarín, así como la fecha y el objeto del interrogatorio.

—Soy el inspector Hernán, número 745476432, encargado de la resolución del crimen de la señorita Elena Darrieta Zuñiga. Comparece ante mí y ante mi compañera, la señorita Carmen Sotillos, agente en prácticas, el señor Juan José Méndez Sabienda, DNI 30659448, vecino de Madrid y con domicilio en la calle Orense número 51. Su comparecencia es libre y voluntaria.

Dejó pasar unos segundos y empezó con la primera pregunta.

—¿Señor Méndez, reconoce que comparece ante nosotros de forma libre y voluntaria?

—Sí —contestó.

—Bien, quisiera que nos explicara de qué conoce usted a la señorita Darrieta.

—Vivo en el mismo piso que ella. A un par de puertas de su casa y la veo a menudo, perdón, la veía a menudo. Charlábamos de vez en cuando en el ascensor y desde hacía unas semanas manteníamos una especie de romance.

—Quisiera que definiera con más exactitud lo que usted entiende por romance.

—Nos hemos acostado varias veces, pero sin amor. Ya sé que puede resultar extraño sobre todo en alguien que baila por las noches en un cabaret gay. Pero yo no soy homosexual, he mantenido relaciones con algún hombre, pero por diversión, nunca por afición. Elena me gustaba, así que me encapriche con ella. No quería enrollarse conmigo, pero la convencí. Hicimos un trato.

—¿Qué trato?

—Me da un poco vergüenza reconocerlo. Yo, bueno, yo soy su casero. Soy el propietario de varios pisos en el edificio, siete además del mío y vivo de las rentas de esos pisos. Lo de bailar es pura afición y sólo lo hago cuando quiero. Bueno, cuando ella se instaló, acepté que no tuviera unos ingresos fijos. Me dijo que se prostituiría para seguir pagando su alquiler y lo acepté. Cuando los demás vecinos quisieron echarla yo los hice callar con mis ocho votos. Ella quiso agradecérmelo y acabamos en la cama. Desde entonces solía hacerle el amor siempre que su novio desaparecía un par de horas lo que ocurría un par de veces por semana. Ella me llamaba y yo me acercaba. Él nunca lo descubrió.

—¿Que pasó la noche del crimen?

—Aquella noche, su amiguito se iba a dar una vuelta, creo que a comprar algo de comer y siempre se acerca a un bar de copas donde tienen unas maquinitas de juego que le tienen alucinado. Ella le daba dinero para que se lo gastara en ellas. Volvería pasado un par de horas, y me avisó.

—¿Qué hora era?

—Creo que la una. No estoy seguro. Esperé a que el chico se fuera y me fui a su casa. Hicimos el amor y regresé a la mía media hora después.

Creo que a las dos volvió su novio.

—¿Y luego?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe. Usted es un fisgón, ¿no? —Méndez no parecía entenderle. —¿No se quedaba pegado a la mirilla de la puerta viendo pasar a los clientes de Elena?

—Yo... —intentó disculparse.

—No sentía repulsión cuando sabía que se acostaba con su novio o con un cliente. Vamos, usted la quería, ¿no?

—Yo...

—No creo que mantuviera con ella una relación sólo basada en el sexo. Usted no es así, ¿verdad? Usted corre con maneras femeninas, ¿no se lo han dicho nunca? Yo se lo noté cuando le estuve persiguiendo. Usted es muy sensible, como todas las personas que han sufrido por su ambigüedad sexual. Usted se lo montaría tanto con mujeres como hombres, ¿no?

Carmen quiso interrumpir la violencia que Antonio ejercía sobre el bailarín, pero prefirió confiar en él. Seguramente sabía lo que hacía y si no, podría usarlo para deshacerse de él y proseguir la investigación solita que era lo que ella quería.

—Yo... —balbuceó Méndez.

—Usted, ¿qué? —preguntó Antonio irritado.

—Yo... la quería, sí. Pero no me engaño. Ella solo se acostaba conmigo por chantaje. Fue la primera mujer que me gustó. Me recordaba un poco a mi hermana pequeña. Me ponía enfermo cuando sabía que estaba con otro, pero no podía evitarlo. ¡No la maté! —gritó.

—¿Ni en un acto de locura?

—Ya le he dicho que no, joder —y se echó a llorar.

Antonio esperó a que dejara de llorar para proseguir su interrogatorio. Volvió a presionarlo acusándole de la muerte de Elena.

—No fui yo. Fue otro.

—¿Quién?

—No lo sé. Yo sólo lo vi por la mirilla. Sólo pude distinguir sus formas.

—¿Qué hora era y, por favor, descríbanos al sospechoso?

—Eran cosa de las tres. Oí al novio marcharse por las escaleras y la puerta del ascensor se abrió. Le vi pasar delante de mí. Era alto,

corpulento estilo musculoso, el pelo largo y me pareció que tenía la piel oscura. La mirilla que tengo en la puerta altera un poco formas y colores.

Antonio le pidió a Carmen que le enseñara una foto de Ramón preguntándole si podía reconocerle.

—Lo vi de perfil —contestó— y bueno, sí, se le parece, pero no puedo asegurárselo.

—Bien, le agradezco su testimonio —concluyó Antonio—. Nos ha sido de gran ayuda. —Detuvo la grabadora. —Ahora cumpliré mi parte del trato y le dejaré marchar sin acusarle de nada. Una pequeña pregunta indiscreta. No me contesté si no quiere. ¿Cómo le hizo el amor aquella noche?

—No le entiendo —le contestó.

—Sí que me entiende. ¿Practicó el sexo oral, la sodomía, las posturitas o un coito normal y corriente?

—No veo por qué le importa.

—No, sólo por curiosidad. Yo creo que un hombre de su condición sólo pudo hacerle un griego a la muchacha, ¿no?

—¿Por qué lo dice, porque bailo en un bar de maricones, como lo llamó antes? ¿Qué más quiere saber, si me porté con ella como un hombre? Pues sí, joder, le hice el amor como un hombre le hace a una mujer, de la forma más natural que existe. ¿Satisfecho?

—¿Con gomita?

Carmen quiso intervenir, pero Antonio le hizo gesto de que no dijera nada. Permaneció callada contemplando como el hombre que estaba enfrente se ponía rojo de ira.

—No, joder, claro que no. Yo la quería y todo lo demás me da igual — y rompió a llorar.

El interrogatorio había terminado. El bailarín se marchó y los dos policías permanecieron solos en la sala contemplándose en silencio. Las conclusiones que ambos sacaron de la entrevista eran bien diferentes. Para Carmen, aunque la identificación no fue del todo positiva, resultaba obvio que el asesino era Ramón, el cubano que venía persiguiendo desde hacía unos cuantos años. Por lo contrario, Antonio estaba seguro de que las declaraciones del bailarín eran una colección de mentiras cuyo objetivo no entendía. Pensó que se trataba de empujarle hacia la pista del destripador cubano que todo el mundo ya había acusado, aunque sin pruebas reales. Algo le decía que había probabilidades de que así fuera, pero, ¿quién podía asegurarlo? Como solía pensar, nada resultaba evidente en un crimen. Convencido de que el interrogatorio era una farsa torpemente montada, quería ahora saber por quién y por qué.

—¿No crees que podría identificarlo si se lo pusiéramos delante? —preguntó Antonio.

Carmen seguía inmersa en sus pensamientos. También detectó algo en la voz y en la actitud de Méndez que no lo hacía creíble. Su sexualidad no resultaba evidente y no parecía asumirla como lo suelen hacer los homosexuales a menos que no fuera aun convencido de ello. Para Carmen, resultaba evidente que aquel hombre era gay, o al menos bisexual y entendía mal su romance con una mujer. La contradicción no tenía sentido. Pero eso no era importante, él podía ser testigo de la muerte de Elena. ¿Y era fiable su testimonio?

—Creo que tendría tantas dudas que no nos serviría ante un juez. Era de noche, la mirilla estaba sucia además de ser una de estas que distorsionan, nadie daría crédito a lo que ha visto —contestó finalmente Carmen.

—Ni siquiera tú, ¿verdad? —Antonio quiso saber si Carmen formaba parte del montaje o si, por lo contrario, también era víctima como él. Su reacción le permitiría juzgarla.

—Chico, no sé bien qué decirte, hay algunas cosas que me sorprenden en él o que no soy capaz de entender.

Antonio notó que era sincera. Tampoco estaba convencida por algunas cosas que dijo. Pero, ¿cuáles? Él también había detectado contradicciones con otras cosas que ya sabía. ¿Serían las mismas? Le preguntó qué la había chocado y Carmen le contestó.

—Le creo incapaz de amar a una mujer. Me parece que es totalmente maricón. Y no me preguntes como lo sé, eso es una cosa que sólo una mujer puede sentir.

—¿Te das cuenta de que, si dudas de eso mismo, también debes dudar de todo lo demás? —Carmen lo miró extrañada y Antonio se lo aclaró. —Nos ha dicho que solía espiar para ver a los clientes de Elena porque tenía celos. Y tenía celos porque la amaba. Si ahora pensaras que no la amaba, tampoco tendría celos y tampoco tendría porque ser un fisgón, ¿no?

—Esto último —contestó ella—no tiene por qué excluirse. Puede ser un adicto a la mirilla indiscreta sin mantener relaciones sexuales con la víctima.

—No tiene sentido, Carmen, y tú lo sabes. —Ella asintió. —Voy a contarte algo de la autopsia de Elena. Mantuvo relaciones sexuales un par de horas antes de morir y no fue con su novio porque éste había salido a tomar fresco. El que le hizo el amor usó un condón, había restos de látex en su vagina, que luego debió tirar por el retrete. Pensé que se trataría de un hombre sólo y entonces investigue al pobre hombre que murió atropellado y al bailarín. Cuando intenté ver a los dos ayer me dijeron del bailarín que trabajaba todas las noches fuera, en el cabaret. Ahora nos sale con que sólo lo hace de vez en cuando. Dice que es propietario de varios pisos en el edificio y que no necesita del cabaret para vivir, vale. Pero te diré una cosa, en este cabaret sólo actúan travestís muy maquillados que se dan al transformismo para un público únicamente masculino. Méndez disfruta mucho con esto porque siempre quiso ser una mujer y le permite desfilarse sobre un escenario como siempre le habría gustado hacerlo.

Carmen seguía las explicaciones de Antonio con mucho interés y pudo comprobar que él tenía razón cuando desmontaba el testimonio del bailarín. Era un actor que les pusieron en medio para dirigirles sobre una pista que podía ser falsa. Se preguntó entonces quién habría maquinado esta puesta en escena. Parecía incluso que el hecho de que el bailarín estuviera en el apartamento de Elena cuando ellos fueron a verlo, también formaba parte del engaño. Alguien estaba jugando con ellos y decidió que sería más conveniente desestimar cuanto les digo el testigo y seguir con la

investigación allí donde la habían dejado aun cuando seguían en un callejón sin salida con pocas perspectivas de lograr el objetivo.

Antonio cambió de conversación y le preguntó si había descubierto algo de interés en el apartamento de Elena mientras él estaba persiguiendo al inesperado visitante. Quería saber si algo se les había pasado por alto lo que le habría dolido mucho. No quería que una policía extranjera, además de mujer, pusiera en evidencia su forma de trabajar. Sin embargo, dedujo al verla trabajar que estaba buscando algo, algo muy importante en las investigaciones de los demás crímenes en Miami. Algo que le permitiera relacionar este crimen con los otros en Florida.

—No, nada en absoluto. Tengo la costumbre de repasar minuciosamente todos los detalles en la escena de un crimen. Siempre hay algo que delata al criminal, estoy convencida de ello. Pero allí no vi nada.

—¿Ni siquiera algo que te recordará un mínimo a tu amado Ramón? —preguntó Antonio con ironía.

—No es mi amado Ramón, ¿vale chico? —corrigió.

—Y yo no soy tu chico, ¿está claro? —repuso Antonio con el mismo sarcasmo que Carmen había empleado.

Los dos se miraron sin saber qué hacer. Los dos sabían que se necesitaban y que debían formar un equipo, sin embargo, sus métodos no congeniaban aun cuando tenían algo en común: eran individualistas.

—Mira Carmen —explicó Antonio—, los dos no disfrutamos compartiendo el caso porque no sabemos compartir, pero nos necesitamos. Yo te necesito porque sabes más del asesino que yo. Con decirte que sabes quién es y yo sigo atando cabos... Y tú me necesitas porque no sabes nada de España y yo llevo aquí toda la vida. Conozco todos los rincones donde hay mierda en esta ciudad porque llevo diez años removiéndola. Creo que sabes más de mí que yo de ti, habrás leído en mi expediente que estaba bien considerado...

—En un cuerpo del que te echaron a patadas, ¿no? —añadió Carmen.

—Sí, hay manchas oscuras en mi historial, lo reconozco y se deben únicamente a mi conducta y a mis sentimientos. Pero no basta para juzgarme y menospreciarme como lo estás haciendo.

—Antonio, yo no te estoy menospreciando.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre y resultaba un cambio perceptible en la relación más bien fría que tenían el uno con el otro.

—Sí que lo haces. No soy imbécil, sé que hay algo que me ocultas y ese algo me ayudaría mucho. Sí lo supiera, te podría ayudar mucho más. No sé lo que te asusta de nuestro, por llamarlo algún modo, equipo. Pero si es la gloria lo que estás buscando, yo no te la quitaré, lo único que quiero es volver a homicidios. Además, si lo resolvemos los dos compartiremos esta gloria, tú en tu país y yo en el mío.

—¿Qué crees que te estoy ocultando? —preguntó Carmen dándole una oportunidad de formar asociación con ella. Estaba dispuesta a contarle todo, pero se lo tenía que buscar. Parecía curioso que aún no entendiera que él fue elegido por la seguridad española para compartir esta investigación con ella. Le dijeron que fue él la persona avisada la noche del crimen porque nadie quería que la brigada de homicidios metiera sus narices en este asunto. Y no era verdad, el FBI solicitaba la ayuda del mejor hombre y le dieron su nombre. Un tipo excéntrico allí donde los hay y con muchos problemas. Un tipo solitario con métodos muy peculiares pero un profesional por encima de todo. Sin duda era el mejor investigador criminal del país y una pieza fundamental en este episodio siempre que se le supiera dirigir.

Consultando su historial, Craves, el director adjunto del FBI, puso ciertas reservas a la incorporación de Antonio, pero la decisión ya estaba tomada. Le aseguraron que, si algo salía mal, siempre podrían apartarlo de la investigación y colocar a otro. Así que Carmen estaba ante una especie de héroe o de genio. Algo bastante difícil de catalogar pero que, efectivamente y se lo había demostrado, era una persona muy competente en su trabajo. La colaboración era necesaria aun por encima de los secretos de estado, pensó.

—Quiero saber qué buscabas —le contestó Antonio.

—Un mensaje, un signo, algún dibujo. Algo escrito con la sangre de la víctima —le contestó y Antonio sintió un escalofrío—. La foto que te enseñé esta mañana estaba un poco amañada, sólo mostraba lo que queríamos que vierais y ocultaba lo que no queríamos que supierais. En todos los crímenes, descubrimos pintadas hechas con la sangre de las víctimas.

—¿Qué pintadas?

—La estrella de cinco puntas que se pinta sin levantar la mano.

Le hizo un dibujo sobre una de las hojas que había sobre la mesa y luego garabateó encima para hacerlo desaparecer. Era evidente que era un

secreto que nadie, a parte de ellos, debía saber. Antonio estaba asustado porque conocía el significado de este símbolo. Y dibujarlo con sangre humana le añadía más horror.

—Sí, Antonio, nuestro sospechoso es un adorador del demonio. También en su expediente ocultamos cosas que no queríamos que los españoles supieran.

—Ahora entiendo el interés que habéis mostrado por él.

Antonio la miraba con horror. Nunca habría imaginado que el asesinato formara parte de un ritual. No hubo pintadas, ni mensajes, ni nada que hiciera pensar en una secta o un individuo fanático, y aún menos en un culto satánico.

—Recordarás que, hace un par de años, Fidel Castro amenazó al gobierno de Estados Unidos con liberar a todos los presos cubanos y enviarlos en barcos a Florida si no paraban las intrigas para derrocarlo. No es un secreto, la CIA intentaba montar una operación contrarrevolucionaria sirviéndose de la pobreza y el hambre que reinan en la isla desde el bloqueo y, sobre todo, desde el cese de las ayudas de la ahora desaparecida Unión Soviética. El caso es que cuando tuvimos todos esos problemas con los espaldas mojadas y las pateras, Castro dejó libertad a los cubanos para huir del país y aprovechó para forzar a algunos criminales, gracias a Dios muy pocos, a irse a los Estados Unidos. Ramón fue uno de ellos y lo descubrimos demasiado tarde. Enseguida la CIA dejó sus intrigas y las fugas de este tipo de ciudadanos de la isla cesaron. Creo que tenemos a cerca de cincuenta mil en la base de Guantánamo esperando un visado para entrar en América.

Carmen extrajo una pequeña libreta de notas de su bolso y leyó algunos datos para apoyar sus revelaciones.

—Cuando detuvimos a Ramón, pedimos colaboración al gobierno cubano y éste nos la ofreció siempre y cuando nunca lo devolviéramos a Cuba. No lo querían volver a ver. Supimos que había nacido al sur de Cuba, cerca del golfo de Guacanayabo, en una familia de campesinos, buenos comunistas, pero muy pobres. Creció ayudando a sus padres y asistiendo a la escuela pública del régimen. Era un chico muy amable y nada problemático. Un buen cubano. Fue a la universidad y estudió ingeniería de la construcción. Como proyecto de fin de carrera, le mandaron junto con otros estudiantes y profesores a la isla de Granada a acabar de construir una pista de aviación que los soviéticos habían

empezado. Se supone que allí tuvo contactos con una pequeña secta que cultivaba el culto vudú. Cuando el ejército norteamericano la invadió, los cubanos que allí estaban instalados huyeron. Al parecer el vudú le fascinó. En Cuba, persiguen el vudú y el satanismo, pero es imposible erradicarlo, está metido ya en la cultura del país. Así que nuestro amigo se relacionó con hechiceros y maestros del vudú cubanos. Se metió de lleno en el culto e hizo un par de viajes clandestinos a Haití en tiempos de la dictadura de Jean Claude Duvalier. Al volver, intentó fundar una secta satánica y captó a varios campesinos. La policía política de Castro le andaba siguiendo la pista y lo metieron en la cárcel. No lo mataron porque le tenían miedo. Así que nos lo soltaron.

Cerró la libreta y la volvió a colocar en su bolso.

—Suponemos —prosiguió— que en Florida también intentó montar su secta. El asesinato de las prostitutas sólo era parte de un sacrificio ritual dedicado al demonio. Captó a gente, gente importante: empresarios, intelectuales y políticos. El tipejo se movió entre la gente importante de Florida. El poder oscuro, así lo llamaba él, fascinaba a los poderosos que lo querían usar para sus negocios y actividades. Este hombre es muy peligroso. Su poder radica sobre todo en la persuasión y en sus métodos. Se le debe apartar de la gente sencilla y de la gente poderosa porque puede causar estragos.

—Recuerdo que en el crimen de Elena no hubo pintadas de ningún tipo —observó Antonio.

—Tal vez haya variado su modo de sacrificar a las prostitutas.

—O tal vez no sea él.

—El caso es que ni sabemos si es él, ni sabemos si no es él. No sabemos nada y si me dejas, yo seguiré convencida de que se trata de él. Y aunque no lo fuera, os recomiendo que lo apartéis de la circulación como sea. Es mucho más peligroso de lo que puedes imaginar. Te confesaré que algunos de los agentes del FBI que me ayudaron a capturarlo acabaron convencidos de que era verdaderamente el demonio.

Antonio seguía fascinado por la revelación y al mismo tiempo intrigado y asustado. En alguna ocasión tuvo que enfrentarse con un asesino sádico, pero nunca con uno que decía ser la encarnación del demonio. Aunque él no creía que tal cosa fuera posible, la idea le impresionaba. Preguntó a Carmen por las pintadas, a parte de la estrella simbólica del demonio, que habían encontrado en las muertes de Miami.

—Como puedes imaginarte, lo que más leímos fue la palabra puta escrita en castellano lo que nos ayudó mucho. Estaba claro de que el asesino era hispano. En uno de los crímenes encontramos la palabra Helter Skelter escrita también con la sangre de la víctima. —Antonio la miró extrañado y ella entendió que no sabía lo que significaba. —Es el grito de guerra de Charles Manson. Lo recibió como una revelación iniciativa al satanismo escuchando el White álbum de los Beattles.

—¿Este es el asesino de Sharon Tate?

Carmen asintió y le preguntó si sabía algo más acerca de aquel crimen ya legendario. Antonio le contestó que no sabía gran cosa, solo lo que recordaba y había visto en una película mucho tiempo atrás.

—Cuando descubrí este mensaje, eché mano de todos los informes que se redactaron en el 69 cuando tuvo lugar la matanza de la familia Manson. Fue un crimen que inspiró a unos cuantos otros desde entonces e intenté relacionarlo con el de las prostitutas de Miami. Pero la forma de actuar era distinta. La familia Manson era una panda de hippies drogados con LSD y adoradores del demonio que estaban hambrientos de sangre. Aún no se sabe con certeza porque eligieron la casa de Polanski. Este estaba en Londres rodando una película. La noche del ocho al nueve de agosto, había hablado por teléfono con su mujer. Era medianoche y hacía calor. Ella estaba desnuda compartiendo la habitación con un conocido peluquero, antiguo amante. También había una pareja: un polaco y una rica heredera, y el amigo del jardinero. La familia Manson irrumpió gritando "somos el diablo y estamos aquí para cumplir las órdenes del demonio". Mataron a los cuatro. A Sharon Tate, la apuñalaron dieciséis veces y la colgaron abriéndole el vientre junto al peluquero. Ella estaba embarazada de ocho meses y medio. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió. —Los asesinos fueron un hombre y una mujer que siguieron las órdenes de Charles Manson. Averigüe si en la cárcel en la que sigue recluido tuvo contactos con más gente, pero permanece incomunicado. Todo este asunto armó un revuelo increíble por aquella época y lo más curioso es que la prensa aprovechó para criticar a la pareja Tate-Polanski y a sus continuas orgías, consumo de drogas y fascinación por lo maléfico y el esoterismo. Parecía como si se lo hubieran buscado. La gente puede ser mala cuando quiere.

Carmen observaba el techo de la sala de interrogatorios como si estuviera buscando el rastro de una telaraña. Tenía la mirada perdida al

tiempo que seguía inmersa en lo que había vivido y estudiado.

—La verdad —prosiguió— es que la maldad, el horror, todo esto nos fascina. Hoy en día, Charles Manson tiene más seguidores que detractores. Recibe un montón de cartas de simpatía. Escribe poemas y canciones que se venden como churros. Y, además, el líder de los Gun's & Roses y su mayor fan, Axel Rose, le dedicó una canción. Últimamente, la prensa negra y los relatos escalofriantes tienen más éxito que las películas del género de terror. Mira, Gacy, mató a treinta y tres personas y desde la cárcel montó una línea caliente donde se le oía proclamar su inocencia. Además, se puso a pintar cuadros y expuso varias veces y con éxito poco antes de morir ejecutado. Y lo último es que van a subastar las pertenencias de Dahmer, el asesino de Milwaukee, que mató a diecisiete personas, todos hombres menores de treinta y tres años negros o gays. Se los comía y decía que así comunicaba con sus almas. Para que me entiendas, después de mantener relaciones sexuales con ellos, una vez muertos, acababa comiéndoles los genitales. —Antonio hizo una mueca de asco. —Pues, ¿sabes que lo van a subastar todo por un cuarto de millón de dólares? La recaudación será para los familiares de las víctimas. Me pregunto quién comprará su nevera donde descubrieron varios cráneos, corazones y vísceras. ¿Quién puede estar tan enfermo como para coleccionar estos objetos?

—Ya —asintió Antonio—, del mismo modo que hay enfermos que gozan matando, los hay también que gozan viéndoles matar. La verdad es que desde que los romanos arrojaban a los cristianos a los leones, no hemos avanzado gran cosa.

Los dos permanecieron en silencio y decidieron proseguir la investigación. Les quedaba la última etapa de la que no esperaban gran cosa. Ya tenían datos suficientes sobre la agencia con la que trabajaba Elena y podrían averiguar algo más, aunque lo dudaban. Así que se dispusieron a ir a la torre Picasso donde la agencia tenía una pequeña oficina y unas pocas empleadas ocupadas a atender el teléfono.

15

La visita a la agencia de relaciones públicas con la que Elena trabajaba no arrojó luz alguna al asunto. No preguntaban nunca la identidad de los clientes, siempre podrían contestar lo que les apeteciera, y esto sólo los que no colgasen al oír la pregunta. Y no, no recuerdan ningún chiflado. Casi todos son idénticos, hombres solitarios que buscan compañía femenina. Antonio obtuvo del juez una orden para instalar allí mismo una unidad de grabación que permitiera escuchar todas las llamadas y localizar aquellas que fueran sospechosas. Este despliegue resultaría muy costoso y el juez lo autorizó durante una sola semana. Tenían la esperanza de que el asesino volviera a llamar a esta agencia. Pero una semana era poco. En Miami, Ramón solía matar a sus víctimas una al mes. Pero el asesino podía ser otro.

Regresaron de la visita con la absoluta certeza de carecer de las pruebas suficientes como para acusar a alguien. Era necesario trazar otro plan de acción y dejar de seguir a la expectativa. Era la conclusión a la que tanto Antonio como Carmen habían llegado. Si Ramón no venía a ellos, ellos irían a él, o más bien, a por él.

Carmen seguía con el horario de la costa atlántica estadounidense y para ella, lo que era pleno día para Antonio, era sólo la mañana. Aceptó comer algo con él, pero más bien le serviría de desayuno. Había dormido un poquito en el hotel al llegar esta mañana, lo suficiente para seguir fresca el resto del día y acostumbrarse al horario europeo.

Antonio pensó que era más apropiado llevarla a un restaurante americano, especializado en hamburguesas, chili, ensaladas americanas, con lo que aun tendría la impresión de seguir en su país. Carmen se lo agradeció, aunque luego pensó que le apetecía más comer algo nuevo, pero no se atrevió a decírselo, porque por otra parte estaba tan cansada que apenas disfrutaría de lo que tendría en su plato.

El Hard Rock Café de la plaza Colón llevaba ya algo más de un año abierto y no había día que todas sus mesas estuvieran llenas, sin embargo,

Antonio pensó que era el estandarte de la cultura culinaria norteamericana en España.

La música los envolvió incluso antes de entrar y según fueron subiendo las pequeñas escaleras de madera del vestíbulo, pudieron contemplar una gran sala con varias mesas y una barra muy animada cerca de la terraza que abrían en verano. Por encima de todo, lo que no escapaba a la vista era la multitud de televisores de gran formato que mostraban videoclips cuyo sonido era difundido por los altavoces de la sala. Como esta sala, había dos más a las que se accedía por las escaleras del fondo. Cada sala era distinta de las otras.

Una jovencita de aspecto quinceañero y falsa alegría se acercó a ellos con la mejor de sus sonrisas. Vestía el uniforme del local que solía variar de estación en estación pero que siempre recurría a la minifalda para mostrar los muslos de las camareras. Antonio se fijó en que era más bien pequeña y no tenía unas piernas muy bonitas, pero no eran razones para reprimir el creciente deseo de tirársela. La deseó con la mirada, pero fue un momento fugaz. Enseguida volvió a la realidad y le comentó que le gustaría ir donde la música se oyera menos. La chica esforzó aún más su sonrisa y les rogó que la acompañaran.

Andaba como si estuviera bailando la canción que todo el mundo estaba oyendo, no podía ser de otro modo. A Carmen la divirtió ver a la muchacha cantonearse, lo achacó a su espíritu alegre y vivo. Pero luego observó que todas las demás camareras, incluso los chicos, hacían lo mismo y entonces entendió que era una consigna del local.

El tercer comedor era algo oscuro. Las paredes, techo y suelo eran de madera y la decoración estaba hecha a base de viejas guitarras que alguna vez pertenecieron a un artista conocido, o una mera reproducción. Había incluso una vieja moto años cincuenta en uno de los rincones de la sala. En la barra, el camarero le estaba explicando a un par de turistas como lograr llegar hasta la Puerta del Sol.

Antonio y Carmen lograron sentarse en unas sillas muy altas que les daban la impresión de estar volando sobre las nubes. Estudiaron con detalle el menú que otra camarera, tan vivaracha como la primera, les trajo. Se presentó, dijo llamarse Mónica y que le alegraba atenderles. Antonio estuvo a punto de preguntarle sus medidas y su número de teléfono, sólo así se le iba a despegar la ridícula sonrisa de la cara.

Los dos pidieron lo mismo, la típica hamburguesa del local y un par de jarras de cerveza. La camarera volvió a sonreír y aplaudió la elección. Cuando se hubo marchado, Carmen le preguntó a Antonio si eran todas así aquí. No supo qué responder.

Les trajeron ya la bebida y ambos la disfrutaron. A Antonio le había fascinado que dos agentes del FBI, uno de ellos con un puesto muy importante, tomaran un par de aviones de caza del ejército para formar parte de la reunión que tuvo lugar por la mañana. Antonio siempre había soñado con ser piloto del ejército español pero el nivel de estudios y de preparación era demasiado elevado. Había aparcado su sueño sin siquiera haberlo intentado. Estaba convencido de que no valdría para la aventura. Pero nunca rechazó la idea de acompañar un día a un piloto como lo hizo Carmen.

—Bueno —contestó ella sorprendida por la pregunta—, la realidad es que fue una experiencia inolvidable. Nunca viajé tan rápido. Tardamos unas cuatro horas volando a una vez y media la velocidad del sonido. Si me preguntas por el tipo de avión, la verdad es que no entiendo mucho, creo que me dijeron que eran F18. Ocupamos el lugar del oficial de transmisiones. Antes del despegue, asistimos a una pequeña clase de respuesta a situaciones de emergencia donde nos pidieron que no tocáramos nada. Pero el piloto con el que viajaba, un capitán muy majo de unos treinta años, me lo dejó llevar durante un pequeño rato. Me bastaba con nivelarlo y seguir un rumbo ya fijado por el ordenador.

Antonio escuchaba cada palabra que Carmen pronunciaba sobre su experiencia. Parecía como si lo estuviera viviendo él también. Disfrutaba con cada detalle como el niño que escucha a su abuelo contarle una anécdota de alguna guerra en la que estuvo.

—Pero vamos, ¡qué miedo pasé! —confesó Carmen—. Pensé que me meaba de miedo en el despegue y en el aterrizaje. Porque lo hacen todo más rápido que los aviones comerciales y además te encuentras en un pequeño habitáculo sin saber si vas a salir con vida. ¡Ah!, Lo mejor fueron un par de reabastecimientos en vuelo. Esto me impresionó, ver al piloto maniobrar para acoplar el avión a la manguera de combustible y despegarse al cabo de un minuto.

Interrumpieron la conversación cuando la joven camarera les trajo las hamburguesas. Eran platos de forma oval en los que también había

ensalada y crujientes patatas fritas. Todo un plato completo que los dos policías devoraron con intenso placer.

Cuando ya habían alcanzado la mitad de la hamburguesa, Antonio le preguntó a su acompañante que opinaba del país que estaba visitando.

—No puede decirse que esté en plan turista —le contestó—, ya sabes que he venido a trabajar, pero es verdad que me gusta, aunque tampoco he pasado mucho tiempo como para hacerme una idea de la ciudad y de la gente. Pero todo es tan distinto de lo que nosotros tenemos en América.

—Son dos culturas bien distintas. Dos mundos.

—¿Has estado alguna vez en los Estados Unidos?

Antonio le contestó que no, ni tuvo ocasión ni tampoco buscó tenerla, aunque era algo que le agradaría mucho. Carmen le invitó a visitarla alguna vez en Florida, le prometió grandes excursiones por el estado. Le encantaría mucho conocer el país que ella visiblemente tanto amaba. Antonio quiso entender porque todos los yanquis están tan enamorados de su país. Era como si no dudaran de estar viviendo en el mejor país del mundo, aun cuando la mayoría de ellos no habían salido al exterior para comparar.

—Yo veo mi país como una tierra de ilusiones donde todo es posible —dijo ella.

—Yo lo veo como una constante contradicción. Donde conviven el más rico con el más pobre, el más guapo con el más feo, ya sabes, la disparidad que os hace celebres. También sabrás que ser norteamericano fuera de los Estados Unidos suele ser mal visto.

Ella asintió, estaba al corriente de todos los atentados contra ciudadanos estadounidenses en los países islámicos.

—Muchos pueblos nos acusan de ser la principal razón de su debilidad —sentenció ella—. Y me parece injusto. No creo que seamos responsables de la pobreza de la gente o de no sé qué. Sabes, somos un pueblo de gente con muchos sentimientos y nos duele ver cómo nos odian en medio mundo. Y en el otro viven a la expectativa de lo que hacemos para poder emularnos. Me hablas de que somos una tierra de contrastes, pero, y los demás países, ¿acaso no lo son también? Tenemos pobres, es verdad, pero también les damos la oportunidad de salir de su miseria. Y te contaré algo, no he visto nunca tantos mendigos en mi país como aquí.

—Hubo una época aquí en la que a la gente que vagabundeaba por la calle la ponían en la cárcel. Es verdad que en España hemos crecido

mucho en los últimos veinte años, y lo hemos hecho a costa de unos pocos que ahora lo están pagando. Además, empezamos a tener problemas con la inmigración.

—Nosotros, desde siempre.

—Ya, para nosotros es algo nuevo. Tenemos casi de todo, desde polacos, hasta dominicanas pasando por los negros de Guinea y los pakistaníes y marroquíes. Viven en condiciones muy malas. Peor de lo que mucha gente sabe, o cree saber. Y al tiempo que nos llega una oleada de inmigrantes, nos llega también el racismo. Nos enfrentamos los policías a menudo a bandas de neonazis obsesionados por pegarles a la gente de piel algo más oscura que la suya propia. Creo que nuestro mayor problema es el de no saber reconocer nuestro odio por los extranjeros. Criticamos a los demás países y somos incapaces de reconocer que aquí somos implacables con los sudamericanos, los gitanos, los negros y árabes. Y cuando los expulsamos, lo que todos los españoles piden a gritos, siempre hay voces de gente que se dice liberal y progresista que nos acusa de racista y xenófobos. Hay veces en que no entiendo bien a la gente.

Carmen se mostró extrañada de que Antonio empleara el término negro para calificar la gente de color. En los Estados Unidos, le contó, le habían enseñado a respetar a todo el mundo.

—Aquí también —le contestó— y yo también los llamaba gente de color. Pero un día, hace tiempo, un compañero de mi facultad de origen guineano y, por lo tanto, de piel oscura, me acompañó en coche a casa. Recuerdo que había puesto una cinta de los Earth, Wind & Fire y me preguntó qué opinaba de ellos. Le contesté que era uno de los mejores grupos de música de gente de color. Se echó a reír y me reprochó que no usara la palabra negro. "Son un grupo de negros que tocan de puta madre", me gritó riéndose. La palabra negro en sí no era nada ofensiva, era el tono con el que se la podía llegar a pronunciar que sí era ofensivo.

Carmen siguió preguntando si el racismo empezaba a ser de verdad un problema en España.

—No pasa un día en que se denuncie en la prensa un ataque racista verbal o físico. Sí que debemos ser racistas porque desde el Ministerio de Asuntos Sociales se está llevando una campaña para sensibilizarnos con el problema. Lo más curioso, es que, si gritas frases racistas en la calle, la policía no puede detenerte, sencillamente porque estás haciendo uso de tu libertad. Sólo cuando incitas al odio y a la violencia, se te puede reprimir

y, aun así, a veces detenemos a unos skins que el juez enseguida suelta. Es un problema de la edad, dice, ya se les pasara.

—¿Y tú mismo, eres racista?

Carmen le hizo una pregunta muy difícil. La pregunta que a casi nadie gusta responder. Era una pregunta que se había hecho en más de una ocasión. Es la pregunta que casi todo el mundo se hace e intenta contestar sin mentir, aunque, muy a menudo, se acabe contestando lo contrario de lo que realmente se piense.

—Yo no creo en los derechos que se adquieren al nacer. En nuestro vecino país, se guillotina hace dos siglos a los que gozaban de privilegios de nacimiento. Por ser español, tengo privilegios que los inmigrantes aquí no tienen, y ¿por qué tengo yo más derechos que ellos en un país que se dice democrático y donde se reconocen los derechos del hombre? En la carta de la Naciones Unidas no se habla de nacionalidades, pero sí de hombres. A mí me gustaría que todos fuéramos iguales. Por otra parte, las diferencias que nos separan son abrumadoras. De algún modo seguimos la política tribal a niveles nacionales donde todos los habitantes de un país formamos parte de una comunidad que se rige de forma autónoma y rechaza a los ciudadanos de otras comunidades. Aprendemos a ser tolerantes, pero es verdad que los inmigrantes nos traen otras culturas que a veces nos cuesta comprender.

Antonio se quedó un rato en silencio como reflexionando sobre sus palabras. Una reflexión que Carmen interrumpió.

—No me has contestado —objetó.

—Y no lo voy a hacer. ¿Por qué no me cuentas tú si eres racista?

Carmen se echó a reír.

—Mírame, tengo el look típico de una norteamericana. Sabes bien que soy sudamericana y por lo tanto inmigrante en el país que me dio nacionalidad. ¿Cómo voy a ser yo racista?

Antonio le propuso brindar por la oportunidad que le habían dado de rehacer su vida en un país tan grande. Carmen se preguntaba si debía contarle la verdad acerca de su origen y del porque tenía la nacionalidad estadounidense. Sólo se conocían desde esta mañana y aunque habían simpatizado debido sobre todo al hecho de trabajar juntos, no sabía si debía hacerlo. Por otra parte, no tenía nada que reprocharse y pensó que eso acabaría de unirles más allá del trabajo, tal vez en la amistad.

—Soy cubana. —Notó que Antonio estaba sorprendido. —Sí de la misma isla que el tipo al que damos caza. Mi papá era general de bastante prestigio bajo el régimen de Batista, allá por los años cincuenta. Gozaba del favor del presidente y le representaba en las reuniones que, periódicamente, el país tenía con los americanos. Viajó mucho a los Estados Unidos aprendiendo su idioma y algo de sus costumbres. Allí se hizo varios amigos entre los altos funcionarios de Eisenhower y el ejército. Un día le avisaron que algo se estaba tramando en Cuba, le dijeron que se estaba organizando un movimiento revolucionario. En un principio, mi padre no lo quiso creer, pero él mismo se daba cuenta de lo que allí estaba pasando. Él sabía que la miseria suele ser buen germen para una revolución. Tenía tierras en las que cultivaba tabaco, plátanos, café y otras cosas. Las empezó a vender alegando que le daba pereza su gestión. Todo el dinero que ganó lo invirtió luego en los Estados Unidos aprovechando uno de sus viajes. Cuando estalló la revolución en el cincuenta y nueve, luchó algo con su ejército y cuando vio que todos los soldados estaban desertando para unirse a los castristas, tomó un avión con mi mamá y mis hermanos, y se exilió en Florida. Consiguió el estatuto de refugiado gracias a sus amigos en el gobierno americano y se construyó una gran mansión cerca de Cayo Vizcaíno donde siguió recibiendo a antiguos amigos con los que charlar sobre épocas pasadas. Yo misma nací allí al poco tiempo de instalarse.

Antonio la miró a los ojos y le agradeció la confianza. Era una muestra de confianza, la que él necesitaba para seguir colaborando con ella. Observó que los dos habían terminado sus hamburguesas y pidió la carta de los postres. Ambos coincidieron en un helado y se lo pidieron a la camarera que aún no había perdido la sonrisa.

—Debió ser doloroso para tu familia —observó Antonio.

—Económicamente, no. La verdad es que no nos faltó nada. Pero sentimentalmente es otra cosa. Hablando con mi papá, me confesó que, aunque no la aprobaba, entendía los motivos de la revolución. Creo que él también, aunque a su manera, era revolucionario. Me contó que Cuba, tal como él la había conocido, vivía al amparo de los Estados Unidos que la pervertía. Era un hombre orgulloso y no le gustaba ver como los ricachones americanos se paseaban por la isla de casino en casino y de puta en puta.

—Las cosas no han cambiado mucho desde entonces —objetó Antonio.

—Sí, supongo que Fidel no resultó ser el líder salvador que todos los cubanos esperaban y ahora persiste en su idea aun cuando está llevando el país a su ruina como lo hiciera Batista. Te contaré más cosas sobre mi papá. Le llegaron informes sobre una posible operación montada por exiliados cubanos y el ejército norteamericano para reconquistar Cuba. Kennedy nunca llegó a prestarle mucha ayuda a esta operación. Mi papá participó con su dinero en fundar un ejército de cubanos en Florida, pero prefería que las cosas siguieran como estaban convencido de que tampoco era solución para Cuba volver al régimen anterior. Cuando pasó lo de los misiles soviéticos, un año después, cambió por completo de ideas y se volcó por completo en persuadir al gobierno de Kennedy y luego al de Johnson que era necesario derrocar a Castro. Todos le daban la razón, pero la derrota de Bahía de Cochinos y luego el acuerdo Kennedy-Krutchov sobre la independencia de Cuba eran motivos más que suficientes para dejarlo todo así.

—Cambio de idea porque odiaba el comunismo —dedujo Antonio.

—No exactamente. Había estudiado mucho y el comunismo le pareció una idea poco práctica pero no desechable. Sí, en cambio, era antisoviético y el ver a su Cuba amada codearse con la Unión Soviética le producía algo más que ardor de estómago.

—¿Y lo del FBI?

Carmen sonrió, era la pregunta típica de los hombres que iba conociendo en su vida e intentaban de algún modo ligarla. ¿Intentaba Antonio hacerle la corte? No era su tipo y no acabarían en la cama, aunque fuera el deseo de su compañero. Quería separar las relaciones profesionales de las íntimas. Ya se había llevado alguna decepción en épocas anteriores al caer rendida en los brazos de otro compañero.

—Yo también me lo pregunto eso de qué hace una chica como yo en la oficina federal. Pienso que quería encarnar parte de los ideales de mi país de acogida, el único que he conocido, y también quise que mi papá se sintiera orgulloso de mí como lo estaba de mis hermanos a quienes les fue entregando partes de su negocio.

—¿Lo estuvo? —preguntó Antonio con picardía al tiempo que tragaba la última cucharada de su helado.

—¿Orgulloso? No lo sé. Murió poco antes de graduarme.

—Lo siento.

—No te preocupes, hace ya mucho tiempo y lo tengo superado. Sigo viviendo en la gran casa de Cayo Vizcaíno con mi mamá. Algún día me iré. Por otra parte, en el FBI soy muy útil para asuntos relacionados con la comunidad hispana. Fue mi condición de cubana razón por la que fui nombrada agente especial encargada del caso de Ramón. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió con tono jovial. —Habrás notado que hemos estado hablando durante toda la comida de mí así que me parece justo que te toque a ti contarme algo.

—¿Qué puedo contarte que no hayas leído ya en mi expediente?

—No creas eso —contestó ofendida—. Es verdad que lo tuve delante de mí esta mañana, pero tenía poco tiempo y me centré sobretodo en el informe de la autopsia. De tu expediente sólo leí lo referente a tus actividades dentro del cuerpo y tu historial como policía. Brillante, sea dicho de paso. Sólo leí el resumen que lo acompañaba. Entiende que a mí no me haría gracia que ningún desconocido removiera mi vida íntima, es algo que me pertenece. Pensé que tampoco a ti te haría gracia que husmeara en tu vida.

Antonio le agradeció este detalle. Paso a contarle todo aquello que sabía estaba escrito en su informe y evitó, en cambio, lo que no estaba. Tampoco profundizó mucho en los motivos de su ruptura sentimental, era algo de lo que no quería hablar y ella lo entendió. También le comentó el asunto que estuvo a punto de costarle el puesto, pero no le contó la verdad del caso, a fin de cuentas, seguía siendo una desconocida.

Pagó la cuenta con su tarjeta de crédito y los dos se fueron del local con cierta prisa para no tener que responder a las aún estúpidas preguntas de la camarera. Carmen quiso volver al hotel para descansar. Estaba agotada y ya no había gran cosa que hacer. Antonio pondría orden en los informes de la muerte de Elena y reflexionaría sobre todo lo vivido en el día.

Llevaban poco tiempo circulando cuando el teléfono del coche sonó. Antonio contestó, era Romero.

—¿Dónde estabas metido? ¿Te imaginas que no tengo nada mejor que hacer que andar buscándote por media ciudad? —Antonio quiso contestar, pero el otro no le dejó. —Tienes que organizar una redada en Cuzco esta noche y meter un poco de mierda para que los vecinos vean que hacemos algo.

—Sigo con la investigación —objetó.

—No me toques los cojones —le interrumpió—. Vuelve aquí y prepara a los chicos para espantar a las fulanas esta noche. ¡Ah! Llévate a tu acompañante.

—Está agotada —volvió a objetar.

—Bueno, invítala de todos modos y que venga si quiere.

Colgó.

—Anda y que te jodan, cabrón —gritó Antonio al tiempo que colgaba el aparato.

Carmen insistió en acompañarle esa noche. Antonio intentó disuadirla, pero en vano. La dejó a la puerta de su hotel y se despidió.

En la comisaría organizó la pequeña redada y explicó a los distintos agentes lo que debían hacer. No tardó en marcharse a su casa donde descansó un rato. Había quedado con su nueva compañera una hora antes para enseñarle un poco el lugar.

El director adjunto del FBI regresó a su despacho de la avenida Pensilvania en Washington DC tras su visita relámpago a Madrid y reunirse con los distintos mandos de la seguridad española. No sabía a ciencia cierta si había obrado con inteligencia, más bien se dejó invadir por los sentimientos de la agente especial Sotillos por la que sentía mucho afecto. La muchacha era impulsiva y el odio por el asesino de las prostitutas de Miami podía más que su carácter.

Craves estaba agotado tras pasar toda una noche en blanco. Ya no tenía edad para esas cosas. A sus casi sesenta años, se sentía viejo y sólo pensaba en su jubilación. Pero el descubrimiento del cadáver de Elena asesinada en circunstancias similares a las que él mismo había visto en otros crímenes a lo largo de su carrera, y no sólo en Miami como hasta ahora todo el mundo creía, le tenía preocupado. Todos los demás casos habían sido ya archivados y los asesinos de algún modo ejecutados. Ahora planeaba una nube de hermetismo y silencio sobre todos estos casos que sólo él mismo y su jefe conocían.

Craves era ante todo un profesional. Un excelente investigador metido a responsable ejecutivo como agradecimiento por todos esos años de desinteresada dedicación. Pero también era algo más, una de las pocas personas en conocer secretos que cualquier gobierno querría seguir manteniendo apartados del público. Llegó incluso a temer por su vida y se aseguró una especie de seguro, varias copias de documentos comprometedores serían enviados a los jefes de redacción de periódicos y cadenas de televisión si él mismo llegara a morir en circunstancias violentas. Pero por encima de este chantaje se encontraba sobre todo sus conocimientos y su espíritu práctico que le hacía indispensable en cualquier operación montada por la oficina federal o en colaboración con la central de inteligencia.

Saludó a su secretaria personal y le preguntó por los recados que tenía. Sólo había uno con la suficiente importancia como para dar vuelta atrás y salir de su despacho rumbo al del director del FBI, su jefe.

Tomaron el café y charlaron de la experiencia de Craves en un viaje de ida y vuelta. Charlaron un poco también de la impresión que tuvo de

Madrid, pero Craves confesó que vio demasiado poco como para hacerse una idea del país y de su gente.

—¿Te has asegurado de la colaboración de las fuerzas del orden de allí? —preguntó el director.

—En las reuniones que tuve con ellos, asistió incluso un político, según mis informes es el responsable de la seguridad del país. Para que te hagas una idea: ocupa tu puesto allí. También me entrevisté con los distintos cuerpos que tienen: la policía, los servicios especiales de la policía, un cuerpo policial dentro del ejército cuyas diferencias con la policía misma no entendí, e incluso los servicios secretos.

—¿Qué opinas de ellos?

—No sé qué idea hacerme. La verdad es que sé más de ellos por los informes de la CIA que por mi instinto. Sé que no se puede confiar en ellos. Han montado operaciones encubiertas y delicadas que la prensa ha descubierto y publicado sin remordimiento. Parece que no controlan los medios de comunicación como hace veinte años y no están tan organizados como entonces. Además, están muy mal dirigidos, no se fían unos de otros e intentan acusarse de corrupción entre ellos. ¡Vamos! ¡Como aquí mismo!

El director del FBI también había leído esos informes y opinaba, como Craves, que no podía esperarse mucho de la seguridad española que, en algunos casos, podría incluso suponer un obstáculo a la operación que habían montado.

—Me llamó hace una hora Irling —el responsable de la CIA— preguntándome si queríamos seguir adelante con este montaje. Le contesté que era inevitable acabar con todos los hijos de Hautmann que había por el mundo.

—¿Sabemos lo que estamos haciendo? —preguntó suspirando.

—Lo deseo Craves, recuerda que has sido tú mismo el que montó toda esta artimaña. Recuerda también que eres tú mismo el que insiste en acabar con todos estos malnacidos. Es por tu excesivo sentimentalismo, hace treinta años, que aún siguen vivos ahora.

Craves lo recordaba y de algún modo se sentía culpable, pero tenía la convicción de haber actuado correctamente. El aviso del director del FBI no podía ser más claro: si algo acababa mal en esta historia, Craves sería el único responsable y le costaría tal vez algo más que el puesto.

—Y la chica que has mandado allí, ¿cómo es? —preguntó el director refiriéndose a Carmen.

—Es bastante buena y es hispana, pero algo joven aún y demasiado idealista. Por otra parte, esto será nuestra ventaja. También me he asegurado que sólo averigüe lo que nos interesa y he dado órdenes a los agentes de la CIA que trabajan en España que la guíen en el camino y, si fuera necesario, que tomen soluciones drásticas.

—Bien. Esta tarde me reúno con el presidente para debatir algunos puntos sobre su viaje a dos estados del sur y los dispositivos de seguridad que vamos a montar. También me preguntará por este asunto y trataré de tranquilizarle. Es un buen hombre y todo esto lo preocupa mucho.

—Pero no lo entiendo, él no hizo nada —repuso Craves.

—Ya, pero lo ha estado encubriendo desde que llegó a la Casa Blanca y eso, de cara al pueblo, es tan grave como ser el responsable. Craves, nos jugamos mucho en todo esto, recuérdalo. —Craves asintió.

17

Eran casi las once de la noche y el despertador produjo un característico sonido estridente e intermitente que sacó a Antonio del sueño en el que estaba inmerso. Llevaba durmiendo desde que llegó recuperando todo lo que no había dormido en dos noches, pero aún se sentía falta de sueño. Se estiró gritando de dolor no porque le doliera algo en particular sino porque le fastidiaba organizar la pequeña redada para lucimiento del cuerpo de policía.

Tras ducharse y vestirse pasó a recoger a Carmen con el coche camuflado que había tomado en la comisaría para no coger el suyo propio demasiado conocido de prostitutas y proxenetas. Juntos llegaron a la zona de Cuzco donde las prostitutas ya se estaban estorbando unas a otras. Estaban de suerte, parecía que esta noche había más chicas que nunca.

Faltaban quince minutos para la hora. Antonio había fijado la cita en una de las esquinas con Castellana donde había suficiente espacio para aparcar tres furgonetas de la policía sin perjudicar el tráfico. Las consignas eran claras, identificar a todo el mundo que estuviera allí de paso o traficando, incordiar a los clientes, asustar a las prostitutas,

arremeter con contundencia contra los camellos y, lo más importante, hacerse notar. Esa última orden fue la que le obligó a preparar la operación para medianoche, hora bisagra entre la noche y la madrugada en la que pocos vecinos estarían durmiendo y donde algunos estarían incluso paseando el perro o dándose una vuelta, oportunos espectadores de primera línea de la acción policial.

Además de los treinta policías que luego serían repartidos de forma estratégica por la zona y de media docena camuflados, también asistiría el ayudante del jefe de prensa del cuerpo nacional de policía que luego redactaría una nota sobre la operación que sería difundida en los medios de comunicación aconsejando su publicación. Asimismo, acudían dos periodistas para ser testigos de cuán en serio se tomaban los problemas de la sociedad.

Antonio le propuso a Carmen dar una vuelta por la zona tranquilamente para poder observar todo lo que allí había.

—Sabrás Carmen que aquí el ejercicio de la prostitución no es delito. Te digo eso porque sé que en tu país sí que lo es.

—Salvo en el estado de Nevada —puntualizó.

—Lo que sí es delito es la inducción a la prostitución, vamos, obligar a una chica a prostituirse. También castigamos la prostitución de menores, pero eso no ocurre en la calle sino en los bares de las carreteras donde no hay vigilancia. Y lo que concierne al proxeneta, pues en el nuevo código penal, se le deja de penalizar siempre y cuando no se realicen alguno de los delitos que antes mencioné. La verdad es que han cambiado mucho las cosas desde el típico chulo de película que pegaba a sus chicas si no le traían dinero. Ahora suelen ser el novio o el marido y se aparta un poco de la prostituta, vigila su seguridad, toma nota de las matrículas de los coches con los que ella se va y la ayuda si surge un problema. Sobre todo, la protege de atracos. Por aquí hay mucho chorizo en moto que les roba el bolso con un tirón. Las chicas de la calle lo tienen difícil porque se encuentran con cada desaprensivo que tienen que protegerse y organizarse.

—Yo creo que legalizar al proxeneta es fomentar el tráfico de las mujeres, vamos la prostitución en general —objetó Carmen—. Y no lo digo sólo yo, la Unesco publicó un acta en el cuarenta y nueve en el que se pedía castigo a los que vivían a costa de la prostitución.

—Sin duda tienes razón. Pero yo no castigaría al que protege a su mujer o novia de los atracos y de los clientes pervertidos. Estos no se acuestan con los clientes que es la parte más repugnante que tiene el ser puta, pero sí que se tienen que meter en peleas y a menudo, sacan la navaja como si fueran caballeros de otros tiempos, como si fueran guardas jurados de la calle. Pero hay otros proxenetas, los que recluyen a las mujeres en burdeles. Aquí, ves, viven de forma independiente, en los burdeles trabajan diez veces más y siempre son amenazadas. A estos sí habría que castigarlos.

—En los Estados Unidos castigamos tanto a las prostitutas como a los proxenetas porque consideramos que ejercer esta profesión, si se le puede llamar así, es un acto denigrante para la mujer y que sólo con tolerarla, la reconocemos y por lo tanto la fomentamos. No entiendo como os convertís en cómplices de esa vejación —objetó Carmen con contundencia.

—Tal vez porque es imposible erradicarla. También aborrecemos el triste espectáculo de esas mujeres en la calle que hacen que esto parezca una ciudad cutre. Desde el ayuntamiento se las quiere trasladar a una especie de barrio chino fuera del turismo y de las zonas residenciales.

—Me hablas de estética, Antonio, y yo te hablo de condición humana. Así es difícil que nos entendamos.

—Ya, tal vez porque tú eres mujer y yo hombre. Tal vez te identifiques con ellas y yo con los clientes. ¿Qué quieres? Mientras haya clientes, y siempre los habrá, es mejor que el ejercicio de la prostitución siga bajo el control que sólo puedes ejercer si no hay miedo a la autoridad —contestó Antonio.

Seguían parados en una de las calles limítrofes del perímetro donde deambulaban las mujeres que vendían sus cuerpos.

—Deploro como tú —prosiguió Antonio— la prostitución callejera además porque es la mayor fuente de enfermedades, sobre todo el SIDA. Yo me inclino más por los bares y saunas donde las chicas estén en mejores condiciones y donde se les reconozca derechos.

—Ya —sonrió Carmen—, dentro de unos años te presentarán una mujer a la que saludarás y preguntándole a qué se dedica te contestará que es puta. "Qué profesión más interesante". Y ella que te contará algunos episodios morbosos de su vida en la cama.

—Eres una cachonda, Carmen, si tu profecía se cumple, espero que por lo menos guarde el secreto profesional.

—Yo pienso más bien que hemos de ayudar a esas pobres mujeres a encontrar un trabajo digno y...

—¿Eso es así en tu país? —la interrumpió Antonio—. ¿Hay programas de reinserción para las putas? ¿Les encontráis un buen trabajo?

—Carmen meneó la cabeza. —Claro que no, porque nadie se interesa por ellas. No es la falta de trabajo que las hace prostituirse. Aquí esas chicas que ves pasearse cobran dos o tres veces nuestro sueldo y no pagan impuestos. Pero siguen igual de pobres, porque por la mañana se van a las chabolas de gitanos a comprar droga para ellas y para sus compañeros. Yo centraría los esfuerzos sobre los camellos y traficantes a gran escala. Y si no es eso, son las inmigrantes que acuden a nuestro país obligadas a prostituirse para pagarse un pasaporte conseguido con el engaño.

—¿Y por qué no lo hacéis?

—Sencillamente nos hemos vuelto permisivos. Es lo que ocurre en una sociedad que ha vivido cuarenta años de prohibiciones y de falta de libertad. Somos ambiguos, prohibimos el comercio de drogas, pero no su consumo así que si detienes a un camello no puedes demostrar que las tres dosis que lleva encima no son para su uso personal. ¿De qué sirve si ni siquiera nos ayudan los tribunales?

Antonio encendió el motor del coche y se dispuso a seguir a otros pocos que marchaban lentamente contemplando a las chicas y, en ocasiones, deteniéndose para preguntar precios. Carmen se asombró al ver toda una legión de chicas de color, una tras otra, que hacían signos a los coches para que se parasen.

—No te extrañes, Carmen —le explicó Antonio—. El noventa por ciento de las prostitutas en nuestro país son extranjeras. Las tenemos esencialmente de la República Dominicana, de Uruguay, incluso de Brasil. Y es lo peor que hay porque a las chicas las traen las bandas mafiosas. Las reclutan en su tierra a través de falsos anuncios de camareras en España y las prometen el oro y el moro. Las chicas se ilusionan. Les dan documentación, pasaje y alojamiento los primeros días en España. Cuando llegan aquí descubren que no hay trabajo ni perspectiva de conseguir algo. Entonces se encuentran con otras chicas que llevan más tiempo y les explican que pueden ganar más dinero siendo amables con los hombres. Se las llevan a los bares de las carreteras y las van cambiando de vez en

cuando para que nosotros no empecemos a controlarlas. Allí el propietario las acaba de convencer y las explota veinticuatro horas al día, todos los días salvo cuando les llega la menstruación. Bueno, las hay que quieren seguir por el recto camino, entonces los organizadores de la red les recuerdan que deben dinero y las amenazan. Todas acaban cediendo. No hay más remedio.

—¿Y cómo actuáis? —preguntó Carmen.

—Mal, fatal incluso. No podemos hacer nada. Primero porque están asustadas y no se atreven a denunciar a nadie y además porque en ningún momento han sido llevadas por fuerza y como la prostitución no es ilegal, tampoco las podemos ayudar en eso. Sólo cuando hay menores de por medio, la Grume, el grupo de menores, interviene y entonces sí que detenemos a todo el mundo. Hace poco desmantelamos una red de trata de blancas portuguesa que secuestraba a chicas en las discotecas y las traía a Madrid. Una de ellas se escapó y se refugió en la embajada de Portugal. Incluso secuestraron a menores así que los metimos a todos en la cárcel. Contra las otras, lo único que hacemos es expulsar a las que están en situación irregular, pero es algo que me asusta. Una vez de vuelta en su país, los traficantes suelen ajustar cuentas con ellas o con su familia.

—No sabía que el comercio de las mujeres estaba tan extendido en España.

—Bueno, estamos incluso descubriendo que hay complicidad de policías. En Alicante, había tres guardias civiles que daban su protección a varios bares donde se ejercía la prostitución y en Barcelona, un inspector era socio de un bar de esos.

—Entonces me das la razón sobre que la prostitución debe prohibirse —concluyó Carmen.

—No. Tal como la tenemos ahora, no debería tolerarse, estoy de acuerdo. Pero la que si vemos con buenos ojos es la de un mayor nivel donde no hay coacción, donde las medidas de higiene son superiores y donde el cliente se siente mejor atendido. Yo cerraría todos los locales que tiene dominicanas, por ejemplo, y enjuiciaría a sus propietarios. En otros medios, hay prostitutas que se llevan entre setenta y cien mil pesetas por noche, que asisten a convenciones y cenas con clientes de lujo. Estos lo justifican como gastos de representación. Las chicas pasan factura con la tarjeta de crédito y dan un resguardo a nombre de una empresa hostelera que no existe. Además, también las hay en saunas que son como burdeles

encubiertos donde hay una Madame y un bar donde el cliente se relaja escogiendo a la chica con la que luego se irá a la habitación, se duchará y follará.

—¿Y la higiene? —preguntó Carmen mostrándose interesada por este nuevo enfoque del problema que en los Estados Unidos era tan distinto.

—Pues son chicas que van regularmente al ginecólogo, tienen menos o casi ninguna enfermedad. Según un estudio, son incluso más seguras que una relación esporádica con una chica a la que no se conoce de nada. Por lo contrario, las de la calle tienen un índice de SIDA alarmante, una de cada cuatro es portadora y todas ellas debido a drogas. Hay programas de educación sexual para las de la calle donde se insiste mucho sobre el uso del condón, pero las hay que no tienen más remedio que aceptar las condiciones del cliente que lo rechaza incluso pagando más. Criticamos mucho a las prostitutas como un factor de propagación del SIDA, pero igual culpable es el hombre que insiste en no ponerse goma. Los hay que son auténticos ignorantes. Ya sabes, eso le pasa a los demás, pero no a mí.

Al rato, Antonio observó cómo varias furgonetas de policías estaban tomando las posiciones que había indicado. Miró su reloj, era ya medianoche. Acabó la vuelta que estaba dando mientras observaba como algunas prostitutas, empezaban a esconderse o marcharse al observar la presencia policial. Otras, en cambio, las más antiguas seguían en su sitio esperando a que un cliente se acercara a pedirles un servicio.

Acostados a un lado de la calle del Capitán Haya, frente al hotel, había un coche de la policía municipal y un par de agentes que se dedicaban al test de alcoholemia. Intentaba ahuyentar a los clientes que pasaban con sus coches. Localizaban a los que conducían solos y se paraban a charlar con alguna chica. Los detenían y les pedían someterse a la prueba. Solían casi siempre dar negativo, pero el cliente ya no volvía.

Antonio se acercó al coche y se detuvo. Uno de los agentes le preguntó si era voluntario para la prueba. Semejante invitación le produjo gracia.

—Soy el inspector Hernán, de la comisaría de AZCA —se identificó mostrándoles la placa—. Vamos a llevar a cabo una redada un poco más fuerte que de costumbre. Si no les importa, me gustaría que se fuesen y avisaran a sus superiores.

El agente con el que hablaba le rogó que esperara que su compañero recibiera órdenes. Este estaba hablando por radio con el mando de la

policía municipal. Le hizo un gesto afirmativo y los dos empezaron a replegar sus cosas.

—Si le podemos ayudar en algo, llámenos, estaremos a un par de calles —informó el otro municipal.

Antonio reflexionó un momento.

—Sí, pueden ayudarnos. Mientras empezamos a pedir la documentación a estas señoritas, no estaría de más que asustasen un poco a los clientes. Si no les importa, esto nos ayudaría bastante.

Los dos agentes asintieron y esperaron el momento de actuar. Antonio regresó a su coche y acabó de dar la vuelta aparcando cerca de las tres furgonetas y de los policías que se estaban desplegando esperando órdenes. Bajó del coche y ordenó que la operación empezara.

Los policías se fueron separando por parejas identificando a todo el mundo: prostitutas, proxenetas, incluso clientes. Cada vez que le pedían su documentación a una chica, contrarrestaban sus datos por radio con la central donde otro agente consultaba la base de datos del Ministerio del Interior informando de cualquier anomalía en su estado judicial. Al mismo tiempo y esperando el veredicto, los agentes les pedían que vaciaran sus bolsos sobre el coche uniformado, procediendo a un estricto cacheo cuyo único fin era el de perturbar a la prostituta. Era el momento que aprovechaban para informarlas de que las condiciones de seguridad por esta zona se habían vuelto muy malas y de que se estaban jugando la vida cada noche. ¿No habían oído que una compañera suya fue apuñalada la noche anterior y era por eso que habían montado la redada? No, claro que no sabían, porque era una noticia inventada por Antonio para difundir el miedo entre las profesionales. Entonces, preguntaban asustadas como había muerto la chica. El policía de turno les contestaba que degollada en un descampado donde habría estado manteniendo relaciones sexuales con un cliente. Su cadáver se encontró medio desnudo y con evidentes pruebas de haber sido golpeado antes de morir. Cuando preguntaban la identidad de la víctima, el agente contestaba con un *“no lo sé, no ha sido identificada”*. Y añadía algunas consignas sobre seguridad que debían respetar: identificar a sus clientes tomándoles el número de matrícula, evitar montárselo en los coches y evitar que los camellos tomaran la zona trayéndose con ellos una clientela deplorable.

Las chicas acababan horrorizadas ante lo que oían y juraban matar al malnacido e inexistente asesino. La mentira calaba hondo entre el gremio

y causaba pánico. Algunas no aparecerían durante días asustadas porque esto pudiera pasarles a ellas. Otras, las más curtidas, volverían a trabajar el día siguiente más que nada por la falta que el dinero les hace.

Con este aviso, se conseguían varios objetivos o, por lo menos, se intentaban conseguir. El primero de ellos era que los clientes se sintieran bajo sospecha al observar que las prostitutas tomaban, aunque a escondidas, sus datos. Otro objetivo era el de dejar que las relaciones se mantuvieran en el coche a la vista de todos los transeúntes. Y, por último, pero lo más importante, que las adictas a la droga dejaran de tenerla a mano. No era la prostitución quien traía la violencia sino el tráfico callejero de drogas. Si la historia de la muerte de una prostituta era falsa, Antonio quería sin embargo avisar que eso podría ocurrir y de que no sería la primera vez. En varias ocasiones, la policía ha tenido que tramitar denuncias por violación de chicas a manos de sus clientes. Siempre son denuncias difíciles de tramitar porque la palabra de una fulana siempre se pone en duda, aunque, en la mayoría, de los casos, el cliente se aprovecha casi siempre del desprecio que las chicas padecen en la sociedad.

El coche de policía municipal daba vueltas por la zona con las luces encendidas y siguiendo a los ya pocos coches que, pese al despliegue, intentaban contratar a alguna chica. Se situaban detrás de uno y le ordenaban, usando el altavoz, que siguiera circulando. El aviso producía dos efectos en el conductor: le asustaba porque la policía siempre asusta y le avergonzaba porque se hacía público que estaba negociando con una prostituta. En cualquier caso, el conductor siempre obedecía y optaba por abandonar la zona.

Algunas chicas intentaron huir, pero fueron atrapadas por otros policías que estaban aparcados entre la zona de *trabajo* y los apartamentos a los que las chicas llevan sus clientes. Aquellas que intentaban fugarse fueron detenidas. Como se esperaba, no llevaban permiso de residencia en regla.

Todas las mujeres notaron cierta dureza desacostumbrada en los policías que practicaban la redada y no sabían bien a qué se debía, pero la toleraban cuando se les explicaba la falta de seguridad que había allí y de las que eran víctimas más que instigadoras. Las que intentaban oponer resistencia eran detenidas.

En ningún momento hubo violencia y Antonio estuvo satisfecho por la operación que había supervisado. Contempló con orgullo la curiosidad de

algunos vecinos que observaban la operación desde la calle o desde sus casas. Dejó órdenes de que las que habían sido arrestadas fueran llevadas a comisaría y soltadas cinco minutos después. Era más de lo que solían hacer.

Cansado, Antonio se disponía a volver a casa cuando apareció su viejo amigo Luis que acudía atraído por el despliegue. Carmen se acercó a los dos amigos y Antonio hizo las presentaciones de rigor. Como ella también estaba agotada, acabadas las presentaciones, prefirió volver a su hotel.

—Tonio, amigo mío, oí lo de que tenías montada una pequeña orgía —le explicó Luis con cierto sarcasmo.

—¡Amigo! Nunca te pierdes un espectáculo tan morboso como ese, ¿verdad?

—Sobre todo cuando tú eres el organizador —replicó echándose a reír. A Antonio también le hizo gracia, pero no se rio.

Los dos amigos se observaban sin tener gran cosa que decirse, o sin saber qué decirse.

—Tonio, me han hablado de un lugar, en el centro en el que vas con tu pareja y donde sólo pagas las consumiciones. Allí, te pones en pelotas y hay varios cuartos donde hay parejas follando y te puedes meter con ellos y organizas un intercambio acojónate.

—¿Quién te da todas estas direcciones? —preguntó Antonio asqueado.

—Un caballero bien informado nunca revela sus fuentes —le contestó.

—Pero si tú no eres ningún caballero. ¡Animal!

—Es verdad, Tonio, es lo que dicen todas las que pasan la noche conmigo; que soy una bestia —pronunció esta última palabra con énfasis lo que produjo en Antonio una mirada de incredulidad—. Sí Tonio, yo me comporto como un tigre en la cama. No puede decirse lo mismo de ti. —La expresión de Antonio se borró por completo adoptando la mirada seria, su virilidad acababa de ser cuestionada. —No te cabrees macho, he visto a mi amiguita hace un rato, su hermana le ha contado que tu lápiz no sacó punta anoche, ya sabes, que no has cumplido, y eso me preocupa.

—Estaba agotado —se excusó.

—Claro, eso le pasa a cualquiera —repuso Luis con ironía—. El estrés acaba con un buen polvo, todos los médicos lo dicen. Pero hay remedios, deberías consultar un médico o un masajista. Me han dicho que hay una técnica oriental que hace que un tío te mete las manos en el costado, hace presión, y la polla vuelve a ponerse dura.

—Estoy cansado, Luis, mañana hablamos, ¿vale?

Antonio subió en el coche y se marchó a su casa humillado porque su mejor amigo, su único amigo, sabía que empezaba a sufrir impotencia. Sentía ahora la vergüenza que no sintió anoche cuando no consiguió practicar el juego más viejo del mundo con una chica que era bastante apetecible. Su vida sexual con Susana había sido muy sana y achacaba este mal momento a su separación. Era un trauma de la mente que pronto le pasaría.

Amaneció un día sereno. Eran las nueve y los dos policías se encontraron en el despacho de Antonio. Carmen también tomaba un café y le sonreía más que nada porque había recuperado todo el sueño perdido el día anterior en el viaje. Antonio se sentía más contento que de costumbre, se sentía al fin con algo en qué pensar que no fuera su mujer. También le sonrió a Carmen que incluso le pareció guapa, no hermosa, pero con algo de encanto sobre todo porque, notó, se había arreglado un poco. Llevaba algo de maquillaje y parecía más sofisticada que el día anterior. Ésta debía ser la verdadera Carmen Sotillos, lo de ayer era sólo una chica cansada, y este cambio le gustó. Pensó que sería agradable invitarla a cenar. Luego se sorprendió al imaginar qué tipo de mujer debía ser en la cama, ¿apasionada? ¿colegiala? ¿bestial? Y luego se acordó de lo mal que había quedado con la hermana de la amiguita de Luis. No había podido hacerle nada digno de un hombre tan viril como él. Resopló imaginándose quedando en la misma situación humillante pero esta vez con Carmen. Pensó que era hora de probar el sexo manual para ver si de verdad tenía problemas con esto o si sólo era cuestión del trabajo y el estrés. Dios, pensó, ¿será verdad que me estoy volviendo impotente?

Ambos se preguntaron por sus noches respectivas como muestra de cortesía y los dos contestaron con memeces cursis que el otro no escucharía. ¿Y ahora qué hacemos? Pensaron en voz baja como queriendo evitar que el otro se enterará de la frustración y falta de ideas al que habían llegado cada uno, por separado.

Sonó el teléfono. Antonio lo descolgó y contestó. Al otro lado del hilo, Gutiérrez, el responsable de la brigada especial, quería informarse sobre el estado de las investigaciones.

—Nada —reconoció Antonio—. Estamos en un callejón sin salidas.

—Lo imaginaba —contestó Gutiérrez—. ¿Y qué proponen?

—Imagino que si el plan era tan perfecto como ayer dieron a entender, habrán pensado en una salida, en otra opción, ¿no?

—Sí —contestó el comisario—. Ahora mismo tengo a varios hombres rastreando toda España buscando a Ramón. También estamos prestando

atención a distintas sectas satánicas. Buscamos por todas partes y no encontramos nada.

—Tal vez haya otra salida —se aventuró a decirle Antonio. Notó que el comisario lo escuchaba—. Me refiero a que deberíamos infiltrarle.

—¿Cómo? Si ni siquiera sabemos dónde está.

—No me entiende, comisario. Hagamos que sea él quien venga a nosotros. Llamémosle la atención con algo que le interese. Por ejemplo, la nueva aparición en Madrid de un médium con grandes poderes que se sospecha tiene relaciones con el demonio. Ya sabe, una experta en el vudú que él pensaría sería un buen aliado.

El comisario estaba atónito. Era un plan perfecto, aunque con pocas posibilidades de éxito y muy, muy, peligroso.

—Yo no puedo meter a nadie de mi departamento —objetó Gutiérrez—. Si es verdad que Ramón ha captado a gente importante es probable que alguno de mis chicos haya servido en alguna ocasión de escolta y pueda ser reconocido.

—No pienso en nadie de su brigada —contestó Antonio.

—Usted tampoco sirve, también le conocen en medios policiales —volvió a objetar.

—Ya lo sé. Pensé en ella.

—¿En quién? —preguntó el comisario desorientado.

—En Carmen. Es ideal —añadió Antonio mientras observaba la mirada de asombro de su compañera—. No la conoce nadie aquí en España y es cubana. La haremos pasar por dominicana y todo el mundo se tragará lo del vudú.

—¿Y Ramón? —preguntó el comisario—. ¿La conoce?

—¿Ramón te conoce? —le preguntó Antonio a Carmen apartando el teléfono.

—Yo fui encargada de la investigación de los crímenes de Florida —contestó Carmen—. Cuando termine de demostrar que él era el asesino, el FBI me sustituyó y montó su caza. Nunca le llegué a conocer en persona.

Era perfecto. Pero quedaba un par de detalles por resolver. Carmen no sabía nada de demonios ni de vudú, y había que averiguar cómo llegar a despertar el interés de Ramón. La operación se ponía en marcha.

Cuando salieron de la sala de reuniones, Carmen no pudo retenerse de preguntarle a Antonio si sabía lo que hacía.

—¿Y tú? —le contestó—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—La verdad, no mucho.

—Pues deberías saber que vas a poner tu vida en juego. —Se detuvo. —Carmencita de mi corazón —le dijo cogiendo su cara entre sus manos —, te estás jugando la vida.

—¿Y tengo alguna otra posibilidad? —le preguntó dándole a entender que sí aceptó la misión es porque fue él mismo quien se lo propuso, y de algún modo empezaba a confiar en él.

—Podías rechazarlo y todo el mundo lo habría entendido. ¡Tienes huevos princesa!

Y le dio un beso en la mejilla.

¿Tenía otra opción? Se preguntó Carmen. No la veía. Había destinado su vida profesional a combatir a la delincuencia asumiendo los riesgos que exigía la lucha. No eran huevos como lo llamaba Antonio, era simple devoción. ¿Y su compañero? ¿Habría aceptado meterse en esta aventura si hubiera podido? Seguramente sí, pero no por los mismos motivos que ella. Su desprecio por la vida era evidente. Parecía que pocas cosas le importaban ya. Y seguramente habría sido más peligroso, en este tipo de operaciones no eran aconsejable los héroes sin causa.

Llegaron al coche de Antonio y subieron en él. Este cogió su agenda y buscó un teléfono. Seguía sin explicarle el plan que tenía en la cabeza. Carmen entendió que era su forma de ser, era individualista y solitario, y no acostumbraba a compartir nada con nadie. No sintió que se debiera a desprecio hacia ella, había notado cierto afecto por encima del respeto. Pero este afán por el misterio era inapropiado en un equipo como el suyo. Se acabó preguntando como un individuo tan egoísta podía haber compartido su vida con una mujer como lo había hecho durante tantos años. Su mujer fue una santa, pensó como mujer que también era. Pero le había dejado, así que además de santa era también una mujer inteligente. Sonrió al llegar a esas conclusiones.

Antonio ya había marcado el número de la persona con la que quería hablar y ya estaba esperando a que contestara.

—Buenos días, soy el inspector de policía Antonio Hernán. Quisiera hablar con el padre Juan Luis... ¿Sí?... Vale, espero.

Apartó un poco el auricular de su oreja mientras el padre Juan Luis era avisado. Observó cómo su compañera seguía perpleja, pero sin hacer un comentario. Notó en su mirada un reproche.

—El padre Juan Luis —le explicó— es un hombre muy simpático que actuaba hace unos años de enlace entre la Iglesia, vamos la archidiócesis de Madrid, y la policía nacional. Hubo un asesinato de un párroco en una iglesia del centro de Madrid y tuve que investigarlo, este sacerdote me ayudó... ¿Sí? Padre Juan Luis... No... Vale, sigo esperando. —Volvió a apartar el auricular. —Creo que en este asunto necesitamos la ayuda de gente experta en el tema, y quiero que me dé el nombre de alguien.

—Buena idea. La verdad, cuando estuvimos investigando los crímenes de Miami y entendimos que eran parte de un ritual macabro, quisimos recurrir a algún experto en demonios, pero no encontramos a nadie. La iglesia católica está muy mal repartida y se negaron a ayudarnos. Las demás iglesias son demasiado jóvenes e inexpertas en estos temas.

—¿Sí? —Antonio se volvió a acercar el auricular y gritaba como si no estuviera oyendo nada. —Padre, soy el inspector Antonio Hernán, ya sabe, Tonio. ¿Se acuerda de mí?

—Como no me voy a acordar de ti —le contestó el padre—. Aunque hace mucho tiempo que ya no sé nada de ti.

De una forma breve y concisa, Antonio le explicó que había dejado la brigada de homicidios, omitiendo las razones, pero que ahora había vuelto a ella, mintió para simplificar el asunto. De todos modos, el sacerdote estaría por encima de estas consideraciones. Acabó por pedirle ayuda sobre un tema bastante grave del que no quería hablar por teléfono. El clérigo lo entendió y le citó en el parque del Retiro, cerca del lago. Antonio aceptó, pero cambió el emplazamiento. Le citó en el Retiro, pero frente a la estatua del ángel caído. El sacerdote enmudeció, pero acabó aceptándolo.

Antonio había conseguido comunicarle un mensaje secreto y el padre Juan Luis lo había entendido. Le había citado fuera del colegio de jesuitas en el que daba clase para escapar también a los oídos indiscretos dentro de su orden. El clérigo acostumbraba a pasear por el parque para huir de su mundo de sacrificio y reconfortarse con la naturaleza civilizada y las gentes que como él la contemplaban.

Antonio y Carmen tenían una hora aún para perder antes de acudir a la cita. Entonces se acercaron a una cafetería cerca del parque donde tomar

un desayuno. Carmen ya se había acostumbrado al horario europeo y aceptó el café y el croissant.

Mientras desayunaban no pudieron evitar hablar del plan. Antonio entendió que era el momento de explicárselo todo a su compañera.

—Quiero hacerte pasar por una astróloga, vidente o médium, muy conocida en la República Dominicana, que viene a pasar un periodo de tiempo en España para fundar una escuela de esoterismo que llevara su nombre. Quiero publicar tu nombre en periódicos, Internet, tal vez radio y televisión. Si conseguimos hacerte una imagen de bruja y hechicera, conseguiremos que Ramón se interese por ti y te pida encontrarte con él. Si conseguimos reunir algo en su contra, podremos detenerle. Pero lo único que sé del demonio es lo que he visto en las películas como el exorcista, la profecía y que sé más. Como Dios y Demonio van bastante ligados, sobre todo en la religión católica, he pensado que tendríamos que recurrir a un sacerdote especializado en el tema que nos guíe, que te forme un poco, que te dé la personalidad que queremos que tengas cuando encarnes a la bruja malvada – terminó explicando con ironía.

Eso mismo le explicó al padre Juan Luis cuando se encontraron bajo la estatua dedicada al ángel caído. Carmen sintió un escalofrío cuando Antonio le explicó que Madrid era la única capital del mundo en tener una estatua dedicada al diablo. Antonio siguió su explicación añadiendo la posibilidad de una secta demoníaca estuviera operando en la ciudad. Sin embargo, no le explicó nada de los asesinatos ni le reveló la verdadera identidad de su compañera.

—Ahora entiendo que me citarás aquí —contestó el sacerdote y marcó una pausa antes de proseguir. Se le notaba un poco molesto o tal vez asustado—. La Iglesia tiene una idea preconcebida del maligno que la hace rechazar casi todos los fenómenos extraños cuyas raíces se ven inmersas en el mal. En una época antigua, se basaba en estas demostraciones para combatir el mal allí donde existiera y también allí donde no existía. Era una época de ignorancia y ahora estamos viviendo una época de escepticismo. Tonio, me temo que la Iglesia no te ayudara en nada porque no reconocerá que el mal pueda encarnarse. La Iglesia ha sido tantas veces acusada de ligereza en estos temas que ahora prefiere no inmiscuirse en ellos.

—Pero, el santo padre sigue nombrando exorcistas —objetó Antonio.

—Es verdad, pero lo hace como un remedio a los disturbios mentales que sienten las personas que se dicen poseídas. Tonio, actuamos con las posesiones como con las apariciones de la virgen, siempre seremos los últimos en reconocerlo y porque no quedará más remedio. No quiero decir que, en ciudades como Turín o Lyon, donde se celebran misas satánicas casi cada noche, haya como una histeria colectiva de gente perturbada. No es eso, sé que existe un poder oculto que cultiva el mal para su propio interés y contra ellos y la gente débil que reclutan, actúan los exorcistas y hombres de fe. No luchamos contra el demonio, luchamos contra el fraude.

—Aquí ocurre lo mismo. Nunca he dicho que nos enfrentamos al demonio, pero para que mi compañera pueda infiltrar este grupo, necesitamos que alguien la prepare.

¿Y estás dispuesto a asumir el riesgo, a aceptar incluso la muerte? —preguntó el padre clavándole los ojos en los suyos—. No sabes en lo que te estás metiendo. Más de uno acabó desquiciado. Es un terreno donde se pierde la realidad con demasiada facilidad.

—Eso no nos asusta, vivimos en el peligro todos los días.

—Dices eso, hijo, porque no sabes de que se trata. Sigues sin creer en Dios ¿no? Entonces no crees en el poder de lo divino y en el maligno. Seguramente ni tengas miedo, pero puedo asegurarte que lo acabarás teniendo, ¡Oh!, Sí que te lo aseguro.

—Por eso le estoy pidiendo que me ayude —insistió Antonio.

—Y yo no puedo hacerlo porque también soy un ignorante en estos temas —Antonio pareció defraudado. —Pero voy a darte una dirección. Te ruego que no le digas a nadie que te he dado este nombre. Es un padre de la orden de los benedictinos que lleva algún tiempo retirado de la Iglesia. Bueno, más que retirado, ha sido apartado. Tenía unas ideas un tanto... progresistas y, ya sabes, son las que le hacen daño a nuestra comunidad.

—¿Quería casarse? —preguntó Antonio con malicia.

—Peor, que eso, era defensor de la teoría de la liberación. Pero no fue todo, algo le ocurrió cuando era misionero en América central. Pero eso, prefiero que os lo cuente él. Os tengo que dejar.

Parecía que el sacerdote se marchaba, pero hechos un par de pasos, se detuvo y retrocedió. Alcanzando de nuevo a los dos policías les pregunto por las ondas que producía una piedra arrojada sobre el agua de un estanque. Los dos policías se contemplaron atónitos por la pregunta.

—Ya sabéis —añadió el sacerdote como explicación—, el juego donde unos niños arrojan piedras sobre el agua y cuentan cuantas veces rebotan sobre su superficie antes de hundirse. ¿Os habéis fijado en las ondas que se producen en el agua cuando la piedra se hunde?

El padre miró a ambos en los ojos y observó que no alcanzaban a entenderle. No tuvo más remedio que proseguir.

—Cuando la piedra cae al agua, se forman varias ondas en forma de círculos que se van agrandando hasta alcanzar el borde del estanque. Pasan unos segundos, y las ondas se hacen más pequeñas y lentas. Al minuto el agua ya se vuelve calma y la piedra descansa en su fondo.

—Lo que pretende decirnos —se aventuró a entender Carmen— es que este ese asunto es como esa piedra, ¿cierto? Genera mucho revuelo para luego morir en el olvido.

—Eso es —asintió el padre—. El hombre lleva arrojando muchas piedras a este estanque, muchas, pero todas acaban igual. Perturban a la Iglesia, producen ira y miedo en los creyentes, pero esas piedras acaban en el fondo del estanque, y la paz vuelve a la Iglesia. Así llevamos ya dos mil años.

Ambos policías entendieron la imagen. Ramón, la secta satánica, era una piedra más arrojada al estanque. Solo bastaba esperar un poco de tiempo para ver como la piedra alcanzaba el fondo y la calma volvía a la superficie. Pero esa piedra había matado, y seguiría matando.

El hombre que el padre Juan Luis les había recomendado vivía en un pequeño apartamento de Lavapiés, en una calle que parecía digna de los suburbios de una capital del tercer mundo. La suciedad y la porquería parecían dueñas de la acera por la que Antonio y Carmen caminaban buscando el portal.

Llegaron a encontrar la casa y entraron en ella. Tuvieron que subir por unas escaleras cuyos peldaños estaban hechos de madera y que hacía tiempo que habían perdido su uniformidad. En varias ocasiones, Carmen estuvo a punto de tropezar y caerse, pero Antonio seguía detrás de ella y la agarraba impidiéndola seguir su caída. En una de las veces que agarró su cuerpo entre sus manos, Antonio pudo sentir su olor, una fragancia femenina que le atontaba. Este olor le gustaba mucho. Pudo palpar su cuerpo y sintió unas caderas firmes, una cintura estrecha, pero no llegó a más. No era oportuno aprovecharse de las desgracias de su compañera para meterla mano.

Ya habían logrado alcanzar el tercer piso y celebraron encontrar una única puerta. El edificio estaba tan mal iluminado que les habría costado mucho determinar dónde ir.

Llamaron a la puerta varias veces y nadie contestó. Los dos se miraron como decepcionados. Cuando habían decidido marcharse, un pequeño ruido en su interior le hizo volver sobre sus pasos. La puerta acabó abriéndose.

—Disculpen que les haya hecho esperar, pero es que estaba colgando la ropa en la terraza y no oigo nada desde allí.

Era un anciano de corta estatura, delgado y con aspecto descuidado. Era la viva imagen del hombre viejo y solitario. Pero su mirada desprendía curiosidad, era una mirada inteligente que, pese a su edad, delataba que nada de su juventud se había perdido.

—¿Padre Lucas? —preguntó Antonio.

El hombre hizo un gesto convulsivo hacia atrás como sorprendido por la pregunta. Giró la vista hacia ambas extremidades del pasillo y tras asegurarse de que no había nadie, les invitó a entrar en su casa disculpándose del desorden y de la suciedad.

Carmen estaba sorprendida. Observó el pequeño apartamento y no lo encontró ni sucio ni desordenado sino todo lo contrario, incluso acogedor. Constaba de un dormitorio, de una pequeña cocina y de un salón en el centro donde los dos policías se hallaban. El anciano les invitó a sentarse en el sofá que parecía presidir la habitación. Era viejo, pero no había perdido nada de su comodidad. El anciano acercó una silla y se sentó en ella. Instintivamente Antonio se levantó para ofrecerle su sitio, pero el padre lo rechazó con un enérgico gesto de la mano.

Antonio oyó música que provenía del cuarto contiguo. Era música de un coro que cantaba uno de los fragmentos de la misa de réquiem de Mozart. Antonio lo reconoció y oír aquella música le produjo satisfacción. La sonrisa en los labios de Antonio era un mensaje que el padre que les recibía acogía con agrado.

—Mozart es una de mis debilidades —reconoció sonriendo a su vez. Suspiró—. Nunca recibo a nadie. Más que nada porque nadie me viene a ver —se lamentó—. Así que por una vez que una pareja de hermosos jóvenes entra en mi casa, lo menos que puedo hacer es recibirles como se merecen, ¿no? Aunque no sepa a qué debo el honor de su visita.

—Sí, perdón —se disculpó Antonio—. No nos hemos presentado. Me llamo Antonio Hernán y soy inspector de policía y esta señorita es mi compañera, se llama Carmen Sotillos. —El cura mostró una maravillosa sonrisa que hacía sus ojos más brillantes aún. —Nos han dado sus señas y quisiéramos consultarle un problema bastante serio.

Antonio exageraba el tono con el que iba pronunciando estas palabras para despertar la curiosidad de su anfitrión. Como había acabado su explicación, el sacerdote la juzgó insuficiente y de un gesto con las manos le invitó a seguir.

—Tenemos —prosiguió Antonio— motivos para pensar que una secta satánica se está formando aquí, en Madrid

La sonrisa angelical del anciano desapareció. Pero seguía mudo como si la revelación del policía no le hubiera causado mayor asombro. Finalmente suspiró. Antonio siguió exponiendo el temor que tenía de que esa secta fuera cobrando adeptos. Pero eso tampoco causó impresión en el anciano que seguía escuchando las palabras de Antonio con evidente interés, pero sin aparente reacción. Otra vez suspiró.

—¿Cómo lo saben? —preguntó al fin

—No lo sabemos con seguridad. Sólo sabemos que hay un individuo buscado en varios países por prácticas de brujería que se ha instalado en nuestro país. —Carmen le observaba con incredulidad. Lo que estaba diciendo era falso, pero entendió que su compañero buscaba convencer al sacerdote aun amparándose en cosas que sabía no eran ciertas. —Imagino que entenderá nuestra preocupación.

—¿Cómo saben que no es un fraude?

—Tampoco lo sabemos, padre. Por eso, me entiende, necesitamos su ayuda —intervino Carmen entendiendo que les sería más fácil convencerle si actuaban los dos.

—Hace tiempo que llevo retirado del mundo —contestó el clérigo—, incluso me han marginado dentro de la orden. Yo les supondría un estorbo más que otra cosa además de que no veo bien en qué podría ayudarles.

Antonio le explicó su proyecto de colocar un topo dentro de la secta satánica. Le explicó que este topo era la mujer que tenía frente a él y que necesitaban montar una tapadera que fuera creíble. Acabó exponiéndole la idea de que podría ser una médium dominicana especializada en el esoterismo y de dudosas creencias religiosas. Un personaje que sería muy atractivo para los adoradores del demonio. Desde dentro, esta organización sería más vulnerable a una operación policial. El padre Lucas escuchó atentamente todo cuanto le explicó Antonio. Esperó a que hubiera acabado para expresar su sentimiento al respecto.

—Están ustedes locos —sentenció.

Los dos policías perdieron el ánimo en una batalla que parecía perdida de antemano.

—El fundador de esta secta ha matado ya a varias mujeres destripándolas —añadió Antonio.

Entonces el padre Lucas entendió que no se trataba de un miedo espiritual sino de un miedo material. Los policías querían atrapar a un asesino, no a un demonio; y eso le pareció más comprensible. Desde un principio le chocaba que una pareja de policías mostrara interés en la caza de un líder espiritual, aunque fuera satánico, pero si acompañaba sus misas negras de horribles sacrificios entonces sí que se volvía un problema.

—Si se trata de fraude, no me necesitarán. Solos pueden resolverlo sin más complicaciones —les explicó el eclesiástico—. Si, por el contrario, hay auténtico mal en esta secta, entonces mi ayuda será insuficiente.

—Padre —era el último y desesperado intento de Antonio de convencer al sacerdote —yo quiero mucho a mi compañera. Es casi la hermana que no tuve. —Carmen lo volvió a observar con incredulidad. Otra vez estaba mintiendo. —Con su ayuda o sin ella, está dispuesta a jugarse la vida. Estoy convencido que usted puede ayudarla y seguramente socorrerla cuando llegue el momento. Por favor, no le niegue eso.

—Bien —acabó por aceptar el clérigo—. Necesitaré unos cuantos libros que tengo guardados por aquí. Espero que sabrán disculpar mis manías de viejo y hombre que vive solo. Pero procuraré no resultar ser una carga para ustedes.

Se levantó y se dirigió hacia la pequeña biblioteca en madera que tenía en una de las paredes del salón. La cuidaba con esmero. Los libros habían sido su gran pasión. Los dos policías respiraban hondo. Les había costado convencerle, o tal vez no. Tal vez el anciano quiso comprobar cuan dispuestos estaban en meterse en cuerpo y alma en una lucha casi imposible. Fue su forma de probar la personalidad y el carácter de la pareja que había recibido en su casa. Y dedujo que Antonio tenía esa fuerza interior y esta convicción que le eran imprescindibles para combatir el demonio; por lo contrario, su compañera era algo joven y en ella debería concentrar su esfuerzo. Debía hacer de ella una persona fuerte pero no sabía cuánto esfuerzo le iba a costar. Finalmente, se alegraba de volver a su antigua formación de exorcista que tanta ayuda le aportó en sus misiones centroamericanas.

Por último, apagó su simple radiocasete y las notas de Mozart se perdieron por la habitación. Cerró su casa y les siguió. Estaba feliz de formar parte de aquella singular comisión inquisidora. Pero antes de seguir les pidió una cosa que juzgaba muy importante. En los temas espirituales, ellos dos debían jurarle sumisión. El mismo sería la máxima autoridad. No iban a enfrentarse a un colegio de monaguillos, sino a la fuerza más oscura y poderosa que nunca habían conocido, les explicó.

Llegaron a las dependencias de la policía científica donde Antonio conocía a alguien que podía ayudarles a difundir la noticia de la llegada de una famosa bruja a Madrid.

Ese hombre no tendría más de veinticinco años y las pintas de un niño bien que aún no había dejado de vivir con sus padres. Era alto y bastante delgado. Unas enormes gafas escondían su mirada siempre curiosa. En su conjunto parecía una persona introvertida y muy tímida. Y no era para menos, había pasado toda su adolescencia entre ordenadores desde que su padre, experto en el ramo, le enseñara a los doce años a programar en Basic, lenguaje del que luego evolucionó hacia otros más potentes. Paradójicamente, aunque con rasgos muy comunes entre los niños superdotados, no brillaba en sus estudios como cabía esperar. Consideraba que perdía tiempo asistiendo a clase y muchas, casi todas las horas lectivas, las pasaba en su cuarto programando e investigando. Se aficionó tanto a las máquinas que no le hicieron falta ni los amigos, ni dedicarse a actividades deportivas o intelectuales. Sus padres no hicieron nada por cambiar su conducta sabiendo como sabían que trabajo, su hijo, siempre lo encontraría.

Tampoco logró estudiar en la facultad y tras volver del servicio militar, se aficionó a perturbar los sistemas de protección de datos de los bancos, aseguradoras y otras entidades cuyos centros de proceso de datos se habían convertido en su meta. Hubo quien reparó en sus travesuras y pensó que su talento, antes que reprimido, debía ser usado. Ingresó en el cuerpo nacional de policía como experto en tecnologías de la información ayudando en investigaciones donde la informática tenía relevada importancia.

Antonio le estrechó entre sus brazos al tiempo que recordaba a los demás lo mucho que le había ayudado a resolver un crimen en el que uno de los propietarios de una pequeña compañía de diseño por ordenador había matado a su socio, para hacerse con su parte del negocio. Tras las presentaciones de rigor, Antonio le explicó que necesitaban crear un personaje cuyos rasgos le fue describiendo. Cuando el pequeño genio se enteró de que se trataba de un asunto que tenía que ver con el ocultismo

puso mayor interés. Aceptó divulgar la noticia a través de las redes informáticas a las que se conectaba todos los días como parte de su trabajo y también por diversión. Decía tener allí muchos amigos.

—Y eso, ¿cómo lo consigues? —le preguntó Carmen interesada por la amistad cibernética.

—Es relativamente sencillo —le contestó—, si dispones del material adecuado. Y eso es un ordenador como este. —Le mostró el que tenía en la mesa. —Un aparato que traduce la señal binaria del ordenador a una señal analógica, propia de la red telefónica, y de una conexión telefónica. El ordenador se conecta a una red informática y con ella consigo hablar con un montón de gente, recibir y dar información, acceder a un museo, consultar un libro en una biblioteca estatal y otro montón de chorradas.

—¿Lo haces a través de Internet? —le preguntó el padre Lucas. Los dos policías le miraron incrédulos como si les costara creer que un sacerdote anciano entendiera de nuevas tecnologías cuando incluso para ellos les resultaba cosa del demonio—. ¿Por qué me miran así? Uno debe vivir en el mundo, ¿No les parece?

El genio de las computadoras retuvo una pequeña risa burlona.

—En Internet me cuesta mucho averiguar la nacionalidad de mi interlocutor. Así que iré dejando mensajes en los buzones de las mensajerías rosa y charlaré con alguno de los amigos que tengo allí.

—¿Cómo puedes hacerte amigos a través de una máquina como esta? —preguntó Carmen otra vez interesada por la cybercultura.

—En Internet te conectas a una mensajería rosa que es una empresa informática que te permite el diálogo con una o más personas.

—¿Pero hablando?

—No, en absoluto, escribes un mensaje en el ordenador. Por ejemplo, "Hola ¿Cómo estás?" Y eliges una de las personas que está conectada, por ejemplo, una tía que se llama Julieta y si ella quiere, te contesta algo y así vas entablando conversación.

—¿Y de qué se habla?

—De nada en particular. Se usa este medio sobre todo para ligar. Lo que pasa es que puedes jugar con la imaginación y la fantasía inventándote una personalidad que no es la tuya y ligar o dejarte ligar. Bueno, el día que mejor lo pasé fue cuando me hice pasar por tía y me conecté llamándome Virgen. Vamos, me entraron un montón de tíos. Unos preguntándome si de verdad lo era, otros diciéndome que eso no se

llevaba, y el que menos que porque no nos veíamos y me desvirgaba. En general son todos una panda de brutos que se conectan para divertirse. Cuando encuentras una chica, que parece de verdad y es muy maja acabas descubriendo que es una animadora. Una persona que la empresa que te ofrece el servicio de mensajería contrata para animar un poco las conversaciones. Estos "usuarios" tienen la facultad de conectarse con varios perfiles y lo que parece una fiesta con veinte o treinta personas conectadas resulta un funeral en el que estás tú solito conversando con un par de animadoras.

—¿Ligaste con alguna chavala? —preguntó Antonio entusiasmado por las inmensas posibilidades que la informática brindaba a los usuarios torpes como él.

—Sólo una vez, antes de entrar en la policía. Trabajaba en prácticas en una empresa como animador en Internet. Estaba conectado todo el día y conocí a una chica veinteañera, supermaja de Córdoba. Nuestro romance por Internet duró algo más de tres meses. Cuando me fui le dejé mi teléfono y me llamó. Empezamos a escribirnos y nos enamoramos sin habernos visto. Nos vimos una tres veces, dos aquí y una allí. Fue increíble, pero no duró.

El ordenador ya había acabado con su rutina de conexión a la red y el informático se sentó listo a difundir mensajes a diestra y siniestra cuando se le ocurrió preguntar por el nombre de la persona que debía anunciar.

Los tres se miraron. Es verdad, nadie había pensado en el nombre del personaje que habían inventado. Antonio le cedió los honores al padre Lucas, éste rebuscó en su memoria y encontró un nombre misterioso que podía servir.

—Jezabel, se llama Jezabel —sentenció. Observó que los dos policías parecían pedirle explicaciones con sus miradas intrigantes—. Es el nombre de una profetisa cuyo culto Cristo, en el Apocalipsis, reprocha a los componentes de la Iglesia de Tiatira. De ella Cristo dice que sus servidores fornican, aunque en las sagradas escrituras quienquiera que obre mal está fornicando —observó—, y que perecerán bajo su justicia.

Cogió la pequeña Biblia del peregrino que siempre llevaba con él y la abrió por las últimas páginas donde se encuentra el Apocalipsis. Pasó rápidamente un par de hojas hasta encontrar la que le interesaba. Inspiró y leyó.

—Pero tengo contra ti que toleras a Jezabel, que se declara profetisa y engaña a mis siervos enseñándoles a fornicar y comer víctimas idolátricas. Le he dado tiempo para que se arrepienta, y no quiere arrepentirse de su fornicación. Mira, a ella la arrojaré a un camastro y a los que fornicaron con ella, si no se arrepienten de su conducta, les enviaré sufrimientos terribles.

A Carmen no le hizo ilusión encarnar una sacerdotisa cuya maldad se vería castigada con la destrucción según estaba escrito en el libro de San Juan acerca de las revelaciones sobre el fin del mundo. Sin embargo, estaba de acuerdo en que era el personaje ideal para la historia.

Carmen estaba sentada en el sofá de la pequeña sala de estar que Antonio tenía en su apartamento. Había preferido que la formación de su compañero en el difícil terreno del esoterismo y de la demonología se llevara en secreto. El padre Lucas se sentó también, aunque con un poco de dificultad que achacó a la vejez. El anfitrión se quedó sin sitio, pero echó mano de una pequeña silla que tenía en la cocina y la trajo para colocarla frente a sus invitados. Les sirvió las bebidas que gustosamente habían aceptado. Al fin Antonio pudo sentarse.

—¿Cómo se le ocurrió el nombre de Jezabel, padre? —preguntó Antonio intrigado por la rapidez con la que había contestado el sacerdote cuando, delante del informático, necesitaban de un nombre que colocar al personaje.

—En mis tiempos más jóvenes estudié en detalle el Apocalipsis de San Juan. De este estudio extraje una pequeña tesis que presenté como trabajo de meditación sobre las sagradas escrituras. Formaba parte del aprendizaje del sacerdocio. Pero mi estudio se centró esencialmente en la figura del adversario y en su papel dentro del cristianismo.

—¿El adversario? —preguntó Carmen a pesar de que intuía de quien se trataba.

—Sí, también lo conocerán ustedes como el acusador, el diablo, el demonio, Satanás, Lucifer, Belcebú, el ángel caído, el príncipe de las tinieblas. La personificación del mal tiene un sinfín de nombres como un sinfín de caras. Nadie lo ha visto nunca, pero todo el mundo tiene la idea de un hombre con la cabeza y las extremidades del macho cabrío. Y es una imagen que heredamos de los grabados del medievo, época en la que

el culto al mal era castigado con el fuego. La verdad es que el origen del demonio es algo confuso. Fue en tiempos de Zoroastro donde se le dio una personalidad. Los sacerdotes de aquella época divinizaron a los dos polos opuestos de la espiritualidad. Y esto ocurría cuatro mil años antes de Cristo en la lejana Persia.

Marcó una pausa para luego proseguir con su explicación.

—Si ustedes son creyentes, e incluso si no lo son, sentirán temor, incluso pánico por el diablo. Y este miedo se nos ha ido inculcando por la religión. Él es fuente de todos los males, incluso de la muerte como está escrito en el libro de la Sabiduría, cito: *“pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo”*. Y cuando leemos esto, entendemos que el demonio siente envidia por la obra perfecta de Dios. Fue su granito de sal para arruinarle la creación al todopoderoso. Dice Jesús y citó el evangelio de San Juan: *“él era homicida desde el principio, no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él”*, dice más lejos: *“es mentiroso y padre de la mentira”*.

Otra pausa, más breve que la anterior y el Padre Lucas retomó su discurso.

—El demonio existe en absolutamente todas las religiones, y en particular en la cristiana, como la necesidad de culpabilizar a alguien de lo injusto que puede llegar a ser el mundo y de las malas obras de quienes lo habitan. Es un poco como nuestro chivo expiatorio.

—¿Entonces no existe? —preguntó Antonio.

—Yo no he dicho eso —contestó el sacerdote—. Del mismo modo que hay culto a Dios, también lo hay al demonio, pero nunca hubo revelación. Y nadie prueba que los profetas que vinieron en su nombre disfrutaran realmente de un poder que les otorgara el maligno. Más bien abusaban de la ignorancia de la gente, porque cuanto más ignorante es un pueblo, más dado es a las supersticiones y al miedo a lo desconocido. Hay quien se aprovecha de ello tanto en la luz como en la oscuridad.

El padre Lucas se acarició la nuca con la palma de la mano como buscando refrescarse.

—En la religión cristiana —añadió continuando sus explicaciones— hay también como una pequeña trampa, si Dios creó el hombre a su imagen, cuando éste asesina no puede ser obra de Dios porque Él es bueno. Debe ser por influencia de otro ente, al que llamamos demonio. La explicación de su existencia, siempre según la cristiandad, radica en que

Dios creó los ángeles como perfectos y no inclinados al mal. Pero hubo una rebelión de algunos ángeles que se creían invulnerables y tan poderosos como Dios, a la cabeza había uno muy fuerte y más orgulloso que los demás. Se llamaba Lucifer, su nombre de hecho proviene de la palabra luz. En particular, el demonio sintió celos del Hombre cuando éste fue creado por Dios. Es extraño, ¿verdad? Sintió celos de su creación. Tal vez le dolió que Dios nos dedicará tanto esfuerzo. Pero Dios se enfadó y la rebelión quedó castigada. El castigo fue el peor que podrán ustedes imaginar: el de nunca volver a ver a Dios. Cayeron y desde entonces vagan por el mundo tentando a los hombres para que estos pierdan su salvación.

Así prosiguieron Carmen y el Padre Lucas durante un rato. Antonio se levantó dispuesto a irse cuando su compañera le retuvo preguntándole por el motivo de su partida.

—Hay un cabo suelto que quiero atar.

Carmen no entendió a lo que se refería. Antonio le explicó que quería volver a interrogar al bailarín que, ahora estaban convencidos, les había mentado. Quería saber que sucia artimaña se escondía tras él. Quiso acompañarle, pero él objetó que su sitio estaba aquí junto al sacerdote. Su formación había empezado y no debía dejarlo ahora sobre todo por un detalle que él podía resolver sin mayores problemas.

Antonio llegó al edificio donde murió Elena y cuyo asesino aún seguía sin identificar. Ahora más que nunca parecía un caso imposible de resolver pero que se negaba a archivar. Seguía sin estar convencido de la relación de este crimen con la serie que Ramón había cometido en tierras norteamericanas; sin embargo, seguiría con la operación de infiltración que habían montado aún a pesar de su incierto desenlace.

El pasillo estaba vacío y Antonio tardó poco tiempo en localizar la puerta del apartamento del bailarín. Pulsó el timbre y lo oyó sonar dentro de la casa, pero pasaron unos segundos y seguía sin oír un leve murmullo o el ruido de unos pasos, una señal que traicionara cierta actividad humana en el interior.

Volvió a llamar un poco harto por el tiempo perdido. Tampoco contestó nadie y echó de menos la presencia de algún vecino que le confirmara que el inquilino había salido o estaba trabajando. Aunque esta última posibilidad no era factible visto que no eran más de las cuatro de la tarde y que el local en el que trabaja el bailarín abría a las nueve de la noche.

Giró la mirada a ambos lados del pasillo para asegurarse que estaba efectivamente solo. La curiosidad le comía las entrañas. Echó mano a una pequeña caja de herramientas que siempre llevaba en el coche. Pensó necesitarlas y por eso las llevaba con él. No se había equivocado. La abrió y extrajo una pequeña pinza que introdujo en la cerradura. La puerta no era blindada ni tenía cerraduras de seguridad así que sería un trabajo de aficionado. No se equivocó y la cerradura cedió en unos pocos segundos. Un leve clic y la puerta estaba abierta.

De repente vio que estaba cometiendo un delito: el de penetrar en una casa sin orden de registro ni motivo aparente que requiriera su presencia allí mismo. Se jugaba una suspensión y un expediente si alguien lo denunciaba, pero le era indiferente. Algo habría en ese diminuto apartamento que le permitiera entender el papel de este sujeto en toda esta pesadilla.

Volvió a echar un vistazo a ambos lados del pasillo. Todo seguía despejado. Entró rápidamente y cerró la puerta detrás de él. Sentía los

latidos del corazón con la fuerza de un redoble de tambores en una fiesta medieval.

Enfrente de él estaba la sala de estar decorada con curiosos motivos. Esencialmente eran posters de hombres con exagerado desarrollo muscular en poses de culturismo. En la pequeña estantería había unos pocos libros y muchos símbolos fálicos. Seguramente debían ser divinidades orientales. En el centro de la habitación había una silla de madera clásica y de un color oscuro. No parecía ser éste su sitio habitual, sino que era como si alguien quiso que así fuera, que reinara en el cuarto y no era para menos.

Poco tiempo le faltó a Antonio para adivinar que el hombre que estaba sentado sobre la silla era el bailarín que había venido a interrogar. Estaba inmóvil y totalmente desnudo. Las manos estaban atadas a la espalda de la silla con lo que parecía una cuerda. Luego Antonio observó que eran unas esposas. Tenía el trasero colocado con fuerza hacia atrás y el resto del cuerpo agachado hacia adelante en una posición incómoda pero que dejaba el ano al aire. Del ano caía un reguero de sangre. Al aproximarse un poco más, Antonio observó que el hombre había sido penetrado salvajemente y seguramente no fue por el sexo de otro hombre sino por alguna barra de metal demasiado gruesa. La sangre seguía chorreando un poco lo que indicaba que la atrocidad se había cometido hacía muy poco. Tal vez el asesino aún estaba allí.

Antonio echó de menos su arma reglamentaria, pero eso no le impidió dar una vuelta por el apartamento averiguando si estaba solo. No encontró a nadie más y volvió a la sala de estar. El cadáver seguía allí.

Quiso asegurarse de su identidad. Sobre su cabeza había una bolsa de unos conocidos grandes almacenes. El plástico era grueso y las asas reposaban en la base del cuello de la víctima bajo una goma que impedía la circulación del aire. Antonio no sabía aún si había muerto de asfixia o a resultas de la herida en el trasero. Aunque luego pensó que era evidente que la asfixia había sido la causa de su muerte. Su tórax estaba hinchado.

El plástico era tan grueso que no podía ver la cara a través de él. Por otra parte, si se lo quitaba podía dejar huellas e invalidar una posterior investigación. No llevaba tampoco guantes que pudiera ayudarle. Pero necesitaba estar seguro de sus sospechas. Cogió unos de sus pañuelos y lo colocó entre sus dedos. Levantó con cuidado la goma que sujetaba la bolsa de plástico. Una de las asas quedó suelta y aprovechó para retirar la bolsa

hasta la altura del cráneo. Ahora sí que estaba seguro. Era él. Era el bailarín y su rostro traicionaba los evidentes sufrimientos que había padecido antes de morir. Los ojos hinchados estaban inundados de lágrimas y en la boca había un trapo para impedirle gritar mientras agonizaba.

Antonio le volvió a colocar la bolsa y la sujetó con la goma tal como estaba antes de su intervención. Se aseguró de haberlo hecho todo con cuidado y guardó el pañuelo en el bolsillo donde lo hubo encontrado. Hizo un par de pasos atrás y siguió observando la escena como buscando una explicación lógica a la muerte del pobre hombre. Ya resultaba evidente que les había mentado fingiendo ser el millonario que no era, fingiendo ser el loco enamorado que tampoco era. Era, y habría seguido siendo un bailarín homosexual de cabaret. Pero alguien juzgó que su última actuación no fue tan brillante como se esperaba de él. Tal vez porque sólo era un bailarín, no un actor. Pero la verdadera razón era que si él mismo, Antonio, andaba atando cabos sueltos, otro los iba cortando para que no los encontrará.

Era demasiado evidente, obsesivamente evidente, que alguien seguía interesado en deshacer cualquier indicio que apuntara a que Ramón podía no ser el asesino que la policía andaba buscando. ¿Y Por qué? ¿Y quién?

Antonio notó muy a su pesar que seguía con las mismas preguntas y sin una sola respuesta. Se sintió frustrado y desilusionado. Pero ahora sobre todo se sentía sin ideas, sin reacción. Optó por marcharse con el sigilo que había puesto al entrar. Otro descubriría el cadáver, otro investigaría y apuntaría a un crimen sádico con motivación sexual. Detendrían seguramente a la pareja del bailarín o a su último amante. Le acusarían del crimen y carpetazo. Lo que sí tenía claro es que ya era bastante la muerte de Elena como para cargar con ésta.

Se aseguró que nadie pudiera relacionarle con el cadáver y se marchó por la salida de incendios. Luego pensó en el conserje, tal vez le había visto al entrar, pero luego recapacitó, tuvo mucha suerte: cuando entró no había nadie. Celebró tener esta suerte y se marchó corriendo.

En el coche y mientras lo arrancaba siguió meditando sobre lo ocurrido. Estaba en lo cierto cuando pensó que el bailarín había sido colocado en la investigación por alguien que perseguía orientarle en un determinado camino. Luego recapacitó y pensó que no era normal tanto esfuerzo cuando ya estaba claro que el único camino que podía seguir era

el de llegar a Ramón y cazarlo. ¿Qué pagaría entonces con su vida el hombre cuyo cadáver había encontrado hacía unos minutos? Además, pensó, la muerte había sido muy reciente. Cuestión de minutos, una hora al máximo.

¿Y cómo sabían que él mismo iba a volver a interrogar al bailarín? Pensó en lo más obvio. Pensó en una llamada de Carmen al grupo en cuestión. Ellos habrían montado el asesinato en el poco tiempo que él mismo tardase en bajar por el Paseo de la Habana y llegar a Orense. Era obvio pero improbable, concluyó. Y eso porque había dos razones que desmontaban la sospecha. La primera razón era el tiempo necesario que Carmen necesitaría para descubrir donde él mismo tiene escondido el teléfono en su casa, instrumento indispensable para mandar un aviso de muerte, visto que ella misma no tenía teléfono móvil. Además de que una vez pasada la llamada, debía montarse la operación, cometer el asesinato y limpiar las pruebas. Y todo esto en apenas diez minutos. Los que él mismo tardaría en llegar allí. La otra razón que le impedía echar la culpa a su compañera era el hecho innegable de que confiaba en ella.

Recapacitando, pensó que la identidad del grupúsculo que andaba detrás de ellos no era importante. Lo que sí era importante era descubrir la forma que habían empleado para vigilarlos. Eso sí era obvio: micrófonos. Pero, ¿dónde?

Cambio su rumbo y, en vez de volver a su casa, se marchó a hacerle una visita a un amigo que tenía en la policía científica. Él era especialista en escuchas y seguramente le ayudaría.

Al entrar en la sede, fue rigurosamente cacheado y pasado por un detector de metales y micrófonos. Aunque desagradable, esta experiencia le permitió averiguar que no era portador de objetos que permitieran a otros escuchar sus conversaciones.

Se encontró con su amigo y se alegró de volver a contemplar esta mirada tan jovial. La misma que había visto hacia unos años cuando recurría a su ayuda para esconder micrófonos en sitios o en testigos. Se abrazaron como viejos amigos y se interesaron mutuamente por sus vidas. Seguían de pie contándose las mil y una hazañas y tomando un par de cafés. Antonio acabó por exponerle el motivo de su visita.

—¿Quién tiene motivos para espiarte?

—No lo sé. Pero estoy seguro de que me han colocado micrófonos por algún sitio. Necesito que me dejes algo para detectarlos.

—Existen dos tipos de micrófono —le expuso su amigo—, los que se basan en escuchas vía telefónica. Esto se consigue abriendo la línea de teléfono de un abonado y conectando un derivador que copia la señal y la dirige a otro teléfono. Los solemos colocar dentro mismo de la pared donde está la caja de conexión al teléfono. Así conseguimos escuchar todas las conversaciones telefónicas. Es un medio relativamente barato pero limitado. Si queremos espiar las conversaciones solemos colocar micrófonos pasivos. Son diminutas cajitas de formas distintas que llevan una pequeña pila de litio que les da una autonomía para un mes. El micrófono es muy potente y nos permite escuchar las conversaciones de personas hasta una distancia de diez metros. Esta misma conversación se convierte a señal analógica y se emite en una radio frecuencia determinada. Si colocamos una unidad cercana, a menos de cien metros, podemos escuchar todo lo que suceda dentro de una habitación. Esto es un método bastante caro y solo lo desplegamos cuando es de verdad necesario.

—¿Cuántas unidades tenéis como esta? —preguntó Antonio.

—Nosotros, la policía científica, tenemos dos furgonetas equipadas con todos los medios para realizar escuchas de este tipo. Es lo que te dije, son muy caros. Se los compramos a los yanquis por un pastón. La guardia civil no tiene ningún equipo de esta índole, el CESID sólo tiene un equipo y, según tengo entendido, lo tienen en un taller sometido a un montón de pruebas.

—¿Sólo hay tres equipos como éste?

—Pues sí Tonio. Bueno, si descartamos el del CESID, voy a ver dónde están los dos que tenemos nosotros.

Consulto un panel que tenía sobre la pared y observó que las dos unidades móviles de vigilancia estaban en el norte del país. La primera en el país vasco de apoyo a la brigada antiterrorista, el segundo cerca de las rías bajas en apoyo a la lucha antidroga. Por lo tanto, la seguridad española no tenía los medios para vigilar a Antonio como él mismo lo imaginaba. Su amigo le propuso acompañarle hasta su casa para detectar si había algún micrófono oculto.

—Si supones que no hay ninguno en tu teléfono y tiene que ser uno pasivo, con este equipo de barrido radiofrecuencia podré detectar la señal que emite el micrófono —explicó mostrando un aparato cuyo desfile de luces e interruptores recordaba la decoración de un árbol navideño.

Antonio estaba seguro de que la filtración no se había hecho por teléfono porque no lo había usado. Sólo le dijo de viva voz a Carmen que quería volver a ver el bailarín y fue este anuncio lo que precipitó su muerte.

Recogieron un maletín de metal, tipo fotográfico, donde había un aparato scanner que podía detectar las emisiones de aparatos de escucha. Disponía de pilas autónomas y era algo sencillo de usar cuando se tenía conocimientos de telecomunicaciones y electrónica.

Aprovecharon para hacer una inspección en el coche de Antonio, pero no descubrieron nada. Llegaron a su casa. Carmen se mostró sorprendida al observar que Antonio no estaba solo y, como un rayo, éste le tapó la boca con una mano para que no dijera nada. Ella lo entendió. Hizo un par de gestos con la mano señalando su oreja y su compañera entendió que la estaba avisándola de posibles escuchas.

—Hola Tonio —fingió no percatarse de que estaba acompañado—, el Padre Lucas me estaba ya enseñando algo de brujería. ¿Viste al bailarín?

—No —le contestó al tiempo que el experto ya había abierto su maletín y conectado el escáner—. No estaba en su apartamento. Fui al local en el que baila de noche, pero tampoco había nadie. Así que lo he dejado, por ahora. Volveré mañana.

Su amigo estaba repasando las distintas paredes con visible interés. Hizo un gesto a Antonio con la cabeza indicándole que su aparato había detectado un micrófono en su casa. Ahora sólo le quedaba por descubrir donde estaba el aparato. Repasó todos los rincones, paredes y muebles del apartamento de Antonio sin descubrir nada. Estaba perplejo. Como última alternativa empezó a registrar las ropas de los presentes con el aparato detector. No encontró nada en el clérigo, pero el escáner se volvía loco cuando lo pasaba sobre la ropa de Carmen. Medía una mayor intensidad cuando le presentaron el único objeto de metal que ella llevaba consigo: una pluma estilográfica, regalo de su padre. La desmontaron y en el compartimiento reservado a un recambio de tinta había una diminuta pieza de metal compuesta de una fina placa sobre la que consiguieron reconocer unos cuantos chips. Era prodigioso. Dejaron la pluma tal como estaba sobre la mesa de la sala de estar.

Antonio y el experto salieron al pasillo a conversar. Éste último estaba asombrado. Los aparatos que la policía o el CESID suelen usar tienen mayor tamaño y no son tan fáciles de usar. Este era propio de unos

servicios de inteligencia con mayor tecnología. Confesó que le habría encantado quedarse con el aparato para enseñárselo a los investigadores de la policía científica. Sin embargo, Antonio tenía otros planes. Ahora estaba seguro de que lo estaban vigilando y había descubierto como lo hacían. Tomaría sus medidas para nunca revelar algo de importancia delante del micrófono, pero sí que lo guardaría y le pediría a Carmen que lo llevara siempre consigo. No quería que quien le vigilara tuviera sospechas y cambiara sus planes. Redoblarían sus esfuerzos y a Antonio le costaría mucho más tener intimidación. Así que mantendría al gran oso soñoliento suministrándole información de vez en cuando y siempre controlándola. Cuando necesitaran estar solos, a Carmen se le podría olvidar la pluma en su habitación del hotel, ¿por qué no?

Su amigo se despidió.

22

A solas con sus dos compañeros de fatigas, Antonio se percató de que ya era hora de comer y llamó por teléfono a un centro de distribución de pizzas a domicilio. Pidió un par de pizzas distintas que luego se repartirían entre ellos. Pasaron unos veinte minutos y un motorista llamó a la puerta. Antonio permaneció vigilante mientras le entregaban las pizzas, ya empezaba a desconfiar de todo el mundo. Pero el repartidor no pareció interesarse ni por él ni por nadie. Sólo repitió un par de veces el importe de la comida antes de que éste le fuera entregado.

Comieron y las clases prosiguieron. Antonio se sentía excluido del círculo formado por alumna y profesor y se apartó un poco de él para no incordiar. Empezó a meditar y ya no en el asesinato como lo llevaba haciendo desde hacía unos días, tampoco en su ex mujer como lo había hecho todos los días desde hacía un año y que ahora, al fin, empezaba a olvidar. Pensaba en sí mismo y en lo que le había pasado con una mujer tres noches atrás cuando se la llevó aquí mismo, a su apartamento y el fuego de su cuerpo no le dio ni para encender un cigarrillo.

La meditación se cambió por confusión. Antonio estaba confundido e intentaba convencerse que su falta de virilidad tenía muchas causas evidentes que cualquier psiquiatra ratificaría. El estrés del caso y las

preocupaciones profesionales en general, el hecho de que llevaba cerca de un año sin probar bocado asqueado por el lado más carnal del amor. No, no debía preocuparse y sin embargo...

La confusión se volvió preocupación. Había leído, más bien curioseado, artículos en revistas y periódicos sobre la impotencia. Todo el mundo lo achacaba esencialmente a un trauma psicológico de fácil, o menos fácil, curación. Tal vez no era nada, pero cuando contemplaba a Carmen la deseaba, soñaba con mantener una pequeña relación con ella, aunque sólo fuera sexual. La miraba ahora mismo sentada en una de las plazas del sofá que compartía con el padre Lucas. La oía preguntar, la veía escuchar. Adoraba su mirada inteligente y sus ansias de saber. Admiraba su valor al lanzarse en una aventura tan peligrosa.

Carmen seguía tan arreglada como esta mañana y no entendió a qué se debía. Tal vez era su imaginación, o su deseo, o el deseo de verla más guapa de lo que realmente era. Observó la falda de velo ancho con motivos exóticos. Miró con descaro sus piernas que le parecieron perfectas. Siguió la curva de su cuerpo hasta donde nacen los senos y los adivinó voluptuosos y firmes, blancos y suaves. De pronto, vio como la imagen del clérigo sentado al lado de Carmen, se iba borrando poco a poco hasta solo ser una ilusión, un recuerdo. Entonces Carmen se dio la vuelta y le miró unos pocos segundos. Él le sonrió y ella le respondió entonces Antonio se le acercó y sin pronunciar palabra alguna, no hacía falta, sus dos cuerpos se juntaron. Sus respiraciones se entrecruzaron al son de un par de corazones tan ruidosos como la carga de la caballería ligera.

Carmen cerró los ojos y volvió a sonreír. Sus dos rostros se aproximaron peligrosamente y Antonio, cual un excelente estratega, esperó el momento más oportuno para besarla y la besó. La conquista estaba hecha. La volvió a besar esta vez con más ardor, y otra vez, el cuello, el resto de la cara. Su mano le levantaba la falda poco a poco acariciando cuanto encontraba en su camino. Y llegó hasta donde ya no podía seguir. Antonio estaba sorprendido, sintió el tacto de una pelusa rebelde y entendió que allí no había el obstáculo habitual en las noches de amor. Carmen no llevaba braguitas. ¿Andaba así con el sexo al aire libre? Retiró su mano de aquel escondite y le bajó la parte superior del top que llevaba a juego con la falda. Tampoco llevaba sujetador y los senos emergieron tan bonitos y perfectos como los había adivinado. Ella le

susurró al oído que nunca llevaba ropa interior cuando estaba con un hombre que le gusta.

¡Qué bonito es soñar! Pensó retornando a la realidad. Suspiró cuando su loca e imaginaria noche de amor se esfumó. Siguió soñoliento durante un roto imaginado las posturas que los dos amantes tomarían durante el acto. Siguió soñando hasta que de repente cayó en el hecho ahora innegable de que sólo estaba soñando, fantaseando, y de que su cuerpo se adaptada a estos sueños sólo en parte. Observó el sudor por las palmas de la mano y la aceleración del ritmo cardíaco, también sintió unas punzadas, como cosquillas por todo el cuerpo, pero no pasaba nada dentro de sus calzoncillos.

Antes le bastaba con pensar en el acto para sufrir una erección más o menos importante. Pero ya no era así. Y la preocupación se volvió angustia, angustia y obsesión. Luis tenía razón, necesitaba ayuda.

Se levantó y dejó a la pareja seguir con sus ejercicios prácticos de hechicería. Pensó que era necesario volver a ver el experto en informática que esta mañana les recibió y al que le pidieron que fuera mandando mensajes anunciando la llegada de una pitonisa esotérica.

Algo no estaba del todo bien montado en esta operación y era allí donde todo podía fallar. Le hacía falta añadir algo, aunque no sabía bien qué. Se lo preguntó al chico con aspecto de Peter Pan que llevaba todo el día trabajando en Internet, conversando con todos los amigos que allí tenía.

—No sé Tonio, llevo todo el día hablando de demonios y cosas como esa y la gente me pregunta porque estoy tan interesado en eso de la adivina dominicana. Y tío, no sé qué contestar. Ahora, lo que hago es hablar de todo un poco y sacar el tema pasados unos minutos, pero estoy perdiendo demasiado tiempo. No estoy llegando a ninguna parte, tío.

—Lo sé, por eso he vuelto. Tenemos que encontrar una solución que nos permita inundar la red de un anuncio de esos que hacen miedo y despiertan la curiosidad.

—Déjame que piense un poco —el joven observó la pantalla de ordenador como si allí estuviera la respuesta a la pregunta que se estaba haciendo—. Tiene que ser algo que no levante sospechas, ¿verdad? Pero que atraiga la curiosidad del tipo que andáis buscando, ¿no? Podría crear un buzón y registrar todas las llamadas para luego identificar su

procedencia. Para eso —se quedó un rato pensativo— necesitaría toda la noche y una orden judicial para intervenir las listas de Telefónica.

Una orden judicial podría obtenerse sin problemas, pero el hecho de pedirla sí que sería un problema porque sería necesario explicarle al juez de guardia todo el asunto lo que llevaría horas, sino días, además de que, de este modo, toda la operación perdería su secreto. No era bueno revelar a un juez que la policía estaba montando una operación de ese calibre, juzgó, aunque la última palabra la tendría, sin dudas, quienes estaban por encima de él.

—Será necesario que te olvides de la orden judicial —contestó Antonio finalmente.

—Lo imaginaba y tampoco será un problema —sonrió.

Pero tal vez no era suficiente entonces Antonio le pidió unas páginas amarillas. Cuando empezó a ojear los dos enormes catálogos de empresas logró identificar una serie de bibliotecas y agencias de venta por correo especializadas en temas de astrología y esoterismo. Había incluso una tienda que vendía pócimas milagrosas y objetos de culto para misas satánicas. No era nada peligroso y a su clientela le atraía más la curiosidad que un maléfico interés. En total eran una decena de nombres y números de teléfono.

En la mayoría de los casos, por no decir en todos, una pequeña tienda o librería dispone de una única línea de teléfono que usa esencialmente para informar a clientes, realizar pedidos y, allí estaba lo interesante, para realizar transacciones electrónicas con las tarjetas de crédito de los clientes que no pagan en metálico. Era este método la única alternativa al pago en metálico y Antonio lo celebraba porque era mucho más fácil de rastrear que los pagos por cheque que ningún negocio acepta.

A través de estos números de teléfono, podía detectarse las llamadas a las redes de tarjetas de crédito como Visa, American Express, Mastercard, o la de cajeros. No iba a hacerse desde su origen sino en su destino. El chico que Antonio tenía enfrente además de ser un experto en ordenadores era también un hacker de categoría capaz de violar los más incorruptibles sistemas informáticos de bancos y cajas de ahorro. Una vez conectado, podía acceder a las cuentas de los diez establecimientos que Antonio le había dejado en una lista, y rastrear todas las compras con tarjetas de crédito para luego identificar a los compradores. Tal vez sería un trabajo

inútil, pero Antonio deseaba encontrar una lista de nombres de personas asiduas al mundillo de lo misterioso, de lo paranormal.

Mantendría vigilados la red Internet y el tráfico de tarjetas de crédito. Pero no era suficiente, pensó en los teléfonos de servicios que se acceden marcando los ya míticos 903 ó 906. En una época no lejana, se produjo el nacimiento de una infinita lista de sociedades de mensajes eróticos, contactos y charlas pornográficas cuyos succulentos beneficios solo contrastaban con lo inmoral de sus propósitos. Un código deontológico puso un freno a todo ello, ahora sólo reinaban los servicios de charla erótica desde el extranjero sobre cuyo control nada podía hacerse. Eran servicios con sede en Filipinas en lengua castellana que ofrecían todo tipo de diálogos sexuales, sados, gays, lesbianas y todas las aberraciones que solo un oído enfermo puede escuchar. El vacío que su lugar dejó en las redes españolas lo ocuparon unos números comerciales dedicados a un sinfín de temas tan dispares y variopintos como la vida misma. Unos cuantos se dedicaban al mundillo del más allá. Antonio también los identificó tras una llamada al servicio de atención telefónica de las cuentas especiales de Telefónica, le bastó con identificarse como agente de policía para recibir unos veinte números de teléfono todos con el prefijo 903. Cada uno de ellos debía rastrearse.

Eso mismo le brindaba una posibilidad que no desaprovechó: la de crear un servicio con una cinta grabada con la voz de Carmen en su papel de Jezabel anunciando males y terrores para el futuro de nuestro mundo. Si conseguían cargar el texto de mensajes demoníacos lograrían tal vez captar la atención de Ramón o, al menos, de alguien cercano a él si era verdad que ya había conseguido montar su secta.

Hecho esto, decidió que ya era hora de regresar a casa donde aún seguían trabajando Carmen y el padre Lucas. Sin dudas, su compañera ya se estaba convirtiendo en una gran hechicera, piedra principal del entramado para dismantelar la secta satánica y, sobretodo, capturar al asesino de Elena. La noche iba cayendo sobre la ciudad, proceso que se llevaba a cabo todos los días pero que hoy, más que nunca, tenía cierta importancia para Antonio. Poco tiempo faltaba para acompañar al sacerdote a su casa y quedarse a solas con el objeto de su deseo. Seguía pensando en donde llevarla a cenar esta noche, debía ser un sitio especial.

El restaurante era importante porque de una buena elección podía surgir algo más que una simple cena. Y era ese algo más que le interesaba sabiendo de sobras que la cena sólo era puro trámite.

Se sorprendió volviéndola a desear mientras conducía con sumo cuidado por las calles de Madrid camino a su casa. Estaba ahora mismo detrás de un taxi vacío cuyo conductor circulaba con exagerada lentitud escudriñando a todos los transeúntes deseando que alguno de ellos alzara la mano y lo detuviera para ocupar un asiento en su parte trasera. Eventuales cambios bruscos de dirección, paradas sin aviso para dejar o recoger a alguien, eran los episodios más corrientes que Antonio temía cuando iba detrás de un taxi. Fue la razón por la que en aquel momento dejó de pensar en su velada y se centró en adelantar al taxi que tenía enfrente.

Como era de esperar, el taxi se detuvo de repente obligando a Antonio a adelantarle por la izquierda ahogando un insulto que estaba a punto de gritarle. Otro vehículo, detrás de él, aprovechó para increpar al conductor del taxi. Fue un bocinazo escueto pero cargado de un enorme mensaje intelectual. Pasado el peligro, volvió a centrarse en sus pensamientos y descubrió que el sitio ideal donde llevar a Carmen a cenar era el Centro Cubano en España donde ya había estado en un par de ocasiones saboreando comida cubana y disfrutando de bailes y canciones cuyos protagonistas eran los exiliados cubanos en España. Siempre eran momentos de buen humor y alegría entre una población poco numerosa unida por un mismo ideal político. Aprovechaban algunos sábados para reunirse ante la embajada de Cuba, no muy lejos de donde vive Antonio, para manifestarse contra Fidel Castro y su régimen comunista. Eran reuniones familiares, rodeados de un despliegue policial, donde se aprovechaba para gritarle a voz pelada al que consideraban como el mayor traidor de su patria. La embajada contestaba reproduciendo música de salsa por la megafonía. Si el remedio no era lo suficientemente eficaz, entonces, como un milagro, aparecía un grupo aún más diminuto de partidarios de Castro que gritaban consignas a su favor y en contra de los exilados. Todo era pacífico y nunca había disturbios que lamentar. La manifestación acababa con una comilona en el Centro Cubano.

Cuando abrió la puerta de su casa descubrió que profesor y alumna ya habían terminado las clases y estaban conversando tranquilamente. Les

notó más relajados que cuando les dejó y eso le alegró, aunque no supo bien porqué.

Tras consultar su reloj, gesto que hizo con esmerado esfuerzo por atraer la atención de los presentes, Antonio estimó que se estaba haciendo tarde y propuso acompañar al Padre Lucas hasta su casa. Pero el sacerdote declinó este ofrecimiento. Como la nunciatura estaba muy cerca de donde Antonio vivía, decidió que podía pasar a saludar a un viejo amigo suyo con el que rememorar tiempos pasados. Mejor que mejor, pensó Antonio, unos pocos minutos más y ya podría estar solo con ella, con la protagonista de sus más íntimas fantasías. Dicho y hecho, el clérigo se despidió y cerró la puerta con cautela, con el mismo cuidado que ponía en todas las cosas que hacía. El resultado fue que la puerta se cerró sin emitir el mínimo ruido lo que extrañó a Antonio, acostumbrado a golpearla con violencia al abrirla y al cerrarla.

—¿Qué tal tu primer día de colegio? —pregunto Antonio sin esperar respuesta, sólo por entablar conversación.

Carmen seguía pensativa, sin dudas inmersa en todo lo que había aprendido y asimilado. Eran tantas cosas que le costaría mucho hacer un resumen. Tal vez ni siquiera recordaba todo. Pero lo importante, le había subrayado el sacerdote, era el tener bien claro la idea, el pensamiento, la filosofía. Pero tampoco estaba segura de qué idea podía ser. Qué sentimiento o pensamiento podía resumir la influencia del mal en los hombres, influencia que ella misma debería tener en el papel de hechicera. Consciente del cansancio que ella misma sentía tras varias horas de concentración en cuanto escuchaba, pero también en cuanto entendía o preguntaba, decidió que no quería seguir pensando en ello y deseó que Antonio no le preguntara nada más acerca de todo ello. Eludió la pregunta pasando a otro tema.

—Ha sido un día agotador, son tantas las cosas que este hombre sabe que te resulta difícil no captarlas todas. Estoy exhausta.

Antonio la observó cuidadosamente como buscando un indicio de cuál sería el próximo paso a dar si seguía su improvisado plan. Tal vez, y si de verdad estuviera cansada, ella misma declinaría su invitación y preferiría acostarse temprano, o eso le contestaría. Así que no supo bien qué hacer, lo que sí tenía claro era que no quería preguntarle nada sobre lo que el padre Lucas le había enseñado.

Se sentó en el sofá junto a ella observando su figura visiblemente agotada. Tenía el rostro algo pálido y los ojos cansados, por lo demás, Antonio la vio tan deseable como siempre. Al tiempo que la miraba con reprimido deseo, recordaba que unas pocas horas atrás fue la contemplación de ese cuerpo que ahora tenía como amorfo ante él, lo que le había empujado a solicitar ayuda médica. Luego pensó que nunca había estado tan cerca de ella en el poco tiempo que se conocían. Seguía contemplando sus piernas que nacían donde la falda acababa. Nunca entendió del todo porque cuando una mujer se sienta, las piernas aparecen más hermosas que cuando está de pie. Pensó que se debía a que la falda parecía encoger cuando estaba sentada. Centró la mirada sobre las rodillas y puso todas sus fuerzas en retener el impulso de acariciarle una de las rodillas con su mano izquierda cuyo temblor, como un espasmo de Parkinson, le producía una sensación curiosa. Recorrió con la vista el camino que su mano deseaba, ahora con un ardor difícil de controlar. Su mirada, tras pasar lentamente por el muslo y el vientre, acabó por detenerse en el pecho de Carmen. La blusa que ella llevaba era fina, cuando la dejó esta mañana aún llevaba la parte superior de su traje que, visiblemente y debido al calor, se había quitado.

Carmen seguía consciente de una sola cosa: su cansancio. No notó las miradas de deseo que su acompañante en el sofá le estaba echando. Y aunque así fuera, tampoco habría hecho nada por evitarlo, era su lado de mujer coqueta, mujer fatal. Era una imagen tan distinta a su verdadera personalidad que tampoco le importaba representarla sabiendo la importancia que el sexo tiene en las relaciones sociales. Echó su cabeza hacia atrás observando el techo. Luego cerró los ojos para descansar unos pocos segundos, buscando fuerzas allí donde ya no habían. Buscando estar más cómoda y ayudándose del silencio que se había apoderado de la sala de estar, adelantó un poco su trasero en la parte del sofá que le correspondía para conseguir adoptar una postura casi acostada.

Permanecía el silencio en la pareja sin que ninguno de los dos hiciera nada por evitarlo. Antonio la seguía contemplando y deseando. Se mantenía ocupado imaginando el volumen y consistencia de los senos de su compañera cuando notó, con cierta falta de pudor, que la blusa de Carmen tenía los botones ligeramente separados unos de otros. Bastaba un mínimo esfuerzo de uno de los brazos para que la distancia entre un par de botones se redujera en lo largo y se ampliara en lo alto. Antonio concluyó

que le bastaba a Carmen mover unos de sus brazos para que él pudiera ver sus pechos a través de la blusa. Llevaba sujetador, lógico obstáculo, que no le impediría mirar con picardía. Esperó al movimiento, y la espera fue breve, pero grande la decepción por lo poco que pudo ver.

Pasaron unos minutos y se sintió como estúpido al contemplar una mujer casi dormida. Entonces pensó que lo mejor era dejarla así durante un rato. Se levantó y se dispuso a marcharse a su habitación cuando, dándose la vuelta para volver a verla, dedujo que la postura de Carmen era poco cómoda. Se acercó y la corrigió.

Mientras ella seguía somnolienta, aunque consciente de lo que le ocurría, Antonio le retiró los zapatos y la acostó. Observó con agrado que ahora su cuerpo ocupaba la totalidad del sofá y pensó que era la posición ideal para el descanso. La dejó y se fue a su habitación.

Carmen, mientras tanto, se esforzaba por retener la sonrisa que la situación le había producido. Nunca pensó que Antonio, al que ahora pensaba conocer demasiado poco, tendría gestos cariñosos y tiernos. ¿Por qué le dejó su mujer? ¿Por otro? Durmió un rato.

Antonio se escondió en su habitación y no teniendo nada mejor que hacer también se acostó y concilió el sueño.

Craves, el director adjunto del FBI, estaba repasando un informe sobre la creciente evolución del consumo de drogas en la población infantil de los barrios marginados, cuando escuchó la voz de su secretaria en el diminuto aparato que tenía sobre su mesa.

—Señor Craves, es el señor Irling, insiste en que es urgente que se vean.

—¿Derek? —preguntó Craves incrédulo—. Sí, señorita Marshall, deje entrar al señor Irling y evite que seamos molestados.

El despacho del director adjunto del FBI era amplio, acogedor y decorado siguiendo el estilo clásico. Varios retratos y paisajes estaban colgados en las paredes. Eran pinturas de principios de siglos de autores desconocidos que Craves había heredado de su padre. La única foto que había en todo el despacho tenía un marco de laca china y ocupaba el lugar presidencial, sobre la pared detrás de su sillón. Era el retrato del presidente de los Estados Unidos. Cada cuatro u ocho años, una pequeña ceremonia íntima tenía lugar en esta misma dependencia del edificio, sede de la oficina federal de investigación. Craves procedía, tras el juramento de un nuevo presidente a sustituir la foto del anterior por la del nuevo. Siempre que lo hacía sonreía pensando en que él mismo llevaba cerca de treinta años en el FBI, veinte en este mismo despacho, cumpliendo con el ritual. Ellos se van, pensaba, pero yo sigo aquí. Lo mismo le pasaba cuando el director general del FBI era también sustituido por un hombre más cercano al nuevo presidente. Ellos pasaban, pero él seguía. Ahora le faltaba muy poco para la jubilación y lo único que le preocupaba era que llegara el momento de rellenar los papeles de la seguridad social.

Llevaba unos pocos días, desde su viaje a España, contemplando la foto del presidente de los Estados Unidos pensando en si este iba a ser el último retrato que podría contemplar. Ahora mismo imaginaba con pánico una salida precipitada de su puesto para cubrir errores pasados o para lavar, con su cese, los errores de toda una administración cometidos hace cuarenta años.

Irling penetró en el despacho con un paso firme y seguro, como el de los militares de academia. Nunca fue militar, aunque participó, como

muchos jóvenes en aquella época, en la guerra de Vietnam. A sus cincuenta años, vivía una vida tranquila como asesor político del partido que ahora gobernaba tras ganar las últimas elecciones presidenciales. Su fidelidad al candidato, ahora presidente, le valió un nombramiento a la cabeza de la agencia central de inteligencia norteamericana, la legendaria CIA.

Era actualmente la sombra de lo que fue en los años cincuenta y sesenta, época en la que, en plena guerra fría, había un serio culto al espionaje. Bajo los mandatos de los más enérgicos directores, se había convertido en toda una central de información y también, de desinformación. Pero llegaron tiempos mejores y la CIA sufrió su lenta caída. Los aciertos de épocas pasadas cedieron su lugar a los desastres que, tomando forma de desertiones, agentes dobles, infiltraciones, venta de informes, estaban mellando la confianza que el gobierno y el ejército tenían en ella.

Sin embargo, y más allá de la pura ironía, la agencia de inteligencia seguía teniendo su lugar relevante en la estructura del poder. Quien tenía la información tenía un poder que muchos envidiaban. Y eso mismo, Irlling lo sabía.

El hombrecito gordito y bajito se sentó en unos de los sillones que Craves tenía reservados a las visitas, y encendió un cigarro recorriendo con la mirada el despacho de Craves buscando un cenicero que no encontró. Se sintió como perdido hasta que el director adjunto, entendiendo el problema, extrajo uno estratégicamente escondido.

—Lo guardo bajo llave porque no fumo, y sólo con verlo me pongo enfermo —explicó Craves observando la cara de sorpresa de Irlling.

Irlling sonrió, pero hizo caso omiso del odio que Craves sentía por el olor a tabaco. Exhaló humo por su boca y volvió a pegar otra bocanada.

—Bien, Wayne, ¿qué me cuentas de tu viaje por España?

Era su forma habitual de empezar una conversación. Una serie de preguntas sin interés antes de atacar el asunto que de verdad le interesa. Craves se puso nervioso, presentía que la visita del director general de la CIA no era casual y que sus impresiones del viaje a Madrid eran irrelevantes. Así se lo dijo.

—Discúlpame, amigo mío. —Irlling apagó su cigarrillo apenas empezado. —Sólo me estaba mostrando cordial. Claro que no tengo nada que hacer de tus impresiones mejicanas.

—Españolas —le corrigió—. Madrid se encuentra en España, en Europa.

Craves observó cómo Irrling sonreía, casi a punto de estallar de risa, pero se retuvo. No era un ignorante y bien sabía dónde estaba España. Era un juego. Craves acabó de ponerse nervioso del todo y esperó con ansia a que su invitado le expusiera los motivos de su visita.

—He recibido un informe esta mañana de mi equipo en España —empezó explicando el director de la CIA—. Han tenido que matar a un hombre. Un señuelo que tuvieron que contratar para hacer la historia más creíble.

—¿Quién? —Craves se mostraba ya fuera de sí. Estaba preocupado, parecía un contratiempo con el que Irrling estaba disfrutando.

—No te sulfures, viejo amigo, era un bailarín en un cabaret de maricones. Ya sabes, el tipo de escoria que nadie quiere en nuestra sociedad. No tiene familia ni pareja estable. Nadie le echará de menos, créeme. —Volvió a sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y abriéndolo extrajo uno que encendió. —Nuestro equipo convirtió al pobre infeliz en un testigo excepcional para que los policías españoles estuvieran aún más convencidos de quien es el asesino; perdona —añadió con ironía—, de quien queremos que crean que es el asesino, ¿verdad? El caso es que —prosiguió con tono serio— su actuación no debió estar a la altura de las circunstancias porque no les convenció. Quisieron volver a hablar con él y, claro, esto no lo podíamos permitir. ¿Verdad? —Observó a Craves con expresión burlona. —Según me consta, maquillaron el crimen para que la policía crea que se trataba de un asesinato sexual. Me han asegurado que todo ha sido muy limpio y efectivo, como tenemos costumbre en la agencia.

—¿Era necesario? —preguntó Craves tras escuchar la mala noticia que venía a añadir más sombras al oscuro asunto.

—¿Asesinarlo? Pienso que sí. No autoricé yo mismo la orden, tuvieron poco tiempo y lo decidió el propio equipo, pero la apruebo.

—No, me refiero a convertirlo en testigo, como tú mismo lo has calificado.

—No lo sé, según nuestro equipo, la policía de allí no estaba segura de ver con claridad la relación entre el crimen de la prostituta y nuestro bien amado cubano. Lo único que hicieron fue maquillar un poco los hechos para que esta relación se notara con más brillo, ya me entiendes. Lo único

que han hecho ha sido precipitar un poco los acontecimientos para... acelerar la historia, digamos.

—Ya te entiendo, y ahora tenemos un pequeño problema o lo tendremos si los policías nos huelen detrás del asunto. Seguramente estarán pensando que son demasiadas coincidencias. Por Dios, ¿por qué no me consultasteis este asunto?

—Lo siento, compañero, pensamos que no era importante, un simple detalle.

—¿Un detalle? ¿A eso lo llamas un detalle?

—No te preocupes, Wayne, todo sigue su curso y te recuerdo que esta parte de la operación está bajo mi mando, la CIA, y no el FBI.

—Y te equivocaste.

—Sí, lo sé, me equivoque. Pero entonces no lo pensé. ¿No te recuerda nada, Wayne? —Craves se mostró perplejo. —Sí, eso mismo que he dicho, ¿no te recuerda nada?

Seguía perplejo no entendiendo la alusión de su colega de la CIA, pero intuyó que debía ser otra ironía, expresión habitual en él. Otro reproche en tono de humor que tendría que escucharle.

—Sí hombre —prosiguió Irling—, no fue eso lo que dijiste cuando el primero de los hijos de Hautmann empezó a fallar. Perdonen ustedes —añadió imitando los gestos de Craves y su tono de voz—, ya sé que me equivoque hace treinta años, pero, entiéndanlo ustedes, mis sentimientos y creencias me impedían eliminarlos a todos, hubiera sido un acto malvado.

Craves estaba ofendido, pero se esforzó en no mostrarlo. Consideraba que Irling era un imbécil, un burócrata inútil, un tipejo sin importancia cuyo trabajo se limitaba a revisar o firmar órdenes, informes, en fin, documentos, papeles totalmente incomprensibles para él. No era hombre de acción, no, sólo era un chupatintas que estaba allí solo para aparentar. Había muchos como él en la administración y Craves los despreciaba a todos. Eran hombres como él, como él mismo, quienes habían sacado adelante al país y sí, ahora lo reconoció, cometió un error hace años que ahora estaba a punto de pasarle factura. Pero por aquel entonces, estimó que era la única solución posible. Y no se arrepentía, aun cuando sentía en el trasero el dolorido efecto de las patadas que últimamente estaba recibiendo cuando se hablaba de este asunto.

Los dos hombres se observaban. El odio podía leerse en sus miradas. El silencio reinaba en el despacho en el que una pequeña nube de humo

paseaba de un lado a otro como una nube de lluvia lista para descargar su agua.

Irrling se reincorporó en su sillón aparentando ser más alto de lo que realmente era.

—Wayne, tu cargo aquí está en el aire y eso lo sabes. Pero lo que no dejaré es que me lleves a mí contigo, ¿lo entiendes? Húndete si quieres con toda esta mierda, bastardo pretencioso, pero a mí no me tocas y si estimo que mi equipo, y subrayo bien lo que digo, MI EQUIPO, tiene que “arreglar” un poco la verdad para que tu niña bonita y el imbécil de policía español que la acompaña sigan por el camino que nos interesa, te juro por la memoria de mi padre que ni tú, ni nadie me lo impedirá.

Craves estimó que el asunto no podía quedarse allí y relevó el desafío. Como su adversario, también se irguió en su sillón consiguiéndole doblar en estatura.

—Escúchame bien —le increpó con tono severo— maldito inútil. Yo tomé una decisión en un momento en el que tú aún andabas en pañales y cagando por todos los rincones de tu casa de Memphis. Me equivoqué y ahora asumo las consecuencias de este error, gilipollas, por eso hemos montado esta operación, pero si la CIA, este rebaño de ovejas gordas y fofas de las que te sientes tan orgulloso, forma parte es porque el número uno, en otro de sus ataques de imbecilidad, así me lo ha ordenado. Si por mí fuera, tú y tus colegialas os podrías ir a tomar por el culo. Y óyeme bien, cabrito campesino del sur, asumo mis errores, sí, pero no tus cagadas. ¿Entiendes?

Los dos hombres se sentían mucho mejor tras haber exteriorizado lo que pensaban. Sus corazones se sentían como la tierra que, tras una larga sequía, recibe la tan esperada agua de lluvia. Irrling se levantó tras un breve momento de silencio. Era hora de volver a su trabajo y en ningún caso se sentía ofendido por cuanto había oído en boca de Craves. Él estaba acabado, este asunto le saltaría en las mismas narices y acabaría con el fósil, pensó. Sin despedirse abrió la puerta del despacho y se marchó dejándola abierta.

Craves e Irrling solían tener discusiones muy cargadas cada vez que se veían y eso no les impedía volver a verse. Se necesitaban. Los lazos de colaboración entre el FBI y la CIA eran importantes para el país.

—¡Hijo de puta! —pronunció entre dientes y en voz baja Craves cuando el otro se hubo marchado.

Craves cogió el cenicero y lo vació en la papelera que tenía a un lado de la mesa. Seguía pensando en el contratiempo y en la muerte de un inocente allí, en España, un país al que no había ido desde hacía treinta años, ¡cómo había cambiado...! Limpió el cenicero concienzudamente ayudándose de un pañuelo de papel que luego arrojó también a la papelera con un gesto despectivo. Volvió a guardar el cenicero en el cajón de donde lo había sacado y se sentó otra vez en el sillón.

Pasaron unos pocos minutos que Craves aprovechó para despejar su mente y centrarse en el trabajo que estaba haciendo antes de que irrumpiera ese personaje. No recordaba lo que estaba haciendo, seguramente estaba repasando un informe, ¿cuál? No tenía importancia, cogería el primero de la pila fingiendo leerlo detenidamente. Sabía bien que sólo lo haría en apariencia, su pensamiento vagaba por otros caminos, rondando recuerdos de otros tiempos.

Dejó escapar un suspiro y removió en su billetera buscando la diminuta llave dorada que cerraba el cajón secreto de su mesa. La encontró y la sacó mirándola con cariño. La consideraba como un seguro de vida. En el pequeño cajón guardaba una serie de CD-ROMs en los que tenía grabada varias conversaciones, expedientes, resultados de investigaciones comprometidas y órdenes que luego nunca habrían existido. Eran su pasaporte para la vida porque esta información, en manos de gente indiscreta crearía terremotos políticos de consecuencias inimaginables. Algo que nadie quería ver, nadie, incluso los gobernantes actuales quienes no tenían nada que ver con todo lo que habían hecho sus predecesores en los años cincuenta y sesenta, época gris en la historia norteamericana donde se cometieron barbaridades en nombre de la seguridad nacional.

Abrió el cajón y acarició con dedos temblorosos los discos que allí encontró. Eran pequeños y fríos como si fueran inofensivos y de hecho lo eran mientras no se insertaran en una unidad de lectura CD-ROM y se explorara su contenido en un ordenador. Los archivos que allí se guardaban representaban algo más de cinco mil folios. Pero había unos pocos documentos que Craves aún conservaba en papel, su formato original. Removió los que había buscando uno en particular. Era más pequeño que los demás y en papel de teletipo militar. Lo leyó y las pocas palabras allí escritas le trajeron recuerdos, antiguos pero grabados con

fuego y sangre en su mente. Treinta años y los volvía a vivir como si fuera ayer.

FBI HQ/WASHINGTON DC/NEUVILLE/DCS-CICS CHIEF
A AGENTE ESPECIAL WAYNE CRAVES, 245896
BASE AEREA USAF 715, MADRID, ESPAÑA
3 DE AGOSTO DE 1962
CONFIDENCIAL - SOLO PARA SUS OJOS

ASEGURESE NO QUEDEN EVIDENCIAS DEL TRABAJO DE
HAUTMANN. ELIMINE PERSONAS INVOLUCRADAS; NIÑOS
INCLUSIVE.

OLVIDE PREJUICIOS. CUMPLA EL DEBER.

ORDEN DE NIVEL 1. NEUVILLE.

Ahora recordaba con pena, pero sin arrepentirse, que ésta fue la primera orden que no cumplió en su carrera. Maldita sea, pensó, arrojando el documento al cajón secreto y volviéndolo a cerrar con violencia.

La noche ya había caído sobre Madrid. El día terminaba en la hora en que la gente cenaba. Antonio seguía acostado a oscuras sobre su cama. Había dormido un rato y se había vuelto a despertar. Ahora mismo seguía contemplando las grietas del techo, aunque pensando en que éste necesitaba un baño de pintura. Se reincorporó con una agradable sensación. Era la primera vez que veía esas mismas grietas y sacaba algo en claro, no lo había hecho para huir de la realidad, sino que la realidad misma seguía presente en su mente. Hasta hace poco, esas grietas no existían en su mente, sino que eran la ventana por la que su imaginación escapaba a otro mundo, al mundo de su amor con Susana. Ahora, sólo era una realidad física, un hecho, algo que debía corregir. Se sentía mucho mejor.

La puerta de su habitación estaba entreabierta y una silueta femenina apareció con andar sigiloso. Era Carmen cuya presencia en su apartamento había olvidado. Antonio la sonrió preguntándose si ahora ella se sentiría con fuerzas para acompañarle a cenar.

Carmen parecía descansada con el pelo algo revuelto y el maquillaje ausente mostrando la cara de niña bien que Antonio observó el día que se conocieron.

—Voy a volver al hotel, Tonio. Hasta mañana.

El plan se esfumaba por los aires como un navío que naufraga en ultramar. Se sintió sin reacción y no supo que contestar. Estaba a medio camino entre el deseo de llevarla a cenar y seducirla, y el miedo a hacer el ridículo con alguien con quien tendría que seguir trabajando pese a todo. Pero Antonio era jugador, por lo menos desde hacía pocos días. Disfrutaba de una energía vital ausente en su cuerpo en meses.

—¡No! —El grito se escapó de su garganta cuando Carmen ya había desaparecido del marco de la puerta. Ella volvió movida por la curiosidad y le contempló. —Me preguntaba si... —Carmen notó que parecía intimidado y eso la agradó. —Sí, verás, tengo algo de hambre y voy a salir a cenar así que podrías acompañarme para seguir hablando de todo esto, ya sabes en plan informal.

—Podría.

—¿Cómo? Sí, podrías. Vamos, me gustaría mucho que me acompañaras. Lo que quiero decir, vamos... no sé ni qué decir... ¡A ver si acabo ya! —Antonio se estaba ruborizándose como un colegial que invita a una niña al baile de fin de curso. —Llevo todo el día queriendo invitarte a un restaurante cubano, pensé que te agradaría. Y, la verdad, me apetece charlar contigo de todo menos del trabajo.

Carmen nunca pensó que el cuarentón que tenía enfrente, podría tener tantos problemas a la hora de pedirle salir a una mujer. Ya no eran críos y ella misma no iba a sentirse mal por ello, era de lo más natural. Es más, incluso podría haberle propuesto cama, otros compañeros suyos ya lo habrían hecho, sin que se sintiera ofendida por ello. Lo rechazaría, sencillamente, como a todos los demás. Aunque luego pensó que, seguramente, al llegar al postre ya estarían hablando de dormir juntos. Aún entonces le rechazaría. Aceptó, pero con un pequeño cambio. No había venido a otro país para sentirse como en casa, le explicó, sino para conocerlo así que lo último que deseaba era cenar comida cubana. Prefería un restaurante español.

Antonio no supo explicarle que los restaurantes españoles no existían como tales, sino que se trataban de cocinas regionales, los había castizos, gallegos, vascos... Estimó que no era necesario explicárselo y abogó por uno de cocina castiza en el casco antiguo de la capital. Justo el tiempo de ducharse y cambiarse y la recogería en su hotel. Juntos pasarían una agradable velada, estaba seguro.

Al final, pensó que el mejor sitio era el reputado restaurante con aspecto de antigua posada que estaba situado en una callejuela detrás de la Plaza Mayor. Acabada la cena, podrían darse una vuelta por el casco histórico de la ciudad, aunque, la verdad, nada de lo que verían sería realmente antiguo, o, por lo menos, tan antiguo como otras ciudades alrededor de Madrid.

Carmen disfrutaba contemplando la decoración del restaurante donde abundaban los motivos pesqueros. Pensó que se trataba de un lugar especializado en pescados y era verdad, pero su especialidad era el cocido, el plato más típico de Madrid.

A Antonio le costó mucho explicarle que el cocido era más un plato de comida que de cena, que era bastante pesado, aunque muy bueno y que le costaría dormirse luego, pero de nada sirvió. Carmen se había encaprichado con la gastronomía castiza y, además del cocido, pidió una

sopa castellana de entrada. El camarero se sumó a las protestas de Antonio que intentaba por todos los medios explicarle a Carmen que el cocido ya venía con caldo, una especie de sopa, le explicaron.

Mientras esperaban al primer plato empezaron a charlar al tiempo que disfrutaban del tinto de la casa que no era otro que un rioja joven. Ambos disfrutaban de la soledad de una sala casi vacía. Parecía que los demás clientes no llegarían nunca dejándoles solos, totalmente solos. La oportunidad no debía escapársele a Antonio.

La conversación iba dando rodeos abarcando temas sin interés, simple preludeo del ataque final. Sin embargo, Carmen se mostraba interesada en la vida de Antonio, más interesada que lo estaba él mismo en contársela, pero le abrió su corazón, brindando juntos por sus vidas.

—No me queda familia, Carmen —confesó casi en voz baja como avergonzado por el hecho de sentirse sólo en el mundo. Carmen estaba atónita y Antonio lo notó—. Te lo explicaré. He sido hijo único, ni hermanas ni hermanos que me apartaran del amor de mis padres. Cuando ellos murieron en un accidente, me recogió el hermano mayor de mi padre, mi tío que era párroco de un pueblo cercano. Vivía sólo y no sabía qué hacer de un niño como yo así que me dejó en un internado. Crecí allí y luego estudié en la facultad de derecho de Cáceres. Cuando quise volver a ver a mi tío, descubrí que había fallecido, como mis padres. Era el único hermano de mi padre y mi madre también era hija única. No más tíos y no sé si tenía primos, al menos no los recuerdo, no recuerdo a nadie más. Entre el internado y la carrera pasaron quince años, tiempo más que suficiente para perder a todo el mundo de vista. Cuando regresé al pueblo que me había visto crecer descubrí con horror que nadie me recordaba, ni a mí ni a mis padres. En cambio, la hacienda seguía allí pero totalmente abandonada. La vendí y me vine a Madrid. Quise romper con mi infancia y mis recuerdos. Me sentí sólo y no quise que eso me jodiera la vida, ¿lo entiendes?

—¿No recuerdas nada de ellos?

—Sí, algunas cosas, pero piensa que yo tenía sólo nueve años cuando ellos murieron. Gracias a Dios, mi padre reunió una pequeña fortuna antes de morir que heredé y ahora tengo invertida en renta fija, letras del tesoro y fondos bancarios. Si no, con el mísero sueldo de funcionario de policía, no daría ni para un plato de lentejas. Lo único que me queda de mis padres es una colección de fotos.

Un par de camareros serviciales se acercaron con paso apresurado. Uno de ellos traía el puchero donde se había mezclado el caldo del cocido con las pequeñas pastas. El otro camarero sirvió los dos platos y deseo un buen apetito a los comensales.

Carmen olió con agrado el maravilloso olor que su plato desprendía. Poco tiempo pasó antes de que lo saboreará.

—Está muy rico. Pero es curioso que de una sopa hagáis vuestro plato típico.

Antonio se echó a reír. Carmen se sintió algo molesta al entender que era ella el motivo de su risa. Bueno, ella no, pero lo que dijo sí. También se echó a reír cuando su compañero le explicó que sólo era el primer plato luego llegaría el plato principal y entonces podría opinar. Era una explicación en plan “come y calla” que Carmen aceptó aún sin estar del todo convencida.

—No recuerdo gran cosa, ya sabes, escenas de infancia —añadió Antonio volviendo al tema de sus padres—. Es curioso, recuerdo más cosas, y en mi mente son más precisas, del internado y eso que no fue un periodo muy divertido en mi vida. —Saboreó un poco de vino y una agradable sensación de bienestar invadió su cuerpo. —Luego anduve pegando tumbos por la vida, la mili, trabajos poco remunerados y pesados en algún diminuto bufete, en fin, más bien parecía un nómada. Me hice muchos amigos, todos tan jóvenes y locos como yo. Un día leí la convocatoria de oposiciones al cuerpo nacional de policía y me inscribí. Recuerdo lo de chistes y bromas que tuve que aguantar de mis amigos. Ninguno me quiso creer cuando lo anuncié. Y lo demás lo puedes imaginar o igual ya lo sabes porque está en la copia de mi expediente que guardas en tus informes.

—Ya te dije que no lo leí. Sólo ojeé un resumen que me dejaron.

—Me preguntabas por mi mujer —recordó Antonio buscando cambiar de tema—. Se llamaba Susana, la conocí hace seis o siete años, en uno de los bares a los que iba con mis amigos. Ella era amiga de un amigo mío y estaba sola. Yo también lo estaba y este amigo pensó que haríamos buenas migas. Simpatizamos mucho pero no quedamos para salir. Pasaron unas semanas y la volví a ver de casualidad cuando estaba denunciando un robo en la comisaría en la que yo estaba trabajando. La ayudé a formular la denuncia y la invité a tomar algo. Empezamos a salir un poco y luego la cosa fue en serio. Pasó un año y nos casamos. Ella estaba en tercero de

derecho y andaba un poco atascada. La eché una mano pagándole lo que le quedaba de carrera y ayudándola en sus clases. Sacó el título y logró trabajar en un bufete con su abuelo. Todo nos iba de maravilla. Un día descubrí que la muy zorra se estaba tirando a uno de los abogados de la firma en la que trabajaba. Me cabreeé mucho y rompimos. La verdad es que rompió ella, pero, para el caso, es lo mismo.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, Carmen. Son cosas que pasan. Yo sospechaba algo. Ella pasaba muchas noches en el despacho estudiando el caso de turno. Los casos variaban, el abogado con quien ella los preparaba era, por lo contrario, siempre el mismo. Un tío joven, dinámico, guaperas. No la culpo, yo tengo quince años más que ella y ese tipo era de su edad. La última noche que pasamos juntos, Susana estaba distraída en la cama, pensaba en otra cosa, me dijo que estaba preocupada por un caso de custodia. Hicimos el amor con menos ardor que de costumbre. Juraría que yo fui el único que ponía algo en la relación moviéndome arriba y abajo sobre un cuerpo inmóvil. Pensé que estaba jodiendo un cadáver y no pude culminar. Me retiré y me senté a su lado. La muy jodida me preguntó si me pasaba algo. Tuvimos una discusión muy fuerte, una bronca más bien. La acusé de adúltera, de tener un lío con otro y meterme los cuernos en la oficina con el picapleitos de mierda. Deseaba que ella lo negara todo, reaccionara con violencia jurándome que me equivocaba, pero en vez de todo esto me miró seria y con un tono frío me lo confesó todo. Se levantó, se vistió y se marchó. Esperó a que al día siguiente me fuera a trabajar para recoger todas sus cosas de casa y no la volví a ver más.

—¿Ni para el divorcio?

—¿Eso pone en mi expediente? ¿Divorciado? —preguntaba Antonio refiriéndose otra vez más, otra pesada vez, a sus sospechas de que Carmen se habría leído todo el informe sobre su persona al llegar a Madrid—. Seguimos legalmente casados. Estoy esperando una carta de un abogado, pero no me llega nada de ella. Perdón, se me olvidaba, a los dos meses recibí un sobre por Seur, tenía el juego de llaves que ella guardaba. Entonces me mudé queriendo romper definitivamente con ella.

—Debió ser duro para ti —estimó Carmen cuando los dos mismos camareros del primer plato trajeron una enorme fuente donde flotaban morcillas, chorizos y verdura típica del cocido sobre un mar de garbanzos. Los camareros sirvieron a la pareja un par de platos ricamente adornados

cuyo olor despertaba los más bestiales instintos. Los camareros se retiraron y los dos empezaron a comer—. ¡Coño! Esto está buenísimo.

Era la primera vez que Antonio oía una palabrota en labios de Carmen y eso le sorprendió. La miró fijamente como reprendiéndola. Ella se echó a reír disculpándose con las manos. Acabado el episodio, ella insistió para que siguiera contándole su desgraciada vida.

—Me hundí. Empecé a cometer fallos en mi trabajo, en desatenderlo, en trabajar día sí y día no hasta que me echaron. Bueno, me trasladaron. La verdad es que, en homicidios, todos fueron muy comprensivos conmigo. Me apoyaron mucho, pero había barreras a la paciencia y yo me las salté a la torera. Y también pasó el incidente que marcó el final de mi carrera.

—¿La muerte del traficante? —preguntó Carmen.

—¿Ves? Lo sabía, sabía que te habías leído mi informe, pillina.

—Estaba en el resumen. Pero no sé bien lo que pasó y entiendo que no me lo cuentes. Por cierto, que esto está para chuparse los dedos.

—Te lo voy a contar para que veas que empiezo a considerarte una amiga. Y te voy a contar la verdad, no lo que leíste en el informe. Cuando ella me dejó, pasé unos días convencido de que sólo era una riña pasajera, que volvería. Trabajaba normalmente y por las noches la esperaba. Pasaron unos días y me empecé a preocupar. Entonces dudé si llamarla, pero no lo hice. Tengo mucho orgullo, al fin y al cabo, ella me había estado engañando. Quise averiguar qué hacía y vigilé el bufete y la vi salir con su amante, si se le puede llamar así. Iban agarraditos, enamoraditos. Ella subió a su coche y los seguí; entonces entendí que ella estaba viviendo con él. ¡Bum!, La jodí. Sí que estaba perdida. Para siempre.

Antonio suspiró y escondió el rostro en las palmas de sus manos.

—Me volví loco —prosiguió—. Me lancé con el coche por las calles de Madrid saltándome semáforos, subiéndome por las aceras, pegando acelerones hasta ciento sesenta. Fue un milagro que no matara a nadie. Y me detuvieron unos municipales que de paso insulté. Me identificaron y siguiendo la colaboración entre los distintos departamentos de policía, no me denunciaron, pero me confiscaron el vehículo rogándome que les acompañara. No lo hice y me fui en metro. Era ya muy tarde, tal vez fuera el último metro que circulaba por esas horas y no había nadie. En una estación subió una chica mona, con minifalda, arregladita, pero con pinta vulgar. Parecía una puta, luego descubrí que realmente lo era y que volvía

de la Casa de campo. Estaba sola y me miró con mal ojo pensando que yo tal vez fuera un atracador o un violador. Cuando el tren arrancó, un tío entró por la puerta de comunicación con el otro vagón. Se sentó a su lado y empezó a molestarla. La toqueteaba, la acariciaba un poco las piernas, estaba completamente colgado. Ella no se quejaba, estaba acostumbrada, me dijo luego, a que la manosearan a estas horas y lo único que le importaba era que no la robaran. En alguna ocasión se tiraba al que la acosaba para que la dejara marcharse con lo ganado prostituyéndose.

Antonio, observando que la copa de Carmen estaba vacía, la volvió a llenar del vino que parecía ser de su agrado. Luego, se sirvió él mismo, dejó la botella en su lugar y tomó la copa, mareó un poco el vino y lo absorbió con deleite.

—Pero yo estaba allí. Cabreado, sin novia y más solo que la una — continuó explicando Antonio—. Intervine y el tipo me contestó algo como que fuera a ocuparme de mi madre. Me cabreeé mucho más. Me levanté y él también lo hizo. El metro llegó a una estación y los dos bajamos. La puta nos acompañó para evitar que nos peleáramos. El andén estaba desierto. El hombre me quiso pegar, pero apenas se tenía en pie así que ni me rozó. Entonces yo acerté. Le pegué un golpe en el estómago que le cortó la respiración. Y luego la mandíbula. Ya no era yo mismo. Estaba aún más cabreado. Y vaya, llevaba mi arma reglamentaria. Le grité algo de que era un mierda y me contestó algo de que se cagaba en mis padres. Ellos están muertos y honré su memoria pegándole un tiro entre los ojos a una distancia de apenas un palmo. Lo ejecuté. Recuerdo que la chica pegó un grito de película al ver toda esa sangre que brotaba de la herida.

Los dos seguían comiendo el cocido, pero sin saborearlo. Nunca se lo había contado a nadie, salvo a Luis, y era un episodio de su vida que desearía haber borrado. Desde entonces sentía miedo por las armas y no llevaba nunca ninguna encima ni siquiera en las redadas. Algo de sí mismo murió con aquel pobre desgraciado que nadie lloraría. Carmen no se atrevía a decir nada. Sólo esperaba.

—Tuve suerte —prosiguió Antonio—. Este tipo no tenía a nadie en el mundo. Nadie que pudiera denunciarme a mí o a la policía y el único testigo era una prostituta que deseaba olvidarlo todo y ser olvidada. Así que mis compañeros cambiaron un poco la realidad. Añadieron una navaja en el andén que impregnaron de las huellas del muerto. En la autopsia encontraron restos de drogas y montaron la historia de que yo defendí a

una chica de un posible violador. Cambiamos a la puta por una chica bien que no tenía dinero para volver en taxi y se arriesgó con el metro. Aparecí como un héroe, pero hubo una investigación, claro, aunque se me exculpó de todo. La historia era creíble, era la que todos querían creer. Entonces dejé homicidios y me fui a la comisaría de AZCA a encargarme de casos rutinarios y a meter la pata lo menos posible. Así que todo archivado, todo bonito.

—No te atormentes, Tonio, tal vez te sobrepasaste, pero evitaste un crimen.

—Dije que te contaría la verdad, ¿no? Pues no lo hecho del todo. —La miró fijamente a los ojos preguntándose si debía continuar—. El tipo que maté era su amigo, vamos, su chulo, para que me entiendas. Y no la estaba acosando, pero sentí que me miraba, que me quería provocar, y me puse nervioso. Cuando salimos del metro al anden la chica intentaba calmarnos. Pero me lo cargué. A la chica no le interesaba meterse en líos así que juró no contar nada a nadie y se fue. Ella sabía que, si hablaba, algún compañero mío se la cargaría y montaríamos otra historia para que no le procesaran.

Hubo un silencio que a Antonio le pareció interminable. Pensó que Carmen le estaba juzgando y tal vez ahora le viera de otro modo. Tal vez incluso dejara de sentir simpatía por él. Observó con desagrado que ella evitaba mirarle a la cara. Pasado un tiempo, notó que seguía comiendo lo poco que le quedaba en el plato.

—Gracias —le dijo Carmen. Antonio estaba perplejo, se esperaba un veredicto, o un juicio en boca de su compañera, todo menos eso—. No lo leí en tu expediente. Ahora no me importaría confesártelo. Te agradezco que me lo hayas contado porque eso demuestra que confías en mí. Tonio, eso ocurrió en un momento de tu vida en que tú no eras tú mismo sino otro. Todos cometemos errores, pero no podemos volvernos atrás, ojalá pudiéramos. Ni yo, ni nadie, ni tú mismo, podemos reprocharte algo.

—¿Te quieres acostar conmigo? —preguntó Antonio tras un minuto de silencio.

A unos kilómetros de Madrid, por la carretera de Colmenar viejo y tras pasar por varios caminos comarcales donde es fácil perderse, se llega a una zona árida y casi desértica donde abundan viejos pueblos totalmente deshabitados. Ciudades fantasmas olvidadas donde el tiempo pierde su importancia.

No hace ni diez años, aún había unos pocos vecinos que trabajaban la tierra. Personas ancianas que habían vivido toda la vida en estos lugares y que no los dejarían sino por la muerte. Sus hijos, nietos y otra descendencia prefirieron la comodidad de las ciudades a la dura vida del campo. El resultado fue un éxodo que nadie pudo impedir.

Uno de esos pueblos cuyo nombre no aparecía en ningún mapa se encontraba en la ladera de una colina donde ya no había árboles. Los veranos eran muy calurosos y los inviernos muy fríos. Estaba compuesto de una veintena de casas de piedra todas alrededor de una calle principal donde sólo transitaban las personas y los animales. Era un pueblo cuya única riqueza residía en las ovejas, pero vino un día en que una pequeña epidemia acabó con la vida de las pocas que quedaban. Las familias que allí residían sólo pudieron marcharse a otros lugares, en general a casa de sus hijos, y renunciar a su independencia.

Y como todo pueblo que se presta, sus habitantes erigieron una pequeña iglesia similar a las demás casas, cuya única diferencia era un pequeño campanario ahora totalmente derruido. El único párroco que allí residía vivía de una pensión de la Iglesia y oficiaba misa una vez por semana. Murió poco antes de que los últimos residentes dejaran el lugar. Las pocas figuras ornamentales que la iglesia guardaba fueron entregadas a la iglesia parroquial de Colmenar Viejo.

Aquella noche era fresca y la luna brillaba en el cielo arrojando su luminosidad sobre la tierra. El silencio omnipresente sólo era perturbado por el canto uniforme de los grillos. Pero no era una noche como otra cualquiera. Parecía por un momento que la vida había vuelto a este pueblo olvidado de la sierra madrileña.

Una fila de coches se encontraba aparcado en los parajes. Eran esencialmente coches de grandes marcas: BMW, Audi, Volvo, o Lexus.

Podrían ser veinte, treinta, o más.

Pero no había nadie en las calles ni en las casas del pueblo. Sólo en la iglesia abandonada podía apreciarse una luz débil cuya intensidad cambiaba constantemente. Era la luz que desprendían los candelabros que alguien había dejado sobre el altar, una tabla de granito donde el abandono producía las primeras grietas. No había más mobiliario. Las únicas sillas de madera que allí había también fueron a parar a la iglesia de Colmenar.

Pero no había oficiante pese al público, todos hombres, que se había sentado en el suelo esperando, al parecer, una misa. Pero no era una misa cualquiera a juzgar por la hora de la noche en la que iba a practicarse y en la forma de vestir de los asistentes.

Todos ellos llevaban una especie de hábito monacal que escondía sus verdaderas vestimentas y les permitía ocultar su rostro bajo la capucha. Sin embargo, era una precaución inútil porque si de algo estaban bien seguros era de que nadie perturbaría la paz de aquel lugar olvidado del mundo.

Todos los hombres permanecían sentados cruzando las piernas adoptando la postura de la meditación oriental, los brazos cruzados sobre el estómago. Mantenían las espaldas erguidas ocultando el daño que, debido a la falta de ejercicio, sentían. Todos ellos se conocían, pero no hablaban entre ellos ni siquiera para comentar lo mucho que les había costado encontrar el camino, tampoco se miraban, sólo esperaban.

De la puerta que comunicaba la nave con la sacristía, o de lo que quedaba de ella, aparecieron dos hombres, uniformados como los demás, portando dos enormes cirios dónde la inscripción Pax podía leerse con toda claridad. Eran los mismos cirios que la iglesia usaba en sus misas. Los dos hombres se acercaron lentamente al altar y se detuvieron, uno a cada lado, y frente a los allí congregados.

Por último y tras asegurarse de que no faltaba nadie, apareció un hombre alto con pelo y barba largos. Tenía la tez oscura típica de la gente de color, aunque sus facciones eran más propias de la gente europea. Iba vestido con el mismo hábito que los demás asistentes pero su composición no era la misma y tampoco el color. Si bien todos los demás eran de color marrón y de algodón, el suyo era de seda negra. Se postró tras el altar y de frente a los demás reunidos que bajaron la cabeza como muestra de humildad y respeto.

—Compañeros por la misión que nos atañe, hermanos por la sangre que nos une —empezó el oficiante con un ligero acento sudamericano—, hoy es un día especial para todos nosotros y por eso que escogí este lugar para nuestra reunión.

Su rostro era grave como si sus preocupaciones más íntimas afloraran sobre su piel. Juntó las palmas de sus manos frente a su pecho como si fuera a rezar y contempló a los asistentes. No se oía ni un susurro, sólo los grillos.

—El Nazareno dejó escrito que se alzarán pueblo contra pueblo, reino contra reino; habrá grandes terremotos, en diversas regiones hambres y pestes, y en el cielo señales grandes y terribles. Y a sus fieles les advirtió que antes de todo eso, les echarán mano, les perseguirán hasta llevarlos a cárceles y ante reyes y magistrados. Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra se angustiaron los pueblos, desconcertados por el estruendo del mar y del oleaje. Los hombres desfallecerán de miedo, aguardando lo que se le echa encima al mundo; pues las potencias celestes se tambalearán. Entonces verán al Hijo del Hombre que llega en una nube con gran poder y gloria.

Todos los asistentes escuchaban sus palabras aun extrañados por oírle comentar los textos sagrados, aquellos textos tan opuestos a lo que les había enseñado. Sólo ahora entenderían la relación de existencia y de no-existencia entre el mal y el bien. Lo uno no puede existir sin lo otro. Lo uno desaparece con lo otro.

—Y yo os digo —añadió—, que el Hijo del Hombre tuvo razón. Su regreso es ahora inminente. Pero no nos incumbe a nosotros prepararlo, sino que nuestra misión es bien distinta. Nos ha sido ordenada por nuestro maestro, el único por el que todos los hombres, santos y ángeles sufren terror. Aquel mismo al que le fue prohibido asistir a la mesa del Señor.

Se refería, claro está, a Lucifer, el nombre que los antiguos dieron al ángel que, enorgullecido por su poder, fue castigado con el destierro vagando por el mundo tentando a vivos y muertos para que sus almas perdieran su derecho al paraíso, aquel mismo derecho que por su maldad él mismo perdió.

—Había una vez un hombre —prosiguió— que se sentía muy orgulloso de la tierra que había sembrado. Esperaba marcharse lejos y volver sólo para la cosecha. Mientras estaba sentado admirando su tierra con satisfacción, se le acercó otro hombre que le reprochó no haber

cuidado bastante las semillas. El trigo, le advirtió, crecería en desorden y se corrompería con facilidad. El otro hombre, aquel que sembró la tierra, aceptó el reto y le citó para la cosecha, luego se marchó. El que se quedó pasó todo el invierno ideando astucias para corromper el trigo que iba creciendo y se alegraba cada vez que veía un ramo perderse. Transcurrido el tiempo y cuando la época de la cosecha avecinaba, el otro hombre regresó y recogió el trigo separando los ramos buenos de los malos. Cuando hubo acabado contempló horrorizado que muy pocos eran los satisfactorios y demasiados los corrompidos entonces vino el hombre que le desafió alardeando de su éxito. Y el que había sembrado le contestó irritado: *“hombre envidioso y malvado, por tu culpa mi siembra ha sido pobre y mi trabajo estéril. Puesto que fuiste tú quien arruinó mi tierra, recoge la hierba mala y quémala en la hoguera, porque con el trigo que se salvó de tu maldad hornearé un pan digno de reyes”*.

El orador contempló a cada uno de los asistentes intentando percibir en sus miradas si habían comprendido la parábola que les acababa de contar. Resultaba curioso que aquel hombre que representaba el mal, el adversario de Cristo, hablara en parábolas como lo hiciera El mismo. Como pocos parecían entender el mensaje, estimó oportuno explicar su contenido.

—Hermanos —dijo recuperando una mirada menos severa—, el fin del mundo tal como lo profetizaron quienes también anunciaron la llegada del Nazareno o lloraron su muerte, está ya avecinándose. Os bastará contemplar alrededor de vosotros todos los acontecimientos que se vienen sucediendo para entender que las revelaciones que Dios hizo a Juan el evangelista sobre como acabaría la vida en la tierra se están cumpliendo. Pronto volverá Aquel que por su muerte en la cruz permitió redimir el pecado original que nuestro Señor Satanás logró inculcar en el hombre. Y nuestro trabajo, como una misión a través de la eternidad, cobrará aún más importancia en los tiempos que ahora vivimos porque, os lo recuerdo, a nuestro señor, la bestia, *“le permitieron hacer la guerra a los santos y vencerlos; le dieron autoridad sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. La adorarán todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no están registrados desde el principio en el libro de vida del Cordero degollado”*.

Todos entendieron que no era otra reunión como las de antes. Hoy, esta noche, el maestro les impartía una clase especial, la de su misión dentro

del orden de las cosas. Estaban asustados porque entendían que la tarea les pediría mucho esfuerzo y sacrificio, pero lo que aún no entendían es que este esfuerzo deberían hacerlo para que triunfara el mal sobre el bien.

Las luces que las velas proyectaban sobre las frías paredes recordaban un baile de llamas. Era un ambiente siniestro donde solo esas mismas velas parecían ser las únicas en conservar algo de vida. Su olor a cera derretida se esparcía por la antigua iglesia invadiéndola como el perfume del cuello de una mujer. Era un olor agradable, tan agradable y cálido que reconfortaba las almas de las personas congregadas que seguían escuchando las palabras del hombre que adoraban.

Aquel permanecía callado deseando que su cita del Apocalipsis causara una reacción entre sus discípulos. Todos ellos permanecían asustados entendiendo al fin el mensaje que había pronunciado. Era ahora, sólo ahora que entendían que formaban parte de algo más que de un sencillo club de amigos, de una cofradía de masones, o de una secta. Lo que les unía ahora no les separaría jamás. De simpatizantes de un nuevo orden pasaban a ser ejecutores del mismo.

El hombre que había hablado hasta ahora observó a cada uno de los asistentes buscando en sus ojos la señal de que era amo y poseedor de sus voluntades, de sus cuerpos y mentes, sobre todo de sus almas.

—Hermanos —prosiguió—, amados discípulos, deberéis permanecer preparados para la llegada de nuestro gran maestro, de aquel por el que los hombres lucharán, morirán y vivirán. Aquel por el que nada podrá existir sobre la tierra si no es por él o a través de él. Debemos preparar nuestro mundo a su llegada porque en verdad os digo que el fin del hombre está cerca y sólo los que creen en él, serán salvados. Porque él tendrá poder sobre el hombre para someterlo a su voluntad y dominarlo. Y todo esto lo hará en su nombre, en el del ángel que desafió a Dios y se rebeló, aquél mismo que vive fuera del orden impuesto. Aquél único ángel que tuvo valor para desobedecer y vivir en soledad fundando un ejército de discípulos que, desde épocas antiguas, desde que el hombre existe en este mundo, ha ido sembrando el odio, el mal, y todo aquello que ha hecho que el hombre se distancie de su creador perdiendo lo más importante que le fue dado: su razón de ser, su fe y su alma.

Todos los discípulos, unidos frente al altar, escuchaban con interés todo cuanto oían. Se habían adherido al grupo por egoístas intereses: los del triunfo, del éxito, del dinero y del poder. Convencidos estaban de que la maldad servía a esos intereses, quedaba sólo por ver qué debían hacer, hasta dónde debían involucrarse.

—Como hace dos mil años lo hiciera el Nazareno —prosiguió el maestro—, el hijo del Demonio nacerá de una virgen en tierra santa. Crecerá y su poder se extenderá sobre toda la tierra. Él gobernará a todos los pueblos y someterá a todos los hombres. No vivirá un solo hombre que no le sirva y morirán los que contra él luchan. Y pasados mil días, volverá el nazareno a ocupar el lugar que dejó sobre la tierra. Será un combate a muerte por el mundo entre el mal y el bien y nosotros lo ganaremos. Entonces serán salvados los que creyeron en la bestia. Dios morirá, hermanos, y el demonio será nuestro nuevo Dios.

Al acabar estas últimas palabras, extendió sus brazos adoptando la forma de la cruz. Se oyó un trueno en el cielo que cubría la pequeña iglesia perdida en la sierra madrileña. Los discípulos sintieron miedo. El aire se volvió más frío y se formó un torbellino en el pueblo deshabitado arrastrando lo que encontraba en su camino. Otro trueno estalló en el cielo como presagio de una tormenta.

Mientras tanto el maestro seguía con los brazos en cruz y la cabeza alzada hacia el techo en un tiempo sagrado y ahora profanado. Ninguno parecía tomar iniciativa alguna y allí siguieron mientras el viento cada vez más violento empezaba a azotar a la pequeña iglesia.

No había relámpagos y la noche seguía tan oscura. La luna había desaparecido detrás de unas nubes negras que presagiaban lo peor. El viento consiguió penetrar por las pequeñas ventanas de lo alto de la iglesia en otro tiempo hermosamente decoradas de vidrieras multicolores. Un pequeño torbellino empezó a formarse cerca del techo. Los hombres que se encontraban aún sentados empezaron a sentirse agitados por la fuerza del viento. Sus hábitos eran atraídos por el torbellino y les costaba mucho a cada uno de ellos mantenerse firmes sobre el suelo. Pero aun así ninguno de ellos pensó en huir.

El silbido que el torbellino emitía causaba tanto daño en los oídos que cada uno de los discípulos sintió la necesidad de protegerse las orejas con las manos. El silbido era cada vez más fuerte y aun así el maestro seguía tras el altar con los brazos en cruz. Su rostro se había vuelto

completamente blanco como si emitiera una luz de absoluta limpieza. Su largo pelo seguía inerte como si el viento, cada vez más violento, lo ignorara. Su habito tampoco mostraba síntomas de estar sometido a la considerable fuerza del torbellino que azotaba a los demás hombres.

Las puertas de la iglesia eran espesas y pesadas, de un roble que ya no existía y que aún seguían allí como el único mobiliario de la iglesia. El viento las abrió desde el exterior con tal violencia que rebotaron sobre las paredes y salieron de sus cabales proyectadas como inmensas piedras sobre los hombres sometidos al martirio. Pero, como si hubiera un orden dentro del caos, las inmensas y pesadas puertas no hirieron a nadie. El viento penetró en la pequeña iglesia arrojando a los hombres unos contra otros. Todos ellos lograron formar una piña juntándose y agarrándose entre sí para luchar contra el violento. Esperaban con paciencia a que todo aquello terminara.

El viento, aún más fuerte y violento, no parecía calmarse y arremetía contra todo lo que encontraba eludiendo tocar al maestro que aún seguía como implorando al cielo. Y ocurrió algo más sorprendente que ninguno de sus discípulos ignoró. Como sometido a una fuerza sobrenatural, su cuerpo empezó a alzarse del suelo lentamente hasta medio metro. Levitaba, inmóvil en el aire en la misma posición original emulando a Cristo en la cruz. Levantó las palmas de sus manos hacia arriba y de ellas emergió una luz como dos proyectores hacia el techo. Del hueco que dejaron las puertas al ser violentamente abiertas penetró un haz de luz roja que se proyectó sobre su cuerpo envolviéndolo mientras seguía inmóvil en el aire.

Y como si ahora permaneciera en el pasado, como si tal vez nunca hubiera existido, la tormenta desapareció. El viento se calmó y todo volvió a la normalidad.

Los demás hombres regresaron poco a poco a sus sitios y posiciones originales pero todos ellos con los ojos clavados en su maestro, incrédulos. No se atrevieron a cruzar palabra, ni un gesto, ni una simple mirada. Todos ellos observaban el fenómeno, a todas luces anormal, que allí transcurría.

Unos pocos segundos pasaron y la luz desapareció, las llamas de las velas, que hasta ahora había resistido el vendaval, se apagaron y el cuerpo regresó lentamente al suelo. Los brazos dejaron la forma de la cruz y

regresaron a los costados. Sus ojos se abrieron desprendiendo un brillo inusual.

—Id ahora por todo el mundo a transmitir la buena noticia. Preparad a todos los hombres a la llegada del gran maestro. Id y cumplid la voluntad de nuestro nuevo dios. Id y sembrad para que luego él pueda recoger los frutos de su maldad.

Y todos se marcharon.

Antonio se deleitaba escuchando la acelerada respiración y los gemidos ahogados de placer que Carmen no podía retener. Tenía los ojos cerrados como inmersa en un mundo de sueños y de felicidad mientras saboreaba el aroma de Antonio. Un aroma varonil que la embriagaba. Sentía sus manos recorrer su abdomen y acariciarle los senos. Estaba muy excitada y deseaba que le hiciera el amor. Había dejado de resistirse a él para acabar en sus brazos, en la cama de la habitación del hotel en el que ella se hospedaba. Deseaba dejar a un lado todos sus prejuicios y principios para lanzarse a disfrutar de la vida y de sus mejores momentos.

Antonio la iba inundando de besos en el cuello sintiendo como una de sus manos le acariciaba el pelo. Seguía manoseando el pecho de su amante como atraído por las formas voluptuosas que se escondían debajo de la blusa. Se incorporó un poco encima de ella y la contempló, hermosa y radiante de felicidad. Se apartó a un lado para liberarla de su peso. Siguió acariciando su cuerpo concentrándose más en su sexo. Logró levantar un poco la falda y sintió el suave tacto de sus bragas. Adivinó el dibujo que tenían y mientras seguía acariciando ahora con algo más de fuerza en sus dedos sintió como las piernas de Carmen se cerraban contra su mano haciéndola prisionera de su intimidad. La volvió a besar en el cuello y Carmen volvió a gemir de placer. Su cuerpo empezaba a moverse rítmicamente como si estuviera siendo penetrada. Estaba muy excitada, entonces Antonio retiró su mano de encima de sus bragas y empezó a desabrochar cada uno de los botones de su blusa. No tuvo paciencia para acabar lo que hacía y prefirió desgarrar la blusa.

Carmen percibió la violencia del gesto de Antonio sin entender sus consecuencias. Solo sintió un poco de frescor sobre su pecho. Tenía sus senos desnudos y Antonio mordía sus pezones con dulzura al tiempo que se preguntaba porque no llevaba sujetador. Los jadeos de Carmen se convirtieron en pequeños gritos de placer.

Antonio sintió como las piernas de su amante buscaban acariciarle las nalgas, como una llamada al apareamiento. Con la misma violencia empleada con la blusa, Antonio desgarró con los dientes las bragas de Carmen haciéndola añicos. Su sexo apareció como una mota de pelo negro

ordenado como peinado. No pudo resistir más y logró bajarse los pantalones como pudo al tiempo que Carmen lo agarraba por todas partes. Su miembro viril estaba en plena erección y se sintió satisfecho. Al fin estaba curado. La iba a poder penetrar como siempre lo había deseado. Pero entonces irrumpió el camarero le trayendo la nota de la cena en una pequeña bandeja de plata.

Antonio contempló a Carmen al otro lado de la mesa. Su sueño se había desvanecido y volvió a la realidad. A la fría realidad de una cena acabada y de un romance ni tan siquiera empezado. Había fracasado, aunque aún albergaba esperanzas.

Suspiró y extrajo una tarjeta de crédito de su cartera. La depositó en la bandeja junto a la nota que no leyó. Iba a pasarla como un gasto más.

—Estás callado —observó Carmen con una pequeña sonrisa.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

No quiso responder con la verdad y mintió mientras firmaba el pequeño resguardo de la transacción electrónica. Volvió a guardar la tarjeta en su sitio dentro de la cartera y se levantó. Carmen lo emuló y juntos desaparecieron en la fresca noche.

Llegaron al hotel donde Carmen se hospedaba y allí se despidieron.

Empezaba a ser un poco tarde y Antonio esperó a que Carmen entrara en el hotel como deseando que se detuviera, se diera la vuelta y con un gesto de la mano le invitará a seguirla. Lo deseaba con todo su corazón. Y ella desapareció tras las puertas de cristal a la derecha de la placa azul con la letra h en blanco sobre tres estrellas también blancas.

Puso la primera y se fue a casa a dormir... solo.

Sonó el teléfono y fue el ruido más horrible que Antonio oyó en su vida. En un primer momento pensó que formaba parte del sueño en el que estaba inmerso. Pero cuando oyó el segundo timbre, cambio de parecer. Deseaba que fuera parte de la pesadilla, pero no lo era.

Abrió un ojo al tiempo que sonaba el teléfono por tercera vez. Tenía las persianas bajadas y no pudo adivinar si aún seguían siendo de noche. Estaba muy cansado como resultado de no haber dormido nada. Encendió la luz y oyó el timbre por cuarta vez.

Se incorporó y descolgó el teléfono mientras se frotaba el cráneo con la otra mano como si aplicara un masaje en las sienes para despertarse del todo.

—¿Diga?

Era casi un murmullo. Una voz inaudible que no podía reconocer, aunque sabía que era la suya propia.

—¿Tonio? Soy Felipe, siento despertarte, pero esto es bastante grave.

¿Felipe? Antonio recapacitó un poco y además de no reconocer la voz, tampoco reconocía el nombre. Su interlocutor no le era familiar y sin embargo le había llamado por su nombre. Se sintió imbécil, careciendo de toda reacción, presa de la sorpresa.

—¿Tonio? —insistió el otro hombre—. ¿Me oyes? Soy Felipe el de la informática. ¿No me recuerdas? Nos vimos esta tarde y me pediste que explorara las transacciones electrónicas...

—Ya —interrumpió triunfal—. ¿Has encontrado algo?

—Ya lo creo. Tienes que venir enseguida. Esto te va a gustar.

Mientras había contestado, Antonio localizó su reloj sobre la mesita de noche y se lo acercó para consultar la hora. Las agujas le aparecían borrosas y no conseguía enfocar. Por fin lo logró. ¿Las cuatro y media? Este tipo está loco, pensó.

—¿No te has acostado? —preguntó Antonio, aunque ya adivinaba la respuesta.

—No lo suelo hacer cuando hay algo que me interesa. Bueno, ¿vas a venir, o no?

—Ahora voy.

Colgó. Y como si no tuviera aún confianza en sus ojos volvió a echarle una mirada al reloj. No le habían engañado. Eran las cuatro y media de la noche. La ausencia de ruidos de coches circulando bajo sus ventanas confirmaba que aún fuera de noche. Hundió su rostro entre sus manos y pronunció algo malsonante.

Tras incorporarse y vestirse con las pocas fuerzas que tenía consiguió salir de casa y arrancar su coche dirección a la sede de la policía científica. Las calles estaban desiertas. De vez en cuando cruzaba un taxi vacío que seguía su ronda, los vehículos de la limpieza, y algún joven despistado en busca de su hogar.

La cosa se animaba un poco más conforme se iba acercando del centro de la ciudad.

El edificio en el que entró permanecía a oscuras. El agente que custodiaba la entrada no lograba creer que alguien estuviera interesado en entrar. Parecía dormido, aunque la radio que tenía puesta le ayudaba a seguir despierto. Seguramente llevaba poco tiempo en el turno de noche y aún no se había acostumbrado a ello.

Del mismo modo que no le entraba en la cabeza que Antonio deseara subir a uno de los pisos del edificio, tampoco imaginaba que alguien aun siguiera trabajando a esas horas. Era inusual. Pero otorgando algo de confianza al visitante, marcó el teléfono de la extensión.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Antonio sin más rodeos apenas entró en la oficina.

—Vaya, has perdido la educación —observó—. Bueno, visto tu edad, no me preocuparé por nada. Es un privilegio de los viejos el olvidar saludar.

—Buenos días, bocazas —pronunció Antonio con la sonrisa al centro de una mirada cansada.

Se sentó junto al informático que seguía con los ojos puestos sobre su monitor donde una serie de siete números aparecía parpadeando. Se oyó un pequeño pitido y luego un ruido como el de un retrete que se vacía. Debajo de la serie apareció el mensaje "Conectados" y otro más "Pulse código de identificación y presione Enter".

Felipe pulsó varias teclas y finalmente una con el símbolo de una flecha. Pasaron unos pocos instantes y la pantalla cambió de color. Un gran letrero daba la bienvenida a un conocido banco de la capital. Debajo del letrero había una serie de opciones que Felipe leyó detenidamente antes de darse la vuelta y observar a su invitado.

—Tienes mala cara —concluyó.

—Si te despertaran en plena noche cuando solo llevaras tres horas de sueño, creo que tendrías el mismo aspecto que yo.

—Ya. La solución está en seguir mi ejemplo. ¡No duermas!

La sonrisa de Antonio era de lo más elocuente y Felipe decidió abordar el tema por el que estaban ahora juntos.

—He registrado las transacciones electrónicas de las tiendas especializadas que me has indicado y he aislado los datos de las personas que más se repetían. Sólo he podido trabajar con el fichero del mes en curso y con el del mes anterior. Acceder a los históricos es más difícil porque no están en la red. Tendría que haberlos solicitados a las entidades

financieras. Aproveché también para registrar todas las transacciones de los propietarios y empleados de las tiendas.

—No se me había ocurrido —observó Antonio—. Bien hecho.

—Bueno, sí. Me he encontrado con una larga lista de cerca de mil nombres. Así que he empezado a eliminar posibilidades. Primero las mujeres y luego los hombres mayores. Me quedaron casi seiscientos nombres y apellidos. Entonces volví a recurrir a telefónica buscando si alguno de ellos había adquirido material para conexiones informáticas o solicitado alguna alta como usuario. Entonces me encontré con cinco nombres. Cuatro clientes y el propietario de una de las tiendas. De los cuatro clientes, uno había adquirido un teléfono móvil. Lo deseché. Los demás solicitaron conexión a Internet.

—¿Tienes los nombres? —preguntó Antonio ansioso por saber de quien se trataba.

—Espera un poco y déjame acabar —repuso Felipe—. Introduje todos estos nombres en el ordenador del Ministerio de Justicia y no encontré nada. Están todos limpios. Luego pensé que tal vez tuvieran información en el Ministerio del Interior y también introduje los datos. Lo mismo para todos ellos salvo que uno resultaba conocido, aunque no como denunciado o sospechoso de actividades ilegales. Quise averiguar porqué y consulté la procedencia de esa información. Uno de los nombres de nuestra lista tiene una ficha abierta en el ordenador de gestión del personal de la Dirección General de la Policía.

Antonio estaba atónito, aunque no asustado. Felipe le estaba comunicando que en la policía había un tipo aficionado a las ciencias ocultas que podría, además, estar relacionado con la secta satánica cuyo miembro más importante era el sospechoso de asesinato de la prostituta de la calle Orense.

—¿Quién es? —preguntó Antonio con tono impaciente.

Felipe le observó con la mirada del gran lama tibetano que va a transmitirle un secreto milenario a su discípulo más amado. Dejó pasar unos segundos sintiendo como la impaciencia se apoderaba de Antonio.

—Nuestro hombre tiene categoría de comisario de distrito. Y, además, es un gran conocido tuyo. Por cierto, ¿en qué comisaría trabajas?

—En AZCA —contestó Antonio.

—Él también.

Felipe entregó a Antonio un trozo de papel continuo en el que una impresora había estampado cuatro nombres y sus respectivos DNI. Ninguno de los tres primeros le resultó familiar. El cuarto, en cambio, le produjo un escalofrío. Leyó el nombre de su superior en la comisaría de AZCA, el nombre del comisario Tomás Romero.

Era una revelación muy importante, aunque tal vez sólo fuera coincidencia. Antonio se preguntó qué paso debía dar ahora y decidió que lo mejor sería recurrir al responsable de la Brigada especial, el comisario Teófilo Gutiérrez. Pero era demasiado pronto para actuar y como tenía demasiado sueño, Antonio optó en regresar a su casa a dormir un par de horas más.

Mientras el padre Lucas seguía instruyendo a Carmen en el esoterismo y el satanismo, Antonio había irrumpido en el despacho de Gutiérrez, el jefe de la Brigada especial, para comunicarle su descubrimiento. El comisario no pareció sorprendido por las revelaciones sino, como luego le explicó, siempre había sospechado que Romero perteneciera a algún clan de gente poderosa. Sin embargo, nunca habría llegado a imaginar que dicho clan practicara el culto del demonio.

Algo resultaba bien claro. Las sospechas de que la secta estaba formada por gente bien relacionada e importante eran bien fundadas. Y esto ahora lo sabían relacionando al comisario Romero con la secta. Sin embargo, estaban fundando sus conclusiones sobre una circunstancia que tal vez no fuera cierta. Tal vez fuera simple coincidencia que Romero fuera adicto al ocultismo y a Internet. O tal vez era demasiada coincidencia.

—Siempre pensé que este gilipollas tenía enchufe —dijo Gutiérrez pensativo.

—Yo también lo pensaba —contestó Antonio—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Pues, por de pronto, no equivocarnos.

Era necesario averiguar hasta donde estaba involucrado Romero en la trama satánica. Toda la operación podía irse a pique si empezara a sospechar algo y pusiera a la secta en aviso. ¿Lo habría hecho ya? No lo sabían.

Entonces Antonio tuvo una corazonada. La típica intuición que tiene el policía veterano y cuyo origen no sabe explicar. Llamó a Felipe y le pidió un extracto de las llamadas de Romero a Internet. Antonio no se sorprendió al comprobar que, efectivamente, Felipe seguía sin dormir. Era una costumbre que había adquirido pasando noches en vela frente a su ordenador buscando como penetrar en un sistema informático bien protegido.

Recibió dicho extracto a los pocos minutos por fax. En pocos segundos, Antonio averiguó que Romero llevaba casi un mes sin conectarse a Internet. ¿Qué podía significar este repentino desinterés por la red informática más popular del mundo?

Era el momento de una apuesta. Los dos policías apostaron porque Romero había dejado la secta. Era la única posibilidad que se les ocurría. O tal vez era el deseo que ellos tenían de que así fuera.

Romero se encontraba aprobando un montón de facturas que uno de sus ayudantes le había entregado en un clasificador. Era una tarea en la que empleaba mucho tiempo. Asimismo, tiempo comparaba cada factura con el presupuesto y analizaba las diferencias. Era un entretenimiento que fácilmente podía llevarle todo el día.

Sonó su teléfono y reconoció la voz de su secretaria que le anunciaba la visita de Antonio y de Gutiérrez, su homónimo en la Brigada especial. Colgó al tiempo que se preguntaba el objeto de su visita. Seguramente deseaban informarle de como andaban las investigaciones de la muerte de la chica de Orense. Ya era hora, pensó, de que le tuvieran en cuenta.

Se puso derecho sobre el respaldo de su sillón y cruzó las manos sobre el escritorio. Era una postura que entendía como majestuosa, digna para la ocasión. Los dos hombres entraron y se sentaron frente a él. Tras unos breves y efusivos saludos, fue Gutiérrez quien, primero, abordó el motivo de su visita.

—Bueno Tomás, ya sabes que venimos por lo del cubano asesino de putas, ¿no?

Romero asintió. Era evidente.

—Pues —prosiguió Gutiérrez—, tenemos unos indicios algo extraños que nos gustaría compartir contigo...

—¿Recibiste mis gastos? —interrumpió Antonio al ver el inmenso clasificador que el comisario estaba revisando antes de que entraran.

Gutiérrez estaba molesto por la interrupción, pero esperó a entender el motivo. Llevaba unos pocos días relacionándose con Antonio y aunque aún no lo conociera bien, empezaba a respetarle. Acabó pensando que su intervención no era nada casual.

Por lo contrario, Romero estaba enojado. No entendía como Antonio prefería preguntarle por sus malditas facturas antes que escuchar lo que Gutiérrez tenía que decirle.

—Yo también recibo una maldita tonelada de facturas cada semana —añadió Gutiérrez cuando presentía que Romero iba a reprender a Antonio por su falta de educación. Estaba dispuesto a seguir el juego.

—Sí, son un engorro —quiso concluir Romero deseando cambiar de conversación y volver a lo que de verdad le interesaba.

—Habrás visto el detalle de mis gastos, ¿no? —volvió a preguntar Antonio—. He tenido un poco más de gastos esta semana debido a la investigación.

Romero estaba enojado, pero hizo lo imposible por que no se notara. Deseaba permanecer sereno sobre todo ante Gutiérrez.

—No lo sé, ¿y qué más da? —contestó.

—Te decía esto porque ando algo corto de dinero y quisiera tener pronto el cheque —era mentira. No había redactado ninguna nota. —La verdad es que podríamos agilizar un poco todo esto, ya sabes, algún sistema informático que te permitiera tener todas las facturas en pantalla, compararlas con otros documentos y que todo esto sea más rápido. Incluso te lo podrías llevar a casa.

—¿Opinas que soy demasiado lento?

—No hombre, es que me urge que me firmes el cheque, sino no llego a fin de mes. Sólo te proponía una solución que te reduzca el tiempo que le dedicas. Ya sabes, todo en un disquete y te lo llevas a casa y lo metes en tu ordenador.

Romero quiso contestarle algo grosero pero otra vez dio más importancia al hecho de que había un invitado más y que le interesaba que éste no se llevara una mala impresión. Como siempre, las apariencias eran lo más importante para Romero y Antonio lo sabía. Por eso se permitía esa intromisión en su trabajo. Era una crítica latente que Romero debía esquivar.

—Yo en casa, me ocupo más de mis cosas —se defendió—. Y el ordenador que tengo no lo uso para cosas del trabajo. Tiene más utilidades para mí que la simple aprobación de facturas.

—Ya, es verdad —dijo Gutiérrez—, los ordenadores ahora son casi indispensables en la vida familiar. Mi mujer usa el nuestro para sus recetas de cocina, para el control de sus gastos, además de una agenda donde tiene los nombres y teléfonos de todas sus amigas.

Otra mentira. Su mujer, como él, odiaba los ordenadores. La única computadora que tenían era una consola de videojuegos para los hijos.

—Bueno, yo lo tengo un poco para mis hijos. Entiendo que el futuro es de quien domine la informática y me parece que lo más importante que se les pueda enseñar a los hijos el manejo de los ordenadores —dijo Romero.

—Sí, creo que estás en lo cierto —añadió Antonio—. Pero la verdad es que resulta caro, bueno sobre todo cuando tienes que adquirir programas y todo lo demás.

—Mis hijos se los cambian con sus amigos. No iba yo a gastar todo mi sueldo en comprar programas —repuso Romero.

—Ya, pero luego me pregunto cómo pueden seguir interesándose por todo esto. Debe ser aburrido, ¿no? —preguntó Gutiérrez.

—Bueno —le contestó Romero—, lo último que ha llegado son las redes informáticas. Mis hijos me han estado dando la vara hasta que decidí hace un par de meses abonarme a Internet para que exploraran.

—He leído que hay de todo, nazis, pornografía, abuso de menores —dijo Gutiérrez—. Algunos aprovechan esta red para cometer delitos. Dicen incluso que es un lugar de encuentro de clubes, sectas, en fin, de un montón de mierda. Dicen incluso que hay sectas satánicas que reclutan a gente.

—No lo sabía —mintió Romero—. Tal vez deba tener algo de cuidado con esto, ¿no?

Antonio extrajo una hoja de papel de uno de sus bolsillos. La desplegó y la leyó sin pronunciar palabra. Era otro informe que Felipe le había enviado por fax. Había logrado rastrear todos los correos que Romero había enviado por Internet. Casi todos llevaban el mismo destinatario: el propietario de una de las tiendas investigadas había abierto.

—Pensaba que tus hijos vivían con tu mujer —dijo Antonio con tono inocente. Observó la cara de sorpresa de Romero y prosiguió—. Si hombre, todo el mundo sabe que estás separado.

Romero se sintió como atrapado en una mentira y ya no sabía cómo reaccionar. Entonces reflexionó sobre el transcurrir de la conversación y comprendió que nada de lo dicho fue, como en un principio pensó, trivial. Todo formaba parte de una trama, de una trampa, pero ¿para qué? Y lo entendió. Entendió lo que Antonio había investigado y supo que era el momento de elegir un camino. No tenía más remedio.

Romero sonrió al tiempo que juntaba sus manos sobre el escritorio. Esperó que Antonio le hiciera la primera pregunta pese a que sabía cuál sería así como ya meditaba la respuesta.

—Hace un par de días —empezó Antonio— ordené que se rastrearán todas las transacciones electrónicas efectuadas en librerías especializadas en temas esotéricos o de ciencias ocultas. En esa lista apareció tu nombre

repetidas veces y con importes significativos. También descubrí que te habías conectado a Internet desde tu casa para mandar correos a uno de los propietarios de las tiendas que visitaste con tanto interés. —Romero parecía haber perdido la sonrisa y ahora contemplaba sus manos sobre el escritorio con la expresión de un niño regañado. —Bueno, imaginarás que se trata de algo preocupante y venimos a discutirlo ahora contigo más que nada porque necesitamos tu ayuda.

Romero levantó la cabeza y miró a Antonio fijamente en los ojos preguntándose cómo había podido subestimarle. Ahora resultaba evidente que el aura de magnífico profesional que se había ganado en la Brigada de homicidios era más que merecido. Sabía que debía cooperar y dejar de encubrir a sus amigos del culto al demonio. Era lo mejor para intentar salvar su carrera.

—Quisiera corregir un pequeño detalle —dijo Romero— en lo que has dicho, Tonio. No estoy separado, aún no. El caso es que vivimos juntos, aunque no nos hablamos nunca sino en las cenas que tenemos con amigos. Pero es verdad que mis hijos nunca usan mi ordenador, lo tengo prohibido. Sólo lo uso yo y en general como ocio más que como trabajo —marcó una pequeña pausa como para indicar que ahora empezaría el relato que tanto esperaban—. Hace unos meses estuve invitado junto con mi esposa a la cena de despedida de la antigua delegada del gobierno en Madrid. Fue una cena majestuosa en el Casino de la calle Alcalá. Allí estaban todos los personajes importantes de la vida social, política y empresarial de la capital. Por faltar, sólo faltaron el Rey y el presidente del gobierno. Y vaya si se perdieron una buena cena... Imagino que la recordarás porque tú también estuviste allí. —El otro comisario asintió. —Cuando acabamos el postre anduvimos todos deambulando por el club tomando café y conociendo a gente nueva con el propósito, como no, de encontrar algo útil en ellas.

Tanto Antonio como Gutiérrez se habían sentado al fin. Colocados frente a Romero escuchaban con impaciencia su confesión.

—Esa era la idea que tenía en mente —prosiguió— cuando conocí a un tipo que irradiaba un aura especial alrededor de él y que no dejaba a nadie indiferente. Observé como la gente le trataba con especial consideración y me acerqué. Nos presentamos. Él era el propietario de una cadena de perfumerías de lujo bastante conocida. Charlamos un poco y abordamos el tema de conversación que más nos encantaba a los dos: los

fenómenos paranormales. Y caí bajo su hechizo. Acabamos intercambiándonos nuestras tarjetas de visita. Pasaron unas semanas y me llamó a casa. Estaba preparando un encuentro con los muertos, ya saben, un médium, gente como hipnotizada cogiéndose de las manos y esperando a que una inmensa mesa de roble empiece a moverse como señal de la presencia del espíritu invocado. Acepté.

Romero permaneció un segundo en silencio mientras con la mano derecha abría una puerta lateral de su mesa de despacho. De la nevera allí oculta extrajo una botella de agua y unos vasos. Sirvió tres. Sólo cuando los tres hombres hubieron bebido, Romero pudo proseguir su relato.

—La médium era una reputada vidente italiana que estaba de gira en España y que se había alojado en casa del propietario de la librería especializada a la que antes te referiste, Tonio. De ella había leído algunos artículos en el Más Allá. Le otorgaban poderes psíquicos que incluso los más escépticos respetaban. Además de la clarividencia, tenía el poder de comunicarse con los muertos a través de la escritura guiada. Imagino que sabéis de qué estoy hablando. La mujer entra en trance y llama a un espíritu y ése se manifiesta a través de ella obligándola a escribir respuestas sobre unos papeles y con una escritura casi siempre irreconocible. Aquella noche tuvimos un contacto con el pariente de uno de los invitados que había fallecido. Fue muy emotivo. Pero luego ocurrió algo asombroso y que nadie entendió en aquel momento.

Romero echó otra vez agua en el vaso observando que era el único que tanto bebía. Serían los nervios.

—La médium estaba descansando después del contacto cuando empezó a sentirse indispuesta —retomó Romero acabado su vaso—. No le dimos importancia, aún seguíamos hablando del contacto. Empezó a sentir convulsiones y vomitó sobre el tapiz. La intentamos ayudar, pero no conseguimos nada. Su estado empeoró y alguien llamó una ambulancia. Ella se levantó como pudo y anduvo titubeando un rato al tiempo que pronunciaba sonidos que nadie entendía. De pronto se detuvo y se puso recta. Su rostro cambió y también su voz.

Romero se frotó el rostro con sus manos. Resultaba evidente que sus recuerdos le estaban causando dolor. Temblaba y contempló a los dos policías con evidente miedo en la mirada. Los otros dos lo percibieron y también sintieron desasosiego por lo que oían.

—¿Qué más ocurrió? Por Dios debes ayudarnos —imploró Antonio.

—¿Qué más ocurrió, preguntas? —dijo Romero—. No me creeréis, pero es verdad, os lo juro. Ocurrió que la médium se transformó. Era un hombre de aspecto sudamericano, con unos tintes negros en la piel y el pelo recogido en colita.

—¿Se transformó? —preguntó Gutiérrez incrédulo.

—Ya sé que es imposible, pero fue lo que sucedió. Nadie lo entendió. Era una mujer de aspecto normal y en pocos segundos la vimos convertirse en un hombre. Incluso su voz cambió. Y nos habló.

—¿Qué os dijo? —volvió a preguntar Gutiérrez.

—Nos dijo que era emisario de un gran poder. Que nosotros seríamos salvados si ahora le jurábamos fidelidad y obediencia. Que él nos daría poder sobre los demás hombres. Y muchas más cosas. Cuando le preguntamos quien era, nos contestó que era el demonio.

—¿Y le creísteis? —preguntó Gutiérrez.

—Sé que parece imposible. Yo mismo me pregunté si no estaba soñando. Pero, por mi vida que cuando vi como se había transformado, creí.

—¿Y la médium? —preguntó Antonio algo trastornado por lo que había oído.

—No lo sabemos. Desapareció. Yo no entiendo nada de todo esto, sólo estuve allí y vi. Vi que había algo más poderoso que yo, y cuya fuerza y poder quise para mí. Muchos nos convertimos en sus seguidores. Discípulos suyos, nos llamaba, y empezamos a mantener reuniones secretas y a captar más adictos. Creo que formamos una auténtica secta satánica.

—¿Quiénes estaban implicados en todo esto? —preguntó Gutiérrez.

—No lo sé. Yo sólo conocí al propietario de la librería y al de la cadena de perfumerías. Estos dos hombres se convirtieron en sus discípulos más importantes. Uno llevaba el reclutamiento y la organización interna y el otro proveía la financiación. Los demás discípulos sólo se conocían por sus nombres de pila. A parte de algún rostro conocido, los demás me eran gente desconocida. En la secta se insistía mucho en el anonimato. Decían que ya vendría el día en que podríamos leer nuestros nombres en el gran libro.

La ironía de estas últimas palabras traducía en Romero un sentimiento de oculto escepticismo, o más bien cierta acidez derivada del arrepentimiento de haber integrado aquella secta.

—Las misas se organizaban como pequeñas reuniones clandestinas donde escuchábamos las palabras del líder espiritual, por llamarlo de algún modo. Su nombre era Ramón. —Antonio sintió un escalofrío al oír ese nombre. —Sí, el mismo en el que vosotros estáis pensando. Cuando llegaron los americanos y nos reunimos para cazar a un asesino de prostitutas, no pensé que se tratara de él. Cuando vi su foto, me asusté. Quise borrar todas mis huellas, pero resultó inútil. Lo habéis descubierto.

—¿Las reuniones se convocaban por el correo de Internet?

—Sí. Allí estaban los mensajes en forma de clave que sólo nosotros podíamos entender. Citas, mensajes espirituales y otras cosas de interés para los discípulos de la secta. Pero yo llevo ya dos meses fuera de ese mundo. Al principio era divertido, como un juego prohibido, pero poco después entendí que esta gente iba en serio y decidí apartarme.

—¿No intentaron forzarte a volver?

—No, claro que no. Eres libre de entrar, quedarte o irte. Saben que no hablaras. No le tienen miedo a nada ni a nadie. Saben que ellos triunfarán en la lucha que se avecina.

—¿Qué lucha?

—Lo llaman el combate por este mundo y dicen que se enfrentarán las fuerzas del bien y las del mal.

—¿De verdad crees todas estas patrañas? —preguntó Gutiérrez como ofendido por la inocencia de Romero.

—Tendrías que haber visto lo que yo vi.

Los tres hombres se quedaron mirándose unos a otros en silencio. Al cabo de un rato, Antonio le explicó a Romero su intención de infiltrar a Carmen haciéndola pasar por una hechicera cubana. Necesitaban su ayuda y él se la ofrecía. Antonio no se equivocó.

—Estáis locos, de verdad —insistió Romero—, no sabéis el poder que tienen. Si os descubren, os destruirán.

—¿Y qué propones, que nos quedemos cruzados de brazos a esperar como vuelven a matar? —preguntó Antonio enojado—. ¿Cuándo se celebra la próxima reunión? —dijo esta vez con tono más sereno.

—Hubo una noche y, según tengo entendido, fue muy importante. No asistí porque intento mantenerme alejado de ellos. Celebran reuniones cada cuatro semanas coincidiendo con la luna llena. No es ningún signo particular, es que como las quieren celebrar en lugares desiertos donde no hay luz se ayudan del brillo lunar para desplazarse y officiar.

Anoche. Eso significa, pensó Antonio, que llevaban unos cuantos días de retraso y deberían esperar al mes próximo para llevar a cabo el plan. Era demasiado tiempo. Antonio se sentía con el agua hasta el cuello y la situación era peligrosa además de complicada.

—Necesitamos que esto se adelante —dijo Antonio.

—Ya lo imaginaba —repuso Romero—, pero deberás entender que yo allí no puedo hacer nada.

—Creo que sí —repuso Antonio con la sonrisa del que ha encontrado la solución a un acertijo.

Era un edificio de principios de siglo de majestuosa fachada, típica de algunos edificios de la calle Velázquez, totalmente restaurada recuperando el brillo de antaño que el paso de los años y la contaminación habían apagado. Tenía un enorme vestíbulo que cegaba los ojos nada más entrar con un diminuto refugio a la izquierda para el portero y un antiguo ascensor en el fondo alrededor de la escalera principal con peldaños de mármol y pasamanos de roble. Todo era limpio, blanco, impecable.

Romero, Gutiérrez y Antonio subieron en el ascensor de hierro forjado. Era una joya digna del mejor de los museos. En su interior, a parte del mando para seleccionar los pisos a los que subir, con sus botoncitos antiguos y su cubierta de metal, había también un pequeño banco de madera en el que los ocupantes podían sentarse el poco tiempo que duraba su viaje.

Cada piso era tan hermoso como el conjunto de la casa. Se detuvieron en el cuarto piso y llamaron al timbre de una inmensa puerta de roble negro y mirilla de cobre.

Fue la mujer de Romero quien abrió la puerta de su casa y se sorprendió al ver su marido regresar tan pronto. Consultó su reloj buscando una explicación a tan inesperada llegada y lo achacó a sus visitas. Parecía molesta. Sólo se oyó un leve gemido escapar de su boca a modo de saludo. Su expresión no cambió, ni contenta, ni molesta; sólo indiferente. No esperó a que los tres hombres entraran antes de retirarse a sus quehaceres. Gutiérrez y Antonio palparon el ambiente de hostilidad que Romero vivía a diario y del que se había quejado poco antes. Vieron en su mirada que se sentía molesto por la frialdad con la que habían sido recibidos, pero no dijo nada, no había nada que decir.

Antonio pensó que, aunque el matrimonio aparecía ya como algo destrozado, aún seguían juntos. De algún modo, y comparándolo con su propia situación, algo ganaban, aunque sólo fuera la leve esperanza de que todos sus problemas, por muy gordos que fueran, podrían algún día resolverse. A él le habían arrebatado esta posibilidad la noche misma en que Susana se fue de casa sin volver la mirada atrás, consciente de cerrar una puerta sobre su pasado. Luego pensó que tal vez tampoco era mejor

vivir una falsa situación donde la hostilidad y la falta de cariño nacieron del evidente odio latente en la pareja. Cuando no hay forma de resolver un conflicto, lo mejor es acabar con él, concluyó. Ahora entendía que disponía de una posibilidad para volver a ser un hombre tras un año de letargo. Debía enterrar sus recuerdos aun cuando fueran los más felices que nunca había vivido.

Como despertando al oír el timbre del despertador, Antonio regresó a la realidad al tiempo que penetraba en el despacho de Romero. Una mesa de estilo isabelino, aunque no antigua, de madera de cerezo y con una cubierta de piel parecía presidir la habitación. Tras ella, un sillón de piel con enorme respaldo, y, a su derecha, el ordenador desde el que se conectaba a Internet, y frente a ella, dos sillones también de estilo isabelino a juego con la mesa. Alrededor del mobiliario y recubriendo las cuatro paredes, una biblioteca de grandes proporciones donde reposaban una multitud de libros, desde los siempre acostumbrados títulos de reputados novelistas y ensayistas hasta los tratados de leyes.

Los dos invitados retuvieron un suspiro de admiración. No habían venido aquí a jugar una partida de ajedrez ni a intercambiar puntos de vista sobre la última novela de Antonio Gala.

Romero se sentó en su sillón, encendió el ordenador y al tiempo que se oía los primeros pitidos y el zumbido del disco duro, explicó que éste era su refugio en una casa donde todos, incluso sus hijos, vivían ignorándole.

Pulsó unas teclas y cogió el ratón que parecía dormido sobre un pequeño tapiz donde podía leerse la marca del fabricante. Lo movió unas pocas veces y pulsó uno de sus botones produciendo unos pequeños clics sonoros. Cuando hubo acabado su juego, giró el monitor ofreciéndoles un panorama sobre el maravilloso mundo cibernético. Escribió la dirección a la que deseaba conectarse, era una serie de pequeñas palabras sin sentido aparente entrecortadas de barras inclinadas.

Un cartel donde podía leerse "Iniciando proceso de conexión" apareció de repente al tiempo que el cursor cambió de forma pasando de la ya típica flechita a un reloj de arena. Volvió a su estado original y el cartel de aviso desapareció.

—Ya estamos conectados al buzón de la secta. Es una especie de chat montado por uno de los discípulos junto al propietario de la librería. El tal discípulo, según tengo entendido, es director general de una pequeña empresa de servicios informáticos. No les costó mucho montar este

tinglado. Cada uno de nosotros está registrado con un nombre y una clave. Quien entre sin identificarse se encuentra en una mensajería típica donde fingen ligar y cosas aún más vulgares. Nunca se darán cuenta de nada. Además de los típicos buzones donde dejar mensajes, puede pasar que te encuentres con algún otro discípulo con el que poder conversar.

—¿Y nadie puede espiar? —preguntó Gutiérrez.

—No, aseguran que los mensajes y conversaciones son cifradas con un algoritmo que hace imposible la intercepción.

—Nada es imposible en informática —repuso Antonio.

—Ya lo sé —contestó Romero—. Todo es sólo cuestión de tiempo.

Romero dirigió el cursor sobre un botón en el que podía leerse el título "Identificarse". Pulsó la serie de letras "DURNY" que no revestía significado alguno, razón por la que se empleaba evitando que algún fisgón la pulsara por error. Apareció un cartel preguntando nombre y clave. Romero extrajo una pequeña libreta de uno de los cajones de su escritorio. La abrió por la primera página y, tras leer una pequeña anotación que allí había, tecleó "BABILONIA_34" y la clave numérica que copió con evidente cuidado de no equivocarse.

Otro cartel apareció como respuesta. Los tres hombres leyeron "Bienvenido discípulo. La luz te guíe por las tinieblas de tu alma.", Romero sonrió y explicó que en la secta había unos personajes muy adictos a la poesía y a la teatralidad. En su buzón había un mensaje en el que pudo leerse una nota sobre lo acontecido la noche pasada. Todos pusieron gran interés en leerla.

Estimado discípulo.

Sentimos mucho que no pudieras acompañarnos en nuestra pasada reunión y queremos relatarte aquello que no pudiste oír ni ver.

Nuestro Maestro se invistió de un poder sobrenatural para comunicarnos a todos que nuestra misión debía empezar. Nuestros corazones saltaron de regocijo y nuestras almas se llenaron de gozo por la noticia. Todos nosotros hicimos el juramento de servirle hasta la muerte y la liberación prometida a través de ella. Agradece nuestro Maestro, porque él les ha dado sentido a nuestras pobres existencias. Alaba el cielo porque vendrá El que es más importante que nadie en este mundo. Ruega por su llegada triunfal y porque nos reciba en su gloria.

El momento de nuestra verdad ha llegado y la impondremos a los demás por la fuerza que nos da el ser poseedores de ella. Así sea, así será.

—¿Qué significa esto? —preguntó Antonio intrigado por el mensaje.

—Pienso que anuncia la llegada del demonio —contestó Romero con una voz que traicionaba aburrimiento.

—Pues deberemos celebrarlo, ¿no creéis? —observó Gutiérrez con ironía.

—¿Pero, no es Ramón el demonio, o quien dice ser? —preguntó Antonio—. Me explico —añadió cuando vio como los otros dos no le entendían—, tenía entendido que Ramón decía ser el demonio, ahora anuncia la llegada del demonio. ¿Qué son, varios demonios?

—No, entiendo que sólo hay uno —contestó Romero—, Ramón sólo es profeta, anuncia su llegada como Juan el Bautista anunciaba la llegada de Cristo a orillas del Jordán.

—¿Y la misión a que se refiere el mensaje? —preguntó Gutiérrez.

—No lo sé. No asistí a la reunión de anoche. Llevo un tiempo apartado de esta gente y la verdad es que no se me ocurre qué puede ser.

El texto del mensaje desapareció de repente de la pantalla y el fondo cambio de color. Un marco se dibujó alrededor del monitor y un cartel apareció con un mensaje que los tres hombres leyeron.

Saludos discípulo, el maestro sintió pena por no verte anoche y comunicarte personalmente la tarea que espera puedas llevar a cabo.

—¿Qué es eso? —preguntó Antonio desconcertado.

—¡Mierda! —exclamó Romero—. Será mejor que me desconecte. Es una persona, seguramente el centinela, que quiere hablar conmigo.

—¿Es un diálogo en directo? —preguntó otra vez Antonio.

—Sí.

Con un gesto enérgico de la mano, Antonio le significó a Romero que no desconectara la sesión. ¿Por qué no contestar? Podría sacarse algún beneficio de esta pequeña conversación. Reflexionó unos pocos segundos con la mayor celeridad de la que su cerebro era capaz. Había que intentarlo.

—Espera —le ordenó Antonio—, ¿quién es el centinela?

—Suele ser el propietario de la librería o el informático que montó la red. Suelen conectarse durante horas y entablan conversación con quien se conecte y sea discípulo. Ahora que sigo conectado no me queda más remedio que contestarle.

Sentí miedo.

Miedo, ¿de qué? ¿No recuerdas lo que nos dijo el maestro? Quien camine a mi lado verá la luz de la verdad dibujarse en un cielo de muerte. Quien me sea fiel será recompensado con la salvación eterna

—¿Qué clase de mierda es esa? —preguntó Gutiérrez como asqueado.

—Siempre hay un poco de lenguaje místico en todo lo que dicen. Es eso mismo lo que atrae a la gente. Al principio no notas lo peligroso que pueden llegar a ser y te dejas embaucar. Crees de verdad en la misión y luego descubres que has vendido tu alma por una salvación que no existe.

Antonio echó de menos no disponer de la ayuda del padre Lucas. Él sería un buen consejero para esta conversación cuyo sentido escapaba un poco a los presentes. Luego pensó que tampoco sería una solución revestirla de un lado intelectual y místico que, desde luego, Romero no tenía. Estimó que era mejor dejarlo todo como estaba. Contempló a Romero escribiendo su respuesta.

Sin embargo, aún con la más profunda confianza en nuestro Maestro, me cuesta dejar de sentir miedo por nuestra misión. Temo no estar a la altura.

Sólo la falta de fe en la vida y en la muerte puede producirte el miedo que sientes. Debes luchar contra esos sentimientos que te traicionan. Debes asumir tu destino al frente de los hombres que creen.

—Este tipo toma alucinógenos. No me lo explico sino —observó Gutiérrez.

—Comisario —interpeló Antonio dirigiéndose a Romero—, conteste que ha intentado combatir su miedo recurriendo a hechiceros y brujos pero que de nada le ha servido.

—¿Y si me pregunta qué brujos y qué hechiceros?

Antonio hizo un gesto significativo con la palma de la mano significándole que ya encontrarían una respuesta apropiada si tal fuera el caso. Romero obedeció.

Esto te ocurre por recurrir a quienes no son, olvidando quienes sí son. Todos aquellos hombres que viven alrededor de la fe verdadera sin haberla abrazado arderán en nuestro infierno.

—Contesta que no todos merecen ese castigo. Cuéntale que encontraste una mujer que le dio un significado especial a tus temores.

Romero transcribió el mensaje y esperó a leer la respuesta que apreció pocos instantes después.

¿Y quién es ella?

Dice llamarse Jezabel, es cubana y practica algo que llama la astrología esotérica. Hay una especie de aura que la envuelve a ella y todo lo que hace. Reniega de Dios y sólo profesa la maldad humana. Lleva un colgante con el pentagrama estrellado.

—¿Y dónde encuentro yo un colgante como este? —preguntó Antonio como reprochando a Romero esa última frase que añadió sin consultársela a nadie.

—Descuida, Tonio, yo tengo uno así que luego te dejaré. Lo compré en un pequeño mercado árabe que descubrí cuando estuve en Palestina. — Antonio lo miró intrigando. Desconocía que Romero hubiera estado en Palestina. —No me mires así, estuve de viaje por Tierra Santa hace unos tres años. Ya sabes, desde Jerusalén hasta Petra, en Jordania...

He oído hablar bastante de ella estos dos últimos días. Parece que ha causado sensación entre la gente que se conecta a nuestra red. Merece la pena que la invitemos a una de nuestras reuniones.

Los tres hombres dieron palmadas de alegría. Habían logrado su objetivo.

¿Por qué no nos la traes a nuestra próxima reunión, el mes que viene?

Era demasiado tiempo. Otras cuatro semanas de espera. No era posible pasar por este obstáculo. Romero, siguiendo instrucciones de Antonio, contestó que Jezabel regresaba a Cuba en pocos días por tener una misa importante que oficiará en memoria de su madre fallecida hace ahora un año. Con esa excusa evitaban que el discípulo le pidiera a Romero que intercediera para que se quedara hasta entonces.

Ya veo. Tal vez sea conveniente adelantar nuestra reunión. Le comentaré nuestra conversación al Maestro. Te dejaré una respuesta en tu buzón. Pueda la luz de nuestro Señor acompañarte.

Romero tecló una despedida y se desconectó, seguidamente apagó el ordenador y colocó el teclado donde inicialmente estaba.

Los tres hombres permanecieron un largo rato en silencio. Habían logrado una considerable victoria, pero no les produjo el oportuno júbilo. Estaban asustados.

Mientras Antonio se dirigía a su casa a saludar al padre Lucas y a Carmen a quien le había dejado un juego de llaves de su casa, Gutiérrez regresó a su despacho de la Brigada especial.

Sentado frente a su mesa, colocó sus manos como puños bajo su barbilla y se quedó un largo rato en silencio. Parecía estar meditando. Y seguramente era lo que estaba haciendo a juzgar por las últimas noticias que habían salpicado el caso. Sus sentimientos hacia Romero nunca fueron muy buenos, siempre lo consideró arrogante y presuntuoso, un tipo ambicioso que vulgarmente se califican como “trepas”. Carecía de escrúpulos y en más de una ocasión Gutiérrez le había juzgado capaz de vender su alma al diablo con tal de conseguir lo que se proponía. “Vender su alma al diablo”. Esta frase tomaba un especial significado ahora que sabía que la fe de Romero en el ocultismo le había empujado a formar parte de una secta satánica cuyo poder, sobretodo el que emanaba de quienes la formaban, le había cegado. Sin dudas vio en este paso la pequeña ayuda que necesitaba para conseguir alcanzar sus metas, aun cuando estas fueran inalcanzables. Como un adolescente que prueba el tabaco por primera vez, estaba seguro que, una vez conseguido sus

propósitos, podría dejar a sus nuevos amigos y seguir su camino otra vez sólo sin deberle gratitud ni fidelidad a nadie. Sin embargo, tardó poco tiempo en ver la luz, en entender que quienes le habían captado le iban a pedir mucho a cambio de nada, y esto mismo le desilusionó.

Pero había más, el hecho de haberles conocido más íntimamente le había producido miedo. Estaba asustado porque al fin entendía que el poder que emanaba de esta secta nada tenía que ver con el dinero o la posición social de sus integrantes sino en su existencia misma, en su significado y en la misión que le daba tanta importancia.

Era ahora cuando Gutiérrez celebró haberle hecho caso a su intuición de viejo policía. Algo le había dicho que este caso, que parecía en un primer tiempo un simple asesinato, podría desembocar en un entramado de intereses y personas cuya resolución pediría más esfuerzos que los que, en un primer tiempo, se imaginaba. Y sólo le habían visto la punta al iceberg. ¿Qué más podría esconder todo aquel feo asunto? Lo que tenía bien claro era que seguiría siguiendo bien de cerca todos los acontecimientos que se irían produciendo aun cuando presentía que se iban a desencadenar con frenética rapidez.

Sin embargo, seguía habiendo manchas oscuras en todo aquello. De algún modo, seguía habiendo un millón de cosas que hacían que toda la investigación podría irse al traste. Pensó en que tendría que enfrentarse a gente importante y con poder que buscarían su ruina. Sabía que tendría que reflexionar durante horas cada paso a dar en esta historia. Nada podía dejarse al azar. La suerte no corría del lado de quienes creían en la justicia, esto mismo lo había descubierto cuando era un novato inspector de la policía franquista. Decidió poner todo su celo, toda su experiencia e inteligencia en el asunto que más le preocupaba.

Y como primer paso descolgó su teléfono al tiempo que consultaba el anuario telefónico con las extensiones del personal de la brigada. Eran pocas personas las que trabajaban bajo sus órdenes y siempre los mismos desde hacía años, pero pese a ello aún no conocía sus números de memoria, tal vez porque se negaba a ello pensando reservar su memoria para otras cosas que el memorizar extensiones telefónicas.

Marcó el número de uno de los inspectores especializado en temas financieros. Le rogó que viniera a verle y éste obedeció.

José Manuel Asensio llevaba ya diez años trabajando en la Brigada especial. Su experiencia en la rama criminal era nula. Nunca había tratado

con asesinatos, terroristas u otros delitos de sangre. Su especialidad era las estafas, el blanqueo de dinero, la extorsión y todos los delitos que se conocían como de cuello blanco. Eran toda clase de actividades punibles donde la sangre y las armas cedían su protagonismo al dinero y a las mentes retorcidas. Estudió contabilidad y finanzas en una universidad pública y algún que otro master en derecho financiero, cosa de ir matando el tiempo mientras seguía sin encontrar trabajo. Consiguió al fin entrar en un despacho de revisores contables y fue contratado como auditor júnior y obligado a trabajar cerca de catorce horas diarias por un ridículo salario. El resultado fue el que cabía esperar: se quemó. Como último recurso, se presentó a unas oposiciones al Ministerio de hacienda para cubrir una plaza de ayudante de inspector. Aprobó y pasó un tiempo estudiando balances y cuentas de resultado de empresas sometidas a inspección fiscal. Su talento en buscar y encontrar astucias fiscales le valió un alto prestigio en la administración pública. Gutiérrez hizo lo imposible por llevárselo a la Brigada especial cuando la formó. Fue uno de sus mejores y más sonados fichajes y nunca se arrepintió de ello.

Ahora tenía casi cuarenta años y el furor juvenil había dejado paso a la experiencia y la madurez. Era muy meticuloso en su trabajo, algo propio de los auditores y contables, pero, a diferencia de éstos carecía de la estrechez de mente que les hacía excelentes contables y nulos financieros. Al tiempo que era capaz de idear complicadas estratagemas para blanquear dinero o evadir impuestos, también era un as en detectarlos en la gente que investigaba. Y todo ello porque su mente se abría a todo, incluso a lo imposible.

Tenía siempre un aspecto bastante deplorable. Un rostro más bien gris escondido tras unas enormes gafas cuyas lentes indicaban una exagerada miopía, el pelo totalmente despeinado como recién alzado de la cama, y para colmo de males, era evidente que le faltaba gusto en el vestir. Había en la brigada quien moría de ganas de recomendarle un nuevo vestuario. Solía acompañar sus trajes tristes y fríos confeccionados por sastres que habían vivido sus mejores momentos de gloria en tiempos de la república con corbatas a rayas de colores tan apagados como el resto. Ni sus zapatos siempre sucios y de mediocre calidad típicos de las tiendas del centro de Madrid donde los precios rara vez sobrepasan las tres mil pesetas se salvaban del personaje gris que ahora mismo Gutiérrez tenía enfrente.

Le había pedido que investigara a Ramón procurando conocer el aspecto financiero del personaje cuyo lado delictivo era ya sobradamente conocido. En el caso de que no pudiera detenerle por sus asesinatos o por sus ritos satánicos de dudoso buen gusto, siempre podría recurrir a alguna astucia legal para incriminarle, aunque fuera por evasión fiscal. Aún sin alcanzar el lado frívolo de la cuestión, podría pensarse que estaba recurriendo a las tácticas de Elliot Ness.

De cualquier modo, aunque no se le condenara por el mayor de sus delitos, siempre podría condenarle por algo. Si en vez de los treinta años de cárcel que un juez le impondría por asesinato, sólo pasase tres en la cárcel por cualquier otro motivo, siempre sería mejor que dejarlo suelto por la calle. Lo importante en estos casos no era la justicia en sí, sino como aprovecharse de ella para reducir un criminal.

No se trataba de poner en cuestión el sistema en sí, sino hacerlo funcionar mejor. Con los años, con el tiempo transcurrido desde sus tiempos de joven idealista, Gutiérrez había contemplado impotente como un criminal era absuelto de sus delitos por algún tecnicismo procesal, algún error en la investigación o la simple incompetencia de algún letrado. Una repugnante serie de ofensas a la justicia que él mismo deploraba y que, en vez de dejarlo todo y dedicarse a cultivar su jardín, decidió seguir trabajando duro por proteger a la gente reduciendo a quienes la amenazaban. Era un hombre práctico, de aquellos, como no, que matarían a un sospechoso si no encontrara mejor manera de detenerlo.

—Sigo revisando todas las informaciones que he recogido y me consta, tras un primer estudio, que no podremos sacar nada en claro de todo esto, comisario —le contestó—. Vive de una renta de trescientas mil pesetas que ingresa cada fin de mes en su banco. Lo hace siempre en metálico así que no podemos rastrear su procedencia. Vive en una pensión en Lavapiés que le cuesta unas sesenta mil pesetas al mes que paga a rajatabla. Gasta algo más en comida y ropa, suponemos, y lo que queda sigue en el banco. No usa tarjetas de crédito ni cheques. Sólo retira dinero una vez por semana en la sucursal donde ingresa su, por llamarlo de algún modo, sueldo y es el único momento en el que usa su tarjeta de cajero.

—Vamos —interrumpió Gutiérrez —que es una víctima más del consumismo.

—Eso mismo creo yo también. He revisado su declaración de la renta y ha declarado lo que ingresa sin olvidar una peseta y aplicó todos los

cálculos correctamente. Vamos, creo que, en este tema, el tipo está bastante limpio.

—Lo imaginaba —repuso Gutiérrez decepcionado, aunque si aquello confirmaba su intuición—. Pero te voy a dar unos nombres más de algunos socios suyos que quiero que investigues a fondo. De ellos, creo, bueno espero, que saques algo que pueda servirnos.

Gutiérrez le dio los nombres de las personas que Romero había relacionado con la secta de Ramón. Eran los únicos nombres que ahora mismo tenía y valía la pena investigarlos. En particular le interesaba el propietario de la tienda de libros de ciencias ocultas.

A las seis de la mañana Washington era una ciudad donde los primeros rayos de luz carecían de la fuerza suficiente para despertar a la gente. Todo seguía en el sueño a excepción de algún pordiosero que andaba vagueando por la avenida de Pensilvania, o una pareja de turistas que se había encaprichado con encabezar la cola frente al pequeño refugio sobre la plaza elíptica donde se entregaban los pases para visitar la Casa blanca.

A estas horas tan tempranas los únicos coches que podían verse eran los vehículos oficiales de altos funcionarios que deseaban empezar su jornada de trabajo en la tranquilidad que el amanecer aporta. Era el caso de los ocupantes del Buik negro que acababa de irrumpir en la avenida de Pensilvania al salir de garaje particular del edificio del FBI. En su interior viajaban el director y su adjunto. Los dos funcionarios habían pasado la noche en vela preparando un extenso informe que ahora debían entregar al inquilino de la Casa blanca.

El asunto Hautmann tenía preocupado al dirigente de la nación aún por encima de los últimos disturbios de Los Ángeles donde la policía había cargado contra unas bandas callejeras formadas por gente de color que protestaban contra el asesinato de un joven negro. La ciudad californiana había vivido una trágica noche. El presidente de los Estados Unidos tampoco estaba preocupado por el recorte en los presupuestos que el Congreso le había infligido, tampoco le preocupaba el escándalo que uno de sus ayudantes había protagonizado al haber sido descubierto en los brazos de una prostituta, ebrio y fumando crack. Sólo eran pequeños contratiempos a la tarea que se había propuesto en su mandato que, en pocos meses, tocaría a su fin.

Pero el expediente Hautmann que la CIA y el FBI habían clasificado como de alto secreto y, aún peor, de alto riesgo, llevaba de cabeza al político que ahora sólo quería centrarse en preparar la campaña electoral. Estaba preocupado, peor aún, asustado.

El Buik negro se detuvo frente a la entrada principal de la Casa blanca. Era muy pronto aún y podrían pasar por este acceso sin perturbar la interminable cola de visitantes que invadiría el monumento a lo largo del día. Fueron recibidos por el mayordomo en cuyo rostro aún podían leerse

los trazos de la almohada. Parecía cansado, como si tampoco hubiese pegado ojo en toda la noche. Los dos hombres deseaban terminar con su visita e irse a la cama, pero sabían de sobras que sus puestos pendían de un hilo y que ese hilo era por momentos demasiado frágil. En el primer piso, donde ningún turista puede llegar, entraron en el despacho del agregado de inteligencia.

El general Patrick Mitchell había servido en las fuerzas aéreas distinguiéndose como un excelente piloto. Ya retirado de los vuelos, el ejército quiso reconvertirlo en un hombre de despachos. No logró adaptarse a nada hasta que le dieron un puesto en el departamento de inteligencia del Pentágono. Allí sirvió de enlace entre la central de inteligencia y el ejército. Era un puesto extremadamente difícil donde sólo pudo sobrevivir amparándose en su notable inteligencia y su discreción. Ahora que se acercaba su jubilación, el estado decidió compensarlo de algún modo con el puesto de ayudante del presidente en temas de inteligencia. Otra vez trabajaba de enlace entre la Casa blanca, el Pentágono y la CIA. Sin embargo, añoraba los tiempos en que pilotaba su Phantom sobre Vietnam.

Recibió a los dos dirigentes del FBI con tan escasa sonrisa y bruscas maneras que los visitantes se sintieron incómodos. Era un plan calculado. Deseaba acribillarles a preguntas y, sobre todo, regañarles por dejar que el asunto Hautmann se convirtiera en una amenaza para el gobierno. No obstante, él no era quien, para tan grata tarea, esto mismo lo haría el presidente en persona.

—Llegáis con cinco minutos de adelanto. El número uno sigue con su desayuno.

Mitchell volvió a hojear los documentos que tenía sobre su mesa mientras los dos hombres se contemplaban sin saber qué decir. Seguían de pie frente a este hombre evidentemente hostil y no le culpaban por ello. Sabían que se iban a llevar una reprimenda. Era algo normal en estos casos.

Un camarero apareció por el pasillo impecablemente uniformado. Con evidente educación les indicó que el presidente había terminado el desayuno y les estaba esperando. Dio media vuelta y se marchó.

Como un muelle, Mitchell pegó un bote sobre su silla y se puso de pie ordenando los papeles, cogiendo luego una carpeta que tenía colocada en uno de los lados de su escritorio.

—Sale dentro de una hora para Los Ángeles para entrevistarse con el gobernador y traer algo de paz a la comunidad negra. Estamos en primarias y quiere hacerse con los votos de los negros. Para mí, esta chusma no merece este derecho, pero allí están y algunos politimierdas creen que si estos negros están capacitados para partirles la cara a la policía, también lo están para votar. Son unos ignorantes de cojones. Bueno, vamos a lo nuestro. Sólo tenemos tres cuartos de hora para hablar así que tendremos que darnos prisa en contarle todo.

Mitchell ajustó su corbata y dio unas palmadas sobre su traje para expulsar unas imaginarias motas de polvo. Con el pañuelo se esmeró en sacar algo de brillo a la colección de medallas que llevaba en el pecho. Se peinó un poco el cabello con las manos y se fue por el pasillo haciendo un gesto a los otros dos hombres para que le siguieran.

Unos poco pasos sobre la alfombra de estilo victoriano y entraron en el despacho oval, aquella instancia de la Casablanca tan celebre donde cada uno de los presidentes del país había trabajado, meditado, vivido.

El presidente se encontraba leyendo un informe cuando les vio entrar. Los tres hombres esperaron un momento a que les permitiera tomar asiento.

—Caballeros, les ruego que me acompañen unos minutos antes de mi vuelo a California. —Era un hombre muy respetado, incluso a veces admirado por sus colaboradores. Sabía congeniar de forma admirable la inteligencia con la astucia, la educación con la firmeza.

Craves se sentó en el sillón más alejado de la mesa del presidente cediendo el protagonismo a su jefe directo dentro del FBI. El presidente volvió a colocar el informe que estaba leyendo en su carpeta que luego cerró y apartó. Cruzó sus manos y se dispuso a hablar como lo haría frente a una cámara o en el Congreso. Sin embargo, no pronunció ninguna palabra. Evidentemente esperaba que fuera uno de los hombres quien iniciara el diálogo. Mitchell entendió que le cedía el turno y se aclaró un poco la voz antes de recordar el motivo por el que los dos máximos dirigentes de la oficina federal tuvieran que comparecer tan pronto en la mañana.

—Quiero que sepan caballeros —pronunció el presidente con tono agrio—, que este asunto, por llamarlo de algún modo, está tomando una amplitud descomunal e insospechada. En una palabra, me preocupa que se cometa un error en su resolución y se haga público.

Los dos funcionarios del FBI estaban asustados. De algún modo entendían que cuando les estaba comunicando su miedo, les estaba también amenazando con las decisiones que él mismo tomaría si algo fallara en esta turbia historia.

—Entiendo —prosiguió— que este gobierno no es responsable de errores que se cometieron en los años cincuenta. Me resulta abominable pensar que un gobierno norteamericano permitiese, incluso incitase, a que un hombre de dudosa moralidad crease los monstruos que creó. Es absolutamente irritante. Pero se trataba de otra época, de otro mundo. Celebró que se le pusiera fin. Sin embargo, no entiendo porque, cuarenta años después, nos volvemos a encontrar metidos en este problema.

—Bueno, señor presidente —quiso contestarle el director del FBI.

—Déjeme terminar, por favor —interrumpió al tiempo que proseguía su discurso—. Cuando llegué a la presidencia no se me informó de este asunto, los servicios secretos como la CIA e incluso ustedes mismos en el FBI dieron por enterrado todo esto. ¿Y yo les pregunto, caballeros, los muertos resucitan? ¿Qué más no me han contado ustedes?

Un breve silencio se amparó de los presentes. El presidente permanecía en la misma posición, con sus manos cruzadas sobre la mesa. Estaba esperando a que le dieran explicaciones, a que le contestaran con la verdad, aquella misma verdad que le habían escondido estos tres años que llevaba al frente del país. Ahora que andaba mal situado en las intenciones de voto querría volcarse en la campaña con algún que otro golpe de efecto como esta visita relámpago que iba a hacer a Los Ángeles donde esperaba mostrarse como ferviente defensor de las minorías. No sentía miedo porque un error cometido tanto tiempo atrás se cometiera en nombre de la ya mítica seguridad nacional y de los intereses del país, no era eso lo que le asustaba. No era que unos hombres de bien, elegidos en un país democrático que se pretendía el más importante y el mejor del mundo, fueran capaces de montar un proyecto en el que la condición humana se veía reducida a la mera manipulación de niños con fines belicistas. No, no era eso lo que le quitaba el sueño por las noches. Lo único que le preocupaba era que ahora se volviera a cometer otro error y algún periódico de tirada nacional publicara con letras de oro todo aquello que se había escondido en los archivos durante tanto tiempo. No era la imagen del país la que estaba en juego, era su propia imagen y, sobre todo, su reelección.

—Hemos dispuesto todo lo necesario para acabar de una vez por todas con el asunto —aseguró el director del FBI.

—¿Qué han dispuesto exactamente? —preguntó Mitchell buscando poner en evidencia al otro funcionario.

—Bueno, creo —pareció inseguro, tal vez porque se sentía indispuerto por la situación. Reinaba un ambiente hostil y entendió que su carrera colgaba de un hilo. Ellos querían un culpable por si algo salía mal y él mismo se lo iba a entregar en bandeja—. Creo que el señor Craves es más indicado que yo para contestar a esa pregunta, ¿verdad? —preguntó girando la mirada hacia su adjunto.

Craves ahogó un insulto. Quería maldecirle, pero se abstuvo. Ahora más que nunca era necesario conservar la calma. Armado de valor como el caballero medieval que parte a las cruzadas, Craves se dispuso a aguantar el chaparrón conservando su espíritu estoico.

—Hemos tomado las medidas más drásticas que ustedes podrán imaginar. Si quieren, nuestro objetivo es el de reparar un error cometido a finales de los años cincuenta cuando nuestro agente especial destinado en el caso Hautmann desobedeció una orden directa y dejó con vida a los monstruos que el biólogo alemán había creado. El FBI asume este error, pero no el de haber permitido que dichos monstruos fueran creados. Este error, señor presidente, se lo debe achacar a la agencia federal de investigaciones biológicas que ya no existe.

Craves observó que los tres hombres, incluido el presidente, le escuchaban con detenimiento y eso mismo le dio fuerzas para proseguir su relato.

—El haberlos dejado con vida una vez Hautmann muerto nos ha puesto en este crítico momento. Los niños han crecido y se han convertido en auténticos psicópatas. Ya eliminamos a uno de ellos en Miami hace un par de años. Pensamos que era un caso aislado, pero ahora hemos descubierto uno nuevo en Europa, más precisamente en España. Su conducta criminal es la misma, goza degollando a sus víctimas, siempre prostitutas. Yo mismo me presenté allí con la agente que he nombrado para el caso. Dejé instrucciones para que todo se resolviera con rapidez y en la mayor discreción.

—¿Cómo es este tipo? —preguntó Mitchell.

—Es mujer, de origen latino. Lleva ocho años en la agencia y ha brillado en la mayoría de los casos que ha resuelto.

—¿Sabe algo de los hijos de Hautmann?

—No, claro que no. Sólo sabe lo que me interesa que sepa. Cree que está persiguiendo a un demente que se cree la encarnación del demonio y va pegando tumbos por el mundo creando sectas satánicas. Según mis últimas noticias se están acercando a la secta y la van a infiltrar.

—Señor presidente —retomó la palabra el director de la agencia federal de investigación buscando recobrar el protagonismo que le había cedido a su adjunto. Había notado que el presidente seguía en calma muy lejos del enfado que le presumía. Optó por lo tanto en volver a ocupar su puesto de funcionario heroico—. He pedido a la CIA que colabore con nosotros y nos ha cedido a uno de sus hombres que tienen en la policía española. Le hemos estado usando para dirigir a los investigadores. Llegado el momento, este hombre actuara como le hemos ordenado.

—¿Qué le han ordenado? —preguntó el presidente.

—Le hemos ordenado que mate al monstruo —replicó con absoluta frialdad.

El hostel de la calle Carretas aún guardaba su placa del organismo estatal de turismo, pero cualquier avisado transeúnte podría comprobar que se trataba de una mención expedida en tiempos del antiguo régimen y cuyo valor había sido revocado. Por lo tanto, la dueña de la residencia, una sexagenaria que nunca tuvo marido, regentaba su negocio en la más estricta clandestinidad. Era propietaria de un piso de trescientos metros cuadrados repartidos en cinco habitaciones además de los servicios, la cocina y la sala de estar donde un televisor a duras penas conseguía sintonizar los canales privados. A pesar de las apariencias de edificio semiderruido, el ayuntamiento no había ordenado aún su desalojo atendiendo los deseos de los pocos residentes que eran ancianos sin recursos y sin descendencia. Una vez fallecido el último de ellos, se procedería a reacondicionar el edificio o, de no poderse, a declararlo en ruinas para su posterior derrumbe.

Podría preguntarse uno porque en tantos años de ilegalidad nunca había recibido la visita de algún inspector de la Comunidad de Madrid o incluso de la delegación de Hacienda puesto que de todos era conocido que los ingresos por la renta de las habitaciones no eran declarados y, por lo tanto, gravados. Evidentemente, el silencio de la administración o, más bien el olvido, planeaba sobre el hostel como una manada de buitres sobre la carroña. Y era ese pequeño detalle que inspiraba que tan ilustres huéspedes siguieran hospedándose en un antro de tal calaña. Por encima de las deficientes condiciones de la vivienda, si bien nunca podría reprocharse la higiene brillantemente cumplida por dueña e inquilinos, imperaba el hecho de que quienes alquilaban una habitación y abonaran regularmente su importe también gozaban del olvido institucional.

Era el aspecto más importante de un hostel donde la habitación costaba cerca dos mil pesetas por día dando derecho, además del hospedaje, a un plato de judías o de garbanzos que la propietaria del local cocinaba con esmero. Entre su clientela podía encontrarse de todo, aunque nunca podría saberse bien qué, porque del mismo modo que a ella le gustaba conservar el silencio sobre su actividad también respectaba el silencio que sus inquilinos exigían sobre las suyas. Por eso no le preguntó

al inmigrante cubano que vivía allí desde hace unos meses a qué se dedicaba, aunque sospechaba que, por su condición de inmigrante sudamericano, viviera de la droga o del robo de coches, típico prejuicio de la gente mal instruida. Pero le daba igual, solo le importaba su solvencia. Buena prueba de ello eran las quince mil pesetas pagadas todos los lunes, mil más que lo acordado como generosa contribución.

Pero ese huésped tan peculiar recibía visitas de personas de relevante posición social a juzgar por los trajes caros y las corbatas de seda de conocidas marcas que llevaban. No reconoció a ninguno. Apenas la saludaban y luego se encerraban unas horas con su inquilino. Nunca quiso oír sus conversaciones respetando la discreción que ella misma exigía.

Aquella tarde acudieron dos hombres. La dueña reconoció a una de las visitas. Era un caballero elegante que ya había venido varias veces. La saludaron con educación y se dirigieron a la habitación del inmigrante cubano.

Abrieron la puerta sin llamar. No lo hacían nunca. Todo estaba a oscuras lo que no les sorprendía, siempre era así. Las cortinas estaban cerradas por encima de las persianas que Ramón, el inquilino, sólo abría un par de veces al día para renovar el aire del cuarto. El olor a cera derretida arrojaba un perfume dulzón por las cuatro paredes.

Acostado sobre la cama, el único mueble que había en la habitación, se encontraba Ramón. Los dos hombres se acercaron y comprobaron que estaba en trance, tal vez meditando o comunicándose con el demonio, su padre espiritual. Evidentemente, la presencia de sus invitados no le había sacado de la contemplación en la que estaba inmerso y ante aquello no quisieron despertarle temiendo su ira. Pacientes, se sentaron en el suelo y también meditaron, rezaron y esperaron.

Los dos hombres adoptaron la postura que su maestro les había enseñado. Era la postura que los samuráis observaban ante sus superiores donde se mezclaban respeto y obediencia con poder espiritual y físico.

Pasó el tiempo. Cuando llevaban cerca de una hora en el mayor de los silencios, Ramón se incorporó en la cama observando a sus inesperados invitados. Los dos hombres levantaron sus cabezas para saludarle, pero permanecieron en la postura que habían adoptado al entrar.

—Buenas tardes, maestro —saludaron al unísono.

Ramón reconoció los dos individuos, eran al informático que había escogido para montar su pequeño centro de actividades en Internet y a uno

de los miembros más importantes de su congregación. Era él quien administraba las cuentas de la secta. Aún en el mayor de los mundos espirituales las pequeñeces de la tierra como el dinero no podían dejarse de lado. Allí estaban y allí siempre estarían, incluso Cristo dispuso de un tesorero entre sus discípulos, aquel mismo que administraba las donaciones de la gente y que luego le vendió por treinta monedas. ¿La traición? Era un riesgo que Ramón correría. Pero le tranquilizaba saber su destino no era el de morir a mano de los hombres como Jesús, sino el dominar a la humanidad en nombre del demonio.

A Ramón le costaba un poco recuperar todas sus fuerzas después de la sesión de meditación que había tenido. Era un ejercicio espiritual que practicaba a diario y que le ayudaba, no a purificar su alma porque ya no la tenía, sino a purificarse cuerpo y mente. El amor al demonio requería los mismos esfuerzos que el amor a Dios. Quedaba demostrado una vez más que lo que parece opuesto guarda semejanza. Ramón no renegaba de estas similitudes porque no negaba la existencia del Creador, sólo negaba su poder universal sobre el hombre. Negaba que sólo hubiera una redención, una salvación por el bien. Contra esta idea, él ofrecía la redención por el mal.

—Y bien, discípulos, algo importante debe moveros a venir a rendirme visita —les dijo esperando oír el motivo por el que estaban aquí, ante él.

—Sí maestro —empezó el propietario de la librería de temas esotéricos—, hemos venido a verte porque algo importante ha ocurrido en el mundo. —Se refería a la sociedad de los hombres en contra del mundo de lo espiritual, como si unos religiosos interrumpieran sus rezos para hablar de temas mundanos. —Nuestro hermano te lo va a detallar.

—Sí —afirmó el informático con algo de miedo debido a la impresión que le causaba hablar con su maestro, el hombre al que veneraba como a un dios—, hay cierto revuelo en la red informática acerca de la llegada a España de una vidente cubana, una especie de bruja que Castro ha expulsado de su país. Dicen que tiene el poder maléfico que tú mismo nos has enseñado. Dicen que se llama Jezabel.

—Pero tengo contra ti que toleras a Jezabel, que se declara profetisa y engaña a mis siervos enseñándoles a fornicar y comer víctimas idolátricas. Le he dado tiempo para que se arrepienta y no quiere arrepentirse de su fornicación. Mira, a ella la arrojaré a un camastro y a

los que fornicaron con ella, si no se arrepienten de su conducta, les enviaré sufrimientos terribles. Daré muerte a sus hijos, y sabrán todas las iglesias que soy yo quien examina entrañas y corazones, para pagarlos a cada uno según vuestras obras —contestó Ramón citando un pasaje del Apocalipsis de San Juan—. Interesante. ¿Por qué creéis que merece la pena ser escuchada?

—No parece ser otra persona mentirosa que abusa de unos ligeros conocimientos del único poder. En la red mucha gente habla de ella. Dicen que practica vudú y misas negras. Además, una de las personas que me habló de ella la conoce, la vio una noche en una cena y le dejó impresionado.

—¿Quién es?

—Es un discípulo algo alejado de nuestra comunidad. Es Romero, el comisario de policía de la zona de AZCA.

—Recuerdo bien a este hombre —observó Ramón—. Era demasiado ambicioso para escucharme. Quería progresar con velocidad y eso lo mantuvo alejado de mi mensaje. Creí que había perdido la fe. Ahora dices que ha vuelto a tomar contacto con nosotros. Eso es interesante —añadió con aire pensativo—. Traed el mejor vestido y ponédselo; ponadle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado y matadlo. Celebremos un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido encontrado.

Ramón citó un pasaje de los evangelios, este mismo de San Lucas donde se mencionaba la parábola del hijo pródigo. Otra vez era latente que no renegaba su herencia cristiana. El mal no había nacido contra el bien sino como complemento de este bien. Ahora sí que el hombre podía elegir entre el cielo y el infierno. Ambas opciones eran tentadoras, aunque una de ellas resultaba una condenación y la otra la salvación. Pero esto mismo que Ramón sabía muy bien, nunca se lo diría a sus discípulos. Sería el mejor medio de perderlos.

Los tres hombres permanecieron en silencio. Sin dudas estarían analizando el tema que habían abordado. Ramón cerró los ojos y su rostro fue derrumbándose poco a poco al tiempo que su cuerpo adoptaba la forma del reposo. Los dos discípulos entendieron que no había tiempo para más y decidieron marcharse. Aún no habían cruzado la puerta cuando oyeron una voz que provenía desde la cama. No era la de Ramón, era más

profunda, más grave y varonil. Era una voz masculina muy hermosa, como una música celestial.

—¿Decís que se hace llamar Jezabel? Pues llamadla, invítadla a la cena que daremos mañana por la noche en la vieja fábrica en su honor. Pedidle también al policía que la acompañe. Será interesante oír lo que tiene que decirnos. Muy interesante, estoy seguro.

Ramón permaneció en silencio mientras se dibujaba una sonrisa en sus labios.

—Mejor aún. Debemos acoger a nuestro nuevo miembro como se merece. Debemos celebrar un bautismo satánico. —Observó la inquietud en sus interlocutores. —En el nombre de Satán, Lucifer, Leviatán y todos los demonios —continuó— con nombre y sin él, errantes y habitantes de la oscuridad. Entes vagos y sombríos, criaturas ocultas, retorcidas y semiocultas en el nebuloso velo de la noche majestuosa. Dad la bienvenida a nuestra nueva y valiosa hermana Jezabel.

Y echó a reír. Y entonces calló.

Los dos hombres observaban el cuerpo inerte de su maestro en la cama. Estaban petrificados de miedo al oír una voz que nunca habían oído. Sentían escalofríos en la espalda y sudores en las manos. Y lo peor de todo es que el miedo era tan fuerte que les impedía huir.

El cuerpo pareció moverse. Ramón se incorporó de nuevo y recobró su voz normal. Pareció que el pequeño episodio de transfiguración había terminado y lo celebraron.

—¿Conocéis la paradoja de la mentira? —preguntó—. Se trata de averiguar si una persona que dice que está mintiendo lo hace de verdad y se niega a sí misma o está diciendo la verdad con lo que se contradice. Interesante, ¿verdad?

Los dos hombres que aún permanecían en la puerta no entendieron a qué se refería y, al ver que volvía a acostarse, salieron de la habitación asustados por lo que habían oído y visto.

—¿Un ritual satánico? —preguntó Carmen asqueada.

—¿Porque te sorprende? —contestó el Padre Lucas preguntando de nuevo.

—Me sorprende que pueda hablarse de ritual.

—Otros lo llamarían misa negra. Cierto es que hay tanta fantasía como desconocimiento en este tema. Parece que una misa negra viene celebrada, primero escogiendo apropiadamente el día. Tal vez estudiando las fases de la luna, el día de la semana, el momento incluso del día, pueda definirse cuándo debe celebrarse. Entonces la oficiará una especie de sacerdote. Se colocará un altar formado con una mujer desnuda. Ésta, en cada uno de sus puños cerrados, sostendrá una vela negra. Pero no será el único símbolo de magia negra, encontraremos similitudes con el rito de la misa cristiana, pero en justa contradicción. Por ejemplo, un crucifijo... pero invertido. Unas hostias... pero triangulares y realizadas a partir de pan quemado. No hay normas, luego cada uno se inventa la mesa negra que quiere. Probablemente sea incluso la propia Iglesia católica quien haya popularizado de tal modo la magia negra.

Carmen se mostró sorprendida. ¿La Iglesia difundía el culto satánico?

—No Carmen, no lo difundía. Me he explicado mal. Lo que sí hizo fue difundir el miedo al satanismo. De algún modo le hacía publicidad. Verás, el periodo más negro de la Iglesia fue el de la Inquisición, ¿cierto? Que nació en el siglo XV, siendo entonces Papa Inocencio VIII, estableciendo una guerra a todo aquello que desafiaba el orden, su orden, o incluso tan sólo molestaba. Entonces la acusación más común era la de brujería y se procesaba, se torturaba y se quemaba. No se hacía distinciones entre la magia negra y la blanca. Daba igual. Pero sí que se distinguía entre personas, entre las poderosas y las del pueblo. ¿Quién se habría atrevido a acusar entonces al rey francés Felipe el Hermoso? De todos era entonces bien conocido que, para aquel monarca, la nigromancia no tenía secretos, llegando este hombre a dominar lo oculto de tal forma que podía servirse del mal, aunque, valga la hipocresía, no lo hacía con el objetivo de hacer el Mal en sí, sino de dominarlo. Pero quien molestaba... al garrote vil, a la hoguera, al fuego con él, o con ella.

Carmen asentía, escuchaba e intentaba entender.

—Siempre resulta fácil criticar a la iglesia —prosiguió el padre Lucas—. Todos podemos hacerlo porque suficientes motivos los hay. Incluso nosotros mismos, clérigos, lo hacemos, aunque no tan abiertamente como el resto del mundo.

El padre Lucas estaba sentado en el pequeño sofá que Antonio tenía al lado del televisor. Parecía algo incómodo a juzgar por cómo estaba sentado, inmóvil, enjuto como un niño travieso que la profesora estaba regañando. Tenía la vista perdida en la alfombra colocada bajo sus pies. Sencillamente estaba metido de lleno en una discusión controvertida donde, como eclesiástico, tenía el deber moral de defender la sociedad de hombres de la que él mismo forma parte y con la que mantenía divergencias.

Como todos los sacerdotes que mantienen contacto con el mundo, vivió y aún sigue viviendo los problemas y temores que esas mismas gentes viven día a día. Suelen ser conflictos humanos que la palabra del evangelio no puede resolver sin la amabilidad de un padre espiritual que el sacerdote pretende encarnar a veces con éxito, otras con fracaso, pero siempre con la mejor intención. Son situaciones difíciles en las que suele encontrarse sólo y en las que su ayuda es, a veces, mal recibida. Son tantos siglos de errores, de prepotencia que ahora que el mundo vive una época de libertad en las ideas, las personas rechazan aquello mismo que les oprimía en el pasado. Un rechazo tan violento a veces, que hace imposible lavar la imagen de quienes viven y mueren en nombre de Cristo. Él sabía que solo contaba consigo mismo para recuperar, por méritos propios, la misión que Jesús les dejó al morir en la cruz, la misión de amar y de entregarse al prójimo aun cuando éste lo rechace.

—Ya lo sé padre —contestó Carmen acurrucada en el diván frente a él. Estaba radiante, como siempre, se había vestido con un pantalón de tela gris que le moldeaba perfectamente las piernas y el trasero y había revestido un top ajustado que dejaba adivinar los dibujos del sujetador. Antonio no la había visto esta mañana. Ella vino a su apartamento como él lo había pedido y había entrado usando la llave que le había dejado sorprendida de no encontrarle. Había decidido esperarle. Mientras miraba la televisión, alguna serie americana de bajo presupuesto o el capítulo cinco mil de una telenovela venezolana donde la protagonista descubre con horror que el novio con el que iba a casarse se había fugado con la

servienta de la casa del abuelo de la tía del vecino... Fue un milagro que el padre Lucas le rindiera visita. Un milagro planeado, pero inesperado. Planeado porque acudía a impartir su lección de preparación al satanismo, inesperado porque, sencillamente, Carmen lo había olvidado. Con todo, habían estado hablando durante horas y habían abarcado todos los aspectos de la demonología que el padre Lucas había inscrito en su plan de trabajo—. Me refiero a que estamos viviendo en una sociedad en constante evolución y el Papa, por el que siento profundo respeto, pero no admiración, parece quedarse fuera de la carrera.

—Lo entiendo —repuso—, imagino que allí, en la santa sede, ha perdido un poco el contacto con la gente de la calle, sus problemas, y sus esperanzas. Reconozco que me cuesta mucho asumir algunas de sus decisiones y aplicar sus directrices. Pero no me queda más remedio.

—Puede oponerse.

—No es tan sencillo. Desgraciadamente la iglesia no sigue las reglas democráticas de la sociedad en la que vive. En ella perdura la jerarquía típica de las ordenes que la forman. Aún los hay que mantienen la infalibilidad papal para justificar sus decisiones acerca de la vida y el amor de Cristo. A veces me pregunto si de verdad Cristo le negaría la muerte a un paralítico que lleva toda su vida en una silla de ruedas y sólo lucha por que le dejen morir dignamente, o si obligase a una quinceañera hija de padres divorciados a tener el niño que no quiere, hijo de un error en la parte trasera de un coche. Aún en esos temas, siento que mi humildad y mi obediencia me obligan a respetar la postura del Vaticano y a defenderla allí donde esté aun cuando no la apruebe. Pero me resulta más difícil no recomendar el uso del preservativo en un mundo donde una horrible enfermedad se transmite entre hombres y mujeres y donde todos los científicos reconocen que ése es el único medio de protección. Resulta difícil vivir con la conciencia de negar la absolución a los defensores de la eutanasia y el aborto. Son gente que viven el amor a su manera, el amor de los demás como lo hacía Cristo y no por eso dejan de ser cristianos.

—Son varios los caminos que conducen a Dios, ¿no? —concluyó Carmen.

Un pequeño golpe en la puerta de la entrada y ésta cedió como lo venía haciendo siempre que Antonio intentaba entrar en su casa. Siempre se juraba cambiarla por otra nueva que no fuera tan propensa a los cambios de tamaño con la humedad.

Carmen y el padre Lucas tuvieron el reflejo de comprobar que era Antonio quien entraba y no alguna visita indeseada. Le vieron preocupado, o solamente estaba serio. El caso es que notaron que algo importante tenía que decirles, seguramente llevaría relación con el hecho de que no había aparecido en toda la mañana como los otros dos esperaban. Aunque en ningún momento sufrieron su ausencia. Todo volvía a la normalidad, o eso creían.

Pasaron pocos segundos antes de que Antonio se sentara en el sofá junto a Carmen, en el sitio que ella le había dejado al incorporarse. El sacerdote lo seguía observando consciente de que se había sentado sin quitarse la chaqueta, símbolo inequívoco de que efectivamente algo había ocurrido.

Antonio les contó con detalle todo lo que sabía acerca de la secta y de sus integrantes. Lo que no sabía aún era que una reunión tendría lugar la noche siguiente para recibir a Jezabel. El plan había entrado en su etapa más importante.

—Tengo que prepararme más a fondo —objetó Carmen presa del mismo pánico que un estudiante siente el día de un examen.

—Lo has venido haciendo estos días y creo que estás suficientemente preparada para enfrentarte a esta gente —repuso el padre Lucas.

—No lo sé, estoy asustada.

Los dos hombres la contemplaron y sintieron miedo también por ella. La empezaban a tomar afecto, aunque de distinta forma y aunque el amor del clérigo por su alumna era el mismo que el padre por su hija no era menos intenso que el que sentía Antonio por su compañera a la que quería como a una mujer.

Antonio la rodeó con su brazo intentando transmitirle confianza y serenidad. También lo hacía como muestra de cariño que necesitaba demostrar ya no por ella sino por él mismo. Quería llorar y no sabía si de felicidad o de miedo.

—Carmen —dijo el sacerdote—, hay algo más que me preocupa en todo este asunto. ¿Recuerdas cuando te dije que a lo largo de los siglos las distintas misas satánicas terminaban en una orgía de sexo?

—Sí.

—¿Y entonces que harás?

No supo que contestar. Tal vez no había nada que contestar.

Eran casi las cuatro de la tarde y Antonio pensó que llevaba tiempo sin aparecer por la oficina y que tal vez sus compañeros le estarían echando de menos, pero luego razonó y con una pequeña sonrisa irónica dibujada en los labios, concluyó que eso seguramente no se producía.

Ese retiro apartado de su lugar de trabajo le concedía la libertad de movimiento que siempre había deseado en su nueva unidad tal vez porque era la que gozaba cuando trabajaba en homicidios donde podía hacer lo que le viniera en gana sin rendir cuentas a nadie, sólo importaban los resultados, y siempre eran tan buenos que podía permitirse ciertas excentricidades. En AZCA pasó a engrosar las filas de los funcionarios estrictos cumplidores del horario y totalmente desmotivados. Ahora y con un superior que, debido a sus amoríos con una secta satánica, se encontraba en la cuerda floja, Antonio volvía a sus excentricidades.

Por su parte, Carmen estaba preocupada no por lo que todo el mundo esperaba de ella sino porque aquello mismo que en un momento parecía tan distante, ahora cobraba inminente realidad. No dejaba de pensar, era ya una obsesión, en el ritual satánico donde sería la protagonista y donde podría correr un serio peligro si se descubría su identidad. Era tan peligroso como infiltrar una red mafiosa o terrorista. Situaciones de este estilo, las había vivido con más o menos intensidad, en algún momento a lo largo de su carrera en el FBI. Incluso sintió las balas silbarle en los oídos cuando un tiroteo entre delincuentes y policías le ponía un espectacular fin a un aburrido secuestro. No obstante, no era lo mismo que jugar con el demonio. Seguramente no habría armas, ni violencia siquiera. Pero, aunque no se llegara a creer del todo en las fuerzas del mal, participar en una misa satánica le producía tanto miedo como cabalgar desnuda a lomos de un caballo blanco por un cementerio desierto en busca de la tumba del conde Drácula, o pasar la noche en una casa encantada esperando a ver el fantasma de su dueño.

Aunque hubiera pocas probabilidades de que de verdad el demonio estuviera presente, aunque fuera improbable de que existiera de verdad, Carmen seguía asustada porque bastaba que estuviera equivocada en sus ideas para que se le fuera la vida en ello. Si existiera de verdad el demonio y si estuviera de verdad encarnado en Ramón, él mismo la descubriría sin mayor dificultad que recurrir a su propio poder sobrenatural. El demonio no es un hombre, es una forma espiritual, de

algún modo, un ente externo a este mundo tan poderoso como un ángel. O lo que era lo mismo, con mayor poder que ella misma o los hombres que la estarían protegiendo listos a intervenir para rescatarla. Estaba tan asustada que no se le ocurrió preguntarse si se arrepentía de su decisión.

Y así permanecieron los dos, distantes en sus pensamientos, aunque cercanos físicamente. El padre Lucas les había ya dejado y desde entonces Antonio repetía cíclicamente, pulsando el mando a distancia del televisor, el avance del canal con la ausente mirada de quien no observa que la emisión correspondía, ya pasado el décimo canal, a una lluvia de puntitos blancos y negros testimonios de la falta de señal. Y así continuaba, rítmicamente, zap zap zap. Le bastaba un minuto para recorrer los cien canales de su televisor y volver al primero. La mirada ausente, el pensamiento a años luz, era algo que tenía en común con Carmen quien, de igual original forma, parecía analizar a la geométrica forma de líneas y colores en la alfombra. Tan arduas e inteligentes tareas, el zapping y la contemplación de la alfombra, debían terminar.

Y lo hicieron cuando eran ya casi las siete y la noche caía lentamente ganándole la batalla al día que batía en retirada. Las primeras luces rojizas y anaranjadas se dibujaban en el horizonte como una pintura impresionista. Antonio y Carmen no sabían qué hacer y evitaban compartir sus preocupaciones tomándose un café.

Y como un viejo tumor que desaparece para volverse más intenso, Carmen volvió a sentirse angustiada al pensar en lo que iba a ocurrirle al día siguiente. Necesitaba olvidarlo todo, incluso su propia existencia. Quería alienarse, encarnarse en otra persona, en otro mundo lejos, muy lejos de su vida. Ya no estaba asustada, estaba horrorizada, presa del pánico como la gacela que huye despavorida de las garras de la leona. Y además estaba el sentimiento contradictorio de abnegación, como el reo que van a ejecutar y no puede hacer nada por evitarlo, sólo aceptar su destino.

Parecía ausente a la charla vacía de sentido que mantenía con Antonio. No sabía si hablaban del tiempo o de la decoración. Tal vez estuvieran hablando del tráfico y de los atascos que, a esta hora, se producían en Madrid. ¿Qué más da? Ya no le importaba nada del resto del mundo.

Decidieron ir al cine, último y desesperado intento de huir de la realidad. La sesión empezaba en pocos minutos, pero andando tardaron poco tiempo y pudieron adquirir dos entradas. Era una película reciente

con escaso atractivo. De hecho, no parecía interesar a nadie a juzgar por las escasas butacas ocupadas. Se sentaron juntos más o menos por el centro del patio. Desde allí podían observar cada escena sin el típico obstáculo de un enorme cogote que tapara parte de la pantalla. Tampoco estaban presentes los ruidos de los bombones que emergen de su envoltorio o de las patatas engullidas o masticadas. Tampoco podía oírse el cuchicheo de la abuela explicándole a su nieto el fondo filosófico de la historia.

Antonio llegó incluso a imaginar que alguna de las parejas escondidas en el fondo tal vez estuvieran dedicándose a otra cosa que a la inocente contemplación de la película. Entonces recordó la novela de Cela, o un relato, en fin, algo que tal vez escribió, donde una pareja de novios en un cine prefirió dedicarse a la masturbación del miembro viril produciendo tal eyaculación que algunos espectadores recibieron parte de la lluvia pringosa. Se sonrió al recordarlo.

Y la película no defraudó a nadie; si no que quien esperaba encontrarse con un rollo de primera quedó totalmente satisfecho. Hubo incluso momentos a lo largo de la proyección donde Antonio se preguntó si no era mejor marcharse, sin embargo, no se atrevió a levantarse, nunca lo hacía, por vergüenza.

Paseando por la calle, ni Carmen ni Antonio comentaron nada acerca de la película. Era el único cine cerca de donde estaban y claro, se arriesgaban a encontrarse con películas sin historia, sin ritmo, sin diálogo, sin acción y sin un interesante y artístico desnudo. Resultó ser una obra al más puro arte y ensayo que solo unos pocos entendidos, de exagerada soberbia intelectual, podrían entender. Aun cuando no había tal mensaje ni nada que recordar, seguramente encontrarían algo que ni su autor había descubierto. Un algo que permitiría salvar a la película de una bien merecida quema.

Eran ya casi las diez y ninguno de los dos sentía ganas de irse a cenar a ningún sitio. Antonio propuso terminar la velada en su casa y arreglárselas componiendo una ensalada con lo que encontraría en la nevera. La poca hambre que les quedaría podría arreglarse con una pizza cuatro estaciones pedida por teléfono. Su acompañante aplaudió la idea. Deseaba disfrutar del calor de un hogar, cosa que no hacía desde hacía dos semanas y ahora, más que nunca, era cuando deseaba volver a casa.

Dicho y hecho, cenaron. Y con el hambre saciada siguieron viendo la televisión. Como siempre no había mucho donde elegir: un programa concurso, los últimos momentos de una serie de humor de producción propia o una película norteamericana y todas estas emisiones lujosamente adornadas con la ya exagerada publicidad.

Se quedaron con la película y los dos permanecieron sentados en el sofá frente al televisor contemplando en silencio las imágenes de amor. Los devaneos amorosos de los protagonistas, en insinuantes poses de cama, despertaron sentimientos contradictorios en los dos espectadores que compartían los calores de sus cuerpos en el sofá.

Antonio empezó a desviar la mirada y a fijarse en Carmen. La miraba y la deseaba a la vez. Ella se había descalzado para sentirse más cómoda y había adoptado una postura que aumentaba su confort al tiempo que disminuía la distancia que la separaba de su anfitrión. Tenía una pierna recogida bajo sus nalgas y la otra pegada al bajo del sofá. Sus dos brazos seguían pegados a su cuerpo. Inició una lenta progresión de su mirada fijándose en el único pie que parecía visible y subiendo poco a poco para acabar en su rostro. Celebró que llevaba un ceñido y cómodo traje de lana de un color rosa oscuro cálido y atractivo. Se retuvo de acariciarle alguna de las rodillas que parecían perfectas protegidas por el panty color negro que le volvía loco.

Desde siempre, sentía especial atracción por las piernas femeninas tal vez porque era la única parte del cuerpo, a parte del rostro, que una mujer mostraba con esmerada satisfacción. Pero, paradójicamente, no le gustaban los meses estivales como a los demás hombres que podían fijarse más en las piernas desnudas de las mujeres. Antonio siempre les encontraba defectos y a menudo se preguntaba como no podía verlos su propietaria. Las prefería con medias y trajes o faldas ajustadas que insinuaran el trasero.

Siguió recorriendo su cuerpo con la mirada como una suave caricia, como el soplo de una brisa nocturna. Sentía como su corazón latía con estrepitosa fuerza temiendo salirse de su habitáculo. Empezó a sentir tan fuerte deseo que le era difícil reprimirlo y decidió echar por bajo sus sentimientos represivos y dejó la libertad fluirle por las venas, la libertad y la osadía de acariciarle la rodilla.

Puso su mano sobre la rodilla de Carmen con suavidad, fue un gesto lento y calculado, y ella no dijo nada. Solo temía su reacción, estaba

asustado, pero no pasó nada. Siguió percibiendo el calor de su piel por debajo de la media cuya textura, como un tejido poroso, evitaba el contacto directo de su mano con la intimidad de su pareja.

Carmen no lograba centrarse en la película. Con el tiempo, Antonio había acabado siendo un amigo para ella, aunque ya no sabía bien por qué. Seguramente se debía a la distancia que le separaba de los suyos y la nostalgia que sentía. Deseaba agarrarse a alguien para combatir su tristeza y ese alguien era el que más cerca tenía de su persona y, claro, de su corazón. Había percibido en él su profunda e incrustada melancolía, su conmovedora soledad y sentía un cariño maternal por él. Eran unas ganas de estrecharle entre sus brazos y consolarle como lo haría con un niño al que se le hubiera muerto la mascota.

La ternura que sentía no conllevaba ningún atractivo sexual. Recordó las insinuaciones que le había hecho en el restaurante y como le había rechazado. No pareció dolido ni enfadado, reacciones que sí se habían producido en otros compañeros y amigos. Antonio fue diferente, aceptó con deportividad la derrota en su lucha por la seducción.

Nunca sintió especial interés por el sexo, tal vez porque ninguna relación la había dejado del todo satisfecha. Aunque tampoco es que gozara de una gran experiencia. Acostumbraba a rechazar las insinuaciones logrando especializarse en este terreno más que en cualquier otro. De las pocas veces que compartió una cama con un hombre solo recordaba el interés que ponía en su placer anteponiéndolo al suyo.

Compartía este desinterés por las relaciones sexuales, fruto de la decepción, con sus relaciones sentimentales. Tampoco guardaba excelentes recuerdos de ellas y llegó a pensar que estaba mejor sola que con una pareja con la que compartir su tiempo. Tal vez era egoísmo, o tal vez algo natural en ella. La soledad no tiene por qué ser un estado que imperativamente deba evitarse, pensaba. El dicho de mejor solo que mal acompañado tenía especial relevancia en su caso.

Solo hubo una persona en su vida que podría haberla hecho cambiar. Sólo un hombre del que ella se enamoró. Un desengaño de tales dimensiones como la ilusión que ella había puesto en esa relación. Fue a raíz de aquello que empezó a perder interés en el amor. Tal vez era algo joven e inexperta, tal vez esperaba algo que su pareja no pudo darle. Tal vez se encontraba atravesando el sueño en el que los príncipes azules surgen de la nada. Sólo tal vez, pero lo seguro es que perdió la inocencia

el día en que él se separó, entonces dejó de besar cada rana que encontraba por su camino, ahora sabía de sobra que nunca, o casi nunca, se convertían en encantadores príncipes. Rana era, rana será siempre.

Seguía sin hacerle caso a la película, centrada en sus recuerdos y sus pensamientos, cuando una interrupción de la película dio paso a la publicidad. Entonces, recobrando sus ideas percibió algo caliente sobre su rodilla y entendió enseguida de que se trataba. Sintió un impulso nervioso que reprimió antes de que se transmitiera en una convulsión sacudiendo todo su cuerpo. Primero sintió asco por el gesto de su compañero, pero fue un sentimiento breve que desapareció enseguida. Luego sintió placer. Era un gesto de ternura, de la ternura que tanta falta le hacía. No reaccionó como en otro momento lo habría hecho, sino que colocó su mano derecha sobre la de Antonio y allí la dejó.

Parecía como si los dos amantes consentían a tocarse, a amarse y ambos se sintieron satisfechos. Entonces se miraron y se abrazaron fundiéndose en un beso apasionado. Siguieron más besos y las caricias proseguían sus paseos por los cuerpos. Antonio se sintió dominado por su amante y dejó que está se acostara encima de él. El mando a distancia hasta ahora sobre el borde del sofá, cayó al suelo desprendiéndose de su tapa y de las pilas.

Ella se mostraba más ardiente que su compañero y lo comía a besos centrándose en el cuello y la barbilla. Sentía las manos de Antonio acariciarle los muslos hasta las nalgas, de vez en cuando sentía sus dedos hacerle una ligera presión sobre el sexo y esto la producía placer. Cuando sintió que su falda estaba totalmente remontada a la altura de su cintura entendió que ya nada detendría lo que iba a pasar. Se incorporó sobre Antonio rodeándole el pecho con las piernas. Observó como la miraba y como cerraba sus ojos cuando la acariciaba el busto. Ella seguía con la falda subida mostrando sus braguitas, cuyo color aún no podía adivinarse, escondidas bajo las medias negras sin costura abdominal.

Antonio permanecía acostado sobre el sofá boca arriba, en la posición que Carmen le había obligado a adaptar. Se sentía ardiente de deseo de poseer a esta mujer que ahora se mostraba erguida sobre él. Notó dos bultos, le parecieron enormes, a la altura de sus pechos y centró ambas manos en su conquista. Era como acariciar dos montes, a la vez firmes y perfectas. Sólo se lamentó que la ropa siguiera aun separándoles. Y pareció que ella le había entendido.

Cuando se hubo bajado la cremallera que tenía en la espalda, empezó a quitarse el vestido primero por los brazos y luego lo dejó colgando de la cintura. Antonio abrió los ojos como nunca lo había hecho tal vez queriendo desabrocharle el sujetador con la mirada. Cosa que no logró ni con las manos. Ella le ayudó venciendo el pequeño corchete. Se fue retirando la prenda con exagerada lentitud, con sensuales movimientos. Y sus senos recobraron su libertad.

Él los vio y los encontró tan bonitos como los había imaginado, los acarició, pero cuando quiso besarlos no pudo hacerlo sintiéndose presa de su amante. Logró liberarse y las cosas cambiaron. Ahora era ella quien estaba acostada boca arriba y él quien la dominaba. Sus besos se mostraban apasionados, pero no era suficiente, siguieron los mordiscos y los lamidos. Era como si quisiera comérsela. Pero el calor que sentía dentro de su cuerpo lo estaba consumiendo, abrasando como si tuviera fuego a su alrededor y se irguió sobre ella clavando la mirada en sus ojos negros. Se quitó la camisa como si fuera un jersey: sin desabrocharla y por el cuello. Su torso velludo apareció y Carmen lo acarició con sus suaves y delicadas manos.

Él se apartó sobre el sofá liberando a su amante. Estaba ahora a la altura del abdomen y le fue bajando lo que quedaba del vestido hasta pasarlo por los pies, entonces se lo quitó y lo arrojó al suelo. A Carmen no le chocó la poca delicadeza que tuvo con su ropa. Seguía con el busto desnudo y los pezones duros, pero aún seguía con el panty y las bragas. Temiendo que las agujerara al intentar quitárselas, decidió quitárselas ella misma.

Se quitó luego el panty con los mismos gestos que cuando se desabrochó el sujetador. Tenía su rostro a la altura del miembro de Antonio que permanecía encerrado en el pantalón. Le desabrochó el cinturón, desolló el botón y bajó la cremallera. El pantalón se sometió a la ley de la gravedad y como no era ceñido fue cayendo hasta los tobillos, Antonio lo apartó con un movimiento del pie. Ahora estaba con los calzoncillos, eran de algodón color blanco con franjas rojas verticales. Ella lo miró por un instante lamiéndose los labios con la lengua, colocó sus manos a ambos lados de la cintura de Antonio y ejerció presión hacia abajo. El calzoncillo tampoco ofreció resistencia y acabó donde el pantalón.

Pero seguía con el miembro atrofiado como si permaneciera en otro mundo, ajeno a la escena de amor que tenía lugar. No pareció reaccionar a las caricias ni a sus besos, ni tampoco a sus lamidos. Seguía de pie, preocupado porque ni una pequeña felación que ahora le hacía su amante pudo variar el tamaño del pene. Otra vez se sintió humillado. Otra vez. ¡Otra maldita vez!

Se disculpó.

Se acostaron juntos en la cama de Antonio. No lograron intimar más allá de los pequeños besos, caricias y otras ternuras.

Era un día especial para el comisario Rodríguez, distinto a tantos otros. Debían afinarse todos los detalles de la operación de infiltración en la secta satánica que le tenía preocupado desde hacía unos días.

Un pequeño error podía dar al traste con todo el trabajo llevado a cabo en esos días. Todo iba a jugarse esa noche, la noche en la que Carmen suplantaría la personalidad de una bruja cubana.

El objetivo de la maniobra era lo único que sí parecía estar definido con claridad: debía detenerse a toda costa al que decía ser la encarnación del demonio. Esto, Rodríguez lo tenía claro. También sabía cómo lo haría, recurriendo a un equipo de elite de la Guardia Civil especialista en la lucha antiterrorista y debidamente entrenado en las tácticas de comando.

Rodríguez lo estaba imaginando, viviéndolo como si fuera una película. Sería un grupo de dementes alrededor de un fuego profiriendo consignas contra Dios y a favor del demonio. Carmen estaría entre ellos, como un invitado más, pero llevando un diminuto micrófono escondido para grabar cuanto se dijera. Cuando él diera la orden, un par de explosiones, unos cuantos tiros y todos arrestados. ¿Y luego qué?

Sí, ¿de qué podía acusarles? La reunión de individuos, incluso con fines tan sacrílegos como el de llevar a cabo una misa satánica, no es punible. La libertad de culto y de reunión está contemplada en la Constitución. ¿Y entonces?

—Pues entonces, que no sé de qué coño les acusaremos a estos cabritos una vez los hayamos cogido —dijo Rodríguez con amargura.

Estaba sentado, casi acostado, en su sillón detrás de la mesa que presidía su despacho, un cuartucho en un rincón de la planta donde la Brigada especial estaba asentada. Frente a él, había un hombre al más puro estilo Rambo. Vestía el uniforme de oficial de la Guardia civil. Algunas medallas en uno de sus pectorales añadían cierto respeto al personaje que no era más que un capitán, uno más dentro del ejército español. Pero algo le distinguía de los demás, era su trabajo: estaba al mando del comando de elite con más honores de la benemérita. Habían resuelto varios secuestros e intervenido en el desalojo de pisos francos y zulos ocupados y desocupados de la banda terrorista ETA.

Aquel hombre no tenía más de treinta años y ya era célebre entre sus compañeros por sus dotes de organización y mando al frente de un puñado de hombres entrenados en las tácticas de comando y guerrilla.

—Podríamos aplicarles la ley antiterrorista —sugirió el capitán—. Podrías disponer de unos siete días para interrogarlos, pegarles un poco como lo sueles hacer siempre. Ya sabes cómo te gusta partirle la nariz a un preso preventivo.

—Ahórrate tus críticas sobre mis métodos de detención y céntrate en la cuestión.

Rodríguez ya había pensado en la ley antiterrorista que permitía a la policía retener incomunicado a un sospechoso de terrorismo siete días, plazo límite antes de pasar a disposición judicial. Siete días en los que no se presentaban cargos contra el detenido quien además no podía recurrir a los servicios de un abogado. Era una medida que se aplicaba en los países donde el terrorismo causaba estragos. Permitía a la policía ensañarse a placer con los detenidos, eran siempre los viejos métodos los que más se usaban en estas ocasiones. Pero eso sí, siempre dentro de la legalidad y respetando los límites de la violencia física evitando la muerte inútil.

Sin embargo, en este caso la aplicación de la ley antiterrorista no tenía fundamento alguno. De ningún modo, Rodríguez podría justificarla ante un juez, sobre todo le tocaría tratar con los de la Audiencia Nacional, únicos jueces autorizados en ese tipo de delitos y ya sobradamente conocidos de los medios de comunicación y del público en general. Además, estaba eso mismo: los medios de comunicación que siguen muy atentos a todos los casos de terrorismo y que se deleitarían con uno con tintes de satanismo y diabólica perversión. Rodríguez sabía que lo último que necesitaba ahora mismo era darle publicidad a ese caso.

—¿Qué necesitas hacer con ellos? —preguntó el capitán de la Benemérita algo harto de sentirse en un callejón sin salida.

—Necesito dejarlos fuera de combate.

—Ya, pues eso mismo debemos hacer.

—¿Qué propones? —preguntó Rodríguez intrigado—. Te los quieres cargar, así como si nada y luego, ¿qué?

—Hombre, tu verás, pero si eso es lo que te interesa, me parece que no te queda más remedio. ¿Quieres acusarles de asociación indebida y que salgan en libertad sin cargos porque ningún juez se va a tragar que una

reunión espiritual, aunque comanditada por el demonio, suponga un peligro para la gente?

—Ya lo sé —contestó Rodríguez desanimado.

—Bueno, hay otra opción. —Rodríguez volvió a animarse deseando que su compañero y amigo tuviera la solución a su problema. —Dices que el cerebro es un cubano que ya ha tenido problemas en los Estados Unidos. Podemos deportarlo a Cuba donde seguramente se lo carguen. En pocos minutos algún amigo de Interior puede conseguir que su expediente de residencia se extravié hasta que el juez dicte una orden de expulsión.

—Sí, me parece oportuno, pero cuál sería el motivo de la detención.

—Drogas.

—¿Así de fácil? —repuso Rodríguez algo divertido por la respuesta.

—Dijiste que se van a reunir en un lugar en las afueras, algo solitario. Nosotros recibimos un soplo de que se trata de una banda de narcotraficantes que van a hacer un trato. Les detenemos a todos, pero resulta que no era lo que imaginábamos, los ponemos a todos en la calle menos a tu cubano que mandamos de regreso a casa.

Si Rodríguez estuviera desesperado habría aceptado este plan. Pero ya era un perro viejo y la experiencia le había enseñado que era inútil arriesgarse en un asunto tan turbio. Aún hoy no sabían cuál era el alcance de aquello que estaban investigando. El asesinato había quedado algo atrás, incluso apartado de lo principal: una asociación de personas con diabólicos planes que podían desencadenar un asesinato en serie como había ocurrido en Florida. Eso, él no lo quería. Pero tampoco quería evitarlo a toda costa pasando por encima de la ley y dando al traste con todo lo que él mismo respetaba por encima de todo. Hacía falta un milagro.

Por otra parte, y asegurando que se trataba de una reunión que entrañaba peligro para las personas podrían sacar algo de lo que allí pasaría gracias al micrófono oculto que Carmen llevaría consigo. Rodríguez dedujo que tenía más probabilidades de sacar un póquer de ases en una sola mano que de acertar en eso que, más que imaginar, deseaba.

¿Quién ha dudado alguna vez que los milagros no existan o que los Ángeles de la guarda no se preocupen por quienes protegen?

El milagro esta vez se le aparecería a Rodríguez como siempre que se encontraba en un aprieto, como si un amigo invisible le diera un pequeño empujón. Un milagro que tomaría forma humana en la persona de García

Ramos, el inspector especializado en temas financieros y fiscales que trabaja a las órdenes de Rodríguez y que había recibido el encargo de vigilar las actividades económicas de los amigos de Ramón.

—Ya lo tengo —gritaba el antiguo auditor al irrumpir en el despacho de su superior.

Estaba visiblemente emocionado por su descubrimiento, una emoción que se desvaneció cuando comprobó que no estaban solos en la habitación. Vio al capitán de la Guardia Civil y por un momento se preguntó si había hecho bien interrumpiéndoles. Pero sí, era demasiado importante y Rodríguez así lo entendió conociéndole como le conocía. Le sonrió y le invitó a exponer lo que había descubierto deseando que tuviera relación con la operación que tanto le preocupaba.

Como un fugaz relámpago en un cielo azul, el joven recuperó su calma y serenidad y se sentó en el otro sillón que quedaba libre frente al despacho de su superior.

—He investigado el grupo de caballeros que pueden tener relación con la secta que quieren dismantelar y he encontrado algo interesante.

La curiosidad podía leerse en el rostro de las personas que le estaban escuchando sin interrumpirle.

—Uno de ellos resulta muy interesante —prosiguió—. Es dueño de una cadena de perfumerías en la costa alicantina. No estoy nada familiarizado con este tipo de negocios así que contacté con un antiguo compañero que lleva a cabo auditorías en empresas proveedoras de las perfumerías, que son sencillamente distribuidores y fabricantes de colonias y cremas. Según me dijo, es un negocio muy lucrativo para quien se lo sabe montar, ahora bien, son necesarias buenas inversiones al principio para lograr un local que, además de atraer a los clientes, arranque concesiones de varias marcas de lujo que añaden prestigio al negocio. Ya saben no es lo mismo vender colonias baratas que frascos de las mejores marcas del lujo. Bueno, con esto me hice con las declaraciones de IVA e impuesto de sociedades del negocio y resultó ser bastante más interesante de lo que imaginaba.

—¿Están amañadas? —interrumpió Rodríguez.

—No exactamente —contestó—. El error no está en el tributo a hacienda o en su cálculo sino en la renta real del negocio.

—¿Declaran menos de lo que ingresan?

—No, eso lo harían si quisieran pagar menos impuestos. Y esto sería lógico, ¿verdad? Vamos no serían los primeros. Lo sorprendente es que declaran rentas inimaginables, vamos, muy por encima de lo normal.

—¿Blanqueo de dinero?

—Déjeme acabar, por favor. Se trata de una cadena de veinte perfumerías más o menos similares, todas muy bonitas, que se reparten entre Alicante y Benidorm que son zonas de venta estival. Eché unos pocos cálculos. Cada perfumería decía ingresar una media de doscientos cincuenta millones anuales.

—¡Bonita suma! —suspiró el capitán.

—Bonita e imposible. Según mi amigo, un frasco de una colonia cara, el más vendido, por ejemplo, puede costar entre cuatro y seis mil pesetas. Si hago una pequeña división me encuentro con cincuenta mil frascos vendidos en un año, ciento sesenta al día. Cada local tiene tres empleadas, eso significa que venden siete frascos cada hora o uno cada ocho o nueve minutos. Eso, no lo consigue ni un supermercado.

—Me estoy perdiendo —añadió Rodríguez como conclusión.

—El margen comercial suele ser de un cincuenta por ciento. De esos ingresos, ciento veinte son el resultado neto de restar las compras de los ingresos. Deducimos la amortización del local y decoración, gastos varios y sueldos y fácilmente podemos declarar un beneficio de cincuenta millones tras impuestos. Pero es imposible. Entre las veinte perfumerías declaran un beneficio de mil millones. Vamos, así, con estas cifras, no veo porque estoy perdiendo el tiempo aquí, debería montarme una perfumería.

—Al grano muchacho —interrumpió el comisario percibiendo que había algo interesante en lo que oía, seguramente el milagro que esperaba.

—Bueno, la pregunta es que, si las facturas de proveedores son reales, y lo son. ¿Quién compra todos los productos que los clientes no compran? La respuesta es que los está revendiendo a otras perfumerías, pero no en España, en otros países incluso otros continentes donde son más caros, consiguiendo un segundo beneficio. Si un frasco cuesta mil a coste, compro tres y pago tres mil, vendo uno a una cliente verdadera que me paga dos mil, y los otros dos a clientes inexistentes que me pagan lo mismo. Pero además revendo estos dos frascos a otro país por mil ochocientas. En total consigo un beneficio de cuatro mil seiscientas sobre una base de tres mil, ¿no?

—¿Cómo justifica las dos mil por cliente fantasma?

—No las justifica. No es necesario. Hablamos en verdad de dinero, no de unidades, no hay facturas, no hay tickets, sólo números. ¿Cómo sé yo que hacen ventas fantasmas? En verdad no lo sé. Sólo lo imagino juzgando que las cifras que presentan imposibles. La pregunta es de donde viene este dinero fantasma.

—Ahora sí lo entiendo —sonrió Rodríguez—, tenía razón en lo del blanqueo del dinero, ¿verdad?

—Bien, resulta que nuestro amigo es bastante conocido en narcóticos, allí me dijeron que le siguen la pista desde hace tres años, pero no han logrado demostrar nada.

—Y si nosotros les hacemos el favor de detenerle, nos lo agradecerán. ¿Verdad hijo?

—Me dijeron algo así pero no precisamente con estas palabras.

—Bien, muy bien —expresó el comisario visiblemente contento con la noticia—. Pide una orden de arresto exponiendo todo esto que me has contado, pide al comisario de narcóticos que la apoye y explica que sospechamos que hay una reunión esta noche en Madrid de nuestro amigo con clanes y que queremos intervenir.

—Hecho.

Como era de esperar, la orden de detención llegó firmada por uno de los jueces titulares de la Audiencia Nacional. Instaba, sin embargo, a la prudencia en la elección de los medios para llevar a cabo la detención. En otras palabras, no respaldaría una acción violenta con resultado de muerte y eso Rodríguez lo entendía muy bien, él tampoco lo habría respaldado.

La tarde avanzaba poco a poco hacia la noche y cada hora que pasaba era una menos en la escasa cuenta atrás para el momento tan anhelado. Los preparativos se llevaban a marchas forzadas.

Por una parte, estaban los especialistas del comando de la Guardia Civil que iban a efectuar la operación. Estaban revisando las armas, limpiándolas, ajustando las miras y poniendo a punto los equipos electrónicos: radio, señalizadores y gafas de visión nocturna. Todo un equipo tecnológico digno de la más tecnológica de las guerras.

En otra sala, un médico especialista en cirugía estética y otro en implantes habían instalado un diminuto transmisor en el cuerpo de Carmen, debajo del lóbulo de la oreja. Era un micrófono alemán

comprado por la Brigada de narcóticos para que lo llevara algún arrepentido. Era una pieza muy costosa que disponía a la vez de un aparato para recoger señales audio, digitalizarlas y transmitir las en baja frecuencia. Sólo tenía dos fallos, el primero y que luego fue corregido era el de ser sensible a todo ruido incluido el latido de la sangre dentro del lóbulo mismo de la persona que lo llevaba; el otro defecto era el de que podía detectarse fácilmente con un aparato que midiera ondas radio. No podían recurrir a un micrófono como el de las películas, ese que se esconde debajo de la camisa con esparadrapo porque supusieron que Carmen podría ser desnudada durante la misa negra lo que echaría abajo el plan. La implantación detrás del lóbulo era la solución más empleada, se podía tapar el orificio dejado con una peca falsa y además se encontraba en una zona bien despejada pudiendo captar cuanto se dijera en un radio de cinco metros. Además, y porque era una zona poco propicia al sudor, no sufría las interferencias en la emisión que podía producir.

Antonio, el capitán de la Benemérita y Rodríguez se encontraban en el despacho de este último estudiando varios planos de la zona donde se iba a producir la operación. Sabían muchos detalles de cómo se practicaban estos rituales gracias al comisario de la brigada en la que Antonio trabajaba y que, tras ser descubierto, serviría de padrino de Carmen. El lugar era una vieja y abandonada fábrica de cemento en el norte de la ciudad donde empezaba el pueblo de Fuencarral. Era un edificio derruido y abandonado entre viejos depósitos y chabolas. Era una zona poco ajetreada durante el día, pero totalmente solitaria durante la noche. Era el lugar ideal para una reunión del tipo que iba a celebrarse.

La vieja fábrica de cemento ocupaba un solar entre la calle principal que más parecía un camino rural y una calle estrecha sin pavimento y que tal vez nunca lo llegó a tener. Tenía frente a la calle una enorme puerta metálica que se abría corriéndola sobre un rail. Las luces exteriores escondidas detrás de dos armatostes de metal sobre la puerta añadían cierto aire funesto. Y todo esto lo veía Antonio en unas fotos tomadas minutos antes y a la luz del día. Sintió un escalofrío al imaginar cómo estaría el sitio de noche.

Carmen se unió al grupo tras acabar con las pruebas que le habían hecho tras la implantación. La operación había sido todo un éxito y se había convertido en todo un sofisticado aparato de escuchas ambulante. Seguramente más de un político habría dado cuanto tenía por contar con

ella en las reuniones de otros políticos. Rodríguez sonrió al verla, como los otros dos hombres que allí estaban estudiando el plan de ataque, pero lo hacía porque le divertía pensar que ahora mismo podía haber más personas escuchando a través de ella.

—Nunca una mujer llevó unos pendientes tan caros —bromeó.

—Un pendiente —le corrigió—, sólo llevo uno, dijeron que no tenían presupuesto para uno más así que voy tapándome la otra oreja para que no se vea.

Todos rieron, era necesario aliviar la tensión del momento.

—Bueno —empezó el capitán con tono serio implorando a sus demás compañeros que se juntaran a él en la exposición del plan—, según el informe del comisario, acostumbran a colocar tres vigías en triángulo. —Dibujó unas cruces en el mapa. —Así quedarían en este emplazamiento, dos en la calle principal por delante y por detrás del edificio. El primero vigila las dos calles y la entrada a la fábrica, el segundo vigila la misma calle principal en el otro sentido y la parte trasera del edificio. Los dos pueden verse y localizan cualquier vehículo que venga en, digamos, unos cien metros.

—¿Y el tercero? —preguntó Carmen.

—En la parte trasera del edificio, aquí —indicó una de las cruces—. Vigila el terreno y sólo ve su compañero de la derecha, no el de la izquierda. Por lo tanto, el que sirve de enlace es ese mismo que está a la derecha de la calle. Será el primero que deberemos atacar. Los dos caerán justo después. También sabemos que llevan radios con las que comunicarse entre ellos y con otro vigía que está dentro del edificio y que sirve de portero, vamos por llamarlo de algún modo.

—Bueno —intervino Rodríguez—, hemos conseguido la cooperación de la Brigada de policía científica. Nos dejaron una unidad electrónica. Llevaremos a cabo un barrido en radiofrecuencia para interrumpir cualquier comunicación. ¿Recordáis la guerra electrónica en el golfo? —Los demás asintieron —Pues lo mismo, pero en cutre.

—Sí —dijo el capitán deseando recuperar el protagonismo momentáneamente perdido—, el hombre que se encuentra dentro oír un zumbido agudo en su radio y se preguntará el origen. Será el momento en el que sus compañeros habrán caído y él mismo, sin saber qué pasa, saldrá del edificio a averiguar si el fallo es general o solo en su aparato. Le

reduciremos y un comando entrará en el edificio con las técnicas típicas de intervención.

Todos permanecieron en silencio.

—Sobre las armas —añadió el capitán—, usaremos las ametralladoras cortas que nos permiten hacer fuego por barridos. La munición que usaremos aún no la tenemos decidida. Pero seguramente no usaremos la perforante. Creo que no nos interesa matar a nadie, a lo sumo herir a quien se resista.

—Pero si usan ametralladoras —preguntó Carmen—, van a disparar sin apuntar. ¿No sería mejor utilizar armas de precisión y de tiro único?

—Lo hemos pensado, el problema es que nos enfrentamos a un grupo de gente, no a una toma de rehenes en cuyo caso sí deberíamos apuntar con precisión. Allí nadie nos interesa, realmente, proteger.

—¿Y yo? —replicó Carmen fingiendo inocencia.

El oficial no supo responder. Cierto era que sí había alguien que debía protegerse. No podrían intervenir rompiendo puertas y ventanas, disparando a la multitud, arrojando cargas explosivas. El ataque debía ser más sutil.

—Señorita —intentó explicarse—, recurrimos a las armas en caso de verdadera necesidad. No debe haber ningún baño de sangre. Si no, los equipos que llevaremos —añadió cambiando de conversación o dando un leve giro a la misma— son los habituales: chaleco antibalas, radio para comunicarnos, identificadores para no dispararnos entre nosotros, y las armas. Cien metros atrás, en las dos calles, es decir aquí y aquí —mostró señalando el mapa reducido de la zona— estarán los demás hombres de intervención. Éstos los dejo de refuerzo. No intervendrán excepto si la cosa se nos pone fea.

—¿Por ejemplo? —preguntó Antonio quien permaneció todo el rato en silencio.

—Pues si nos responden con fuego intenso. Es decir, si al entrar ofrecen mayor resistencia de la que hemos previsto. Si cae alguno de mis hombres, entonces, señores entraremos a saco y será una carnicería.

Tercera Parte

33

Era ya cerca de medianoche, la hora de las brujas. Una familia de gitanos había encendido una pequeña fogata frente a una de las chabolas que les servía de vivienda. Los miembros de la familia se habían reunido alrededor como para celebrar algún ritual ancestral. Soplaban un pequeño viento frío típico de la época que, sin embargo, no era molesto para salir a la calle. Sin embargo, por allí no había nadie.

Una niña parecía ir en busca de algo que había perdido, sin duda una muñeca desgastada, y como el padre la veía escaparse de la reunión le pegó un grito ininteligible que la llamó al orden. Como no obedecía, fue en busca de ella y la agarró propinándola una bofetada que la hizo llorar. Los dos volvieron cerca del fuego cuyas luces intermitentes parecían ser lo único con vida de la zona.

Esta chabola se encontraba a la vuelta de la calle que comunicaba el polígono industrial, un grupo de viejas fábricas abandonadas, con la civilización. Bastaba con seguir esta calle para llegar a la fábrica de cementos deshabitada que aquella noche recobraba algo de vida, tal vez efímera, en forma de reunión espiritual.

Del otro lado de la calle, cerca de la chabola, había un amago de calle que terminaba en una valla y cuya utilidad no podía encontrarse. Solía usarse como depósito de muebles abandonados. Una vieja furgoneta en otra época de color blanco estaba aparcada allí, sin duda abandonada. Le faltaban un par de ruedas lo que le daba un aspecto de duende cojo. Nadie se había dado cuenta que solo llevaba allí desde la mañana y no desde hacía años como cualquiera habría pensado. Nadie había visto como un pequeño todoterreno la dejó allí cuando aún no era de día. Nadie tampoco vio como varias personas entraban dentro entonces para no volver a salir. Allí seguía la vieja furgoneta con sus ocupantes.

Los asistentes a la ceremonia ya habían llegado y fueron entrando en la vieja fábrica de cemento identificándose ante el guardia de la entrada.

Siguieron su camino hasta uno de los rincones de la enorme nave, detrás de lo que parecía ser una descomunal caldera. Tal vez medía diez metros por diez y alguien lo había limpiado con esmero, aunque seguía conservando su aspecto triste y abandonado. Los miembros iban ocupando su sitio sentándose en la posición de loto. Iban todos vestidos con los tradicionales hábitos negros de grueso algodón que eran cualquier cosa menos cómodos. Era notable la similitud con las austeras vestimentas de los monjes.

Frente a la pared, al fondo de lo que podría ser una sala y donde los congregados aguardaban en silencio, habían dispuesto una especie de altar de piedra gris. Encima había un candelabro de siete brazos, símbolo del judaísmo, con todas sus velas encendidas excepto la del medio. Y no había nada más sobre este altar. La ausencia de mayor mobiliario añadía la nota siniestra que el organizador sin duda quería impregnar. Como no había luz artificial y como era de noche, se habían colocado unos enormes cirios alrededor de la improvisada sala. La luz que sus llamas desprendían era suficiente para sacar al lugar de la oscuridad. El olor a cera derretida causaba algo de malestar entre algunos de los asistentes que aun así se mostraban impasibles.

Debía entonces fijarse uno en el dibujo que figuraba pintado en la pared detrás del altar. Parecía fresco, al menos eso podía notarse del color rojo intenso del trazo, y su dibujo resultaba complejo de entender. Era un pentagrama invertido en el centro de un círculo. A cada punta de la estrella correspondía el símbolo de una letra en un alfabeto que sólo el erudito entendería era el hebreo. Eran las letras Lamed, Vav, Yod, Tav y Nun que podían asimilarse, en el alfabeto latín, con las letras LVYTN formando lo que parecía una palabra de oscuro, o al menos desconocido, significado. Quien entonces supiese algo más de hebreo sabría que es habitual escribirlo omitiendo las vocales, resultando luego la posibilidad de añadir algunas vocales entre las consonantes de aquella palabra de forma a escribir una inteligible. ¿Tal vez la E, tal vez la A? Entonces el resultado, el esclarecido significado del misterio, haría temblar hasta el más confiado de los creyentes: Leviatán, siendo éste el nombre de la mítica serpiente de las profundidades marinas que encarna el símbolo del mal. ¿Cuál sería entonces el sentido de invertir el pentagrama, de colocar la punta principal abajo en vez de arriba? Como todo en aquella seudoreligión, debía buscarse su significado en la propia negación del

cristianismo, en el establecimiento de un acristianismo sin ley y moral. Tal vez entonces su significado sería el opuesto al del pentagrama no invertido que era el símbolo tantas veces usado en la magia blanca, aquella en la que se busca el bien y no el mal. La punta superior representando el espíritu y los otros cuatro elementos de la naturaleza: el agua, el aire, el fuego y la tierra, transmitiría la idea de superioridad del espíritu sobre la naturaleza. Eso en el contexto de la magia blanca, pero aquí sería todo lo contrario. ¿Qué significaba entonces que el espíritu se encontrara bajo la naturaleza? ¿Qué le era inferior?

Quien asistía entonces a esta misa negra notaba entonces que había algo distinto a lo habitual. Notaba que la presencia por primera vez del Baphomet, que era el nombre que se daba a este pentagrama invertido, aportaba un elemento de la tradicional magia negra que nunca se había representado con anterioridad. Hasta entonces las misas habían sido solo eso: misas cargadas de espiritualidad y absolutamente carecientes de todo simbolismo. Ramón lo odiaba, acusaba a quienes usasen esas representaciones de teatralidad, y de confundir a los asistentes con imágenes inventadas sobre un desconocido porvenir. En fin, los denunciaba como farsantes y mentirosos.

En el centro de la reunión y frente al altar había una mujer también sentada en la misma posición que sus compañeros guardando el mayor de los silencios como si se encontraba meditando. Pero su condición de mujer no era lo único que la diferenciaba de los demás, su ropa también era distinta. Vestía una larga túnica de seda blanca. Era una tela fina y hermosa que, reflejando la poca luz del recinto, parecía brillar. La mujer tenía la cabeza bajada como si estuviera mirando el suelo, el pelo recogido atrás en un perfecto moño. Parecía tener un rostro hermoso del que habían desaparecido cualquier pintura o resto de maquillaje. Era evidente que era o iba a ser el centro de la reunión.

Sus demás compañeros la observaban intrigados. ¿Era ella la vidente cubana que decían mantenía contactos espirituales con el demonio? ¿Era tan poderosa como se había dicho? Alguno que otro desviaba la mirada hacia otro asistente, quien la trajo hasta aquí. Era el miembro que había informado de su presencia en España y de lo importante que era recibirla. Nadie se acordó que aquel miembro era comisario de policía, nadie sabía que la invitada era un agente especial del FBI.

Antonio llegaba tarde a su cita. Llegaba de su casa donde se había acostado recuperando el sueño que no pudo disfrutar la noche pasada. Le extrañó ser capaz de dormir pese a lo preocupado que estaba con todo lo que se le venía encima. El cuerpo humano tiene reacciones a veces imprevisibles, pensó. Lanzó su coche por la avenida que unía el pueblo de Fuencarral con Madrid. Una avenida que pasaba sobre un puente y que medía un par de kilómetros antes de tomar el desvío que llevaba al polígono donde estaba citado. A ambos lados de la calle observó una fila interminable de furgonetas de la policía nacional. Parecía como si todos los agentes de Madrid se encontraran allí mismo.

El despliegue se había montado en silencio solo unos pocos minutos después de asegurarse de que ya nadie quedaba por asistir a la misa satánica que allí debía llevarse a cabo. Todos los accesos al polígono permanecían cortados con vallas de protección, vehículos policiales y agentes acordonados. Pero evitaron las luces siempre presentes en los controles y mantuvieron las radios encendidas, pero con el volumen lo bastante bajo como para que pudieran ser oídas solo por los agentes.

Antonio dejó el coche cerca de una de las furgonetas. Al bajar observó a los pocos curiosos que contemplaban la escena. También vio como los agentes les pedían que siguieran sus caminos y dejaran de incordiar. Antonio se identificó ante uno que luego le acompañó hasta uno de los edificios que servía de despacho a varias pequeñas empresas y que había sido tomado por la policía hacía pocos minutos. Mientras andaba por la escalera pudo ver a un sinfín de personas subiendo y bajando sin prestarle atención. Parecía un mundo en ebullición. Llegó hasta el último piso tras darse cuenta una vez más de la escasa forma en la que estaba. Se detuvo un instante y tomó aire.

Rodríguez le recibió incriminándole por el retraso. Le devolvió el saludo ignorando la reprimenda. El capitán de la benemérita observaba con unos prismáticos lo que parecía ser la fábrica de cemento. Alrededor había varios agentes que también estaban observando o hablando por radio.

—Los grupos han tomado posiciones, mi capitán —informó uno de ellos.

—Bien. Estamos listos. ¿Hay alguna novedad por parte de la unidad inteligente? —preguntó el oficial.

Llamaban unidad inteligente a la furgoneta abandonada cerca del lugar y en cuyo interior se encontraban unos pocos hombres vestidos de immaculadas batas rodeados de equipos electrónicos con pantallas, teclados, interruptores, leds de varios colores. El escaso hueco que tenían para circular podía recordar al más pequeño de los submarinos. Uno de ellos empezaba a sentir en sus piernas las casi dieciocho horas que llevaba sin andar, turnándose con sus compañeros para poder sentarse en la única silla que había allí.

—... *reporting centinela verde* —rugió uno de los altavoces.

Era la voz de uno de los guardas alrededor de la fábrica de cemento que los técnicos habían logrado captar gracias a una antena de reducidas dimensiones y de corto alcance que podía captar una multitud de emisiones en radiofrecuencia. Para evitar interferencias, habían cortado el teléfono en toda la zona y bajado la intensidad de las luces de los lampadarios. Además de reducir las distorsiones, también habían dejado al lugar en la oscuridad.

—... *aquí centinela verde* —contestó otra voz—, *visibilidad cinco... corto.*

—Esto me gusta —observó uno de los técnicos al calibrar el aparato que tenía enfrente: el receptor de ondas radio conectado a la pequeña antena parabólica, que unos maestros del camuflaje habían logrado disimular detrás de lo que podía ser una apertura de aire en el techo de la furgoneta.

Pulsó otro botón, el de la radio que le conectaba con lo que podía ser el centro de mando, allí mismo donde estaban Antonio, Rodríguez y el capitán al mando de la operación.

—Capitán —llamó—, les tengo localizados. Están transmitiendo en onda corta, en una banda de 100 a 110 kilohercios. Les estoy escuchando bastante bien. Ahora mismo estaban comunicando el parte de vigilancia.

—Correcto. ¿Cómo se están comunicando?

—Pues, por lo débil de la señal, yo diría que están usando unos Walkies de esos que pueden comprarse en una tienda de juguetes.

—Bien. Sigán escuchando y manténganse listos para intervenir —ordenó el capitán.

Antonio había escuchado la conversación que el oficial de la Guardia Civil mantuvo con la unidad inteligente y se había retenido la risa.

—¿Unos walkies? ¿Están usando unos walkies?

—Sí, parecen una banda de aficionados —corroboró Rodríguez.

—En su lugar, es lo que yo hubiera hecho —interrumpió el capitán—. Es el medio más barato y eficaz para lo que están haciendo. Además, es de corto alcance así que ningún radioaficionado puede oírles —explicó.

Mientras tanto, los comandos de asalto estaban preparándose. Vestían jerséis de lana y pantalones ajustados de color negro. Calzaban las míticas botas militares y revestían unos pasamontañas también negro. Por último, llevaban un cinto alrededor de la cintura del que colgaban una pistola automática y una radio de onda corta para comunicarse con el centro de operaciones. Además de radio, este instrumento de alta tecnología podía usarse como localizador y emisor de ondas digitales que permitían al que lo usaba mandar un mensaje sin hablar.

La mitad del grupo llevaba además metralleta y eran ellos los que entrarían dentro de la vieja fábrica una vez que sus compañeros hubieran neutralizado los centinelas.

Estos últimos empezaron a desplegarse por parejas. Unos por la parte trasera de la fábrica, otros por la calle principal escondiéndose junto a los muros de los edificios vecinos. El resto del equipo subió a una furgoneta con los distintivos de la Guardia Civil que tenía el motor encendido. Allí deberían esperar un tiempo hasta que la parte del plan que les concernía se llevara a cabo.

Dos parejas llegaron ya a acercarse a sus objetivos. Estaban a tan sólo tres metros de ellos y podían incluso oírles hablar por radio cuando transmitían el parte. Los miembros de apoyo de cada pareja transmitieron la posición al centro de operaciones donde el capitán les pidió que siguieran atentos. Sin embargo, la tercera pareja encontró un problema. Seguían a unos diez metros del objetivo que era el centinela que estaba detrás de la fábrica. No había forma de acercarse más. No tenían nada delante de ellos y enseguida éste les vería. Era un contratiempo que el capitán decidió solventar mandando allí mismo un tirador de elite armado con fusil, mira láser y visor nocturno. El hombre les alcanzó en poco tiempo y también esperó.

Todo el mundo esperaba.

En el interior de la vieja fábrica, el olor a cera derretida cobraba aún más protagonismo dentro de un aura de misterio, de aterrador misterio. Todos los invitados a la misa permanecían conciliados alrededor del altar y Carmen, en medio de ellos, seguía esperando.

Ya pasaban unos pocos minutos de la medianoche y un pequeño ruido proveniente de una pequeña sala detrás del altar, acondicionada como cripta, despertó a todo el mundo del letargo. Era el signo que esperaban. Y no se equivocaban.

Ramón apareció saliendo de la pequeña cripta vestido de una hermosa capa de seda negra y forro rojo. Carmen pensó que era una ropa hermosa pero típica también de quien la llevaba y por lo tanto no muy recomendable para una cena o un acontecimiento social. Todos los asistentes alzaron la vista para observarle en silencio deseoso de beber de su palabra, de percibir algo de la sabiduría que le inculcaban. Para todos ellos, o casi, Ramón seguía siendo un líder indiscutible dentro de la cruzada que habían emprendido para erradicar el bien, o la idea que tenían del bien en contraposición con la idea del mal.

Cuando se hubo colocado detrás del altar, alzó los brazos simulando una cruz, la cruz de quien por El mismo existía. Nadie dejó entonces de observar como una luz blanca, pura, se apoderaba de la parte superior del altar. Era una luz misteriosa, extraña a lo que allí había. Todos sintieron miedo, el mismo miedo que tuvieron al verle levitar pocos días antes. A nadie se le escapaba que allí ocurría algo anormal.

Mientras esto ocurría, Carmen permanecía de rodillas frente al altar esperando que le llegara el turno. Estaba muy nerviosa, aún más cuando vio el poder que emanaba de quien tenía enfrente, y le costaba mucho esfuerzo evitar que se notara.

—Hermanos —pronunció Ramón, con el mismo tono de voz de un sacerdote que pronuncia su sermón y volviendo a bajar los brazos—, hoy es un día muy especial para nosotros. Es un día especial porque nos reunimos todos nosotros, sirvientes del padre que me ha enviado para preparar su venida. Porque se acerca el tiempo en que el cielo se tornará rojo como la sangre, en que las madres lloraran la muerte de sus primogénitos y en el que los hombres que no siguieron su enseñanza se perderán para siempre en el fuego infernal.

Marcó una pausa, en él era ya algo acostumbrado, para que sus oyentes asimilaran el discurso que les estaba dedicando.

—Llegará el día —prosiguió— en que el que llaman el Hijo del Hombre volverá para destruir lo que nosotros habremos construido con nuestro esfuerzo y sembrar el odio a lo que hemos sembrado. Llegará Aquel que dice traer la justicia y la vida, llegará la lucha y ejércitos de ángeles se enfrentarán para gloria de nuestro señor, y la victoria se la brindaremos a él, a aquel por cuya existencia vivimos las nuestras.

—¿Qué son todas estas pamplinas? —preguntó el capitán mientras oía el discurso de Ramón a través de un amplificador instalado en el centro de mando de operaciones donde allí seguía junto a Rodríguez y Antonio.

El emisor colocado en el lóbulo de la oreja derecha de Carmen funcionaba de manera espectacular. El sonido que llegaba era claro, sin interferencias, fruto del trabajo de una serie de filtros.

—Es el discurso seudomístico típico de todas estas sectas satánicas —contestó una voz en el fondo de la improvisada sala de mando, una voz que Antonio reconoció enseguida.

—Es le padre Lucas —presentó Antonio a los presentes. Todos le dieron la mano.

—Deben entender —prosiguió el sacerdote—, que todo movimiento satánico vive gracias y a través de la religión, cristiana esencialmente. Sin ella, el demonio no existe, recuerden que él mismo es la negación de Cristo, sin El no existe.

—¿Y todo esto que está diciendo sobre que va a venir alguien? —preguntó Rodríguez.

—Bueno, según entiendo, el oficiante no se pretende la encarnación del demonio sino solo su mensajero. Anuncia la llegada del demonio como algo inminente. Recuerda vagamente el anuncio de la llegada de Cristo en boca de San Juan el Bautista en el desierto de Judea. Por lo demás, anuncia algo que también está escrito en el Apocalipsis: el combate entre el bien y el mal y la victoria del mal que, claro está, es temporal.

—¿Pero porque resulta tan poco inteligible lo que dice?

—Hay momentos en que los evangelios también se muestran ininteligibles si no se está debidamente preparado. Pienso que lo que le

interesa es comunicar un mensaje que no es otro que decir que él mismo es importante y poderoso y deben alabarlo como él desea que lo hagan. Las distintas sectas que conocemos también exageran los tintes místicos en sus discursos y consiguen discípulos ya no porque entiendan el mensaje de esos discursos sino porque desean ser adeptos aun sin entender nada.

—¿La fe ciega?

—De algún modo, sí. La Iglesia asintió su poder, tiempo atrás, gracias a la ignorancia de sus fieles.

Mientras tanto, en el interior de la vieja fábrica de cemento, la ceremonia proseguía su curso. El oficiante acabó su discurso apocalíptico llamando a la siempre anhelada unidad de sus discípulos quienes escuchaban y meditaban cuanto oían. Carmen seguía postrada frente al altar, con el rostro blanco como obra del miedo que la iba invadiendo poco a poco. Y no era para menos.

La habían presentado como una astróloga esotérica de gran poder y talento. Una bruja, en el buen sentido de la palabra, que no ahorra esfuerzos en contactar con todas las fuerzas de la naturaleza, incluido el maligno. ¿Y si ahora le pedían alguna muestra de su obra?

Ramón dejó su lugar detrás del altar para colocarse delante de él y a tan solo a un metro de Carmen que permanecía arrodillada como sumisa, bajando aún más su rostro hasta que sus labios pudieron tocar el suelo. Inmóvil, mantuvo los ojos cerrados y sintió, por un momento, los latidos de su corazón como explosiones de metralla dentro de su abdomen.

Hubo un instante de silencio. Fue un momento breve pero que pareció eterno. Les pareció infinito a aquellos mismos que se encontraban escuchando, pero sin poder ver nada. Eran Antonio y sus demás compañeros que se miraron unos a otros asustados. Este silencio que duraba y duraba, cual una pesadilla que nadie podría detener. Y exhalaban un suspiro de satisfacción cuando volvieron a oír la voz sosegada de Ramón.

—Hermanos —dijo—, también es un día especial porque tenemos el honor de acoger en nuestro seno a una amiga de otro país que hallará refugio y amor entre nosotros. Debemos recibirla como nuestra amiga,

como algo de nosotros que debemos proteger por encima de todo. Os ruego le deis la bienvenida.

También Carmen soltó un suspiro de tranquilidad. Todo funcionaba como se había planeado. Podía permanecer relajada.

Ramón se sentó sobre el suelo cerca de ella. Adoptó la postura del loto, tan querida de los lamas. La observaba. Era un deleite que acometía con exagerado placer. Carmen se incorporó con el busto erguido y cruzó la mirada de Ramón.

—Y yo te pregunto Jezabel, ¿Qué deseas encontrar en nuestra comunidad?

La tensión a la que Carmen se había sentido sometida unos pocos momentos antes y que de repente desapareció, volvió a apoderarse de su ser. La misma tensión que Antonio y sus compañeros volvieron a sentir también pero que el padre Lucas percibía por encima de todos. El sacerdote era el único que entendía hasta qué punto era peligroso el giro que tomaban las circunstancias. No estaba seguro que Carmen estuviera preparada para enfrentarse a todo un adorador del demonio que además se sospechaba era un asesino.

Ramón la seguía observando con una leve sonrisa dibujada sobre los labios. No era una sonrisa de sarcasmo, era una sonrisa inocente como quien espera una respuesta a una pregunta. Pero la respuesta se hacía derogar. Los demás discípulos empezaron también a inquietarse porque nunca habían asistido a semejante reunión. Algo ocurría allí mismo que no era normal. Nunca se les había preguntado por sus deseos o ideas en público.

La situación creaba confusión en todo el mundo, en todo el mundo excepto en Ramón quien seguía esperando.

—Las respuestas a mis preguntas, eso es lo que estoy esperando de ti. Carmen había contestado.

La tensión pareció disminuir un poco dentro del mando de operaciones. Unos y otros se miraban. El capitán de la Guardia Civil volvió a realizar un chequeo de todos los hombres involucrados en la operación y de su grado de preparación. Todos estaban listos entonces les ordenó que permanecieran alerta. En cualquier momento les iba a dar la orden de ataque.

Sin embargo, el padre Lucas no se había relajado como los demás, sino todo lo contrario. Fue el único que entendió que Carmen iba a

intentar sonsacarle algo a Ramón y estimó que tenía tantas posibilidades como un kamikaze de seguir con vida después de estrellarse sobre la cubierta de un portaviones.

Sí, fue el único que entendió a la muchacha. Fue él quien, después de todo, mejor logró entender a Carmen y a su obsesión por detener al hombre con el que ahora conversaba.

—Imaginé que si venías a mí era porque ya habías decidido tu camino y tu futuro y solo esperabas de mí la confirmación de tu destino —contestó Ramón—. Pregunta entonces lo que quieres saber.

—¿Quién eres, maestro? —preguntó Carmen sin dudar.

—No soy el demonio, tampoco soy su hijo. Solo soy su enviado para preparar su venida. Soy el profeta de la corte de Lucifer con la misión de anunciar su poder y su destino dentro del orden cósmico.

—Sigue saciando mi sed maestro y explícame que destino es ese.

—Está escrito que le será dado poder a la bestia para gobernar sobre pueblos y naciones y que ese poder será infinito. Nada se hará, nadie existirá sino es a través de ella. Esa misma bestia es mi señor. Aquel al que venero, aquel cuya pronta venida anuncio.

—Pero también está escrito que ese poder le será arrebatado por el Hijo de Dios.

—Sí, lo está. Porque la bestia fue creada por Dios, Este tendrá poder sobre ella para arrebatarse su dominio y entregárselo a su hijo. Pero la bestia se rebelará e impondrá su deseo por encima de su destino. ¿Has quedado saciada de sabiduría?

—Sí.

—Bien, en este caso, procederemos a iniciarte en nuestra congregación, Jezabel. Acuéstate boca abajo con los brazos en cruz.

Carmen obedeció mientras Ramón se puso de pie y empezó a caminar en círculo alrededor de él. Mientras andaba, fue pronunciando palabras en un idioma que nadie, salvo él, podía entender y echando gotas de aceite alrededor de Carmen. De una forma inexplicable, estas gotas fueron cayendo de forma ordenada dibujando una estrella de cinco ramas. Cada trazo de la estrella era perfecto y por lo tanto imposible.

Ramón se detuvo colocándose cerca de los pies de Carmen mientras ella seguía en la misma posición ausente de algún modo a lo que iba pasando. Hubo un momento de silencio y luego, de forma incomprensible, el aceite derramado prendió fuego como simple fenómeno de combustión

espontánea y no inducida. Carmen se asustó, pero no se movió. Fueron unas llamas intensas pero breves. Desaparecieron y los trazos de la estrella aparecieron de un color rojo oscuro como la sangre.

Ramón se arrodilló y dejó el cuenco a un lado. A gatas se colocó cerca del trasero de Carmen tras haberle abierto las piernas que hasta ahora mantenía cerradas. Con gestos suaves, con la atención que presta un amante, levantó la túnica de Carmen desde sus pies hasta donde empezaba su trasero. Sus piernas aparecieron desnudas, bonitas pero frágiles. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras sentía el frío sobre sus piernas. El escalofrío murió en un leve espasmo que Ramón percibió. Sentado a su lado, éste observaba sus piernas con satisfacción. Pareció meditar unos segundos y, con la mano izquierda empezó a acariciarle los muslos en silencio.

Los muslos le parecieron firmes y suave su tacto. Disfrutaba con la caricia. Su mano fue subiendo alcanzando una de las nalgas y optó por retirar un poco más la túnica descubriendo un trasero blanco como inmaculado, y de perfecta forma redonda. Le pareció muy hermoso, y empezó a acariciarlo con dulzura, con ternura incluso. Ambas nalgas se relajaban bajo sus caricias.

Mientras tanto Carmen permanecía con los ojos cerrados preguntándose porque aquellas atenciones le producían tanto placer. Pero empezó a preocuparse cuando sintió que las caricias se centraban en el ano. Notó como un dedo dibujaba círculos alrededor como queriendo penetrarla.

No ofreció resistencia tal vez porque no sabía lo que iba a ocurrir, tal vez porque no podía hacer nada para evitarlo. Reprimió una reacción de violenta repulsión ahogándola junto a la impotencia que sentía. Supuso que nadie, dentro del centro de mando imaginaría lo que iba a hacerle, deseó que nadie lo supiera nunca.

La sensación del dedo tocándole el ano, intentando entrar desapareció. Pasaron dos segundos y percibió que Ramón se movía. Luego sintió algo húmedo sobre el ano, entonces entendió que era su lengua. Otra vez, sintió un raro placer a medio camino entre lo físico y lo emocional. No lograba entender si el placer le provenía del contacto físico o de ser sometida a una humillación tolerada. Pero sí le produjo asco sentir como la lengua intentaba entrarle en el ano. Quiso resistirse, pero se mantuvo calmada, resignada.

—La comunión del fuego con la carne es nuestro destino, Jezabel — dijo Ramón mientras con una mano hurgó dentro de su manto de seda negro. Logró extraer su miembro viril erguido. Untó su miembro con el mismo aceite que había en el cuenco logrando lubricarlo. Pareció que la poca luz que había allí se había concentrado en ese pene de exagerado tamaño. Parecía un cilindro de carne brillante.

Agarró su miembro con una de sus manos mientras con la otra abría camino en el ano de Carmen para forzar la penetración. El aceite sobre el pene ayudaría la sodomía que ahora iba a producirse.

Carmen sintió los dedos de Ramón apartarle las nalgas logrando agrandar el ano. Luego, notó la punta de un cuerpo duro aflorando su ano. Percibió el cambio, ya no eran los dedos ni la lengua quien pedía permiso para entrarle por el trasero, era un pene erguido, duro como una piedra.

Ramón se colocó encima de ella, de rodillas, con el miembro a punto de penetrarle el trasero. No quiso hacerle daño así que empujaba su miembro muy lentamente esperando que entrase parcialmente en ella. Pasado un minuto, alcanzó su objetivo. Su miembro había alcanzado el fondo.

Unas cuantas lágrimas brotaron de los ojos de Carmen mientras su violador se esforzaba en movimientos lentos dentro de su cuerpo. La penetración le dolía en extremo tanto por el tamaño de lo que le estaba entrando, como por el hecho de que era la primera vez que la estaban tomando por allí. Sintió auténtico asco. Pero fue una reacción que más que entristecerla o deprimirla, le dio mayores fuerzas y mayor convencimiento en su misión. Ahora deseaba con violenta firmeza cargarse al hijo de puta que la estaba dando por culo.

Los discípulos, silenciosos testigos de la violación, empezaron a mirarse unos a otros como buscando una explicación a algo que nunca habían visto. Era la primera vez que se llevaba a cabo un acto sexual en una de sus ceremonias. Y esto, Carmen no lo sabía. Por lo contrario, como el padre Lucas ya la había avisado que brujos y brujas solían terminar sus misas satánicas en orgía, Carmen se había preparado a algo similar, aunque siempre deseando que no se diera el caso. Tal vez si hubiera sabido que ella era la única discípula a quien se había infligido tal castigo, habría reaccionado de otra forma. Tal vez así habría entendido que ella no era como los demás, que a ella no se la estaba tratando como a los demás.

Y mientras la sodomía se estaba consumando, los policías que permanecían a la escucha no lograban oír nada. Revisaron los equipos temiendo que se hubiera producido un fallo técnico. Antonio, Rodríguez y el capitán se miraban sin pronunciar palabra. Buscaban una explicación a lo que ocurría.

—La está violando —les explicó el sacerdote. Se giraron hacia él, atónitos—. Sí, suele ocurrir.

—Cabrón —gritó Antonio—. Capitán, dé la orden de intervenir ya, coño.

—No puedo —le contestó el capitán—. No tengo la certeza de que se esté llevando a cabo una violación allí y si ésta no es consentida. No estamos oyendo nada. No sabemos nada. Por Dios, tranquilícese.

—¿Que me tranquilice? —siguió gritando Antonio ahora fuera de sí—. ¿Ella sigue allí con un hijo de puta que se la está follando y no va a hacer nada? ¿Le faltan cojones guardia civil de mierda?

—Modérate Antonio —intervino Rodríguez.

—Mire inspector —le explicó el oficial de la benemérita—. No soy yo quien se ha encariñado con ella. Si se la está tirando es su problema, pero ¡no me joda!

Pero Antonio al echarse sobre él no le dejó acabar de hablar. Dos policías que presenciaban la escena agarraron a Antonio y le pegaron un par de golpes en el estómago que le dejaron fuera de combate durante unos segundos, tiempo que necesitó el capitán para erguirse de nuevo.

—¡Basta ya! —gritó Rodríguez—. Si no te estás quieto Tonio, te echo de aquí, ¿está claro? No vamos a lanzar ningún ataque si no tenemos garantías de éxito. Piensa que podemos poner su vida en peligro.

Antonio no estaba del todo convencido, pero no dijo nada. Seguía furioso, pero optó por controlar su genio antes de arriesgarse y luego arrepentirse de sus actos.

Ramón dejó de balancearse sobre el trasero de Carmen y ahogó un grito de placer mientras alcanzaba el orgasmo. Entonces Carmen dedujo que le había depositado su semen en el fondo de su trasero. La sensación de terminar de esta forma le produjo aún más asco que el acto en sí. Algo suyo bañaba dentro de ella. Sintió una violenta necesidad de correr al

cuarto de baño a expulsar como fuera lo que guardaba en ella. Pero no se atrevió a moverse. Aún permanecía boca abajo con lágrimas en los ojos, nalgas y piernas separadas, y el trasero aliviado una vez cesó el dolor físico de la penetración.

Mientras tanto Ramón se retiró escondiendo su apéndice en sus ropas y, tras propinarle un par de azotes cariñosos a las nalgas que había forzado se volvió a colocar de rodillas contemplando el cuerpo que había violado. Se sentía complacido por el placer que la sodomía le había producido. No imaginaba que Carmen la fuese a aceptar con tanta sumisión y le dejase penetrarla con tanta libertad. Esperaba un poco de resistencia. De cualquier modo, se sentía satisfecho, y contemplaba ahora ese espléndido trasero, el leve escozor del ano, las nalgas que recuperaban la forma original. Ahora que lo había visitado por dentro, el trasero le parecía perfecto tanto para deleite de la mirada como por lo estrecho, calentito y limpio que se lo había encontrada mientras lo penetraba. Fuera y dentro, este culo merecía ser alabado, pensó.

—¿Porque me persigues? —preguntó Ramón acabada la contemplación.

Carmen no podía hablar. El llanto la había mojado toda la cara y las lágrimas se paseaban libremente por sus labios. Siguió en la misma posición de antes, boca abajo, los brazos en cruz y las piernas separadas. Recuperó el tacto de sus nalgas, la sensación de que cobraban vida de nuevo. Deseaba acariciarlas para aliviar el dolor que sentía en el ano. Pero se retuvo. Humillada como estaba, no quiso mostrar el daño que sentía.

—Sé quién eres —prosiguió Ramón—. ¿No te diste cuenta entonces en Florida que nada podías hacerme?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Carmen cuando entendió que sabía quién era en verdad. Tuvo pánico porque pensó que iba a morir como las prostitutas que había asesinado. Se incorporó y se mantuvo en posición defensiva frente a él al tiempo que los demás discípulos también se habían puesto en pie detrás de su maestro. Todos estaban en pie de guerra. Todos menos Ramón. Él seguía igual, con una leve sonrisa sobre la cara. Sus ojos brillaban clavados sobre los de Carmen.

—No lo entiendes Carmen —dijo produciendo un sobresalto en ella cuando oyó su nombre—. No es mi misión ni tengo el tiempo para ir matando pobres desgraciadas que venden sus cuerpos. Ellas también

entraran en el mundo que he venido a anunciar. ¿Porque las mataría entonces?

—Porque eres un monstruo —gritó Carmen.

—¿De eso estas convencida? —le gritó casi escupiéndole la pregunta —. ¿De verdad crees que echaría a perder mi misión permitiéndome esos deslices?

—¡Hijo de puta!

Carmen se echó sobre él con toda la fuerza y la violencia de que era capaz. Evitando la embestida, Ramón se alzó y la detuvo sujetándole los puños. Mientras guardaba la calma, ella parecía furiosa. Intento deshacerse de él sacudiéndose y propinándole patadas.

—¡Asesino!

Entonces Ramón acercó sus labios a su oreja, la besó y le mordió el lóbulo, allí mismo donde el micrófono permanecía mudo dando testimonio de cuanto oía.

—Escúchame Carmen. Escúchenme todos —añadió dirigiéndose al micrófono—, ahora mismo desapareceré de sus vidas como tantas otras veces hice. Es inútil perseguirme.

Le pegó un mordisco al micrófono dejándolo inservible. Soltó a Carmen quien cayó al suelo, impotente y gimiendo de dolor. La contempló con asco. Y se marchó.

Hizo un par de pasos y se detuvo. Entonces se giró hacia ella.

—Entiendo cuanta furia tienes hacia mí. Pero estas equivocada. Mil veces habría podido matarte. Pero no me interesas.

—¡Asesino! —le contestó en un llanto.

—No Carmen. No soy yo quién buscas, sino otro. A este otro le conoces desde hace tanto tiempo que esta ceguera te impide verle como el auténtico asesino.

El mando de operaciones se había convertido en un lugar de crisis donde la tensión era algo más que visible, como una nube de pesado gas que envolvía los presentes. El capitán parecía inmóvil, como carente de reacciones. Sin duda, los acontecimientos le habían tomado desprevenido, como a los demás.

—Ordene ya la intervención —le gritó Rodríguez.

—Sí, sí —contestó dubitativo. Cogió el micrófono que tenía colgando de una oreja a pocos centímetros de la boca y, con la velocidad de un rayo

que parte un árbol en dos, ladró órdenes a sus hombres—. Unidad electrónica, proceded a las distorsiones radio. Unidades de asalto uno, dos y tres, eliminad vuestros objetivos. Responded en cuanto lo hayáis conseguido. Venga chicos, operación en marcha.

El tirador de elite, que se encontraba escondido detrás de una tapia, logró abatir de un tiro uno de los centinelas. El sonido de la detonación pareció un silbido. Mientras tanto, los otros dos grupos se echaron sobre los otros hombres reduciéndoles con la ayuda de cuchillos de caza. En dos segundos, los tres vigías habían muerto y los soldados tomado sus puestos.

El mando recibió confirmación de sus posiciones y la segunda fase se puso en marcha. La furgoneta se dispuso a partir en cuanto recibiera la orden. La unidad de escuchas procedió a emitir interferencias en la banda de transmisión que los vigías usaban con los walkies. Y se produjo el resultado que todos esperaban, el cuarto vigilante salió de la fábrica para averiguar el origen del mal funcionamiento de su aparato. Cayó abatido por otro tiro y su cuerpo no llegó a tocar el suelo porque los militares, con gestos hábiles y extremadamente rápidos, le habían tomado en brazos amortiguando la caída. La furgoneta recorrió los pocos metros que la separaban de la fábrica y se detuvo frente a la puerta principal. Los soldados que estaban dentro bajaron aprisa y entraron en el edificio. Allí se encontraron con otros vigilantes. Pequeño incidente que rápidamente subsanaron. También los abatieron y el repetitivo ruido de las armas automáticas sembró el pánico entre los discípulos.

La sorpresa entre las personas que allí se habían reunido duró un segundo. Todos los rostros se volvieron hacia la entrada por la que dos guardias civiles asomaban sigilosamente sus armas. Hubo pánico. Algunos gritaron, otros se acostaron boca abajo estirando las manos mostrando rendición y sumisión, otros se alzaron e intentaron huir.

Al momento, los guardias ya estaban dentro del edificio observando con tensión cuanto sucedía en el interior. Ya eran seis y entraban ocupando posiciones, protegiéndose y apuntando con sus armas a los discípulos. Todo sucedía con velocidad. Vieron como unos se rendían, como otros intentaban huir. Vieron a Carmen acostada en el suelo, inmóvil. Y creyeron ver un arma apuntándole. No les dio tiempo a pensar en otra reacción que no fuera la defensiva. Dispararon abatiendo a varios discípulos.

El pánico fue entonces mayor, los que permanecían acostados también se alzaron buscando huir convencidos de que iban a ser ejecutados. Carmen se incorporó y, a gatas, procuró esconderse y ponerse a salvo de los tiros.

Las armas seguían disparando y los cuerpos caían arrojando manchas de sangre de un color rojo intenso que pintaban el suelo. El olor se volvió fuerte y junto al ruido de los disparos, produjo mayor pánico en los pocos discípulos que permanecían en vida desesperados por huir.

Algunos, muy pocos, lograron su objetivo y salieron corriendo de la fábrica. Huida inútil porque no lograban alcanzar los cien metros sin ser detenidos por los militares que les esperaban. Pero esos lograron salvar la vida.

Los cargadores de las armas se habían vaciado y una tras otra se fueron silenciando. Los guardias se relajaron, y observaron la matanza que habían producido. Hubo un general sentimiento de culpa, pero también la general convicción de haber cumplido con el deber. Ambos sentimientos se mezclaban produciendo la sensación en cada uno de los guardias de que la masacre era inevitable.

El hombre que estaba al mando, recorrió el lugar con la mirada y observó que dominaban la situación. Entonces cogió su radio y pulsó el botón de comunicación.

—Ya estamos dentro, capitán.

—¿Han encontrado a la chica?

—Afirmativo. Está algo asustada pero bastante bien.

—¿Y el demonio?

—¿El cubano? No lo sé, espere —miró a sus hombres cada uno de los cuales le contestaba con gesto negativo—. Parece que no está.

—¿Qué? Asegúrese teniente. ¿Seguro que no está?

—Afirmativo, capitán, el cubano ha volado.

—Mierda —suspiró el capitán.

El cerco alrededor de la zona industrial se reforzó de inmediato. Un total de cien agentes de policías armados empezaron a recorrer toda la zona buscando donde se escondía Ramón. Entraban en todos los edificios y llamaban a todas las puertas convencidos de que aún seguía por los

parajes. Del mismo modo, todos los accesos cortados con controles policiales también fueron reforzados.

Todas las personas, vecinas de la zona y extrañas, se preguntaban qué pasaba. Algunas incluso llegaron a pedir información a los agentes quienes no sabían qué contestar. No tenían órdenes para ello y se escondían entonces tras el hermetismo típico de las operaciones policiales de gran envergadura. Y entonces los ciudadanos curiosos se marchaban convencidos de que se estaba desarrollando una operación antiterrorista. Seguramente habían descubierto el escondrijo del comando Madrid que la banda ETA tenía en la capital y a la que se había responsabilizado de los últimos asesinatos en la ciudad.

Con toda esta operación y los rumores que empezaban a circular, no debería extrañarse nadie que algunos periodistas llegaran a toda prisa para recabar información y publicar la noticia del día. El capitán de la Guardia Civil y Rodríguez no querían ni imaginarse las consecuencias si algún reportero llegara a acercarse.

Era solo cuestión de tiempo. Había que acabar con todo esto enseguida.

Entonces uno de los policías informó que había visto movimiento dentro de un coche deportivo aparcado a cien metros de la fábrica de cemento. Le ordenaron que se acercara e investigara. Y obedeció.

El agente se aproximó al coche con cautela y escondiéndose para no ser visto. Estaba asustado, algo normal en un policía inexperto como él que llevaba unos pocos meses en activo y ésta era su primera operación en la calle. Sentía un sudor frío recorrerle la frente al tiempo que le era imposible controlar los latidos del corazón. Pensó que latía a más de doscientas pulsaciones por minuto y se preguntó cuánto tiempo podría seguir aguantando este ritmo.

Le quedaban aun pocos metros hasta alcanzar el coche y fue entonces cuando echó de menos no tener cerca de él a su compañero. Se habría sentido más tranquilo, pero éste, ahora lo recordaba, estaba investigando los sótanos de una casa cercana. No había tiempo para pedirle que viniera a cubrirle. Debía bastarse solo.

Ya estaba tocando el coche, un Ford deportivo de un color a medias entre el azul marino y el negro. Seguía de cuclillas para que nadie le viera. Sujetó bien su arma con las dos manos antes de asomarse por la ventanilla para ver si acertó en sus sospechas. Respiró hondamente y se irguió y

apuntó con su pistola al puesto del conductor donde efectivamente había alguien.

Todo ocurrió demasiado deprisa. El conductor encendió el motor, aceleró y puso la primera marcha obligando al coche a derrapar en una nube de humo. El policía apenas pudo reaccionar, pero lo hizo, aunque un poco tarde: le disparó al coche.

Ya había desaparecido por el fondo de la calle cuando el agente empezó a sentirse un poco inútil. Informó de lo que había sucedido. Ahora todos sabían que Ramón estaba conduciendo un Ford oscuro. Pero, otra vez, faltó tiempo para transmitir la noticia a todos los involucrados en la operación.

Uno de ellos, una pareja de la policía nacional que había colocado su coche para tapar el acceso entre la avenida principal de Fuencarral y la desviación a la zona industrial, se enteró de la novedad antes de oírla por la radio. Y eso ocurrió cuando vieron un coche deportivo precipitarse sobre ellos. Sólo pudieron echarse a ambos lados de la calle para que no les arrollara. El vehículo asaltante embistió contra el coche policial dejándolo hecho añicos y luego se dio a la fuga dirección al centro de la ciudad.

Los dos policías no pudieron reaccionar. Todo fue cuestión de unos pocos segundos. Luego informaron al puesto de mando.

Sin embargo, y porque podía tratarse de un engaño, el rastreo no se suspendió. Sí, en cambio, se transmitió una orden de busca y captura a todas las patrullas de la policía nacional y municipal que estaban operando en Madrid. Se les pedía que detuvieran un Ford deportivo de color oscuro y matrícula desconocida. ¡Nada más fácil, claro!

Antonio no lo pensó un segundo y montó en su coche que también era un deportivo con mayores prestaciones que el que suponía estaba conduciendo Ramón. Llevaba algo de retraso, pero eso no le importaba, tenía experiencia en persecuciones y confiaba en alcanzarle.

Se lanzó rumbo al corazón de Madrid conectando su radio para permanecer a la escucha de cualquier novedad. También colocó sobre el techo de su coche la pequeña lámpara de luz azul giratoria, pero evitó conectar la sirena, era tarde y no quería despertar a nadie.

Pero todo fue inútil. La noche tocaba a su fin y no se había conseguido atrapar al fugitivo, ni siquiera pudieron acercarse a él. Ahora, era como si se hubiera esfumado. Un fantasma en la noche, algo muy común en una ciudad de cinco millones de habitantes.

Antonio estaba cansado. Eran ya cerca de las cinco y notaba que el sueño le estaba invadiendo. Seguía al volante pendiente de la radio cuyos mensajes ahora sólo se referían a enfrentamientos callejeros, altercados y robos, nada que le recordara su misión. Se sentía frustrado. La operación fue planeada minuciosamente, pero había resultado ser un fracaso. ¿Por qué? No lo sabía.

Cuando oyó que las demás unidades abandonaban la persecución, entendió que todo se había acabado, pero estaba demasiado fatigado para reflexionar sobre las consecuencias de todo ello. Por de pronto, sólo se le ocurrió pensar que estaba echando un mes de trabajo por la borda, como si nada. Pensó también que seguía con un cadáver en los brazos sin identificar a su asesino. Todo el mundo apuntaba a que era el fugitivo que había estado persiguiendo durante la noche. Todo el mundo quería que fuera de ese modo, aunque él, en su interior, sabía que no lo era.

De cualquier modo, seguía con la chica en la mente. ¿Su nombre? ¡Dios! ¿Cómo se llamaba? Ya no lo recordaba, sin duda era el cansancio. Era hora de volver a casa. Lo comunicó por radio y luego se dirigió hacia el norte de la ciudad.

Apagó la radio de la policía y condujo con tranquilidad consciente de que era la hora en que más accidentes había.

¿Existen los milagros?

Según se detenía en un semáforo que estaba pasando al rojo, se arrimó al volante intentando ver desde allí el color del semáforo para arrancar nada más pasase al verde. Y fue entonces, convencido de que los milagros no existen, que cambió de opinión. Observó cruzar delante de él un Ford deportivo que, a la luz de las farolas, parecía de color azul marino metalizado. Podía ser el que buscaba, ¿no?

Arrancó aun cuando el semáforo seguía con el mismo color rojo, y cruzó la calle procurando no alterar la escasa circulación que allí había.

Giró a la izquierda siguiendo al Ford. ¿Era una ilusión? Podía ser.

Se le acercó sin mostrar una conducción agresiva, como el que tranquilamente regresa a casa. Llegando a una plaza donde una fuente decorativa chorreaba agua, alcanzó el Ford y se colocó a su izquierda convencido que lograría ver una pareja de enamorados, un anciano con cara de pocos amigos, una mujer atractiva... Cualquiera cosa menos a Ramón. Pero los milagros existen.

El coche lo conducía Ramón. Antonio lo reconoció con dificultad. Incluso no estaba seguro del todo. Éste iba acompañado de otro hombre cuyo rostro no logró ver, aún menos identificar. Seguramente sería otro discípulo que logró evadirse de la redada. Tenía aún una leve duda, pero ésta se esfumó cuando Ramón, girando la mirada hacia él, entendió lo que sucedía. Su reacción fue inmediata confirmando sus sospechas: aceleró de golpe maniobrando hacia la izquierda para cortar el paso.

No sabía a qué santo dedicarle una misa. Frenó violentamente para evitar un accidente con el Ford, movimiento instintivo del que luego se arrepintió. El Ford estaba ya a cien metros corriendo calle arriba. Aceleró y se colocó bien cómodo en el sillón.

De repente el Ford pareció frenar en seco y derrapar debiéndose al cambio de dirección que tomaba. ¿Izquierda, derecha? Dio media vuelta acelerando y se colocó en el sentido contrario pasando a escasos dos metros de Antonio. Éste frenó también produciendo una sorpresa en el vehículo que tenía detrás. El conductor logró esquivarle con tan poco tiempo que no tuvo tiempo ni de protestar.

El Ford volvía a cambiar de dirección y subía por la derecha.

—¡Cómo conduce el hijo de puta! —gritó Antonio.

Pensó en usar la radio para avisar a sus compañeros. Pero la radio estaba apagada y llevaba las dos manos pegadas al volante circulando con velocidades puntas de 100 a 120 kilómetros por hora. Poca velocidad podría pensarse, pero en las calles estrechas del centro de Madrid, girando a izquierda y derecha, acelerando con violencia y frenando con la misma violencia, estas velocidades podían ser mortales.

El Ford se había saltado ya dos semáforos en rojo produciendo que en el primero de ellos un coche que giraba en sentido contrario debiera detenerse con tal brusquedad que el que le seguía no pudo evitar embestirle. Cuando Antonio los alcanzó, el conductor del primer vehículo

se había apeado y, lamentándose, se dirigía a observar los daños que el accidente le habían producido en la parte trasera.

Optó por manejar el volante con una sola mano mientras con la otra, y a ciegas, buscaba los mandos de la radio.

—¡Joder! —exclamó mientras fallaba en sus intentos.

Apartó por un segundo la mirada de la calle para dirigirla al aparato de radio cuando sintió un golpe en lado izquierdo del coche. Observando por el retrovisor, vio como un cubo de basura volaba por los aires esparciendo su contenido por la calle. Suspiró y se alegró de que sólo fuera eso.

Una pareja de chicos jóvenes cruzaba tranquilamente por el paso de peatones cogidos, más bien agarrados, de la mano lanzándose tiernas miradas de amor. Un Ford salió de la oscuridad de la calle sobre ellos y el golpe fue leve. Los dos chicos cayeron al suelo, pero solo tuvieron leves roces. Mayor fue el susto que el daño. A los tres segundos observaron otro coche a idéntica velocidad persiguiendo el primero.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—Parece una película, ¿no? —observó su novio.

Antonio se felicitó. La radio estaba encendida, el mando bien colocado en su mano. Sólo le faltaba averiguar dónde estaba y hacía dónde iba. En un segundo lo supo y lanzó un aviso de emergencia que la central recibió. Inmediatamente todas las unidades de policía de Madrid estaban alertadas.

Desde la central se organizó un dispositivo de bloqueo de las calles por donde el Ford parecía ir con el objetivo de cortarle el paso.

No pasaron ni cinco minutos, otros dos cubos de basura arrojados al medio de la calle, otros cinco coches, testigos de la persecución, accidentados. Un hombre que paseaba su perro arrollado y expulsado a un charco de agua sucia. Nada grave por lo menos.

El Ford alcanzó uno de los controles de policía. Los vehículos allí detenidos estaban cerrándole el paso. Prefirió cambiar de ruta imaginado que embestirlos tendría graves consecuencias. Optó por un callejón vacío y oscuro. Callejeó, cambió de dirección varias veces y observó como el coche que le perseguía le había al fin perdido. Ramón se alegró. Pero se encontraba en un callejón sin salida y no podía retroceder. Giró la mirada hacia su compañero.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

—Nos bajamos, tú vete. Yo espero al policía y me encargo de él.

El plan pareció gustarle a Ramón. Se despidió y echó a correr desapareciendo por uno de los portales.

Mientras tanto Antonio juraba los mil demonios subiendo por una de las calles, una de las tantas por las que debería pasar. Observó un coche con las puertas abiertas y las luces encendidas. Estaba mal aparcado en medio de una calle vecina como si su ocupante lo hubiera abandonado presa del pánico. Se detuvo., bajó del coche y comprobó que se trataba del deportivo que había estado persiguiendo.

Dudó un momento si llamar a sus compañeros para pedir refuerzos, pero luego pensó que tardarían en llegar, y precisamente, tiempo, intuyó, no le sobraba. Así que extrajo la pistola de su guarida y la armó. Se acercó del coche y vio que no había nadie en él. Miró alrededor, tampoco había nadie.

Bajó el arma. Oyó un ruido detrás de él y se giró rápidamente alzando de nuevo su brazo armado para identificar su procedencia. Vio un hombre, una silueta y un rostro que podían serle familiares. Pero no le reconoció, el hombre en cambio sí le había identificado y echó a correr hacía el fondo de la calle.

Antonio no logró ni gritarle el alto. Bajó el arma y se echó a correr tras él. Vio que entraba por un portal, la puerta permaneció abierta y también entró. Pero inmediatamente se detuvo. Todo estaba oscuro. Se protegió detrás del muro observando como unas escaleras en mal estado parecían llevarle a algún sitio. No sabía dónde, pero ésta era la única vía que había tomado el hombre que perseguía. No oyó nada. No vio nada. Apuntó con el arma hacía las escaleras y empezó a subir lentamente por ellas.

Oyó como una puerta chirriaba. El ruido le produjo un escalofrío. Entonces pensó que le llevaba distancia y empezó a correr subiendo las escaleras. Era tal la oscuridad que casi tropieza dándose de bruces con el suelo. Pero logró rectificar y continuó escaleras arriba alcanzando la puerta cuyo ruido al cerrarse había oído. Inspiró aire, la abrió de golpe y se colocó a un lado. Vio que tras ella se encontraba en la azotea del edificio. Pero no vio más.

Cruzó el umbral de la puerta y pudo ver la forma de una chimenea, el tendido de la ropa al fondo y dos antenas de televisión. Pero no vio ninguna forma animada. Giró la vista en todas direcciones. Incluso miró detrás de él, si por las escaleras por donde subió había alguien. Parecía

estar solo. Estaba asustado. Intuyó que no estaba a salvo. Imaginó que le estaban observando.

Avanzó unos pasos hacia la escalera cuando el ruido del revoloteo de un pájaro que allí mismo había anidado le produjo tal sorpresa que poco le faltó para dispararle. El pájaro, disturbado en su intimidad, echó a volar volviendo a dejarle solo.

Antonio sonrió. Sentía su corazón latiendo con fuerza. Sentía el sudor invadirle la nuca, la frente y las manos que sostenían la pistola. Y se relajó un segundo. Casi daba por pérdida la persecución y no sabía si alegrarse porque de esa forma evitaba que le tirotearan.

Volvió a girar la vista hacia la izquierda y vio una forma humana detrás de la chimenea. Estaba oscuro, pero la vio entonces le apuntó y le gritó que saliera. La forma se irguió y salió del escondite. Se acercó hacia la luz siguiendo las órdenes que le iba gritando mientras le apuntaba con el arma. Ya, bajo la luz, la forma se transformó en un hombre, pero no era Ramón. Y sin embargo le era muy familiar. Aquel hombre, manos en alto, le miraba y le sonreía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Antonio bajando el arma.

Como respuesta recibió un disparo en el pecho y se encontró tendido en el suelo. Aquel hombre que había reconocido, aquél hombre cuya presencia no esperaba allí mismo, y aún menos relacionaba directamente con Ramón. Aquél hombre que había sido compañero suyo durante unos días, le había sonreído con los brazos en alto. Le había inspirado confianza, sorpresa también, pero confianza, al fin y al cabo. Y, aprovechándose de ello, aquel hombre había bajado lentamente las manos y las había colocado sobre su cintura. Antonio no pudo ver como su mano derecha giraba en torno a su cintura rescatando la pistola escondida sobre el trasero. Aquel hombre desenfundó, apuntó y disparó en poco menos de un segundo.

Y ahora Antonio estaba en el suelo, mientras el otro corría escaleras abajo desapareciendo del lugar, dejándole solo allí con una herida en el abdomen, hueco que la sangre aprovechaba para escapar al vacío de la calle, tal vez al vacío de la muerte.

Solo oyó los chirridos de unos neumáticos, el ruido que procede de un coche que arranca y se va. No oyó nada más. Cerró los ojos y esperó mientras se desangraba. Notaba una mancha húmeda y caliente recorrerle el abdomen y una quemadura dolerle cada vez que su corazón latía.

De repente se sentía sin fuerzas como si la vida le estuviera dejando allí, tirado en medio de la calle. Su vista empezó a nublarse pese a que seguía manteniendo los ojos abiertos, incapaz de cerrarlos. Su incomunicación con el mundo que le rodeaba llegó cuando dejó de oír el ruido de los pocos coches que pasaban a gran velocidad sin percatarse de que había un hombre herido cerca de donde circulaban.

Y la herida dejó de hacerle daño cuando su mente empezaba a perderse en sus pensamientos y en sus sentimientos. Parecía estar recorriendo un viaje cuyas etapas no conseguía controlar. Su mente vivía su vida fuera de su cuerpo, fuera de él y entonces entendió que se estaba muriendo y sintió una enorme paz interior apoderarse de su espíritu. Entonces tuvo curiosidad por ir más allá y recorrer el camino que le separaba de la vida, la vida después de la muerte. Ahora creía, más bien veía que había algo más...

Hubo una serie de imágenes que le llegaron a la mente como provenientes de su subconsciente. Algunas le eran familiares, otras no. Comprendió que se trataban de recuerdos, momentos vividos que ya había olvidado y ahora le aparecían como una serie de fotografías tomadas a lo largo de su vida. Pero le resultó extraño no reconocer algunas. Le chocó ver un laboratorio, era una imagen oscura, gris y siniestra en la que había un hombre vestido con las ropas de un médico que se acercaba para mirarle los ojos mientras otro tomaba notas. Se miraron y nada más. También revivió el momento en el que le llevaron al asilo tras la muerte de sus padres. Pero no vio nada de ellos, ¿dónde estaban sus padres? En el estado en el que estaba no pudo seguir pensando, ya no importaba. Y cuando parecía que su viaje tocaba a su fin vio algo más, un hombre clavarle un puñal de caza a una chica joven, reconoció su rostro, lo había visto en el depósito de cadáveres del Instituto Anatómico Forense, era la muerte que había estado investigando. Vio un chorro de sangre salir de su cuello cuando el hombre la estaba degollando como a un cerdo, y luego también vio como la estaba mutilando.

Y reconoció a aquel hombre, su rostro le era familiar, demasiado familiar. No pudo creerlo, pero entendía que era la verdad. No lo estaba imaginado, sino que lo estaba viviendo. No era su mente, divagando por culpa de la herida, sino una transmisión paranormal que solo los muertos pueden explicar. Le produjo asco, tal repulsión que su cuerpo se contrajo

en una última convulsión, expulsando sangre por la boca y por las fosas nasales.

—¡Maldita sea!

Rodríguez se perdía en insultos y arrepentimientos. Estaba recorriendo en círculo una de las pequeñas salas de espera que había en el hospital deseando oír su nombre por el sistema de megafonía. Todavía nada.

—De verdad que es mala pata —dijo dirigiéndose al oficial de la Guardia Civil pocas horas antes su compañero de misión—, justo cuando decidimos dar por cerrada la misión, parece que Antonio se encontró con Ramón y mira lo que le ha hecho.

—Sí que es frustrante —reconoció el militar—. Le hemos estado buscando durante cuatro horas por todo Madrid y nada.

Los altavoces seguían apagados y cuando algo decían sólo era para llamar a los parientes de algún otro paciente también internado en la Unidad de Cuidados Intensivos.

—¿Cuánto tiempo llevan allí? —preguntó Rodríguez consultando su reloj—. Vaya solo una hora. No sé cuánto más les queda.

—Pareces destrozado. ¿Porque no te vas a dormir, ya nada puedes hacer aquí? —le increpó el guardia civil.

—No puedo, me siento un poco responsable de todo esto. Ve tú. Al fin y al cabo, ya todo está acabado.

—Sí, bueno. Tienes razón. Me voy.

El capitán se despidió. No parecía muy interesado por la recuperación de Antonio, no era uno de sus hombres y seguro que lo consideraba un accidente, un horrible accidente. No tenía importancia. Para él, era más importante encontrar excusas para explicar el fracaso a sus superiores. Luego, pensó que siempre le podría echar la culpa a los ineptos de la policía. A fin de cuentas, la operación era de ellos. Llamó al ascensor y esperó.

Cuando las puertas se abrieron reconoció a la chica que habían usado de cebo. Pero estaba demasiado cansado así que fingió no reconocerla. A ella tampoco le preocupaba. Así que se marchó, así, sin más.

Carmen salió corriendo del ascensor y casi tropieza con un guardia civil cuyo rostro le resultaba familiar. Luego lo recordó, era el oficial al

mando de la operación. Lo había conocido en los preparativos. Él, en cambio, pareció no reconocerla. No importaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Rodríguez cuando le hubo alcanzado.

—Parece que Antonio le ha visto —le contestó—. Le disparó y ahora le están operando.

—¿Es grave?

—No lo sé. Nadie nos ha dicho nada aún. Tampoco es que lleve yo mucho tiempo aquí. Pero bueno, creo que hay que resignarse. Y tú, ¿estás mejor ahora?

—Sí, creo que lo he superado.

—No te cabe más remedio. Si te sirve de consuelo, todos hemos sufrido humillaciones en este trabajo.

—¿A usted también lo han dado sodomizado en público, comisario? —preguntó con tono insolente.

—Sólo una vez al año, cuando relleno el impuesto de la renta, pero no lo hacen en público, gracias a Dios —bromeó queriendo restarle hierro al fuego.

En este momento de tan sutil e interesante conversación se acercó un médico preguntando por los familiares de Antonio. No había ninguno y Rodríguez se presentó como un compañero suyo.

—¿Cómo está doctor? —preguntó Carmen impaciente.

—Le hemos extraído ya la bala. Juraría que ha tenido una suerte del demonio —añadió con un suspiro—. Verán, la bala se alojó por debajo de una costilla a un centímetro escaso del corazón. Le ha perforado parte del pulmón izquierdo que hemos reconstruido, pero nada más y todo por un centímetro. Vamos, un poco más arriba y ahora mismo estaban firmando la autopsia.

El cinismo del médico le produjo un escalofrío a Carmen. Pero era verdad, Antonio había escapado a la muerte como quien sale bajo la lluvia y no se moja.

—¿Se salvará?

—Bueno, la verdad es que sigue en coma. Pienso que sí, que saldrá de esta pero no lo puedo jurar. Creo que dependerá un poco de como pase las próximas veinticuatro horas.

—¿Cuándo saldrá del coma?

—Pues verán, esto no lo podemos pronosticar. Seguramente sea solo cuestión de un par de días. A lo sumo una semana, pero no más. No se

trata de coma irreversible. Bueno, si este estado llegara a prolongarse, tendría que hablar con algún familiar del paciente.

—¿Por qué?

—Verán, el coma se debe a una desconexión entre dos áreas fundamentales del cerebro: el tálamo que recibe las sensaciones del resto del cuerpo, y la corteza cerebral que interpreta esas mismas sensaciones. Creo que el paciente sufrió un golpe en la cabeza seguramente al caerse tras el disparo y fue eso lo que le produjo este estado. Si quieren, muchos neurocirujanos consideran que las personas en coma, al encontrarse totalmente aisladas del mundo exterior, se encuentran en una etapa de muerte no física. Y es entonces cuando se plantea el tema del...

El médico se reprimió como si fuera a abordar un tema escabroso. No solía hablar con tanta desenvoltura ante los familiares de sus pacientes. Pero estas dos personas que tenía enfrente no eran familiares, ni siquiera amigos, a lo sumo compañeros que vivían de forma fría esos momentos fatídicos. Se equivocaba.

—Nos está hablando de la eutanasia —añadió Carmen que entendía qué estaba sugiriendo el facultativo.

—Pues de algún modo sí. Es lo que les estaba contando. El paciente no percibe ni el tacto, ni la vista, ni el oído, ninguno de sus sentidos, aunque fisiológicamente funcionen, producen reacciones en el sujeto. Es más, incluso no consigue soñar porque eso también necesita integridad entre tálamo y corteza.

—¡Pero hay gente que ha despertado de un coma profundo!

—Sí claro, y son tantas que salen en los periódicos. Todos hemos visto el caso de un hombre que tras once años de coma se despertó pronunciando los nombres de quienes le habían agredido y producido el coma u otro, hace poco, de un joven del que se sospechaba había sufrido un accidente y estuvo en coma durante dos años hasta que descubrieron que movía el dedo meñique. Le conectaron un ordenador y con ese dedo meñique denunció que había sido atacado. Sin embargo, les puedo asegurar que cuando una persona se encuentra en estado vegetal raras veces sale de él.

—¡Pero sí que ocurre!

—Claro, es la esperanza a la que suelen agarrarse los familiares. Tal vez exista un proceso que hace que el cerebro reconstruya esa conexión

para permitir la conciencia. La ciencia no puede aún explicar esas curas milagrosas. ¿Pero de verdad creen que se puede vivir aislado del mundo?

Pasaron las horas y Carmen seguía allí. Rendida de cansancio se acostó en un sofá de la sala de espera durmiendo lo poco que pudo. Rodríguez prefirió volverse a casa desde la que, dijo, podría seguir en contacto. Y Antonio seguía conectado a varias máquinas que le mantenían con vida o lo que quedaba de él: un cuerpo y un cerebro sin actividad.

Era un sueño inestable, como si estuviera viviendo una pesadilla. La tensión acumulada se iba descargando poco a poco en sacudidas y convulsiones que la despertaban cada vez un poco más, pero sin impedir el descanso.

Las primeras luces del día surgieron en el cielo dejando atrás la noche cumpliendo con un rito ancestral. Antonio seguía en situación estable pero aún en coma. La brigada especial había recobrado su rutinaria actividad y todos parecieron olvidar que esa noche estuvieron dándole caza al demonio. Era evidente que necesitaban olvidarlo, olvidar la frustración del fracaso.

Una última convulsión y se despertó de repente al sentir que alguien se había sentado junto a ella. Se incorporó a desgana y se restregó los ojos con los puños luego sintió vergüenza por este gesto infantil. Abrió bien los ojos y reconoció a Luis, el compañero y amigo de Antonio. Lo vio preocupado y entonces entendió por qué, más bien recordó a qué se debía.

Luis se había levantado aquel día como todos los demás: maldiciendo el tener que ir a trabajar cuando mejor estaba en su cama. Desde niño había odiado madrugar, era algo que emanaba de la pereza más intrínseca y que ocultaba. Sin embargo, la noticia de que su amigo estaba en coma le había sacado de su rutina. Había dejado el trabajo para acudir al hospital a interesarse por él.

No sabía qué contarle. Sólo le pudo decir que parecía que se había salvado. Era un milagro porque le habían disparado a quemarropa. Y entonces le contó todo lo que había pasado esa noche. Estimó que no era un secreto, aunque evitó contarle la humillación que había padecido. Luis escuchaba con calma, con tensa calma, ahogando una ira interior, la ira que nacía de la frustración de saber que su mejor amigo permanecía tendido sobre una cama y no poder remediarlo. Debían esperar, añadió Carmen hastiada.

Los dos se pusieron de pie cuando Carmen reconoció al cirujano que había estado operando a Antonio y que venía a rendir visita a su paciente.

En aquel hospital, había una unidad especializada en heridas con armas de fuego. Al mando estaba todo un especialista en curar heridos de tiroteos, el tipo de médico muy útil para los policías. Era él quien estaba siguiendo de cerca la evolución de Antonio.

Carmen presentó a los dos hombres quienes se estrecharon la mano. Y los tres se dirigieron a la máquina de café. El médico no se había acostado aún, quería acabar su ronda de visitas antes de irse a casa. Introdujo varias monedas en la máquina mientras les preguntaba por el tipo de café que querían.

Tomaron un café amargo que sabía más a agua caliente que a café. Era horrible pero mejor que nada.

—He estado con su amigo hace unos pocos minutos.

Carmen y Luis le escuchaban angustiados, aunque notaron que el médico estaba relajado lo que podía entenderse como una buena noticia.

—... Y creo que está progresando adecuadamente —añadió complacido.

—¿Cuándo saldrá del coma? —preguntó Carmen.

—Pronto, aunque no puedo decirles cuando será. El caso es que deben mostrarse optimistas, no todo el mundo sobrevive a un balazo como el que ha tenido. —Bebió un sorbo de su café lo que dibujó una larga cara de disgusto en su rostro. —Este café es verdaderamente malo. Bien, me encantaría seguir charlando algo más con ustedes, pero tengo que seguir viendo un par de pacientes más antes de irme a dormir. Les confieso que estoy exhausto.

Se despidió con gesto cansado y se dirigió con andar lento hacia otra habitación del pasillo.

Carmen y Luis volvieron a sentarse.

—¿No trabajas hoy? —preguntó Carmen con el mismo interés que le habría preguntado por el color de su coche.

—No. No creo que me echen de menos. Prefiero seguir aquí. ¿Y tú? Imagino que ahora que todo esto se ha acabado, ahora volverás a tu casa, ¿no?

—Creo que sí. Pero no quiero dejar a Antonio así.

—Nada puedes hacer por él, ¿sabes?

—Ya, pero quiero irme sabiendo que está mejor.

—Ahora resulta que os habéis hecho algo más que buenos amigos — observó Luis con una sonrisa, la primera del día.

—No saques conclusiones precipitadas, sólo somos amigos, nada más.

—Claro, pero oye, que no importa.

—Venga, déjame en paz, ¿quieres?

Luis notó su enfado y se arrepintió. Quiso disculparse, aunque no supo cómo, sobre todo cuando vio que giraba la vista hacia otro lado como huyendo de él.

—Lo siento. Sólo estaba bromeando.

—Lo sé, no se trata de eso. Siento mucho aprecio por él y estoy preocupada. Además, ¿qué quieres? Me ronda el pensamiento egoísta de que hubiera podido tocarme a mí.

—¿Cuándo estaba celebrando la misa?

—Sí. Si me llega a descubrir, me hubiera liquidado allí mismo.

Carmen hundió su rostro entre sus manos más por cansancio que por otra cosa. Luis quiso reconfortarla, pero no se atrevió a abrazarla. Se sintió impotente.

—Aunque si —añadió Carmen— creo que me había descubierto.

—¿Por qué crees eso?

—No lo sé, es intuición. Era enigmático, todo lo que decía parecía hacerlo con doble sentido. Y... —No quiso continuar cuando estaba reviviendo la vejación a la que había sido sometida. Pensó oportuno preguntarle al comisario García, quien la había introducido en aquella diabólica hermandad y que había asistido a otros rituales, si era algo común que se sodomizara a los nuevos adeptos. Sólo así podría hallar respuesta a su pregunta.

Volvieron los recuerdos a su mente. Eran palabras sueltas, trozos de frase sin aparente sentido. Oía su nombre pronunciado varias veces. Era Ramón. Era él quien la estaba llamando por su nombre, ahora lo recordaba. Entonces estaba tan furiosa que no se dio cuenta. ¡Él la había llamado por su nombre! Luego sabía quién era. Lo supo durante toda la ceremonia. Entonces el sexo que practicaron no formaba parte de ningún ritual, se la estuvo follando por placer. Ahora estaba segura. Se la folló porque le daba la gana, era su forma de divertirse, de comunicarle que sabía quién era y no le importaba. Era esa la conclusión de su reflexión y se sintió tan avergonzada y humillada, que se sintió utilizada y sucia.

Pero, aun así, asqueada de sí misma, siguió recordando. Valía la pena recordar todo cuánto se dijeron aquel momento.

“... ahora mismo desapareceré de sus vidas como tantas otras veces hice. Es inútil perseguirme...”

Recordaba su voz, la seguridad en su tono. Recordó también cuando le mordió la oreja, allí mismo donde tenía escondido el micrófono. Era deliberado, escogió aquel lugar porque sabía que era donde comunicaba con los demás. Y luego, se fue, y se volvió, y le dijo *“... Entiendo cuanta furia tienes hacia mí. Pero estas equivocada. Mil veces habría podido matarte. Pero no me interesas...”*

“... no soy yo quién buscas, sino otro. A este otro le conoces desde hace tanto tiempo que esta ceguera te impide verle como el auténtico asesino...”

Pareció un mensaje, fue realmente lo más importante que le dijo. ¿Pero podía darle crédito? ¿A quién acusaba?

Luego pensó en otro detalle. Ramón estaba vestido con un traje de seda ceñido y en ningún momento sintió que estuviera armado. Tampoco pudo cogerla en el coche, la habría usado para matar al policía que le había identificado. ¿Por qué no? Le había disparado a Antonio cuando... Algo no encajaba.

Salvo el detalle de la violación, le contó todo los demás a Luis transmitiéndole su duda.

—Hombre —dedujo Luis—, si estuviera en el lugar de Ramón y me hubieran perdido el rastro no andaría por allí buscando a uno de mis cazadores para cargármelo. Procuraría seguir escondido.

—¡Exacto! —concluyó Carmen.

El cirujano con el que habían tomado un café hacía un rato volvió a aparecer en el pasillo saliendo de la habitación en la que había entrado.

—La bala, doctor, ¿La tiene aún? —preguntó Carmen tras una pequeña carrera que le permitió alcanzarlo.

—La encontré alojada entre dos costillas y algo deformada por la perforación —contestó el médico.

—¿Qué calibre? —preguntó esta vez Luis.

—No tengo ni idea, de eso yo no entiendo nada.

—¿Dónde está? —preguntó Carmen.

—La tiene la policía. —Fue la única respuesta posible de un médico cansado y que ya solo pensaba en irse a dormir.

Se la había entregado a la policía. Carmen retuvo una blasfemia malsonante.

Atardecía en el hospital. Carmen estaba cansada pero demasiado preocupada como para irse a dormir. Consultó su reloj y tras restarle la diferencia horaria con la costa este de los Estados Unidos dedujo que seguramente podría hablar con Craves, el director adjunto del FBI y su jefe en esta operación.

Se dirigió al teléfono público que había en uno de los vestíbulos del hospital. Mientras tanto, Luis permanecía sentado esperando algún cambio en el estado de Antonio.

Tras marcar el número de la operadora al que dejó los datos de donde quería llamar, Carmen logró hablar con Craves. Le contó todo lo que había pasado adivinando su disgusto.

—El caso está cerrado —concluyó Carmen amargada.

Craves permaneció un rato en silencio. Estaba acomodado en el fondo de su sillón detrás de su enorme mesa de roble. Seguía pensando que había sido una buena idea mandarla a España, aunque luego no sirviera de nada. Porque era verdad, no había servido de nada, pero no como ella pensaba. Era algo más sutil y, evidentemente, inexplicable. Se irguió y cruzó sus manos sobre la mesa como la fiera dispuesta a ofrecerse un festín.

—¿Qué hay de su compañero, el policía español?

—¿Antonio? Dicen que mejorará. Sigue en coma, pero sobrevivirá.

—Ya —parecía desilusionado—. ¿Sigue vivo entonces?

—Sí.

—Entonces el caso no está cerrado.

La respuesta sorprendió a Carmen. No entendió esta reacción de su jefe.

—No le entiendo.

—Sí que me entiende, señorita, le digo que su misión no ha terminado.

—Pero Ramón seguramente esté fuera del país ahora —repuso incrédula.

—Esto, no lo dudo. Y tampoco es que me preocupe mucho. Siga allí y acabe su trabajo. Es una orden.

Colgó.

Carmen no entendió nada. Sólo que debía enfocar su investigación desde otro ángulo. Pero, ¿qué ángulo? Se sentía sola, vacía de ideas, sin rumbo como perdida en la inmensidad de un océano. Sólo que aún guardaba su intuición. Estimó que debería empezar por asegurarse de que verdaderamente fue Ramón quien disparó a Antonio. Algo improbable cuando todo el mundo daba por sentado que no iba armado.

Wayne Craves contemplaba su teléfono al tiempo que pensaba en qué había podido salir mal. Evidentemente, no se habían cumplido sus órdenes y debía imaginar otro plan para reparar el error.

Frente a él, ocupando plaza en el sillón de invitados, estaba Irling, el responsable de la CIA. Había escuchado la conversación y también había entendido que habían fracasado. Estaba irritado.

—Wayne, dijiste que esto iba a acabar —le increpó.

—Ya lo sé —le contestó—, no nos pongamos nerviosos. Aún puedo recurrir a mi hombre en Madrid.

—Sí ya, ese que iba a acabar con todo —dijo con tono burlón—. ¡Esto debe acabar ya! —añadió casi gritando.

—No me calientes, ¿me oyes? —le contestó Wayne casi en el mismo tono.

—Me importa una mierda el estado en el que te pongas. Aquí nos estamos jugando algo más que el puesto. Ya oíste al presidente, esto no debe hacerse público. Metiste la pata hace treinta años y lo debes solucionar ya o sino...

—¿O sino qué? —preguntó Craves desafiante—. ¿Qué? Lameculos de mierda. Yo ya estaba chupándome las calles y sudándome la placa cuando tu aún gateabas por la casa de tus padres ensuciando de mierda los pañales y pringando el suelo de babas. ¡No me des lecciones sobre mi trabajo, desgraciado!

El director se levantó de su sillón con gesto de enfado, pero no contestó nada. Se dirigió a la puerta y pronunció una advertencia como saludo de despedida.

—Craves, diferencias aparte, sentiría mucho si un día encontraran tu cadáver río abajo. Cuídate.

Craves estaba solo otra vez. Solo en su despacho, solo en su trabajo y solo en la vida. Estaba cansado, ya no por las tensiones, sino por los años, por la vejez que se le echaba encima a traición. Estaba harto de contribuir a una mentira.

Hizo examen de conciencia y no le gustó lo que vio. Fue un agente brillante en sus años jóvenes. Ayudó a resolver varios casos importantes y

se ganó una merecida reputación de hombre íntegro. Se sentía involucrado con su trabajo. Era algo importante en su vida que le hacía sentirse útil.

Fueron tan notables sus éxitos que le pidieron que colaborara como agente de terreno con la CIA, la agencia de inteligencia. Entonces conoció el lado oscuro del trabajo que hacía y la gente con la que lo hacía. Dejó de ser una misión y se convirtió en un trabajo desagradable. Y lo llevó a cabo aún contra sus ideas, creencias y principios. Era peón en el inmenso tablero de las organizaciones gubernamentales de su país. Un peón en las operaciones negras montadas en una mala época.

Estaba cansado. Hastiado. Cogió el teléfono y pidió que le comunicaran con el enlace de la CIA en Madrid. Era el hombre con el que ya había hablado varias veces. Consiguió tenerle al otro lado del teléfono. Craves le agradeció que se disculpara por el fracaso en el trabajo que le había encomendado. Este le juró haber disparado al policía español con la intención de matarle y le había dado, pero no pudo rematarlo, había gente que podría haberle visto y prefirió huir. Se ofreció para terminar su trabajo y Craves lo aceptó.

Antonio reposaba flácido en una cama metálica conectado a varios equipos electrónicos que medían sus constantes vitales emitiendo pequeños bips. De vez en cuando, una enfermera se acercaba hasta él para asegurarse de que todo estaba en orden, cambiarle las sábanas o asearle. Mientras tanto, el cuerpo de Antonio seguía allí inerte y su mente sin funcionar. Pasaban las horas y todo seguía igual y sus dos únicos amigos en esta vida estaban fuera, en el pasillo, esperando a que recobrase el sentido.

Carmen seguía inmersa en sus pensamientos intentando digerir la conversación que tuvo con su jefe. Luis, en cambio, no pensaba en nada. Sólo miraba el vaivén de personas en el pasillo: médicos, enfermeras, familiares, pacientes. Sólo se fijó en una joven enfermera de rostro angelical y bonitas piernas. La vio pasar varias veces delante de él y no dejó de mirarla.

Carmen pareció surgir del abismo de sus ideas y dudas y recayó en algo que le pareció de repente importante:

—Luis —le llamó—, deberíamos llamar a su mujer, ¿no crees?

—¿Susana?

—Sí. Creo que sería conveniente. Vamos, podríamos decirle que Antonio está aquí y ella podría decidir si venir o no.

—Ya, te entiendo. Pero, verás, no tengo ni idea de donde está.

—No sabes algún teléfono donde contactarla, el despacho donde trabaja, el nombre de una amiga.

—Nada de nada.

Carmen se mostró extrañada. Observaba Luis como quien descubre el principio de la relatividad.

—Verás —explicó Luis—, conozco a Antonio desde hace algo más de un año, desde que vino a la comisaría de AZCA. Ya se habían divorciado o estaba en trámites, no recuerdo. El caso es que ya no se veían y Antonio no quería hablar de ella. Yo no la he visto nunca, de ella sólo conozco su nombre y poco más. No sé dónde localizarla, aunque... —marcó una breve pausa para reflexionar—. Sí, creo que sí, su jefe en homicidios seguramente pueda ayudarnos.

Sin esperar a una respuesta por parte de su compañera, Luis se levantó, extrajo un teléfono móvil de uno de los bolsillos de su chaqueta. Pulsando un par de botones consultó la agenda y localizó el número que le interesaba. Con otro botón logró que se hiciera la llamada y acercándolo a la oreja permaneció un segundo esperando la respuesta.

Mientras hablaba, escuchaba, volvía a hablar y otra vez escuchaba, Luis no podía evitar pasear en círculos por el pasillo. Atendiendo el reproche de la enfermera, optó por salir del hospital por la puerta que más cerca tenía. Allí fuera, entre dos ambulancias aparcadas, Luis retomó su lento baile en círculos.

Regresó a los cinco minutos visiblemente contrariado. Andaba fijando la mirada en el suelo como perdido en sus pensamientos. Se sentó junto a Carmen quien aguardaba con ansia el resultado de su llamada.

—Es extraño —explicó Luis—, he hablado con García. Creo que Antonio trabajó unos diez años con él. Dice que era un hombre muy alegre, feliz mientras estaba con su mujer. Le hablaba mucho de ella, de lo guapa e inteligente que era, en fin, que tenía una joya, decía. Pero nunca la conoció. Durante todo este tiempo, el comisario y Antonio fueron muy amigos, pero nunca coincidieron con Susana. Es más, no le invitó a su boda, dijo que era muy íntima y que sólo iba la familia y luego, en las fiestas del departamento en las que se invitaba a las esposas, Antonio

siempre se excusaba diciendo que su mujer tenía mucho trabajo o inventaba cualquier otra excusa. Nunca la vio. ¿No es extraño?

—Tal vez quería protegerla.

—¿Protegerla? ¿De qué? Sabes bien que en nuestra profesión necesitamos el apoyo de nuestras familias. Yo mismo no logré compaginar mi vida personal con la profesional y tuve que enfrentarme a una demanda de divorcio. El caso es que cuando nos vemos siempre acuden las esposas, a veces incluso los hijos. Yo siempre me traigo a alguien, ya sabes, a la amiguita de turno. Antonio siempre iba solo. No sé, no lo entiendo. Y ahora que lo pienso, hay algo más...

—¿Qué?

—Antonio era impotente.

—Sí, lo sé.

Eran ya las dos de la madrugada y el hospital vivía los típicos ajetreos nocturnos. Habían ingresado dos jóvenes que habían tenido un accidente con el coche. Los médicos supusieron que iban bebidos y operaron a uno de ellos, el de más gravedad. El otro solo necesitaba un reconocimiento y podría irse a casa en poco tiempo con la certeza de que habría podido costarle la vida. Su compañero tampoco corría peligro. Sólo necesitaba unos puntos en un par de heridas y reposo.

El silencio había invadido el ala de cuidados intensivos donde todas las luces permanecían apagadas menos aquellas diminutas de los equipos electrónicos que mantenían en vida a sus pacientes o se las medían. Alguna enfermera o médico daba un paseo de guardia en el pasillo observando los ingresados en sus camas a través de los cristales empotrados en las puertas de sus habitaciones. Todo estaba en calma.

En su placa del Insalud podía leerse Dr. Jernán, pero la foto no le hacía justicia. Es más incluso, no se le parecía en nada. Tal vez porque habían pasado muchos años desde que fue tomada. Sin embargo, nadie caería en esa diferencia. A nadie le importaba que la foto de un documento acreditativo no se pareciera al rostro del cirujano que lo llevaba. Y era una lástima. Alguien avisado habría descubierto que la foto era de otra persona, de un cirujano que se encontraba amordazado e inconsciente en los lavabos de la sala de maternidad. Y no, no era un cirujano sino un pediatra y eso mismo ponía en la placa. Eso tampoco nadie lo había

notado. Nadie se preguntaba que hacía un pediatra en una unidad de vigilancia intensiva. En un hospital de la sanidad pública concurre tanta gente que a un facultativo siempre le resulta difícil reconocer las caras de sus propios compañeros.

El médico, que en verdad no lo era, anduvo sigilosamente por el pasillo leyendo detenidamente los números de las habitaciones por las que iba pasando. Encontró la que buscaba. A través del cristal de la puerta vio unas formas en la penumbra que, con algo de imaginación, reconoció como las facciones de un cuerpo tendido sobre una cama. Sin embargo, no estaba del todo convencido de haber encontrado lo que buscaba. No quería equivocarse.

De uno de los bolsillos de su bata immaculada extrajo una diminuta linterna metálica. Proyectó su haz de luz a través del vidrio sobre la cama y creyó reconocer el rostro de Antonio. Tenía un catéter bajo la nariz y un montón de cables colgados de la cabeza, del pecho y de los brazos.

Pero seguía sin estar seguro. Cambió la linterna de mano y la sujetó con la izquierda apuntando a la cama. Con su mano derecha giró lentamente el pomo de la puerta hasta que oyó el pequeño clic de la cerradura. La puerta estaba abierta y entró. Se felicitó por no haber hecho ningún ruido. Se sentía orgulloso de sí mismo.

Se adentró en la habitación hasta estar tan solo a unos pocos centímetros del rostro del ingresado. Observó que tenía la tez muy pálida, como si estuviera muerto, y una pequeña barba floreciente invadía la mandíbula. A parte de eso, sí, era Antonio. Ahora acabaría con el trabajo que le habían ordenado. Miró alrededor enfocando los distintos equipos buscando la mejor forma de darle muerte a Antonio.

Se mostraba tan concentrado en su misión que no se percató del movimiento de una persona detrás de él que emergía de la oscuridad. Sintió un cañón helado en la nuca al tiempo que se encendían las luces. Otra vez volvía a fallar, pensó.

—Muévete un milímetro y te mato —le advirtió Luis mientras mantenía su arma apuntando a la nuca del intruso.

Carmen se acercó hasta los dos hombres tras haber encendido las luces de la habitación y se quedó petrificada. Había reconocido al agresor.

—¡Te recuerdo! —le dijo—. Tú estabas investigando el crimen con Antonio cuando llegué. ¿Qué haces aquí?

Luis le estaba cacheando y le extrajo una pistola automática de uno de los bolsillos de la chaqueta. Le apartó de la cama y le acercó hasta una pequeña mesa que había en la habitación sobre la que puso el arma.

—¿Ves esto? Te lo explico. Esto es una automática fabricada en Bélgica y que suelen usar los terroristas de ETA para cargarse a la gente. ¿De dónde la sacaste hijo de puta? —le gritó al tiempo que le sacudía y como vio que no le contestaba le propinó un puñetazo en los riñones.

El intruso se convulsionó tras el golpe y gimió un quejido. Luis le agarró un brazo por detrás de la espalda y lo alzó hasta el cuello forzando sobre la articulación. Pero siguió sin hablar. A Luis le extrañó que no intentara defenderse.

—Déjale —le pidió Carmen y Luis, aunque extrañado, le obedeció— es un policía.

—¿Qué? —gritó Luis.

Carmen le pidió que bajara la voz recordándole que estaban en la habitación de Antonio. Luis quiso contestar que en el estado en el que estaba seguro que no podía oírles, pero le pareció que sería demasiado cínico y prefirió permanecer callado.

—Me alegro de volver a verte Carmen —dijo el hombre mientras se liberaba de la presa de Luis.

—Pues yo no. ¿Cómo te llamas?

—¿No lo recuerdas? —la recriminó —soy Víctor.

Luis volvió a agarrarle del brazo y lo empujó fuera del cuarto. En el pasillo, buscó una habitación que estuviera vacía pero no había ninguna. Finalmente localizó un pequeño habitáculo donde las asistentes guardaban las herramientas de la faena.

Le dio un empujón a Víctor quien cayó entre un par de escobas, un matarratas y varios trapos cada cual más sucio. Luis y Carmen estaban en el umbral observándole. Querían interrogarle, pero éste no contestaba. A cada pregunta que le hacía Carmen, Luis le propinaba una patada y Víctor se retorció de dolor, pero seguía en silencio. Carmen se cansó. Llevaban varios minutos así, perdiendo el tiempo y oyendo las risas de Víctor que celebraba su osada superioridad.

Miró alrededor observando cuántas cosas podía esconder el cuarto de la limpieza de un hospital. Se dirigió hacia una de las estanterías donde detergentes de color y textura absolutamente asquerosos estaban almacenados en botellas de plástico que mil años atrás guardaban agua.

Iba descifrando las etiquetas cuyo texto con el tiempo se había borrado tanto como las inscripciones de una pirámide egipcia. Se detuvo ante una, la cogió, y la abrió. El olor fétido de una mezcla de lejía y alcohol la invadió produciéndole ganas de vómito. Sin más pensar, se volvió y arrojó el contenido sobre Víctor.

Como quien resulta quemado, Víctor gritó mientras desesperadamente intentaba sin éxito desprenderse del líquido. Era inútil, estaban impregnados la ropa, los cabellos, la piel, la cara, hasta las cejas tenía mojadas en este líquido cuyo fuerte olor le indisponía.

—¿Tienes cerillas? —preguntó Carmen dirigiendo una violenta mirada a Luis.

Los ojos de Luis parecían congelados, transmitiendo la mayor de las sorpresas. Al segundo de entender la pregunta contestó moviendo la cabeza a ambos lados del cuello. Fumaba, pero usaba encendedor. Pero no se dio por vencida mientras Víctor la insultaba entre sollozos. Mirando hacia donde había encontrado los distintos detergentes localizó un paquete de cerillas. ¡Soy afortunada! Pensó para sus adentros.

Empujando el cajón de su envoltorio accedió a las cerillas, había bastantes, ¡Soy muy afortunada! Volvió a pensar. Agarró la primera de ellas y la frotó sobre el encendedor. La llama prendió enseguida produciendo una diminuta nube de humo y el sonido del fuego que despierta. Se dirigió a Víctor y le miró a los ojos. Él le devolvió la mirada, pero aún permanecía preocupado por deshacerse del líquido pringoso que se había pegado a su cuerpo y ropa.

—No lo harás hermanita —le dijo Víctor mientras Luis la observaba asustado.

—Te juro que sí. En mi país no sería la primera vez que esto pasa.

Carmen seguía observándole mientras la tensión aumentaba entre los dos, aunque de distinta forma. Mantuvo el rostro duro y Luis descubrió como aquella mujer era capaz de convertirse en hielo. Sintió miedo. Víctor intentaba mostrarse tranquilo, seguro de que estaba a salvo, pero no logró mantener esta apariencia cuando vio como la cerilla caía al suelo cerca de la mancha del líquido.

—¡Hija de puta! —gritó.

La cerilla alcanzó el líquido, pero en la trayectoria se había apagado, luego el líquido aún no se había inflamado. Víctor entendió que era cuestión de segundos el que otra cerilla tuviese mayor suerte, prendiese

fuego al líquido y partiese él mismo en llamas. Concluyó que era una antorcha humana y como única protección se encogió, juntando sus piernas debajo del trasero, agarrotando los brazos cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Noooooooooooo! —volvió a gritar.

Carmen, en silencio como quien reza una oración, había encendido otra cerilla y también la arrojó, pero esta vez directamente al cuerpo de Víctor. El aire que se encontró en la trayectoria la apagó y la cerilla aterrizó en los pantalones. Otra vez no hubo fuego.

Otra más, y otra, y otra. Todas iban apagándose antes de alcanzar a Víctor. El bombardeo le había tocado en todas las partes del cuerpo, incluso en la cabeza, y en las manos. Víctor suplicaba.

—Estás loca —le susurró Luis—. No puedes quemarlo.

—Sí que puedo —le contestó.

De repente Luis quiso forzarla para arrebatarle las cerillas mientras Víctor seguía en el suelo temblando. Los dos forzaron un momento, pero Luis no logró su propósito y sintió un codazo en el vientre que le hizo escupir al suelo. Carmen volvió a practicar su deporte preferido: arrojarle cerillas al mierda de Víctor.

—¡No! —gritaron Luis e Víctor al unísono.

—¡Trabajo para la CIA! —gritó Víctor entrecortado con los gemidos que la visión de su propia muerte le infundía.

Carmen apagó la cerilla que tenía entre los dedos con un leve soplo de aire.

Víctor recobró una postura más digna en el suelo bajando las manos que había alzado ante su cara.

Víctor ya les contó lo principal de lo que querían saber. Sin embargo, faltaban los detalles de toda la historia. Ahora que les había empezado a contar algo, nada le impediría seguir hablando. Eso mismo pensó Luis quien luego dedujo que podían proseguir la conversación en otro lugar más cómodo. No temía que se fuera a fugar, eso habría sido un gesto ridículo, inútil, sin sentido. Por otra parte, intuía que la forma de cogerlo había sido demasiado fácil, como hecha aposta. Esperaba más fuerza, mejor preparación en un espía. En el fondo de sí mismo, Luis estaba defraudado.

Los tres estaban sentados en el coche de Luis que permanecía aparcado en el parking junto al hospital. Era un estacionamiento de pago, pero eso no le importaba. Lo incluiría como un gasto más y pediría un anticipo de caja. Para eso servían los fondos reservados, solía decir.

Era un vehículo, como todos los demás, equipado con cierre trasero para niños lo que producía que la persona que estaba atrás no tenía medio de salir del coche si no fuera rompiendo alguna ventanilla. Evidentemente, fue en la parte trasera donde Víctor tomó asiento. En la parte de delante estaban Luis y Carmen incómodamente sentados sobre sus sillones de forma a poder observar al invitado.

Víctor se mostraba cabizbajo, como humillado por tan fácil derrota. Había logrado lavarse un poco en uno de los lavabos del hospital acompañado de Luis. La ropa que tenía impregnada del líquido acabó en el cubo de la basura que había allí mismo.

No quería hablar, pero ya había empezado a hacerlo así que era inútil resistirse.

—Creo que me críe en la miseria y salí como cabía esperar. Era una mierda y no pretendía cambiar. Mi padre vendía cocaína que le daban unos tíos que la traían de Colombia. Era bastante buena y mucha gente se la compraba. Un día llegaron los policías, montaron una redada, pero las cosas salieron mal y hubo tiros. Mi padre cayó muerto. Dijeron que estaba armado y había agredido a uno de los policías. Mi padre nunca llevó armas, las odiaba. Bueno, pensé, son cosas que pasan. No me importó. Tenían quince años y me metieron en un orfanato. Fue lo mejor que me pudo pasar. Crecí sabiendo muchas cosas y sintiéndome alguien diferente, no el mocoso de la barriada que vendía porros con el padre muerto por camello. Pero no encontré trabajo cuando me hice mayor y no quería volver al mundo que había dejado. Allí solo era miseria y problemas. Quise ganarme el respeto de la gente y pensé que solo lo lograría con una placa de policía. Oposité y lo hice muy bien, pero los examinadores pensaron que no pintaba nada impartiendo orden, más bien que yo era el desorden. Salí deprimido e hice lo que cualquier hombre: me gasté el poco dinero en una mala mujer y en alcohol. Me emborraché tanto que no recuerdo haberme hecho amigo con un tío que solía acudir a menudo al bar donde aterrice. Estaba como una cuba y me llevó a su casa. ¡Gracias a Dios! Porque no tenía a donde ir. Me desperté en su casa asustado y luego enojado porque pensé que había abusado de mí. No lo había hecho. En

cambio, me ofreció aprobar el examen de entrada a cambio de algún favor. Acepté porque no tenía nada que perder. Aquel día me inscribí en las páginas de oro de la Agencia. Hice un poco de todo para ellos, pero esencialmente se traba de recabar información.

Víctor permaneció unos segundos en silencio mientras observaba alrededor suyo, tal vez huyendo de las miradas de sus dos acompañantes.

—Hace un par de semanas me llamaron a casa —prosiguió—. Alguien estaba tras la pista de un cubano que había salido sin cargos de una investigación por varios asesinatos en Florida. Le habían seguido la traza hasta España y habían esperado. Aquella noche se había cometido un crimen muy similar. Tan similar que pensaron que debía ser el mismo asesino, pero no estaban seguros. Me mandaron con la orden de jugar a los aprendices. Antonio me descubrió y me aparté.

—¿Y?

—Pues que siguieron pidiéndome cosas.

—¿Qué cosas?

—Estaban interesados en que Antonio y tú estuvierais seguros de que el cubano era el asesino aun cuando las pruebas no eran nada concluyentes así que me pidieron que añadiera algunas más.

—¿Cuáles?

—El testigo que encontrasteis. ¿Lo recuerdas? Era un camarero maricón que bailaba en un cabaret de homosexuales en el centro. Le pagué cien mil pesetas porque montara aquella farsa y lo hizo sin preguntar. Le gustaba montar espectáculos, representaciones, funciones donde el sexo y la perversión eran el centro. Siempre acababa follándose a los espectadores masculinos.

—Ya lo recuerdo. Pero descubrimos que mentía.

—Sí. Tuve que matarlo.

Carmen hizo una mueca de desprecio. Parecía repugnarle la solución que Víctor había tomado para seguir encubriendo sus actividades.

—No me mires así. Tú no eres mejor que yo —le reprochó.

—Yo no ando matando a la gente a sangre fría.

—Siempre hay una primera vez.

—¿Por qué Antonio? —preguntó Luis.

—Os juro que me chocó, pero yo no podía hacer otra cosa que obedecer. Me dijeron que me uniera a la operación que habíais montado y que matara a Antonio. Luego debía hacer creer que había sido el cubano.

Eso, el cubano no lo sabía, claro, ¡qué imbécil! El tío sólo iba recitando sus capulladas del más allá, que si el demonio esto, que si el demonio aquello. Pero bueno, tenía que sacarle con vida de la emboscada y eso es lo que hice. Salimos por detrás aprovechando el tiroteo y corrimos hasta el coche que dejé aparcado allí y nos fugamos. Pero me quedaba por resolver el asunto con Antonio. La verdad es que lo daba por perdido aquella noche. Pensé en otro plan para el día siguiente. Pero estuve de suerte. Íbamos de camino a salir de Madrid cuando observé su coche siguiéndonos. Le dimos un poco de caña y llevé al cubano hasta una zona que se había desierta, allí nos separamos. Él, no sé dónde iba y me daba igual. Antonio llegaba y tenía que matarlo. Así que le esperé y cuando lo encontré le disparé. Pero había alguien por allí cerca, creo, así que no pude acercarme para ver si estaba muerto. Me largué.

—¿Cómo vieron que habías fallado, te pidieron que acabaras el trabajito sin errores esta vez?

—Sí.

—Pues gracias a Dios que te has vuelto a equivocar —suspiró Luis.

—No me juzguen tan a la ligera. Me convertí en un asesino hace muchos años cuando tuve que matar a un camello que había salido de los juzgados sin cargos. Era molesto para la Agencia y me ordenaron que me lo cargara. Me costó mucho, pero lo hice y ahora mato como una distracción más. Forma parte ya de mí y pienso que me empieza a gustar.

—Eres un hijo de puta.

—Ya lo sé. Pero yo sigo vivo y tu amigo está allí arriba chupando varios tubos de plástico.

—¡Cabrón de mierda! —le gritó Luis al tiempo que le agarraba del cuello intentando estrangularle. Pero se retuvo, se calmó y lo soltó.

—¿Quiénes son los que te ordenan todo eso? —preguntó Carmen.

—Ya te lo he dicho. La CIA.

—Ya lo sé. Pero quienes en concreto. ¿De quién dependes? ¿Quién es tu jefe? Dame nombres.

—No puedo. No conozco a nadie. ¿Quieres nombres? Bueno, últimamente recibo ordenes de uno que dice llamarse Viento del Sur. Lo único que sé de él es que es un pez gordo.

—¿Y cómo os habláis?

—Por mensajes en Internet. Tengo una clave de acceso a un buzón. Allí leo mis órdenes y las cumplo. Aunque, estos días, las recibí de viva

VOZ.

—Dices que ese jefe tuyo al que nunca has visto te ha llamado a casa.

—Sí.

—¿Y no sabes quién es?

—No.

—Entiendo. Creo que ya no nos eres útil. Puedes marcharte.

Luis accionó el interruptor de las cerraduras y un pequeño clic le indicó a Víctor que estaba libre. Víctor abrió la puerta para comprobar que así era y antes de marcharse preguntó:

—Me entrenaron las fuerzas especiales. ¿De verdad creéis que un policía normalucho y una jovencita como vosotros habríais podido cogerme como lo habéis hecho?

Víctor mostró una sonrisa picarona. Tal vez su hombría le obligaba a salirse con la suya fuera como fuera.

—¿Y si no fue así? —preguntó Luis—. ¿Cómo fue?

—Me dejé coger listillo. Mis órdenes no eran las de rematar a Antonio sino de hablar con vosotros.

Víctor parecía disfrutar viéndoles sorprendidos ante la revelación. Acabó echándose a reír y esperó a que le rogaran mayores explicaciones.

—Hasta ahora las ordenes me las daba un único tío, os dije. Pero la última que recibí, la de hablaros no me vino firmada por él sino por otra persona. Nunca traté con ella, pero su identificación era correcta así que obedecí. No sé, pero igual el anterior cayó en desgracia, o ¿qué sé yo?

Luis y Carmen, desconcertados, vieron como Víctor se perdía en la noche.

Llegó el día siguiente y Luis, no teniendo más remedio, se incorporó de nuevo a su trabajo dejando a Carmen sola ante la aventura de atar todos los cabos que se habían presentado. Ya no se trataba de averiguar dónde estaba Ramón, ni quien asesinó a la pobre chica... Todo esto parecía perder la importancia que tuvo en su momento. Su protagonismo perdía posiciones ante el nuevo enigma que Carmen quería resolver.

Primero estaba la extraña conversación que tuvo con Craves, su superior en el FBI a quien no parecía importar la suerte de Ramón y si, por lo contrario, se preocupaba por el estado de Antonio y no precisamente por su mejora. Carmen había sentido que el hecho de que aun siguiera con vida le había desilusionado.

Luego estaba lo que consideraba una pequeña anécdota que tal vez no tenía importancia: ¿quién era Susana? Esta pregunta podía incluso esconder otra más extraña: bastaba con preguntarse si Susana existía de verdad. Antonio había hablado mucho de ella a sus compañeros y amigos, pero nunca se los había presentado. Ellos solo sabían de su existencia por lo que él les contaba. Extraño. Pero aún más inquietante sería que de verdad no existiera y fuera un producto de su imaginación o sencillamente el remedio para acallar rumores. ¿Qué rumores? ¿Su impotencia? ¿Alguna sospecha de homosexualidad?

Como remate final a tantas dudas, Víctor había arrojado una lluvia de respuestas a otras preguntas que ahora Carmen dejaba de hacerse. Sin embargo, lo que les había contado abría un abanico de posibilidades y allí la imaginación más enferma podía construir un guion nada desacertado. Cualquiera posibilidad era posible y Carmen empezó a hacer conjeturas.

No iba entonces a dedicarle tiempo a la breve conversación que tuvo con Ramón, no porque perdiera credibilidad sino porque ya tenía bastante enigma que resolver.

Con todo ello, Carmen tenía tantas preocupaciones en la cabeza que en circunstancias normales no habría conseguido dormir. Sin embargo, llevaba toda la noche sin dormir y estaba agotada. Sus pensamientos cedieron ante la inevitable presencia del sueño y logró acostarse en la

cama de la habitación del hotel cuando las luces del amanecer aparecían sobre el este de la ciudad.

Aun pese al ajetreo de los otros inquilinos que se despertaban y se preparaban para vivir un nuevo día, seguía durmiendo aislada del mundo. Sólo la llamada de Luis le devolvió la conciencia. Había contactado con su cuñado que trabajaba en la compañía de seguridad que el Real Madrid contrataba para los partidos que se juegan en su estadio. Le había proporcionado dos entradas de palco para el próximo encuentro de liga. Luis usó estas dos entradas como moneda de cambio con el responsable de los archivos. Este le entregó un expediente sin importancia, eso pensaba. Unas cuantas fotocopias, un mensajero y el expediente llegaría en pocos minutos a las manos de Carmen.

Era interesante, le había dicho. Muy interesante, añadió. Seguramente el punto de partida de una nueva investigación, pensó ella.

Pocos instantes pasaron desde que colgó el teléfono hasta que abrió la puerta a uno de los mozos del hotel que le traía un sobre sellado.

Carmen se recostó sobre la cama pesando el sobre con sus manos. No había nada inscrito en él a parte de los datos del destinatario. Le costó abrirlo por la parte pegada como si esta hubiera sido reforzada. Luis, pensó, había añadido pegamento para evitar que fuera abierto por un descuido del mensajero. Recurrió a una lima de uñas de metal que guardaba en su neceser de viaje y reventó el sobre por el lateral opuesto al pegado. Luego esparció todo lo que había dentro sobre la cama.

Había unos veinte o treinta folios desparramados sobre el cubre camas. Unos cuantos eran fotocopias de informes antiguos y redactados a máquina, otros eran informes de ordenador. Fue un breve, pero intenso recorrido por la vida profesional de Antonio. Poco se decía de quien era antes de entrar en el cuerpo, pero sí se contaba mucho de lo que había hecho desde entonces. Carmen observó que muchos documentos hacían referencia a otros que no estaban allí, entre sus manos. En la mayoría de los casos se trataban de informes sobre casos de homicidio resueltos y sin resolver, otros pocos llevaban la mención "clasificado" adjunto y entendió que debían de tratarse de documentos confidenciales a los que Luis, pese a sus artimañas, no había logrado adquirir. Tampoco parecían cosa importante, o por lo menos, importante en lo que ahora la tenía preocupada.

Leyó cada uno de los informes, pero no logró encontrar algo interesante, algo muy interesante como Luis le había anticipado. Era un expediente normalito, vulgar, tal vez. Tal vez había olvidado algo. Así que volvió a ordenarlo todo y a volver a repasarlo otra vez.

Nada.

Apartó los documentos que hacían referencia al trabajo de Antonio: sus investigaciones en homicidios y sus actividades en comisaría. Entonces sólo le quedó un papel: su historial personal.

Lo leyó con el sentido crítico que en el FBI le habían enseñado. Observa lo que no te parece normal y anótalo mentalmente, pensó. Y observó dos cosas. La primera era el estado civil de Antonio: soltero. No supo si se trataba del mismo estado que un divorciado o si indicaba que no estaba casado. Además, había una fecha al pie del documento que indicaba cuando se había actualizado por última vez. Era de hace dos años. Como Antonio llevaba separado o divorciado un año escaso, nadie había reseñado en este papel que estuviera casado. ¿Lo estuvo? Luego pensó que muchas parejas de hecho se definen también como matrimonios a razones prácticas, pero no legales. Pero no, Antonio se había casado por lo civil. Debía haber traza de esto en algún sitio. No la había. ¿Un descuido? ¿Un olvido? Tampoco era probable, los departamentos de personal, sobre todo en las instituciones civiles, llevan siempre muy al día las fichas de sus empleados sobre todo cuando el estado civil puede acarrear beneficios sociales.

Otra cosa que la extrañó fue el ver un nombre escrito en el reglón designado que llevaba por título: psicólogo asignado. Carmen se preguntó si todos los policías acudían regularmente a sesiones con psicólogos para evaluar sus estados emocionales. Era algo extremadamente caro. En el FBI solo se hacía en el caso de agentes sometidos a fuertes presiones o con desequilibrios. A veces eran sesiones de evaluación que podían recomendar la suspensión del agente, otras veces era simple ayuda. Pensó en anotar el nombre del médico para hacerle una visita, pero se abstuvo pensando que seguramente era personal del cuerpo de policía y que, además, se encerraría bajo el secreto profesional como una ostra recién pescada.

Volvió a colocar los papeles dentro del sobre y anotó un nombre sobre una página inmaculada de su agenda. Era el nombre del pueblo donde Antonio había nacido. Estaba situado en la provincia de Cáceres así que

pidió alquilar un coche en la recepción del hotel y compró una guía de carreteras para llegar hasta allí.

La tarde tocaba a su fin y Carmen, que se había detenido en varias gasolineras y puestos de Guardia Civil para informarse sobre el trayecto a seguir, logró llegar a un pequeño pueblo de unos pocos habitantes cuyo nombre no aparece, como colmo de penas, en ninguna guía.

Sin embargo, poco le faltó para echarse a llorar cuanto un campesino, que regresaba a su casa sobre un viejo y lento tractor, le indicó los últimos pasos para llegar allí. Estaba a tan pocos minutos que su corazón latía con exagerada violencia confundándose con una caja de ritmos de un grupo de rock.

Tras sobrepasar una colina, logró ver unas pocas casas mal entretenidas donde la carretera parecía acabar. No se sorprendió porque iba a juego con el paisaje pobre y triste y el estado de la carretera donde los baches se contaban por millares.

Allí se detuvo aparcando el coche, que había tomado en alquiler por la mañana, debajo de los dos únicos árboles que parecían reinar en medio de la única plaza que aquel pueblo tenía. Al fondo de la plaza y alejada de la carretera por la que transitaban camiones y algunos turismos perdidos, se encontraba una iglesia que permanecía cerrada. De estilo poco definido, con el campanario medio derruido, y las puertas carcomidas, la única iglesia del pueblo parecía cobrar vida de Pascuas a Ramos.

Los habitantes parecían sorprendidos al ver un turismo con matrícula de Madrid detenerse en su pueblo. Eran, sobretodo, gente mayor con las caras curtidas por el sol y las manos repletas de cicatrices y callos, signo inconfundible de la gente que trabaja la tierra. Eran rostros herméticos, con facciones graves que contrastaban con los de los dos únicos niños que estaban allí, jugando a la pelota y riéndose a carcajadas tras cada pase que uno de ellos le hacía al otro. Parecían ser los dos únicos seres que se mantenían ajenos a su visita.

Sin embargo, no era hostilidad, sino desconfianza.

Cuando se bajó del vehículo, vio un hombre que se acercaba hasta ella con paso decidido al tiempo que los demás vecinos seguían observándola con vivo interés.

Cuando la hubo alcanzado se presentó como el alcalde y le preguntó si estaba perdida. Un leve estupor se amparó del hombre cuando Carmen le contestó que no. El alcalde pensó que se trataba de algún un ministerio que, tal vez, venía a anunciarles que se expropiaban sus casas para construir una autopista o cualquier otra desgracia. Se mostró aún más frío que antes, pero siguió sin preguntar lo que le llevaba de cabeza: ¿qué hace esta forastera aquí?

Carmen no quería perder tiempo así que preguntó si alguien conocía a la familia de Antonio. Deseaba encontrarse con algún pariente, alguien conocido o tan solo una pista sobre la infancia de Antonio.

No, no conocían a nadie con estos apellidos. Es más, no les resultaba ni siquiera algo familiar. Carmen estaba desconcertada entonces recurrió a la historia de cómo sus padres se habían hecho ricos vendiendo sus tierras y como habían muerto en un accidente. El alcalde escuchó haciendo gestos afirmativos con la cabeza, pero confirmó de nuevo lo antes dicho. Para colmo de males, tampoco esta historia la había oído nunca.

Había aún algo de esperanza en el corazón de Carmen. Tal vez este hombre con el que estaba hablando llevara poco tiempo en este pueblo. No hubo suerte, por decirlo de algún modo, porque aquel hombre que aparentaba sesenta años, aunque no era el más anciano del pueblo, era uno de los que más tiempo había vivido allí. Toda una vida, dijo. Como explicación le bastó mostrar una casa apuntándola del dedo: era allí donde había nacido, añadió como explicación. Entonces se giró hacia los demás vecinos congregados alrededor de ella que confirmaban con gestos todo cuanto había oído.

Antonio era desconocido en su tierra.

Derrotada, volvió por donde había venido. Quería llegar a Cáceres antes de que anoheciera. Estaba segura de tener mayor suerte en el hospicio en el que Antonio había aterrizado con diez años.

Carmen se alegró de que le costara poco encontrar el orfanato que estaba buscando. Nadie lo conocía en sí pero sí todo el mundo sabía dónde se encontraba el monasterio franciscano. Se encontraba alejado en las afueras de Cáceres cerca de la carretera que conduce a Portugal.

Era un edificio del siglo XVII con algunos muros derruidos y un aspecto general que no hacía honor a antiguas glorias del pasado. En gran

parte estaba abandonado. La diócesis franciscana se había trasladado a Ciudad Real hermanando los pocos frailes que quedaban en las dos congregaciones. En Cáceres solo quedaba un fraile que oficiaba de capellán y cuidaba de la iglesia que era el único monumento que conservaba sus muros y fachadas en buen estado. Todas las demás dependencias, incluido el pequeño orfanato, habían sido cerradas por desuso.

Aparcó en un terraplén frente a lo que parecía la entrada principal. Había una enorme puerta en madera antigua que supuso debía pesar una tonelada. Estaba cerrada. Intentó abrir las dos pequeñas puertas a ambos lados, pero ninguna cedió. Entonces, y como no había nadie por allí cerca, decidió caminar alrededor del edificio con la esperanza de encontrar otra entrada.

No había nada y se sintió frustrada. Tampoco había nadie a quien preguntar.

Cuando se disponía a subir en el coche observó un hombre que caminaba hacia ella, estaba vestido de negro y andaba con la mirada clavada en el suelo como si temiera resbalar y caerse. Pasó al lado de ella sin detenerse y sin prestarle atención. Reconoció sus hábitos de sacerdote y lo interpeló.

No la oyó, entonces gritó al tiempo que corría hacia él. Se detuvo y la saludó.

Se mostró sorprendido, aunque más amable que el alcalde del pueblo en el que había estado una hora antes. No estaba acostumbrado a recibir visitas desde que este sitio había perdido su esplendor, muchos años atrás. La invitó a entrar en el edificio.

Penetraron en la iglesia donde hacía un frío que obligó a Carmen a revisar sus ropas. Se santiguó como pudo y siguió el párroco a través de la galería hacia el altar.

Parecía algo abandonada con sus paredes mugrientas que daban reposo a cuadros donde la religión tenía su obligado protagonismo pero que habían perdido sus colores originales a falta de una más que necesaria restauración. Resultaba difícil reconocer los motivos. El sacerdote le fue describiendo alguna que otra pintura, las que seguramente prefería, indicándole que se trataban de pintores desconocidos, pero donde las escenas siempre eran, y debido a unos principios obligatorios en la época, similares.

Antes del llegar al altar, Carmen observó dos estatuas de madera que tendrían cuatro siglos según el sacerdote pero que el deterioro hacía parecer más antiguas. Una representaba a la Virgen con el niño Jesús en brazos, la otra dibujaba la silueta de un clérigo que el sacerdote le explicó ser san Ignacio de Loyola, el fundador de la orden de los jesuitas.

Tras el altar se encontraban varios retablos sobre un fondo de madera recubierta de un barniz de oro que había perdido el brillo. También eran pinturas oscuras por el polvo y la suciedad. A pesar de que le contara que se trataban de varios episodios de la vida de Cristo, a Carmen le resultaba difícil identificarlos.

Pasaron por una pequeña puerta a la izquierda del altar y entraron en la sacristía donde el oficiante de la misa, que ahora solo se celebraba una vez por semana, se preparaba. Otra puerta les dio acceso a lo que el capellán definió como sus apartamentos.

Era una vivienda modesta y poco confortable. Los muebles parecían tenerse en pie, como todo lo demás, de milagro. Eran de estilo rústico y cumplían a rajatabla con los votos de pobreza y austeridad que los clérigos habían pronunciado.

El padre encendió la luz que era eléctrica y parecía ser la única notable aportación de la era moderna a aquel lugar. Se sentaron alrededor de una mesa sobre la que había un mantel amarillento y donde las manchas de grasa y café parecían definir un dibujo geométrico. Carmen aceptó tomar un café que el sacerdote preparó en la cocina situada detrás de ella.

—Pues como le iba diciendo —dijo el sacerdote mientras encendía uno de los fuegos con una cerilla—, esta iglesia se ha quedado un poco abandonada. Yo me peleo, claro, como puedo con el ayuntamiento para que me concedan una subvención para poder hacer obras de reacondicionamiento, pero siempre me contestan con evasivas. Como es un edificio que se ha construido entre varias épocas, claro, no tiene un estilo bien definido y no quieren declararlo monumento del patrimonio histórico-cultural de la ciudad. Y como templo, no logro tener más de diez personas en la misa de domingo y, claro, no es suficiente aforo para que me declaren de interés religioso. Y todo esto, claro, se muere en el olvido.

Acercó al fuego una cacerola que había llenado de agua. Abrió uno de los armarios y extrajo una caja de aluminio que abrió y de la que sirvió dos cucharadas de un polvo negro que parecía café.

—¿Lo tomará solo o con leche? —preguntó mientras colocaba la caja de nuevo en su sitio.

—Solo, gracias —confirmó Carmen.

—Sabía elección, claro. La verdad, la gente de por aquí tiene la costumbre de tomarlo cortado o con leche y es que no se dan cuenta del mal olor que este brebaje produce. Claro, dan ganas de devolver y cuando lo ingiere uno parece que el olor entra dentro de uno mismo y luego se tiene el aliento a café con leche.

Hubo un momento de silencio que, mientras Carmen seguía esperando contemplando las paredes tristes y desnudas, el sacerdote aprovechó para verter el agua hirviendo en el filtro de café. Lo fue haciendo poco a poco para no derramar.

—Ahora, hay que esperar unos pocos minutos —dijo cuando acabó la operación.

El café caía lentamente a través del filtro como gotas que más parecían petróleo que otra cosa. Carmen adivinó por el olor que se trataba de torrefacto de mala calidad que seguramente le produciría ardor de estómago. Pero luego recordó que no había venido hasta aquí para degustar café.

El sacerdote se acercó hasta ella y depositó una taza con su pequeño plato frente a ella. Parecía de porcelana y, aunque algo desgastada por el uso, era muy bonita. Los colores vivos del dibujo contrastaban con el resto del cuarto.

El clérigo se sentó frente a ella. Era un hombre entrado en años que había perdido el vigor de sus mejores años y parecía cansado y melancólico como causa de la soledad que su vida aquí le producía. Carmen sintió compasión por él pese a que estaba viviendo la vida que él había elegido.

—No recibo visitas a menudo. Tal vez tenía algo que hacer y la estoy reteniendo aquí para hacerme compañía —se excusó—. ¿De dónde es usted?

Era una pregunta inocente, pero Carmen dedujo que si le contaba la verdad se encontraría en el aprieto de seguir contándole más cosas. Y eso mismo, quería evitarlo. Por otra parte, su acento traicionaba de algún modo su origen así que inventó una historia.

—Soy una exiliada cubana. Mis padres llegaron a España tras la revolución castrista y yo nací aquí, bueno, en Madrid.

—¡Ah! —exclamó disimulando su sorpresa. Añadió un comentario político sobre los problemas del régimen de Castro y se levantó para traer el café. Al volver, sirvió las dos tazas y dejó la cafetera en el centro de la mesa—. ¿Azúcar? —preguntó. Carmen negó con la cabeza—. Yo también lo tomo sin azúcar, así cuida mi línea —añadió con una sonrisa. Tomó un sorbo de su café saboreándolo. Era el último placer que le quedaba en la vida.

Carmen fingió tomar un sorbo también y añadió un comentario educado sobre la calidad del brebaje.

—¿Recuerda cuando tenían ustedes abierto el orfanato, padre? —preguntó Carmen deseando abordar el objetivo de su visita.

—Hace mucho tiempo. Creó que la orden lo abrió en la posguerra, claro, en el cuarenta, para atender los hijos cuyos padres habían muerto en la contienda. Sobretudo eran hijos del bando republicano. Nosotros sentíamos preferencia por los franquistas, claro, porque defendían los mismos valores que nosotros, pero la iglesia no entiende de política y los niños que se habían quedado solos eran muchos y necesitaban ayuda. Construimos además una pequeña escuela donde les enseñamos a leer, claro, a escribir y a trabajar la tierra. Sabíamos que nunca conseguiríamos formar gente de letras o ciencias así que nos inclinamos por asuntos prácticos. Cuando cumplían dieciséis años ya podían trabajar el campo y se vendían como jornaleros o se colocaban en alguna granja. Me satisface encontrar aún alguno de ellos que me agradece lo que hicimos por ellos.

Sorbió otro poco de café y prosiguió:

—Durante la dictadura, obtuvimos ayudas estatales, claro, para sacar nuestro proyecto adelante pero luego, con la democracia y como también teníamos menos niños, el estado pensó que era mejor abrir un orfanato en el centro de la ciudad bajo la tutela del ayuntamiento. Y, claro, nos quedamos sin ayudas y recurrimos a la diócesis. Pero esta es una zona pobre y nadie nos ayudó. Colocamos los últimos niños, cerramos la escuela y el orfanato hace unos quince años.

—¿Conservaron un registro de todos los niños que tuvieron aquí?

—Fueron muchos, pero sí, conservamos todos sus nombres.

—¿Dónde los tienen archivados?

—Pues aquí mismo, claro, en un despacho que tengo cerrado para conservarlos en buen estado, ¿por qué?

Carmen sintió que el corazón le pegaba un vuelco. Al fin encontraba una luz de esperanza en la oscuridad en la que se estaba moviendo.

—Verá, padre, mi marido va a cumplir cuarenta años dentro de poco y quiero hacerle una sorpresa entregándole un pequeño libro que estoy escribiendo y donde reconstruyo su vida. Él estuvo internado aquí cuando tenía unos diez años y quisiera saber algo más de aquella época. ¿Podríamos consultar esos archivos?

—Claro. Venga.

Carmen le siguió por un pasillo, luego bajó unas escaleras y notó, observando como oscurecía fuera que ya era de noche. Hacía bastante frío por donde pasaba e intentó abrigarse un poco más. El hombre abrió una puerta de madera con una llave bastante grande y entraron en un pequeño cuarto que olía a moho y a humedad. Con la luz encendida, Carmen vio una mesa de madera de roble con varios agujeros producidos por el tiempo. Alrededor, había varios armarios también cerrados.

—Según me ha dicho usted, habrían ingresado a principios de los sesenta —se dirigió hacia unos de los armarios y lo abrió con otra llave—, aquí debe estar, en unos de esos tomos.

El sacerdote extrajo tres tomos que parecían libros antiguos. Los dejó sobre la mesa. Y abrió el que correspondía a los años 1960 y 61. Era una colección de informes sobre los niños que estaban clasificados por orden de ingreso. Por cada uno de ellos se habían reservado diez páginas donde se anotaban sus datos particulares, notas y comentarios de sus profesores. Algunos tenían también un registro de faltas y castigos.

Carmen le dio el nombre completo de Antonio y el sacerdote empezó a buscar. No lo encontró en el tomo que había abierto en primer lugar. Lo cerró y pasó al de los años 1963 y 64. Fue pasando las hojas hasta detenerse en una. Se la enseñó a Carmen.

—¿Es él? —preguntó.

Carmen leyó los datos personales y confirmó con la cabeza. Era Antonio. Y se alegró. Al fin algo de verdad en todo esto, pensó. Empezó a leerlo.

Los nombres de los padres y el lugar de nacimiento eran los mismos que había leído en el expediente de la policía. Pero allí, donde había estado esta tarde, no le conocían. Nada ponía de la muerte de los padres.

—¿No hay nada donde se diga algo de los padres?

—No solíamos anotarlos. Siempre estaban muertos, claro. En el caso de su marido —giró una página—, hemos anotado que murieron en accidente y el nombre de la persona que los trajo aquí. El señor... El señor Aranjuez —leyó—. Parece que tiene nombre de ciudad, ¿no?

Carmen notó que algo le había sorprendido. Parecía trasladado a otro mundo, ausente del presente.

—¿Recuerda a este hombre? —preguntó.

—¿Quién? ¿El señor Aranjuez? No le llegué a conocer. Él trajo muchos niños precisamente aquel año. Mire —giró otras páginas más y cada vez que leía el nombre de otro chico, leía el de la persona que lo había traído. Siempre era el mismo nombre—, ¿ve? Creo que trajo a unos veinte.

—¿Quién era?

—Poco supimos de él. Siempre que venía, procuraba no hablar nada de él así que admitimos su silencio, claro. Lo único que sí sabíamos era que trabajaba para el estado. Recuerdo que nos pedía que cuidáramos especialmente de los niños que traían porque eran muy conflictivos.

—¿Nunca se preguntaron de dónde venían?

—Claro que nos lo preguntábamos, pero si él no quería decir nada, sólo podíamos respetar su deseo y cumplir con nuestro deber de cristianos: cuidar de los niños.

—Y decía que eran difíciles...

—Sí que lo eran. Fue un grupo con el que tuvimos que emplear el castigo a menudo. Era como si tuvieran una fuerza sobrenatural que les hacía invulnerables. Si lee el registro de faltas de cada uno de ellos verá que acumulaban los castigos. No parecía afectarles. Eran desafiantes, arrogantes incluso, algo extraño en niños de esas edades, claro. Y lo peor de todo es que siempre estaban peleando entre ellos. Sobre todo, de noche.

—¿Peleaban solo de noche?

—No. También durante el día, claro. Lo que quise decir es que pasaban la noche haciendo travesuras, peleándose, rompiendo cosas. Los hermanos que les vigilaban no daban abasto y se tenían que ir relevando continuamente para poder dormir.

—¿Me está diciendo que no?

—Que no dormían casi nada. Sí, a lo sumo un par de horas por noche. Tal vez fuera eso la causa de la extraordinaria vitalidad que tenían.

Carmen leía distraídamente el tomo que el cura le había presentado al tiempo que pensaba en lo poco que dormía Antonio. Era algo que había observado sin darle importancia.

Además, la larga lista de castigos demostraba que se trataban de niños rebeldes pero lo curioso es que todos fueran así. Como si les hubieran enseñado este comportamiento.

—¿Diría entonces que formaban un grupo homogéneo?

—Sí, claro. Los veinte chicos eran muy similares y muy distintos de todos los demás. De hecho, creamos una clase especial solo para ellos para que no influyeran a los demás. Cuando se fueron haciendo mayores, empezaron a adoptar conductas más normales. Se convirtieron en adultos. Todo lo contrario de lo que habían sido. ¡Imagine la alegría que tuvieron sus cuidadores al verles partir!

Carmen asintió con un gesto de la cabeza. Claro que lo imaginaba.

—Y ese señor Aranjuez, el que los traía, ¿qué ha sido de él?

—Era médico. Creo que un especialista en comportamiento o psicología. Nunca lo supimos del todo. Pero no sabemos su verdadero nombre. Aunque... déjeme un segundo que consulte unas cartas que tenemos por aquí —pidió mientras abría una caja con el correo—. Claro, este señor guardaba correspondencia con el prior de la orden. Fue él mismo quien creó el orfanato. Murió antes de que lo cerráramos. Dios lo tenga en su gloria. Creo que muchos niños le deben la vida. Aquí están las cartas.

Eran sobres amarillentos donde podía leerse la dirección escrita con un fino trazo de pluma y donde los sellos pegados indicaban que fueron expedidas desde Madrid. Las esparció sobre la mesa apartando los libros que había colocado con anterioridad. Tal vez habría unas veinte o treinta con fechas comprendidas entre los años 1963 y 70.

El padre abrió una y extrajo una carta que leyó con rapidez. El contenido no le interesaba, solo buscaba una dirección, un indicio sobre el paradero del remitente. Carmen lo imitó tomando otra cuyo contenido leyó.

Pasaron varios minutos, y siguieron abriendo y leyendo cartas.

—Ya lo he encontrado. —El padre parecía tener la ilusión de un niño que abre su regalo de cumpleaños. —Mire, aquí mismo. —Entregó la carta a Carmen. Pudo leer el siguiente texto: "... Ya sabes que encontrar una nueva casa para mi familia, me ha costado lo suyo y quedas invitado a

venir a vernos cuando quieras. Recuerda que para escribirme deberás hacerlo a Sr. Enrique Sanz de Toledo..." y seguía la dirección del domicilio.

Carmen estaba radiante de alegría. Agradeció la ayuda que el sacerdote le había prestado. Este la despidió deseándole suerte en su búsqueda.

Llegó de regreso a Madrid de madrugada. Se acostó y durmió casi diez horas. Cuando se despertó, pudo notar que era casi la hora de comer, pero no tenía hambre. Se duchó, se arregló y se vistió como cada día. Deseaba encontrarse con el hombre que había llevado a Antonio al orfanato hace treinta años. Ella sabía, o más bien intuía, que podría contestarle a todas las preguntas que se hacía. Pero luego recordó a su amigo que seguía acostado en la cama de un hospital, en estado de coma.

Se dirigió primero al hospital para verle con la esperanza de que hubiera despertado ya. Pero todo seguía igual y los médicos empezaban a perder esperanzas. Llevaba así tres días y no había evolucionado. Tal vez permanecería en ese estado lo que le quedara de vida.

Carmen estaba desmoralizada. Por primera vez sintió deseos de echarse a llorar, pero se retuvo. Aun necesitaba todas sus fuerzas y un llanto se le antojaba como una debilidad que no quería mostrar a nadie, aún menos a sí misma.

Ante la frustración de quien no puede hacer nada por un ser querido, decidió desplazarse hacia la casa de Sanz de Toledo tras consultar su domicilio en la guía.

Logró encontrarla, pero de nada le sirvió. Una doncella la recibió y la informó de que en efecto sí era su casa, pero su propietario se encontraba impartiendo clases en la Universidad Complutense.

Apenas hubo escuchado esta respuesta, Carmen volvió a subirse en el coche camino de la parte oeste de la ciudad donde sabía se encontraba la universidad. No tardó en encontrar la facultad de medicina, gracias a la ayuda de los estudiantes que fue encontrando por el camino.

Cruzó el umbral del edificio y se dirigió a la secretaría. Allí preguntó por el señor Sanz de Toledo y le contestaron que el profesor se encontraba impartiendo una clase en el laboratorio. Carmen pudo encontrarlo otra vez recurriendo a la ayuda de los estudiantes que iban y venían por los pasillos y escaleras del edificio.

Se acercó a unas puertas donde colgaba el letrero “laboratorio” y pudo ver por las pequeñas ventanas una gran sala donde las mesas eran de metal con una base de azulejo. Los estudiantes parecían atentos observando a un

hombre más bien anciano que, desde la pizarra, parecía explicarles algo mostrándoles un dibujo. Carmen no lograba ver bien al profesor que proseguía su clase ajeno a su presencia.

Dudó un momento en entrar en el aula, pero tras consultar su reloj, observó que faltaban cinco minutos para las dos y pensó que tal vez sería la hora en que terminaría la clase.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Sonó un timbre y lo primero que pensó era que estaba dos minutos adelantado. Pero no importaba. ¡Mejor así!

En el laboratorio, algunos estudiantes tomaban unos últimos apuntes con cierta prisa mientras los demás cerraban carpetas y plegaban libros. En pocos segundos la puerta se abrió y uno tras otro fueron saliendo en orden irregular.

En dos minutos, el profesor se había quedado solo limpiando la pizarra. Carmen aprovechó para entrar.

—¿El profesor Sanz de Toledo? —preguntó con exagerada cortesía.

El anciano se detuvo y se giró para observarla. Parecía viejo y cansado. Unas pequeñas gafas redondas sobre su nariz escondían unos ojos que guardaban el brillo de las personas curiosas por naturaleza. Tenía la frente arrugada y la piel con manchas de vejez. Por último, el pelo blanco peinado de forma a esconder su creciente alopecia, le hacía más calvo de lo que seguramente era.

Tras verla de reojo volvió a girar el cuello para seguir borrando la pizarra como ignorando su presencia. Cuando hubo acabado volvió a tornarse hacia ella y empezó a ordenar sus apuntes sobre la mesa. Carmen se estaba poniendo nerviosa.

—Sí. Soy yo —dijo al fin.

—Me alegro de conocerle. Me llamo Carmen y quisiera hacerle algunas preguntas...

—Las preguntas luego, en mi despacho, en las horas de tutoría —cortó el profesor confundiéndola con un estudiante.

—No, no se trata de sus clases.

—¿Entonces?

—Se trata del orfanato. —Carmen observó que fruncía el ceño como si no entendía lo que le preguntaba. —Ya sabe, los veinte niños que llevó usted en 1963 al orfanato de los jesuitas en Cáceres.

—¿Es usted periodista?

—No, vera...

—¿Quién es usted, entonces? —volvió a interrumpir casi gritando. Parecía enojado y Carmen se sentía molesta por su reacción.

—Por favor, cálmese —imploró—, sólo quiero preguntarle por los niños.

—¿Quién es usted? —insistió— ¿Por qué debería contestar a sus preguntas?

—Porque uno de ellos está en coma y tal vez usted sepa cómo salvarlo —contestó Carmen gritando al borde de la histeria. Enseguida el profesor se calmó. Parecía palidecer y sus ojos bailaban detrás de las gafas como si estuviera en estado de choc.

—¿Quién? —preguntó con tono suave.

—Antonio. ¿Le recuerda?

—Antonio... Antonio... —parecía estar soñando, como en una nube mágica. —Sí, era un chico prometedor. Nunca llegué a conocer a su madre.

Parecía pensativo, sin duda escudriñando sus recuerdos. Luego le preguntó a Carmen si quería acompañarle a comer y ella aceptó esperanzada.

La cafetería de la facultad de medicina era un pequeño bar con máquinas automáticas de bebidas y bocadillos y una barra donde podían pedirse menús completos.

Los dos se sentaron a una mesa retirando vasos y envoltorios que sus anteriores ocupantes habían dejado. Se sentaron tras pedir sus platos.

—Carmen, me ha dicho que se llama así, ¿no? ¿Qué quiere saber?

—¿De dónde venían esos niños?

—La historia es muy larga, ¿seguro que quiere oírla? —Carmen asintió. —¿Seguro que está preparada para escucharla? —Carmen no entendía bien la pregunta, pero volvió a asentir con la cabeza.

Los platos estaban listos y el profesor se levantó para traerlos. Cuando se hubo sentado permaneció un tiempo en silencio.

—Se trata de algo complicado ¿sabe? Deberá comprender que yo no lo sé todo. Imagino que algunas preguntas quedarán sin respuesta, pero procuraré ayudarle. Por cierto —pareció recordar algo—, ¿qué le pasó a Antonio?

—¿Se refiera al coma? Le dispararon.

—Lo imaginaba. Eso mismo quisieron hacerles a todos ellos.

—¿Quiénes?

El profesor esparció un poco de sal sobre sus huevos y luego reventó, con el tenedor, aquel que tenía más cercano. Mezcló la yema con el arroz y tragó un sorbo de su cerveza.

—Imagino que el nombre de Hautmann no le dirá nada, ¿verdad? Era un neurólogo alemán muy reputado en su tiempo. Nació a principios de siglo en Múnich. Era de familia adinerada. Creo que sus padres tenían varias granjas. Estudió psicología en Dusseldorf. La mente humana le fascinaba. Así que más que estudiar los sentimientos, las emociones, el comportamiento, pensó que debía estudiar lo que las originaba. Me refiero al cerebro. En una época en que los médicos no sabían nada de neurología, Hautmann empezó a diseccionar cerebros y a estudiarlos. Quería ir más allá, saber más que nadie. Cuando decidió que ya sabía demasiado sobre la mente quiso investigar cómo podía controlarse desde fuera del sujeto. Imaginó que un día lograría entrar en el cerebro de otra persona y dominarla, obligarla a hacer cosas en contra de su voluntad. Así que lo primero que necesitaba investigar era como neutralizar la voluntad. Quiso practicar con voluntarios, pero nadie se dejaba así que estuvo unos años impartiendo seminarios e inventando teorías que no pudo practicar. Estalló la segunda guerra mundial y tuvo que integrarse en un hospital como ayudante de cirugía. No tenía ni idea de cirugía, pero como sabía diseccionar cerebros, los nazis pensaron que también valía para amputar piernas y coser heridas. Los primeros años de la guerra fueron victorias para Alemania, pero luego entraron los americanos y las cosas empezaron a ponerse feas. Hitler se puso furioso cuando le dijeron que sus tropas en el frente ruso se estaban rindiendo, incluso desertando. Las mismas noticias le llegaban del desierto. ¿Lo imagina usted? Sus soldados invencibles, seres todopoderosos de un nuevo orden, se habían vuelto cobardes. Un soldado no lucha de la misma forma si va ganando como si va perdiendo. Es decir, que la componente emocional es vital en su determinación al combate.

El profesor se detuvo un segundo para sorber un poco más de cerveza, reventar el otro huevo y hundir un enorme trozo de pan en él. Acabada la faena, removi6 el pan y se lo llev6 tal cual a la boca cuyo esfuerzo en abrirse pod6a notarse.

—Hitler —prosigui6— se enfrentaba con unos soldados con la moral por los suelos. Entonces recurri6 a sus mejores cient6ficos para descubrir un remedio y Hautmann aprovech6 esta oportunidad. ¿Con qui6n practicar? Pues con los jud6os, claro. Ingres6 como jefe del laboratorio del campo de concentraci6n de Bergen Belsen. Estuvo trabajando dos a6os all6 hasta que los rusos por un lado y los norteamericanos por el otro estaban conquistando Alemania. Hautmann huy6 a Espa6a donde recib6 la ayuda de las autoridades franquistas, en otro momento, aliadas del III Reich. Se fue a vivir a Valencia. Hab6a logrado evadirse con todo su dinero en oro as6 que pod6a vivir c6modamente y fue lo que hizo durante unos a6os.

Acabados los huevos, dio cuenta del arroz con un par de cucharadas que juntas acabaron alimentando la boca que otra vez se abr6a de par en par acogiendo la comida. Durante la operaci6n, el profesor permaneci6 en silencio no siendo compatible el comer con la charla. Mientras tanto, Carmen no com6a nada.

—Vivi6 oculto hasta que unos cazadores de nazis dieron con 6l pidiendo que fuera juzgado por cr6menes de guerra, pero Franco se neg6. Era a finales de los cincuenta y los Estados Unidos salieron inquietos de la guerra de Corea. No la hab6an logrado ganar y el s6ndrome de imbatibilidad yanqui se derrumbaba. Por otra parte, la guerra fr6a con los sovi6ticos estaba en auge. Eisenhower, desde la presidencia, autoriz6 el desarrollo de programas nucleares, investigaciones en los campos de la guerra qu6mica. Algunos cient6ficos de Los 6lamos lograron desarrollar el primer virus en cautividad construyendo la primera bomba biol6gica y estallaba la primera bomba de hidr6geno. Por su parte los rusos hac6an lo mismo, pero con programas sobre ciencias alternativas al simple armamento. Investigaban como crear el soldado ideal: fuerte, obediente hasta la muerte, sin miedo a nada. Vamos, el aut6ntico Rambo.

Carmen sonri6 con la alusi6n.

—Los americanos oyeron de este programa y decidieron hacer lo mismo, pero no ten6an a nadie especializado en el tema. Por otra parte, la CIA informaba que Hautmann, conocido por sus experimentos en

neurocirugía en Bergen Belsen, había sido localizado en Valencia. La CIA lo contactó y le ofreció dinero, mucho dinero, para construir el soldado ideal. Construyeron un laboratorio en Cáceres, lejos de cualquier granja y protegido por el ejército español y bajo la supervisión de la CIA. Era 1955 y empezó sus pruebas sobre niños huérfanos que eran captados en la calle, en los pueblos o en los orfanatos. Todos ellos tenían dos, tres o cuatro años. Hautmann hizo muchas pruebas con ellos, pero no logró nada concluyente. Quería que fueran hombres invulnerables al sueño y sus criaturas sólo dormían dos horas por noche, el límite biológico. Pretendía que el sexo también era una debilidad y los hizo impotentes. Quiso que fueran máquinas de matar y creó psicópatas paranoicos. Eran unos cien niños los que había allí y solo sobrevivieron unos veinte. Los otros murieron durante las pruebas o a manos de sus compañeros. Sí, Hautmann había creado asesinos, monstruos. El ejército español sólo informó de la parte romántica del proyecto a Franco, pero cuando éste se enteró de la realidad se enfureció y cerró el laboratorio. Yo traje los niños a un orfanato confiándolos a los jesuitas que, pensaba, podrían educarlos. Creo que tan sólo sobreviven unos pocos, a lo sumo la mitad de ellos. Antes, se les hizo un lavado de cerebro, pero sus pautas de conducta no pudieron corregirse.

—¿A qué comportamiento se refiere?

—La mayoría de ellos eran esquizofrénicos además de paranoicos. Desarrollaban una segunda personalidad de una extrema violencia produciéndose incluso un comportamiento homicida. Eran un poco como la bella y la bestia. Pensamos que todo esto podía desaparecer cuando fueran adultos. De hecho, las noticias que tuve del orfanato me lo confirmaron. De niños eran demonios y de adultos, gente encantadora.

—¿Está seguro de eso? ¿La personalidad homicida no quedaría latente y podría resurgir con los años?

—Era una posibilidad. La CIA la había contemplado y nos había ordenado que matáramos a los niños, pero no pudimos. No somos asesinos. Así que les ingresamos un millón de dólares en veinte cuentas, una por cada niño, y les construimos un pasado que injertamos en su mente. Casi siempre recurríamos a padres imaginarios enriquecidos con negocios, con tierras y que habían fallecido al final de muerte violenta, allí imaginamos todo tipo de muerte: suicidio, accidente de coche, de avión, de barco, de tren... No quisimos dejarlos desamparados después de

lo que les habíamos hecho. Pero esto, la CIA no lo supo. El agente que habían destinado fue quien tuvo la idea de este final para los niños.

—¿Quién era?

—No recuerdo su nombre. Era bastante joven y de buena presencia. Era un hombre inteligente y de mente abierta lo que no parecía propio de un agente secreto. Pero no recuerdo como se llamaba.

—¿Y Hautmann?

—Cuando cerró el laboratorio, envejeció de golpe, tuvo una larga depresión al no ver hacerse realidad su sueño y entonces se volvió algo paranoico. La idea de la muerte le asustaba. Era casi una obsesión. No quería morir y fue buscando un remedio que le permitiera vivir eternamente. Como no lo encontró, pensó que solo era cuestión de tiempo. Tenía una fe ciega en la ciencia y decidió que su cuerpo fuera congelado antes de morir. Lo llaman criogenización, la idea la leyó en la biografía de Walt Disney. Poco antes de morir, viajó a California, al laboratorio que había congelado al creador de Mickey y le entregó todo su dinero. Era 1971. creo que sigue congelado en un depósito que el laboratorio de criogenización tiene cerca de Los Ángeles.

—Murió entonces.

—Se puede decir que sí. Tal vez dentro de mil años vuelva a vivir tras la descongelación.

—¿Y en qué consistía su trabajo?

—¿El mío? —suspiró—. Yo fui de algún modo su ayudante. Y digo de algún modo porque Hautmann no confiaba en nadie. Estoy seguro de que hay detalles de sus investigaciones que no me ha llegado ni a contar. Además, yo era el enlace entre el laboratorio y el estado español. Tal vez fuera por eso que no confiaba en mí.

—¿A qué detalles se refiere?

—Creo que lo que de verdad perseguía no era crear el soldado invencible sino el dominio de una mente sobre otra. Ya me entiende, si ahora pensara en usted intensamente y la imaginara levantarse y desnudarse, usted lo haría de forma involuntaria, solo porque su mente estuviera bajo mi poder. Perdone el ejemplo.

—¿Significa esto que sospecha que Hautmann podía dirigir a sus niños solo con el pensamiento?

—Yo creo que sí.

—¿Incluso podría empujarles a asesinar?

—Es posible, sí. Pero bueno, si él estuviera aún vivo, por supuesto.

—¿Porque no decidieron entonces eliminarlo? Tal vez fuera él mismo el catalizador de los comportamientos paranoicos de los niños. Además —añadió pensativa—, me dijeron que los niños dejaron de comportarse de forma violenta al cumplir los dieciocho, lo que más o menos, concuerda con la muerte de Hautmann.

—No había pensado en ello. En 1963, tenían entre diez y doce años; en 1971, cuando murió Hautmann, entre dieciocho y veinte. ¡Es verdad! Su muerte les trajo paz.

—¿Guarda la lista de los niños y sus paraderos actuales?

—No. La CIA se encargó de colocarlos tras salir del orfanato. Sólo el agente que había servido de enlace guarda esta lista.

—Por último, se lo ruego, deme el nombre de este agente.

—Ya le dije que yo no...

—Sí, sabe quién es y cómo se llama. Estoy segura de que usted ha hablado con él hace muy poco.

—¿Qué le hace pensar esto?

—Se ha mostrado demasiado cooperativo.

—Él me pidió que le contara todo, pero me ordenó que no le diera su nombre.

Carmen se despidió dejando su plato apenas empezado. Una ligera sospecha, casi una obsesiva idea se había adueñado de su mente. Estaba asustada ante lo que estaba pensando y deseaba que no fuera verdad.

Aún conservaba las llaves que Antonio le había dejado. Pudo entrar en su apartamento y notó el olor a encerrado que la vivienda tenía al llevar varios días sin ocupante. Todo estaba como ella lo había visto la última noche que pasó con Antonio. Excepto por el hecho de que todo permanecía a oscuras como una cueva en la que se entraba por primera vez.

Carmen corrió las cortinas y encendió un par de luces. El apartamento recobraba un poco de vida. Eran ochenta metros cuadrados bien distribuidos entre un pequeño salón, la cocina y el dormitorio. Carmen dejó las llaves en el cenicero de la entrada, no sabía que era el gesto rutinario que Antonio cometía al llegar a su casa. Se quitó la cazadora y la

colgó sobre el dorso de una silla y miró alrededor. No sabía por dónde empezar.

Se dirigió al baño, encendió la luz y observó con la desgana de quien ve sin querer ver. Pareció obsesionarse con su imagen en el espejo. Tuvo dificultades en reconocerse, parecía haber envejecido diez años. Acercó más el rostro y empezó a contemplarse con ojo crítico. Las arrugas alrededor de los ojos eran muy pronunciadas, había perdido un poco de color en la piel. Siguió la exploración para finalmente concluir que, pasados unos días de reposo, todo volvería a la normalidad.

O casi todo. Algo no sería como antes. Ese algo era ella misma. Entonces cerró los ojos y millones de imágenes pasaron por su mente, como un film sin sentido. Más allá de la humillación a la que había sido sometida, más allá de los acontecimientos que habían pasado, temía descubrir que todo aquello en que creía era una farsa. Temía ver como el edificio de sus valores morales se derrumbase convirtiéndose en humo y escombros.

Pero la vida sigue, sólo que, vivida de forma diferente, aprendiendo a compartirla con un nuevo orden de valores y principios, una nueva moral. Carmen se reajustó un poco el flequillo. Abrió el grifo del agua fría y se humedeció la frente con ella. Luego se secó con la toalla que encontró colgada detrás de ella. Tras volver a colocarla, volvió a observarse en el espejo. Estaba mejor, sólo un poco mejor.

Carmen rejuveneció de golpe y recuperó las fuerzas para seguir con su trabajo. Ya dispuesta para empezar la revisión de la casa de Antonio, localizó tres armarios empotrados, uno en la cocina y los otros dos en el dormitorio. Los fue abriendo uno tras otro y registró todos los cajones y lo que había dentro. No encontró nada fuera de lo normal: ropa, más ropa, más ropa. La fue removiendo según la encontraba por su camino y no encontraba nada anormal. Sólo la maldita ropa.

Luego hizo lo mismo con las mesitas de noche del dormitorio. Tampoco nada. Aún en el dormitorio, observó debajo de la cómoda donde sólo vio unas motas de polvo. Apartó el colchón de su base y tampoco encontró nada. Escudriñó el colchón en busca de algún defecto, algún corte, alguna incisión que mostrase el camino hacia un escondite secreto. Luego le tocó el turno a la alfombra y también fue inútil. Tampoco dejó sin investigar la única silla que allí había. Nada.

Carmen sentía la adrenalina descargarse en el cuerpo. Se sentía al borde de la histeria, deseaba seguir buscando y no encontrar nada de lo que sospechaba. Se dirigió hacia la cocina y empezó a rebuscar todos los sitios. Abrió, uno tras otro, los armarios y encontró lo que se suponía debía haber allí: platos, vasos, sartenes y cacerolas. Luego abrió todos los cajones y otra vez no hubo sorpresa: cubiertos, papel de aluminio, café.

Miró por detrás de los electrodomésticos, moviéndoles con esfuerzo visto el peso que tenían. Sólo encontró más polvo, una cuchara extraviada, un ticket de la compra de hace mil años. Luego miró dentro de la lavadora y del horno. Incluso abrió la nevera. Seguía sin encontrar nada.

Abrió el congelador: carne y pescado congelado y una bolsa de plástico con el anagrama de unos conocidos grandes almacenes. La colocó sobre la pequeña mesa de la cocina y la desplegó. Guardaba algo metálico y ropa en su interior. Estaba asustada. Cogió la bolsa por sus extremidades y vació su contenido sobre la mesa evitando tocar nada. Había encontrado algo.

Ahogó un grito al ver un cuchillo de caza con sangre reseca sobre la punta y el mango. También había una camisa con varias manchas de sangre debidas a su roce con una mano ensangrentada.

¿A quién pertenecía esta sangre?

Carmen tenía la certeza de saberlo, pero quería estar segura. Encontró una bolsa de basura en el pequeño armario al lado de la nevera e introdujo la camisa dentro ayudándose de un par de tenedores. No quería dejar sus propias huellas.

Estaba segura de que el laboratorio de toxicología podría compararla con la de la sábana encontrada bajo el cuerpo de la prostituta de Concha Espina. Demostraría que Antonio fue su asesino, aunque, ahora que estaba en coma y que seguramente seguiría en este estado durante más tiempo, quedarían algunas cosas por aclarar. Tal vez la policía y la justicia españolas no podrían aclararlas, pero Carmen sí lo podía.

Dejó la bolsa de plástico en la comisaría donde trabajaba Luis con una pequeña tarjeta en la que le explicaba donde había encontrado la camisa y donde dejó el cuchillo. No le explicó más. Luis deduciría el resto. Por su parte, Carmen regresaba a Estados Unidos.

Quería hacerle una última visita a Hautmann. Quería descubrir quién servía de enlace en la CIA para tan siniestra operación.

No era como lo esperaba. No era como hubiera deseado que fuese. Vino a la caza de un hombre convencida de que era un asesino. Hoy, sabía que había sido engañada. Siguió pistas falsas que otros dejaron para que permaneciera la verdad en la oscuridad, para que permaneciese oculta.

Pero tanta mentira, tanto engaño, tanta mierda, de repente desaparecía como el aliento. Sólo le faltaba esclarecer un par de detalles, pero la historia giraba por sí sola y la convencía. Estaba segura de haber encontrado la verdad debajo de tanta falsedad. Sin embargo, Carmen, también sabía que la habían ayudado. Que ella sola no habría podido resolver el misterio. Parecía como si, entre aquellos empeñados en engañar y en mentir, hubiera algún arrepentido, alguien que deseaba salir de las tinieblas. Debía ser alguien que no había perdido del todo aún sus ideales, alguien que sabía que había obrado mal y que no podía hacer nada por resolverlo excepto el asegurarse de que no hubiese más, o de que no hubiese otra vez.

Carmen debía localizarlo, aunque estaba segura de que tarde o temprano, esta persona la contactaría.

Luego, dedujo que en España ya no podía hacer nada y debía volver a casa. Antonio permanecía igual. Llevaba ya bastante tiempo en coma como para estudiar la idea de desconectarlo, pero no lo suficiente como para tomar la decisión. Carmen sabía, presentía, que Antonio nunca volvería en sí.

¿Y si despertase? ¿Qué encontraría?

Si ella descubrió que aquello que defendía, aquello en que más creía, no era más que el espejo deformado de la maldad, Antonio, al despertar, descubriría que él era ese espejo, a la vez bueno y a la vez malo, como ángel y demonio. ¿Cómo una persona puede dormirse y despertarse descubriéndose asesina?

Antonio no podría soportar esa doble personalidad, y tampoco podría admitir ser quien él mismo perseguía. ¿Cómo convivir con el asesino a quien se estaba persiguiendo? ¿Cómo ser uno mismo los dos lados de una moneda?

Antonio nunca volvería a ser el mismo. Además, pensó Carmen, no era sólo descubrir que era un asesino, aunque involuntario. Era descubrir que su vida no existía. Descubrir que nunca tuvo padres, sino que los inventó. Descubrir que nunca estuvo casado, sino que Susana se había formado en su mente. Llegados a este punto, Antonio, ¿qué era? O más bien ¿qué no era?

Antonio ya no era un hombre. No lo volvería a ser nunca. Era, fue, un experimento fallido.

Convencida de que todo debía permanecer así, de que Antonio no debía despertar de nuevo y de que seguramente no lo haría, Carmen decidió embarcarse en un avión y volver a casa.

Una hora antes de presentarse en el aeropuerto, fue al hospital a rendirle una última visita. Aquél permanecía en el mismo estado. Lo único con vida de la habitación era una serie de máquinas que emitían unos bips electrónicos y totalmente deshumanizados. Carmen le acarició la mano y, aunque hubiese deseado lo contrario, se alegró de ver que no reaccionaba.

Al no disponer Antonio de familiares, realmente no tenía a nadie, los médicos que le atendían se encontraban con un vacío nada habitual. No sabían a quién informar, y sobretodo no sabían qué hacer cuando, pasado un tiempo, el estado vegetativo de Antonio se confirmase. Entonces se formularía una pregunta sin respuesta. Era una cama de hospital ocupada para un fin imposible, Antonio no podía volver a la vida. Luego, a algún juez le tocaría leer el informe médico, consultar con algún especialista y decidir si aquella cama debía seguir así o podía ser liberada para que otro paciente con más posibilidades de vivir pudiera ocuparla.

Carmen agarró la tarjeta de embarque que una amable azafata le dio tras facturarle el equipaje y preguntarle sus preferencias por el asiento. Carmen se mostró fría y habló lo mínimo necesario.

Tampoco habló al pasar el control de pasaportes. Tampoco habló una vez en el avión. El viaje era largo y echó un sueño. Sólo despertó cuando sintió reducirse la potencia de los motores, el avión estaba iniciando su maniobra de aproximación y poco le faltaba para tomar tierra.

A la hora del aterrizaje, pudo recuperar su equipaje, pasar el control de pasaportes, identificarse como miembro del FBI y solicitar un taxi que la llevase hasta el edificio del FBI. No deseaba pasar por casa, había descansado y sólo quería hablar con su jefe e informarle.

Craves la escuchó en silencio. Se hallaba sentado confortablemente en el sillón detrás de su despacho dejando a Carmen enfrente separados por un escritorio de estilo clásico y de madera oscura. Había poca luz, sólo la que emanaba de la lámpara situada sobre el escritorio sumergiendo todo el resto en una inquietante oscuridad.

Recién llegada desde España, no había redactado su informe sobre el caso, de hecho, estimaba que sería éste un trabajo que podría llevarle fácilmente un par de días. Pero Craves no podía esperar más y por eso la solicitó en su despacho. Deseaba oír todo cuánto supiese y tal vez añadir él mismo aquello que ella desconocía.

Entonces surgieron tantos recuerdos como fotos de un álbum familiar. A Carmen le parecían tan lejanos como su propia infancia. Recordaba un cadáver, el de una joven chica que se dedicaba a la prostitución, recordaba su muerte, recordaba el horror de un hermoso cuerpo destrozado a cuchillazos, de la sangre desparramada por sábanas y paredes mezclando colores resultando un asqueroso cuadro surrealista.

Y vinieron los retratos, imágenes sobre fondo color sepia: Antonio, Víctor, y otros personajes testigos del crimen quienes ayudaron o entorpecieron la investigación. Y la sensación, la amarga sensación de no llegar a ningún sitio, de naufragar miserablemente en un mar sin agua. La impotencia.

Y los errores cometidos como el perseguir a Ramón quién, más allá de ser un fanático de inhumanas pretensiones, no tenía realmente nada que ver con la historia y figuraba en ella como una pieza de ajedrez en un juego de damas.

Y al final del túnel hubo luz, aunque esa luz le iba a costar la vida a Antonio, esa luz que le llevó a algún pueblo perdido de Extremadura, a algún orfanato abandonado, y una serie de personajes vinculados con experimentos sobre personas con el fin de manipular sus mentes.

Pero, eso, ¿era real o era invención?

Craves, el director adjunto del FBI, dedujo entonces que ella sabía mucho acerca del tema, tal vez demasiado pero no temía por ello. El círculo alrededor de Hautmann se iba cerrando lentamente y poca gente quedaba aprisionada dentro de él, tal vez nadie, al fin y al cabo, a parte de él mismo.

Había puesto todas sus esperanzas en ella porque la había juzgado inteligente y persistente. Pero sobretodo, además de ser una persona

honrada y fiel a sus principios, no iba a dejarse impresionar por lo que su gobierno fuera capaz de hacer en una época en la que reinaba la locura y el miedo.

Carmen acabó concluyendo que era imprescindible acabar con esta historia de la única forma posible. Estaba decidida a acabar con Hautmann.

—¿Y el policía?

Otra vez preguntaba por él con fingido interés. Carmen le miró clavando sus ojos en los suyos como queriendo atravesarle para descubrir qué había realmente detrás de esa pregunta.

—¿Pregunta por Antonio?

—Sí, sí. ¿Cómo está?

Por respuesta, le recitó un diagnóstico de la forma más fría que le era posible. Tanto detalle debía ser aburridísimo, y, sin embargo, su jefe la escuchaba.

—¿Y podría despertar? —preguntó al final.

Tardó en responder. Otra vez la misma pregunta. Pero esta vez no parecía tan nerviosa como la otra vez que se la hizo. Diría incluso que parecía de sincero interés.

—Lo dudo —contestó.

—Pobre hombre —sentenció Craves.

Debían ir donde Hautmann permanecía congelado desde hacía más de treinta años. Craves decidió acompañarla y partir cuanto antes. Así se lo comunicó. Mientras Carmen se despedía y salía de su despacho, oyó un último consejo:

—Sería conveniente que recuperases tu arma.

De camino al aeropuerto, Craves y Carmen decidieron detenerse en un restaurante conocido por su comida italiana. Se trataba de una comida de trabajo.

Huyeron de las acostumbradas pizzas y probaron un carpacho de salmón. El plato se presentaba apetitoso y ambos agentes se deleitaron como cabía esperar. Sin embargo, Carmen no podía prestarle toda la

atención como lo habría hecho en otras circunstancias. Seguía obsesionada por el porqué de la historia que había vivido.

Craves notó su preocupación y le preguntó si deseaba hablar de todo ello.

—Sólo me gustaría saber por qué mi país ha pagado a un científico para que estudiara como adueñarse del cerebro de otra persona. No sé, es algo de locos. No sabía que pudieran hacerse cosas así.

—La CIA, lo sabes —contestó Craves—, ha hecho cosas peores. Se la sospecha de haber creado y promovido el LSD entre el movimiento hippie para acabar con él, de haber investigado en la creación de hombres-monstruo como los niños de Hautmann, incluso de haber asesinado a un presidente de los Estados Unidos. Además de haber derrocado gobiernos e impuesto otros con la misma violencia. Parece que ahora que el pueblo ha perdido la inocencia, la fe ciega en sus gobernantes, ahora pide justicia y explicaciones por todas las operaciones encubiertas que la agencia llevara a cabo en los años cincuenta, sesenta y setenta. Alguien deberá explicar un día el porqué de Hautmann.

—Eso nos atañe a todos. Todos somos responsables de lo que la CIA ha hecho, al fin y al cabo, la hemos financiado con nuestros impuestos.

—Evidentemente, pero ningún país explica a sus votantes qué hace con su dinero. Sería la mejor manera de perder las elecciones, ¿no crees? Sólo piensa que, dentro de la agencia, muy pocas personas, sólo los más altos directivos, están al corriente de toda esta mierda. Está tan dividida, con departamentos enfrentados y guerras internas que los agentes sólo saben lo que hacen y desconocen lo que hace incluso el mismo vecino de despacho del que además desconfían.

—¿Por qué yo?

—No te entiendo Carmen.

—¿Por qué me eligió a mí para investigar esto? Usted sabía lo que iba a descubrir, ¿verdad?

Craves la miró pensativo. Juntó sus manos debajo de su mentón y observó su plato donde ya no quedaba nada.

—No lo sé. Creo que fue una corazonada. No quería ni un agente experimentado ni a un hombre. Quería una mujer idealista, integra y emocional. Quería alguien que pudiera sentir compasión y al mismo tiempo odio. En este asunto, creo que no puede uno moverse sin

sentimientos, el que lo ve desde un ángulo frío y calculador desperdicia la enseñanza que éste produce.

—Que no podemos jugar a ser Dios.

—Algo así. No me equivoqué al elegirte. Veo que has visto lo que quería que vieras. Además, pensé que no te arrugarías delante de nada. Supe que seguirías hasta el final.

Ambos permanecieron en silencio mientras el camarero les retiraba los platos. Optaron por el café rechazando el postre y el licor. Y también permanecieron en silencio el tiempo de la espera.

Llegaron los cafés. Y también hubo silencio.

Carmen analizaba cuánto sabía con la velocidad del mejor de los ordenadores. Craves, en cambio, esperaba. Ya sólo faltaba una pieza en el rompecabezas, esa pieza era él mismo. Y esperaba que Carmen le preguntase por su papel, que le demostrase que había entendido que era él quien les había ayudado en la investigación.

—Usted sabía la existencia de este científico y su trabajo, ¿verdad? —preguntó Carmen al fin. Era una corazonada que surgía como una conclusión.

—Lo supe desde el principio. Y no desde el FBI, sino desde la CIA. Hace treinta años, yo era agente en España. Oficialmente servía de enlace entre el gobierno de Franco y los Estados Unidos para la compra de armas. No era un trabajo muy duro, porque como España no tenía dinero, solo efectuaba compras muy de vez en cuando y como contrapartida por el dinero que nuestro gobierno les entregaba por el alquiler del suelo en el que teníamos nuestras bases. Sobre todo nos interesaba la de Rota que era la que nos permitía vigilar el estrecho de Gibraltar que es, perdón, era uno de los dos puntos de salida de la flota militar soviética. Dentro de este marco, yo proporcionaba información a nuestro gobierno sobre cómo debía proponer los acuerdos con Madrid. Más que un espía, en verdad, fui un intermediario. Recuerdo que la CIA, el Pentágono y la Casa Blanca se estremecieron una tarde calurosa de 1955 cuando un doble agente soviético entregó un expediente sobre experimentos que científicos al otro lado del telón de acero practicaban sobre niños. Las víctimas eran los hijos de los disidentes que Stalin había deportado y que usaba como cobayas en pruebas sobre las funciones de la mente humana. Según el informe, habían logrado que uno de ellos matara a sangre fría a sus padres. Entre los que leyeron el informe nadie pensó en lo horrible que era

este asunto, sino que todos pensaron que se trataba de algo importante. No importaba que los rusos construyeran monstruos, lo importante era que nosotros no lo hacíamos y, por lo tanto, dejábamos que se nos adelantasen en algo. Pero realmente, ni los soviéticos ni nosotros mismos inventamos nada. El poder de un hombre sobre otro existe ya desde muy antiguo. Convencer a alguien por medio de la palabra puede interpretarse como adueñarse de su mente. Aunque lo irracional de todo esto, es que cuando no se llega por las buenas, se debe llegar por las malas. En el siglo XII, los Ashasin, un grupo de adictos al hachís, eran enviados por su líder, al que llamaban el viejo de la montaña, a asesinar por encargo. Durante medio siglo, habían sembrado el temor entre los islámicos. Es una muestra del dominio de la mente que ahora, hoy en día, encontramos en las sectas, por ejemplo. Así que empezamos a buscar gente capaz de estudiar el tema. En Bergen Belsen, hubo un médico que investigaba con presos. Se le había acusado de prácticas atroces y crímenes horribles, pero sería exculpado por el interés que el gobierno de los Estados Unidos tenía en su trabajo. Le encontraron en Valencia y le propusieron ir a los Estados Unidos propuesta rechazó alegando que se sentía más seguro en España. Así que me contactaron para que montase un laboratorio con él, que le ayudase y le diera todo el dinero que necesitaba.

—¿Y sabía lo que iba a hacer?

—No, claro que no, ¿qué más da? Antes te dije que en la CIA reinaba la desinformación. Además, yo seguía eso de lejos. Le ayudaba otro científico que gozaba de prestigio en su país además de ser un fuerte defensor del régimen de Franco. Era un ayudante además de un espía. Él encontraba a los niños que usarían como conejitos de indias, pero cometió un error. Se identificó con ellos. Vio en ellos el niño huérfano que él fue al acabar la guerra civil. Cuando descubrió lo que Hautmann les hacía, casi enloqueció. Firmó un informe que envió directamente al Pardo, la residencia de Franco y éste encolerizó. Yo recibí orden de matarlos a todos y dejar a Hautmann con vida. Pero no lo hice, en vez de eso oculté que los dejara vivos y acordé que fueran colocados en un orfanato con un millón de dólares cada uno para salir adelante. Ellos no eran responsables de la demencia de un científico loco y del gobierno que lo apoyó.

—¿Y luego?

—Tres años después regresé aquí. El agente que me sustituyó averiguó que les había dejado con vida e informó a sus superiores. Como no había

pasado nada desde entonces decidieron que podían seguir así. Yo en cambio, fui apartado de mi puesto, acusado de traición y poco más. Hubo más de uno dispuesto a cargarse mi carrera y también más de uno quiso protegerme, pero estaba en la cuerda floja y la solución pasaba por dejar la agencia y entrar en el FBI. Maquillaron mi humillación bajo el aspecto de una reconversión. Hautmann murió coincidiendo con que los niños se habían hecho mayores y decidieron que fueran colocados separados unos de otros, incluso en varios países, con una especial vigilancia sobre su evolución. No se esperaba nada en concreto, solo temían que a uno de ellos se le ocurriera investigar su pasado.

—¿Hubo más muertes verdad?

—Los niños fueron repartidos por Europa, alguno incluso llegó a nuestro país. El cónsul español en Londres fue sorprendido degollando a una prostituta. Era el primer crimen que aquel hombre cometía. Un policía, de casualidad, pasaba cerca de su apartamento y, alertado por un grito, lo descubrió y lo mató de un tiro. Scotland Yard echó tierra sobre el asunto y nadie supo de él. Era uno de los niños. Hubo otro también en Italia, en Roma. Era el agregado de prensa de la embajada española ante el Vaticano. Él mató a tres prostitutas antes de ser descubierto, también las había degollado. No le mató la policía romana sino uno de los agentes especiales de la CIA. Escondió el cadáver y los crímenes cesaron. Este hombre era otro de los niños.

—¿Y Ramón? Yo investigue una serie de crímenes del mismo tipo en Florida —preguntó Carmen.

—Recibí presiones del gobierno. La CIA me echaba a mí la culpa de todo. Dijo que mi negligencia en no haberlos asesinado cuando aún eran críos, nos había llevado a esta situación. Todos me responsabilizaban y todos me pedían que acabara con ello. Impuse vigilancia a cada uno de ellos, en cuanto se detectará una muerte, el asesino debía ser eliminado enseguida. Ramón sólo fue un señuelo para llevarte por donde a mí me interesaba. En los asesinatos de Florida por los que preguntas, el asesino era un industrial cubano que nos costó mucho descubrir. Mató a seis mujeres hasta que diéramos con él. El caso había alarmado mucho a la gente de Florida y cargué las tintas en Ramón. Él, a su modo, también era peligroso, así que del mismo modo que, por una parte, eliminaba al auténtico asesino, por otra detenía a un indeseable. Pero escapó de la justicia por un tecnicismo y se marchó a España. El industrial también era

uno de los niños. A éste le habíamos inventado un pasado en una isla en la que nunca estuvo.

—Entonces Antonio...

—Yo tenía vigilado a este hombre y también a Ramón en España. Cuando me informaron que hubo una muerte similar a todas las demás en Madrid, le coloqué uno de los agentes que le vigilaban cerca de él para que se asegurase de que él era el asesino y que lo matase. Todas las demás muertes tenían algo en común: las víctimas vendían sus cuerpos en la calle y habían sido degolladas, pero había una significativa diferencia: era una fulana de lujo y le habían arrancado la vagina. Tuve mis dudas y por eso pedí a mi agente que lo averiguara.

—¿Víctor?

—Sí claro. Veo que ya le conoces. A él le pedí que se convirtiera en la sombra de Antonio fingiendo ser un ayudante despistado, pero fue descubierto antes de que sacara algo en claro. Entonces recurrí a ti. Quise mantener a Antonio bien vigilado para que no ocurriera otra vez lo que había pasado en Florida: no quería otro asesino en serie. Y por lo demás, creo que ya lo sabes todo. También sabes que te allané el camino hasta la verdad: Víctor puso en escena a la cabra loca esa, ¿la recuerdas? El bailarín de cabaret homosexual que decía ser testigo del crimen, casi os convence, pero no era muy bueno así que Víctor lo mató. Pero me impacienté un poco, no llegabais a nada y seguía con presiones desde el despacho oval de la Casa Blanca. El número uno me lo había dejado claro: basta. Forcé las cosas y ordené a Víctor que matara a Antonio, pero falló. Entonces le pedí que lo volviera a intentar, que fingiera querer matarle y cayera en tus manos. También le pedí que colaborara contigo. Lo mismo le pedí también al médico que luego conociste. Todos ellos te han llevado hasta Hautmann.

Carmen le observó indignada. Le causaba horror que pudiese decidirse así la vida de una persona, pero permaneció callada. Craves percibió su expresión.

—Antonio no era una persona, nunca lo fue —sentenció.

—¿Y eso justifica su muerte?

—La tortura se reconoce como un crimen, ¿verdad? —relataba Craves como queriendo cambiar de conversación—. Luego, plantéate la situación de una bomba colocada en unos grandes almacenes a una hora punta. Solo tienes un minuto, no puedes desalojarlo, debes dar con la bomba y

desactivarla sino morirán, pongamos, mil personas. Tienes al que puso la bomba. Te pregunto, ¿no le torturarías para que te dijese dónde está y como desactivarla?

Carmen recordó entonces cómo había logrado que Víctor le contase cuánto sabía. Le había arrojado alcohol y le disparaba cerillas encendidas hasta que prendiese fuego. El fin justifica los medios, esta expresión maquiavélica se volvía cierta en la desesperación. Sin embargo, no era la conclusión a la que Craves quería llegar con su ejemplo, sino que justificaba que la muerte de una persona salvase la de unas cuantas otras. Tenía sentido, tenía un asqueroso y vomitivo sentido.

El vuelo a Los Ángeles duró cuatro horas y ambos compañeros lo pasaron en silencio viendo y no viendo las dos películas que les pasaron. De vez en cuando Craves preguntaba algo trivial sobre su viaje. ¿Qué tal se come? ¿Hace tanto calor como aquí en verano? ¿Fuiste a alguna corrida de toros? ¿Probaste algún vino, algo típico de allí? Las respuestas de Carmen iban completadas con sus recuerdos. Habían pasado tantos años, media vida, pero los olores, los sabores, la visión de un país y sus tradiciones surgían en su mente como las estrellas sembradas y ordenadas en una noche de verano.

Pero Hautmann estaba congelado. Eso era lo que más le interesaba a Carmen. El cartel de la corrida de toros, el color acerezado de un vino de reserva, el pimentón que acompañaba el pulpo a la gallega, todo esto no tenía importancia, al menos no ahora.

Había varias empresas en los Estados Unidos dedicados a la congelación de cuerpos, pero no eran más de una decena. Por fortuna, Craves recordaba cuál era con lo que fue fácil contactarles y pedirles una cita. Se estimaba a no más de cien las personas que permanecían congeladas a la espera de una nueva vida siendo Walt Disney el más ilustre de todas ellas.

—Bueno, la verdad, nadie sabe si Walt Disney permanece congelado o no —le explicó Craves—. Walt Disney sufría de cáncer de pulmón y se rumorea que fuera congelado en espera de una terapia que permita su curación. Oficialmente, su cuerpo fue incinerado al día siguiente de su muerte. La noticia de su muerte y posterior funeral fue divulgada mucho más tarde. Nadie vio su cuerpo y en el cementerio de Burbank puedes ver

una pequeña placa con su nombre. Entonces el rumor de su congelación se difundió. Lo extraño es que tanto su familia como el estudio no negaron ni confirmaron este rumor.

Encontraron, en las afueras de Los Ángeles, la empresa que, dedicada a la criogenización de personas, albergaba el cuerpo de Hautmann.

Parecía una lujosa mansión. Como la residencia de un actor de cine. Craves y Carmen penetraron por un jardín floral donde los colores se unían en perfecta armonía con el cielo azul californiano.

Fueron recibidos por su responsable, un médico de avanzada edad y corta estatura con enormes gafas e inmaculada bata, y conducidos a una sala que no era tan acogedora como la consulta de un médico, pero que más bien guardaba un extraño parecido con una cueva donde las paredes permanecían ocultas detrás de fotos gigantescas de operaciones realizadas sobre personas, sobre las instalaciones, parecía un enorme folleto sobre los servicios que se ofrecían.

Sentados alrededor de una mesa tanto Craves como Carmen observaban las fotos con asco, pero con interés, con interés, pero con asco. El médico que les atendía, oculto detrás de sus gafas que le cubrían media cara y sentado frente a ellos, parecía orgulloso de lo que allí había expuesto. Era el trabajo de treinta años de investigación, de esperanza en la resurrección.

—No jugamos con la vida de las personas que han confiado en nosotros, no jugamos con su confianza ni con la esperanza —les explicó señalando las fotos.

—¿Cuántas personas congeladas tienes aquí? —preguntó Carmen.

—Si no le importa, llamamos estas personas pacientes crio preservados —contestó—. En nuestras instalaciones son 42 hoy mismo tanto cuerpos enteros como cabezas.

La criopreservación, les explicó el médico, permite conservar un cuerpo congelado con la esperanza de resucitarlo en el futuro. Podía ser un cuerpo entero o solo la cabeza, dependiendo del importe del contrato firmado entre la empresa y los pacientes. Los pacientes, la mayoría excéntricos millonarios que negaban su muerte, amenazados de una enfermedad incurable solicitaban ser congelados hasta el día en que fuera descubierta la terapia que les permitiese la curación. Pero también debía lograrse otro desafío: descongelar reparando los daños causados por el

frío. Aquellos pacientes cuya cabeza permanecía congelada también podrían volver a la vida montados sobre un nuevo cuerpo.

Tanto Craves como Carmen, que escuchaban atentamente, se creían embarcados en una aventura de ciencia-ficción. La destrucción que causaba el frío, es decir, la formación de cristales en las células que provocaba el mismo frío, era una barrera infranqueable, luego todo ello era imposible.

—Pero no es destrucción sino daño —les corrigió el médico—. Lo que es destruido efectivamente no puede ser reconstruido o reparado, en cambio un tejido dañado puede tratarse. De hecho, no tratamos pacientes con enfermedades que hayan producido deterioro en el cerebro o que sufren de un deterioro orgánico generalizado que hace imposible que puedan ser reanimados en el futuro.

Les habló entonces de los criopreservantes que eran sustancias que evitaban la cristalización del agua. Obtenidas a partir de la observación de la naturaleza, en particular, de ciertos reptiles que, viviendo en el Ártico, pueden soportar muy bajas temperaturas teniendo incluso parte del cuerpo congelado. Ello era posible al producir el hígado una gran cantidad de glicerol. Otras formas de vida usan el azúcar como sustancia que limita el daño que produce el frío. Cierto era que el avance de las técnicas de crioconservación permitía congelar mejor ahora que antes, con lo que las técnicas para descongelar iban a ser más complicadas conforme más antiguo era el estado de hibernación del paciente.

El proceso de criopreservación, continuó explicando el médico en lo que se convertía en un habitual discurso, debía realizarse de forma inmediata a la muerte del paciente. Para ello debe existir complicidad entre el paciente, su familia, y la empresa que, mediante la electrónica, es avisada de su muerte al minuto de producirse.

La muerte, biológicamente, no debía entenderse como un evento sino como un proceso. La urgencia de la intervención permitiría evitar así las lesiones cerebrales que suceden pasados pocos minutos. Luego, el cuerpo traído al laboratorio sería sometido al proceso mediante bombeo de su sangre obtenida por la arteria femoral y tratada externamente de forma a enfriarla gradualmente a razón dos grados centígrados por minuto. De esta forma también podía evitarse la formación de cristales. Al final, el cuerpo se sumerge en nitrógeno líquido a -196 grados.

Todo ello es un proceso complicado y largo de realizar, concluyó el médico.

—¿Y luego? —preguntó Craves.

¿Luego? Luego estaba ya no la esperanza, sino la paciencia. Hoy no existe el proceso de reanimación de un cuerpo criopreservado, observó el médico, pero los avances eran tales que se estimaba que la técnica podía ser probada. Ya era habitual congelar y descongelar embriones en la inseminación artificial o en la clonación.

Para reparar el daño causado por el frío, debía hablarse de nanotecnología: la introducción en el cuerpo de robots de tamaño similar a una célula con la misión de ir reparando las células una a una, o sustituirlas con otras obtenidas como clonación de las mismas. De esta forma, se conseguía también curar la enfermedad y, ¿por qué no? Reparar el daño producido por el envejecimiento. No era descabellado imaginar que podía recurrirse a esta técnica para rejuvenecer.

Finalmente, los dos agentes le pidieron que les llevara ante la urna de Hautmann y el médico así lo hizo.

Llegaron a una cámara frigorífica donde, les explicaba su anfitrión con orgullo, guardaban una temperatura de 10 grados para refrigerar los sistemas principales de congelación y de mantenimiento de las constantes vitales. Como iban poco vestidos, Craves y Carmen aceptaron revestir unos abrigos que guardaban para las visitas.

La cámara era oscura, pero se adivinaba muy espaciosa. Pudieron contar varias filas en las que estaban situadas las urnas como siguiendo un plano geométrico. Parecían peones en un tablero de ajedrez.

Recorrieron dos filas y se detuvieron ante una urna en la que un letrero rezaba el nombre de Hautmann. La urna era un descomunal armatoste de metal colocado de pie y que encerraba el cuerpo de alguien que alguna vez estuvo vivo y ahora solo Dios sabía en qué estado estaba. Sobre la parte derecha de la urna había un pequeño visor con unas teclas. Indicaba la temperatura de hibernación dentro de la cabina: 196 grados bajo cero. Los mandos servían para variar esta temperatura.

De todos sus pacientes, guardaban un extenso informe médico, detallando en particular la causa de la muerte. Esperaban el remedio que aún no había llegado para ninguno de ellos.

—Este paciente no es como los demás —observó el médico.

Les detalló entonces las circunstancias de su hibernación. Hautmann llegó vivo al laboratorio lo que era inusual. Estaba muy enfermo y sabía que su muerte le esperaba en pocos días. Como científico creía en los milagros de la ciencia negando los de la religión. Para él, Dios no era otra cosa que una explicación, una infantil explicación para lo que el hombre no conoce o no puede entender.

Entonces quiso que fuera hibernado vivo. Insistió, debatió, siguió insistiendo y al final convenció. Inicialmente drogado para no sentir daño, Hautmann, fue entonces congelado.

—Necesitamos que apague esta urna —le dijo Carmen refiriéndose a la cabina de Hautmann.

—No puedo hacer esto —le contestó el médico.

—Sí que puede hacerlo —insistió Carmen.

—Sólo si llevan una orden judicial. ¿La llevan?

No la tenían. Ningún juez habría podido creer que la mente de un neurólogo congelado era capaz de dominar la de un policía a veinte mil kilómetros y obligarle a asesinar. Eso mismo a los dos agentes del FBI les costaba creerlo. Incluso si alguno llegara a creerlo y a dictar la orden, habría pasado el tiempo suficiente para que otro de los niños de Hautmann matara a alguien más.

Andaba corta de argumentos y sabía que nunca conseguiría convencer al médico de descongelar a Hautmann. Tampoco podía contarle toda la historia, aunque hubiera posibilidades de que la creyese, debía permanecer en secreto.

Sacó su arma de su funda y apuntó a la cabina decidida a disparar, pero se encontró con el médico sobre la trayectoria implorándola que no abriese fuego. Él estaba decidido a proteger su trabajo con la vida, le explicó. Carmen tuvo un momento de duda que el médico aprovechó para arrebatarse el arma y entregársela a unos de los enfermeros que habían acudido alertados por los gritos.

Carmen estaba desarmada, humillada y desesperada por la frustración de dejarlo todo como estaba. ¿Cuántas muertes más?

El médico, esta vez rodeado de varios de sus enfermeros, les rogó que se fueran antes de que les denunciara. Los dos agentes se volvieron hacia la salida mientras eran seguidos por los enfermeros.

Habían pasado delante de la primera fila cuando Craves extrajo su arma automática de su funda se dio la vuelta y apuntó la cabina de

Hautmann. Su gesto fue tan rápido que tomó a todo el mundo desprevenido. El camino para la bala estaba despejado y disparó.

La culata hizo un movimiento hacia atrás expulsando el cartucho. La bala hizo una grieta en el visor digital que empezó a derramar chispas.

Otro tiro, el segundo. Esta vez, la parte central de la cabina fue tocada. Se produjo una fuga de nitrógeno líquido a través del orificio de la bala. La alarma de descongelación empezó a sonar mientras los enfermeros no lograban salir de su asombro. Aún no habían reaccionado.

Otro tiro. Craves oyó en el fondo de su mente el grito del médico. Parecía ladrarles órdenes a sus enfermeros que se lanzaron hacia él. Un rápido gesto del brazo que empuñaba la pistola hizo que ésta les apuntara a todos ellos. Los enfermeros se pararon de repente como asustados por el arma. La tercera bala ya había alcanzado la primera y añadido más desperfectos a los que ésta causara.

Siguieron tres tiros más y la cabina exhaló una nube de intenso humo blanco. Parecía como el viento helado de la Antártica. Craves y Carmen huyeron del sitio haciendo caso omiso de los insultos y amenazas que el médico les iba gritando.

Hautmann estaba muerto. Esta vez sí que lo estaba.

No había forma de congelarle de nuevo. El médico se lo había explicado, una oscilación de la temperatura dos grados por encima o por debajo dejaría al cuerpo muerto, realmente muerto. La alarma que había sonado, como el antirrobo de un coche, lo había delatado.

Hautmann había muerto. Con él también murió una época que no debería tardarse en olvidar. Con él también murieron unos cuantos secretos y era mejor así. Nadie sabría nada de cómo era posible que un cuerpo congelado a casi doscientos grados bajo cero tuviera la facultad de manipular la mente de una persona a miles de kilómetros obligándola a matar. Realmente Hautmann era un monstruo y lo peor es que seguía siéndolo una vez muerto, sino ¿cómo podía explicarse que aún en la paz de la seudomuerte prosiguiese su malvado plan? Pero ahora estaba realmente muerto y su obra condenada a perderse en los infiernos.

—Estaba sólo probando su obra —le explicó Carmen a Craves mientras salían de la empresa de criopreservación dejando atrás unas cuantas llamas, todos los empleados en un desesperado intento de evitar

que el incendio se propagase, y al médico, que la regentaba, gritando su dolor.

Craves no lo entendía. Pero para Carmen era evidente que Hautmann sólo estaba poniendo a prueba su técnica. Él había formado esos chicos para poder dominarles mentalmente. Sin embargo, no pudo probar los resultados puesto que sus experimentos fueron prohibidos por las autoridades españolas y porque al poco tiempo dejó la vida. Pasado el tiempo, desde su urna activaba los sujetos y los obligaba a matar. El problema es que aun así no sabía los resultados, desconocía cuán satisfactorios eran. Realmente nadie se lo había comunicado y así Hautmann, desconocedor de la suerte de sujetos y víctimas, seguía ordenando muertes.

Ambos se dirigieron al vehículo que habían alquilado en el aeropuerto. Carmen arrancó el motor y el coche desapareció por las calles alcanzando la autopista. Fueron mezclándose con tantas personas que producía satisfacción ver que el mundo seguía siendo el mismo.

Sonó entonces el Blackberry de Craves. Aquel teléfono con teclado donde podía leer su correo, mostraba el texto de un mensaje. Lo leyó y no hizo comentario alguno. Era una consecuencia de la muerte de Hautmann que, aunque improbable, tuvo en cuenta. Suspiró y fijó la mirada en los coches que deambulaban ordenadamente por la autopista dirección al aeropuerto.

En Sevilla, había un médico de casi cuarenta años y de reconocido prestigio en el campo de la cardiología. Había realizado tantas y diversas operaciones además de ser un pionero en el trasplante de órganos. Aquel hombre dedicaba su vida por entero a su profesión tal vez porque fuera de ella no tenía nada. Ni familia, ni parientes, ni amigos, sólo colegas de trabajo que vieron cómo se desplomó de repente cayendo muerto al entrar en la sala de operaciones del hospital. Nadie entendió lo que pasaba, ni las enfermeras, ni los médicos que luego le atendieron. Había muerto de repente y no fue posible reanimarle.

Otra vez sonó el Blackberry. Esta vez le había tocado a otro hombre, en París, era un abogado que trabaja en derecho laboral. Se encontraba reunido con un cliente en su excéntrico despacho en un hermoso edificio del *XVI arrondissement*. Le estaba exponiendo una posible estrategia de defensa en la causa que tenía contra la empresa que le había despedido. De repente no pudo terminar una frase y cayó sobre la mesa muerto.

Tampoco pudo hacerse nada en urgencias. Y tampoco hubo nadie a quién avisar, ningún familiar, ningún amigo.

Sólo debía sonar una vez más y sería la última. Efectivamente solo pasaron unos pocos minutos mientras Carmen tomaba la salida del aeropuerto aminorando la velocidad del coche.

El mensaje era tan claro y escueto como los anteriores informando que un sujeto había muerto cuando se encontraba aún en coma en un hospital de Madrid conectado a varias máquinas. Tampoco pudo hacerse nada. Aquel sujeto era policía...

Habían muerto los tres últimos niños de Hautmann. Definitivamente podía cerrarse el caso. Craves suspiró. Apagó su Blackberry mientras Carmen estacionaba en una de las plazas destinadas a la devolución de los coches de alquiler.

—Antonio ha muerto —le comunicó Craves.

Carmen lo miró y no dijo nada. Lo había entendido mientras oía los pitidos del busca. Además de convertirlos en asesinos, Hautmann los mantenía con vida. Una vez muerto él, morían todos ellos. No sintió lástima por Antonio porque daba por hecho que esto debía pasar. Cerró el vehículo, extrajo el contrato de su chaqueta y se dirigió a la oficina de alquileres mientras Craves permanecía inmóvil cerca del coche meditando el texto de su dimisión. Ya era hora de jubilarse.